

Roberto Bolaño

Los sinsabores
del verdadero policía



Lectulandia

El autor comenzó a escribir esta novela en los años ochenta y la continuó redactando hasta su muerte. Sus historias y personajes transitan por Estrella distante, Llamadas telefónicas, Los detectives salvajes y 2666. Amalfitano, exiliado chileno, profesor universitario, viudo con una hija adolescente, nos descubre a través de la narración el desencanto político, su amor a la poesía, que le obliga a abandonar Barcelona tras un escándalo. Logra acogerse de nuevo a la universidad, pero esta vez en la lejana Santa Teresa, donde habitan oscuras historias de mujeres asesinadas o el mago Arcimboldi, que es asimismo un escritor francés y cuya obra narrativa despliega la complejidad de otra asombrosa literatura. Una novela apasionante y caleidoscópica, lírica e intensa, pero también cómica. Prólogo de J. A. Masoliver Ródenas.

«El policía es el lector, que busca en vano ordenar esta novela endemoniada» (Roberto Bolaño).

«Casi todos los escritores creen ser, o quieren ser, como Roberto Bolaño: innovadores y audaces en el estilo, seductores en la narración, y capaces de ser leídos y releídos; en otras palabras, excepcionales» (Scott Bryan Wilson, The Quarterly Conversation).

Lectulandia

Roberto Bolaño

Los sinsabores del verdadero policía

ePub r1.1
Titivillus 15.06.15

Roberto Bolaño, 2011
Diseño de cubierta: Siqui Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO: ENTRE EL ABISMO Y LA DESDICHA

Los sinsabores del verdadero policía es un proyecto que se inició a finales de los años ochenta y que se prolongó hasta la muerte del escritor. Lo que el lector tiene en sus manos es la versión fidedigna y definitiva, fruto de cotejar los textos mecanografiados y los localizados en su ordenador, y que muestra la clara voluntad de Roberto Bolaño de integrar esta novela en el conjunto de una obra en un continuo proceso de gestación. Hay, además, varias referencias epistolares a dicho proyecto. En una carta de 1995 comenta: «*Novela: desde hace años trabajo en una que se titula Los Sinsabores del Verdadero Policía y que es MI NOVELA. El protagonista es un viudo, 50 años, profesor universitario, hija de 17, que se va a vivir a Santa Teresa, ciudad cercana a la frontera con los USA. Ochocientas mil páginas, un enredo demencial que no hay quien lo entienda.*» Lo singular de esta novela, escrita a lo largo de tres lustros, es que incorpora material de otras obras suyas, desde *Llamadas telefónicas* hasta *Los detectives salvajes* y *2666*, con la peculiaridad de que si bien a varios personajes los encontramos de nuevo —especialmente a Amalfitano, a su hija Rosa y a Arcimboldi—, las variaciones son notables. Pertenecen al conjunto del mundo novelesco de Bolaño y al mismo tiempo pertenecen por derecho propio a esta novela.

Esto nos lleva a uno de sus rasgos más notables e inquietantes: el carácter frágil, provisional, del desarrollo narrativo. Si en la novela moderna se ha roto la barrera entre ficción y realidad, entre invención y ensayo, la aportación de Bolaño va por otro camino que encuentra tal vez su modelo en *Rayuela*, de Julio Cortázar. *Los sinsabores del verdadero policía*, como *2666*, es una novela inacabada, pero no una novela incompleta, porque lo importante para su autor no ha sido completarla sino desarrollarla. Y esto nos lleva a una serie de replanteamientos. Hasta ahora se había aceptado la ruptura de la linealidad (las digresiones, los contrapuntos, la mezcla de géneros). La realidad tal como se había venido entendiendo hasta el siglo XIX dejaba de ser el punto de referencia, para acercarnos a una escritura visionaria, onírica, delirante, fragmentaria, y hasta se podría decir que provisional. En esta provisionalidad está la clave de la aportación de Bolaño. Nos preguntamos cuándo una novela empieza o no empieza a estar inacabada. Mientras el autor la escribe, el final no puede ser lo más importante y muchas veces ni siquiera está decidido cuál va a ser. Lo que importa es la participación activa del lector, simultánea al acto de la escritura. Bolaño lo ha dejado bien claro a propósito del título: «*El policía es el lector, que busca en vano ordenar esta novela endemoniada.*» Y en el cuerpo mismo del libro se insiste en esta concepción de una novela como una vida: somos — escribimos, leemos— mientras vivimos y el único final es la muerte. Esta conciencia

de la muerte, de escribir como un acto de vida, es parte de la biografía del escritor chileno, condenado a una escritura a contrarreloj e ilimitada. En *Los sinsabores del verdadero policía* hay varias referencias concretas a este fraccionamiento y a esta provisionalidad: «una característica esencial de la obra del francés: si bien todas sus historias, no importaba el estilo utilizado (en este aspecto Arcimboldi era ecléctico y parecía seguir la máxima de De Kooning: *el estilo es un fraude*), eran historias de misterio, éstos únicamente se resolvían mediante fugas, en algunas ocasiones mediante efusiones de sangre (reales o imaginarias) seguidas de fugas interminables, como si los personajes de Arcimboldi, acabado el libro, saltaran literalmente de la última página y siguieran huyendo», fieles a este carácter itinerante, de búsqueda muchas veces infructuosa y de huida que marca la escritura de Bolaño. Por eso, los alumnos de Amalfitano «comprendieron que un libro era un laberinto y un desierto. Que lo más importante del mundo era leer y viajar, tal vez la misma cosa, sin detenerse nunca». Este carácter de provisionalidad da una enorme libertad al escritor, que se permite los riesgos de sus contemporáneos más audaces con los que explícitamente se identifica; pero al mismo tiempo, por lo que hay de aventura constante, sus textos mantienen la tensión tradicional. Es decir, sus novelas no dejan nunca de ser novelas como las hemos entendido siempre. Y la fracturación es la que obliga al editor de sus obras inéditas a respetar el legado de un escritor para quien toda novela es parte de la gran novela siempre empezada y siempre en busca de un final que se le presenta como una utopía.

Por lo que se refiere al título, también se presta a una serie de reflexiones. *Los sinsabores del verdadero policía* es sin duda el menos bolañano de sus títulos y sin embargo queda claro, a partir de los textos mecanografiados y de los conservados en el ordenador, que para Bolaño era el título definitivo. Estamos ante lo que parece un título descriptivo, largo, sin el ritmo a que nos tiene acostumbrados y sin la mínima provocación o extrañeza (¿qué puede significar detectives salvajes o putas asesinas?). Y sin embargo encierra una clave en una escritura llena de claves, metáfora que nos remite no sólo a *Los detectives salvajes* sino, sobre todo, a otro tipo también poco bolañano, el de la novela inacabada de Padilla, *El dios de los homosexuales*. Ambos encierran una clave: ya he dicho que el verdadero policía no es otro que el lector, condenado desde el principio a los sinsabores de encontrar continuamente pistas falsas, como el rey de los homosexuales no es otro que el sida, una metáfora de la enfermedad que lleva fatalmente a la muerte y que impide a Padilla terminar su novela.

De este modo, nos encontramos aquí con un «detective» que es Amalfitano, el crítico, en torno al cual gira toda la dimensión metaliteraria de la novela. Hay un policía que es el lector. Y hay un verdadero protagonista que es Padilla. Detective, lector/autor y heraldo de la muerte son los que protagonizan una búsqueda que no tiene fin (que no tiene un final). Esto nos obliga más que nunca a concentrarnos en el desarrollo narrativo, lo que implica que toda la tensión no está en el desenlace sino en

lo que está ocurriendo. No de otra forma leemos el *Quijote*, una novela que se mantiene viva a pesar de su final, pues quien muere no es el caballero andante sino el mediocre hidalgo.

Y, como en el *Quijote* —es decir, como en la mejor novela contemporánea—, el fragmento tiene tanto valor como la posible unidad que se le exige a la novela, con un añadido: los fragmentos, las situaciones, las escenas, son unidades cerradas que sin embargo se integran en una unidad superior no necesariamente visible. Casi podría decirse que volvemos al origen de la literatura, al cuento o, mejor dicho, a una sucesión de cuentos que se apoyan los unos a los otros. Por supuesto hay un hilo que une a Amalfitano, a su hija Rosa, a su amante Padilla, a la amante de éste, Elisa, a Arcimboldi, a los Carrera, al singular poeta Pere Girau; como quedan unidos, en otro contexto, Pancho Monje, Pedro y Pablo Negrete o el chófer Gumaro. Y lo mismo ocurre con los distintos espacios geográficos en los que nos movemos, sean Chile, México —y, con México, Santa Teresa y Sonora— o Barcelona, familiares a los lectores de Bolaño. Hay incluso una relación muy fuerte entre el principio y el final, entre la pasión por la literatura de Padilla y el descubrimiento final de que Elisa es la muerte. Pero lo que hace a la novela memorable no es su unidad (que permite el creciente protagonismo de Padilla, víctima, como Don Quijote, de la literatura y del amor, en este caso el enfermizo amor de nuestros tiempos), sino las distintas situaciones y lo que cada una de ellas sugiere.

Nos movemos, como es propio de la narrativa contemporánea, en el terreno de la violencia, de los desencuentros, de la extrañeza, de la extravagancia, de la enfermedad, de la sublime degradación. Se suceden las historias: la de la azafata y el mango, la del sorche y su confusión con la palabra *kunst*, la Cena Informal con los patriotas italianos, la visita al numerólogo, el *striptease* comunicativo, las cinco generaciones de María Expósito, el muerto en el cuarto de los empleados o el texano y la exposición de Larry Rivers. Hay una burla de la escuela potosina del maestro Gabito, de los profesores de Rosa o, proféticamente, de estos escritores frustrados como Jean Machelard, que decide abandonar sus pretensiones literarias y dedicarse a la carrera de otros escritores: «Se ve a sí mismo como un médico en un leproso de la India, como un monje entregado a una causa superior.» Y, supuestos salvadores aparte, la literatura tiene, como la ha tenido siempre en Bolaño desde *La literatura nazi en América*, una presencia ambigua y definitiva, donde el homenaje se suele confundir con la crítica que, por velada, puede ser doblemente feroz además de hilarante. Es la ambigüedad que vemos con Pablo Neruda en *Nocturno de Chile* o con Octavio Paz en el Parque Hundido de Ciudad de México en *Los detectives salvajes*. Pero determinados escritores, aquí representados por los poetas bárbaros —los poetas malditos de hoy, presentes ya en *Estrella distante*—, le interesan especialmente por lo que tienen de poetas de la impureza, muy cercana a la impureza que le interesa a Ricardo Piglia. E impuros lo son asimismo todos sus personajes, víctimas y testigos privilegiados de la violencia en todas sus expresiones, que aquí alcanza su punto más

alto en la sección «Asesinos de Sonora», pero también en el dios de los homosexuales, que es «el dios de los que siempre han perdido», «el dios del Conde de Lautréamont y de Rimbaud». Y están, por supuesto, las novelas de Arcimboldi, brillantemente resumidas, la novela inacabada de Padilla o las cartas que se escriben Amalfitano y Padilla. Más que metaliterario podríamos decir intraliterario, puesto que todo forma parte del desarrollo argumental.

Los sinsabores del verdadero policía tiene un especial interés por su estrecha relación con el mejor Bolaño, por la fertilidad de su invención, por su identificación con los perdedores, por una ética que no necesita de principios éticos, por la lúcida lectura que hace de autores cercanos a él, por su radical independencia, por ofrecernos una novela moderna que no pierde el placer de la narración, por la implacable fidelidad a los lugares donde se ha educado y donde se ha hecho como escritor, a un cosmopolitismo que expresa una forma de ser y de vivir, a una entrega feliz y desesperada a la creación, lejos de sus resonancias sociales. Su escritura resulta siempre enormemente clara y sin embargo está escrita desde las zonas más oscuras (el sexo, la violencia, el amor, el desarraigo, la soledad, las rupturas) del ser humano: «Todo tan sencillo y terrible», porque «la poesía verdadera vive entre el abismo y la desdicha». Y no es casual que se sienta especialmente atraído por los poetas: son ellos los que han dado a su prosa la capacidad de expresar la ternura, la infelicidad y el desarraigo. ¿Cómo es posible que haya tanto humor en medio de tanta desolación, tanta delicadeza en medio de tanta violencia? Y es que en cada libro de Bolaño acabamos por encontrar, como lo encontramos claramente aquí, al mejor Bolaño. Un autor horrorizado por la violencia de nuestro siglo, desde los nazis hasta los crímenes del norte de México, que se identifica con los perdedores y que convierte su obra en una autobiografía, lo que explica en gran parte la mitificación de su figura, precisamente porque la gran ausencia que representa su muerte se hace presencia a través de unas páginas que culminan en 2666, porque allí parece desarrollar y condensar todas sus experiencias como ser humano y como escritor. En *Los sinsabores del verdadero policía* volvemos a encontrar a este Bolaño que se nos ha hecho tan familiar como imprescindible. No deja de ser estremecedor que en las páginas de este libro encontremos una extraordinaria vitalidad constantemente amenazada, sin embargo, por la conciencia de la enfermedad física, pero también por la enfermedad moral de una época. Vitalidad y desolación son inseparables.

Juan Antonio Masoliver Rodenas

*A la memoria de Manuel Puig
y Philip K Dick*

I. La caída del muro de Berlín

Para Padilla, recordaba Amalfitano, existía literatura heterosexual, homosexual y bisexual. Las novelas, generalmente, eran heterosexuales. La poesía, en cambio, era absolutamente homosexual. Dentro del inmenso océano de ésta distinguía varias corrientes: maricones, maricas, mariquitas, locas, bujarrones, mariposas, ninfos y filenos. Las dos corrientes mayores, sin embargo, eran la de los maricones y la de los maricas. Walt Whitman, por ejemplo, era un poeta maricón. Pablo Neruda, un poeta marica. William Blake era maricón, sin asomo de duda, y Octavio Paz marica. Borges era fileno, es decir de improviso podía ser maricón y de improviso simplemente asexual. Rubén Darío era una loca, de hecho la reina y el paradigma de las locas (en nuestra lengua, claro está; en el mundo ancho y ajeno el paradigma seguía siendo Verlaine el Generoso). Una loca, según Padilla, estaba más cerca del manicomio florido y de las alucinaciones en carne viva mientras que los maricones y los maricas vagaban sincopadamente de la Ética a la Estética y viceversa. Cernuda, el querido Cernuda, era un ninfo y en ocasiones de gran amargura un poeta maricón, mientras que Guillén, Aleixandre y Alberti podían ser considerados mariquita, bujarrón y marica respectivamente. Los poetas tipo Blas de Otero eran, por regla general, bujarrones, mientras que los poetas tipo Gil de Biedma eran, salvo el propio Gil de Biedma, mitad ninfos y mitad maricas. La poesía española de los últimos años, exceptuando, si bien con reticencias, al ya nombrado Gil de Biedma y probablemente a Carlos Edmundo de Ory, carecía de poetas maricones hasta la llegada del Gran Maricón Sufriente, el poeta preferido de Padilla, Leopoldo María Panero. Panero, no obstante, había que reconocerlo, tenía unos ramalazos de loca bipolar que lo hacían poco estable, clasificable, fiable. De los compañeros de Panero un caso curioso era Gimferrer, que tenía vocación de marica, imaginación de maricón y gusto de ninfo. El panorama poético, después de todo, era básicamente la lucha (subterránea), el resultado de la pugna entre poetas maricones y poetas maricas por hacerse con la Palabra. Los mariquitas, según Padilla, eran poetas maricones en su sangre que por debilidad o comodidad convivían y acataban —aunque no siempre— los parámetros estéticos y vitales de los maricas. En España, en Francia y en Italia los poetas maricas han sido legión, decía, al contrario de lo que podría pensar un lector no excesivamente atento. Lo que sucede es que un poeta maricón como Leopardi, por ejemplo, reconstruye de alguna manera a los maricas como Ungaretti, Montale y Quasimodo, el trío de la muerte. De igual modo Pasolini repinta a la mariquería italiana actual, véase el caso del pobre Sanguinetti (con Pavese no me meto, era una loca triste, ejemplar único de su especie). Para no hablar de Francia, gran lengua de fagocitadores, en donde cien poetas maricones, desde Villon hasta Sophie Podolski, cobijaron, cobijan y cobijarán con la sangre de sus tetas a diez mil poetas maricas con su corte de filenos, ninfos, bujarrones y mariposas, grandes directores de revistas literarias, grandes traductores, pequeños funcionarios y grandísimos diplomáticos del

Reino de las Letras (véase, si no, el lamentable y siniestro discurrir de los poetas de *Tel Quel*). Y no digamos nada de la mariconería de la Revolución Rusa, en donde, si hemos de ser sinceros, sólo hubo un poeta maricón. ¿Quién?, te preguntarás. ¿Maiakovski? No. ¿Yesenin? Tampoco. ¿Pasternak, Blok, Mandelstam, Ajmátova? Menos. Sólo uno, y ahora te saco de la duda, pero eso sí, maricón de las estepas y de las nieves, maricón de la cabeza a los pies: Jlébnikov. Y, en Hispanoamérica, ¿cuántos maricones verdaderos podemos encontrar? Vallejo y Martín Adán. Punto y aparte. ¿Macedonio Fernández, tal vez? El resto, maricas tipo Huidobro, mariposas tipo Alfonso Cortés (aunque éste tiene versos de maricona auténtica), bujarrones tipo León de Greiff, ninfos abujarronados tipo Pablo de Rokha (con ramalazos de loca que hubieran vuelto loco a Lacan), mariquitas tipo Lezama Lima, falso lector de Góngora, y junto con Lezama todos los maricas y mariquitas de la Revolución Cubana salvo Rogelio Nogueras, que era una ninfa con espíritu de maricón, para no mencionar sino de pasada a los poetas de la Revolución Sandinista: mariposas tipo Coronel Urtecho o maricas con voluntad de filenos tipo Ernesto Cardenal. Maricas también son los Contemporáneos de México (¡no, gritó Amalfitano, Gilberto Owen no!), de hecho «Muerte sin fin» es, junto con la poesía de Paz, la *Marsellesa* de los nerviosísimos poetas mexicanos. Más nombres: Gelman, ninfo, Benedetti, marica, Nicanor Parra, mariquita con algo de maricón, Westphalen, loca, Pellicer, mariposa, Enrique Lihn, mariquita, Girondo, mariposa. Y volvamos a España, volvamos al origen: Góngora y Quevedo, maricas; San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, maricones. Ya está todo dicho. Y ahora, para saciar tu curiosidad, algunas diferencias entre maricas y maricones. Los primeros piden hasta en sueños una verga de treinta centímetros que los abra y fecunde, pero a la hora de la verdad les cuesta Dios y ayuda encamarse con sus chulos. Los maricones, en cambio, pareciera que vivan permanentemente con una polla removiéndoles las entrañas y cuando se miran en un espejo (acto que aman y odian con toda su alma) descubren, en sus ojos hundidos, la identidad del Chulo de la Muerte. El chulo, para maricones y maricas, es la palabra que atraviesa ilesa los dominios de la nada. Por lo demás, y con buena voluntad, nada impide que maricas y maricones sean buenos amigos, se plagien con finura, se critiquen o se alaben, se publiquen o se oculten mutuamente en el furibundo y moribundo país de las letras.

—Te faltó la categoría de los simios parlantes —dijo Amalfitano cuando por fin Padilla se calló.

—Ah, los simios parlantes —dijo Padilla—, los monos maricones de Madagascar que no hablan para no trabajar.

Cuando Padilla tenía cinco años murió su madre, cuando tenía doce murió su hermano mayor. A los trece decidió que sería artista. Primero pensó que lo suyo era el teatro y el cine. Luego leyó a Rimbaud y a Leopoldo María Panero y quiso ser poeta además de actor. A los dieciséis había devorado literalmente toda la poesía que caía en sus manos y tuvo dos experiencias (más bien lamentables) en el teatro de aficionados de su barrio, pero no era suficiente. Aprendió inglés y francés, hizo un viaje a San Sebastián, al psiquiátrico de Mondragón, e intentó visitar a Leopoldo María Panero, pero los médicos, después de verlo y escucharlo durante cinco minutos, no lo dejaron.

A los diecisiete era un muchacho fuerte, culto, irónico, con brotes de mal humor que podían convertirse en ataques de violencia. En dos ocasiones llegó a la agresión física. La primera, mientras paseaba por la Ciudadela con un amigo, otro poeta, y dos jóvenes *skinheads* los insultaron. Posiblemente los llamaron maricas o algo así. Padilla, que de ordinario él mismo hacía esta clase de burlas, se detuvo, se acercó al más fornido y de un golpe en el cuello lo dejó sin aliento; cuando el muchacho hacía esfuerzos por mantener el equilibrio y al mismo tiempo respirar fue derribado de una patada en los testículos; su compañero intentó ayudarlo pero lo que vio en los ojos de Padilla fue superior a su grado de camaradería y optó por alejarse a la carrera del lugar del altercado. Todo fue muy rápido. Antes de marcharse, Padilla aún tuvo tiempo para patear un par de veces la calva cabeza de su contrincante caído. El joven poeta amigo de Padilla estaba horrorizado. Días después, al reprocharle su actitud (sobre todo la agresión última, las patadas gratuitas al enemigo en el suelo), Padilla respondió que contra los nazis él se permitía cualquier capricho. La palabra capricho en los labios adolescentes de Padilla sonaba como golosina. ¡Pero tú cómo sabes que eran nazis!, dijo su amigo. Iban rapados, respondió Padilla con ternura, en qué mundo vives. Además, añadió, la culpa es tuya, si recuerdas bien aquella tarde íbamos discutiendo sobre el amor, el Amor con mayúsculas, y tú todo el rato no hacías más que llevarme la contraria, refutando mis argumentos por ingenuos, pidiéndome que pusiera los pies en la tierra; cada frase tuya, que ponía en cuestión mis sueños, era como un martillo golpeándome el pecho. Luego aparecieron los *skinheads* y al dolor acumulado, que tú bien conocías, se añadió el dolor de la incompreensión.

El amigo nunca supo si Padilla hablaba en serio o no, pero a partir de entonces, en ciertos círculos, salir con Padilla a altas horas de la noche se convirtió en una garantía.

La segunda vez golpeó a su amante, un muchacho de dieciocho años, guapo aunque no demasiado inteligente, que una noche dejó el amor de Padilla por el de un arquitecto de treinta años, rico, tampoco demasiado inteligente, con el que cometió la torpeza de andar por ahí, por los lugares que antes frecuentaba con Padilla, pregonando su felicidad y un viaje relámpago a Tailandia y el verano en Italia y un

dúplex con *jacuzzi*, demasiado para el orgullo de Padilla, que entonces sólo tenía diecisiete años y vivía en casa de su padre, un piso oscuro de tres habitaciones en el Eixample. Esta vez, sin embargo, Padilla actuó con premeditación: esperó hasta las cinco de la mañana, escondido en un portal, el regreso a casa de su ex amante. Lo abordó después de que se marchara el taxi y el ataque fue violento y breve. No le tocó la cara. Golpeó su vientre y los genitales y, ya en el suelo, se dedicó a darle patadas en las piernas y en el culo. Si me denuncias te mato, amor mío, le advirtió antes de perderse mordiéndose los labios por las calles oscuras.

La relación con su padre era buena aunque algo distante y tal vez un poco triste. Los mensajes abruptos y enigmáticos que se lanzaban como al descuido solían ser malinterpretados por ambas partes. El padre pensaba que el hijo era muy inteligente, de una inteligencia superior a la media, pero a la vez profundamente desdichado. Y se culpaba a sí mismo y al destino. El hijo pensaba que el padre en una época lejana, acaso, pudo ser o llegar a ser una persona interesante, pero las muertes en la familia terminaron por convertirlo en un hombre apagado, resignado, a veces misteriosamente feliz (cuando por la tele daban un partido de fútbol), usualmente un tipo trabajador y parco que jamás le exigió nada, o tal vez sí, alguna conversación relajada e intrascendente de vez en cuando. Y eso era todo. No eran ricos, pero como el piso era de propiedad y el padre apenas gastaba, Padilla siempre tuvo a su disposición una cantidad regular de dinero. Con ese dinero iba al cine, al teatro, salía a cenar, compraba libros, pantalones vaqueros, una chaqueta de cuero con adornos metálicos, botas, lentes negros, un poco de hachís cada semana, muy de vez en cuando algo de coca, discos de Satie, pagaba sus estudios de Filología, sus abonos del metro, sus americanas negras y moradas, alquilaba habitaciones en el Distrito V adonde llevaba a sus amantes, y nunca se iba de vacaciones.

Tampoco el padre de Padilla hacía vacaciones. Cuando llegaba el verano Padilla y su padre dormían hasta tarde, con las persianas bajadas y el piso sumido en una penumbra suave, olorosa a la cena de la noche anterior. Luego Padilla salía a recorrer las calles de Barcelona y el padre, después de fregar los platos y arreglar un poco la cocina, dedicaba el resto del día a ver la televisión.

A los dieciocho años Padilla concluyó su primer libro de poesía. Le envió una copia a Leopoldo María Panero al psiquiatra de Mondragón, guardó el original en un cajón de su escritorio, el único que tenía cerradura y llave, y se olvidó del asunto. Tres años después, cuando conoció a Amalfitano, volvió a sacar los poemas del cajón y le rogó que los leyera. A Amalfitano le parecieron interesantes, tal vez demasiado atentos a ciertos formalismos, pero elegantes y bien acabados. Sus temas eran la ciudad de Barcelona, el sexo, la enfermedad, el crimen. En uno de ellos, por ejemplo, describía en perfectos alejandrinos unas cincuenta formas de masturbarse, cada una más dolorosa y terrible que la anterior, mientras un crepúsculo de ataque nuclear cubría lentamente los barrios suburbanos de la ciudad. En otro narraba minuciosamente la agonía de su padre, solo en su habitación, mientras el poeta

limpiaba la casa, cocinaba, racionaba los víveres de la despensa (cada vez menos), buscaba en la radio emisoras que transmitieran buena música, leía hundido en el sofá del salón e intentaba reordenar infructuosamente sus recuerdos. El padre, por supuesto, no acababa nunca de morir, y entre el sueño de éste y la vigilia del poeta se desplegaba, cubierto por el vapor, un puente en ruinas. Vladimír Holán es mi maestro en el arte de sobrevivir, le dijo a Amalfitano. Magnífico, pensó Amalfitano, uno de mis poetas preferidos.

Hasta entonces Amalfitano casi no había visto a Padilla, que muy raramente aparecía por sus clases. Tras la lectura y los comentarios favorables nunca más volvió a faltar. Pronto se hicieron amigos. Por entonces Padilla ya no vivía en casa de su padre, tenía alquilado un estudio cerca de la universidad, en donde celebraba fiestas y reuniones a las que no tardó en acudir Amalfitano. Allí se leían poemas y más entrada la noche los invitados escenificaban pequeñas obras de teatro en catalán. A Amalfitano aquello le pareció encantador, como una vieja y desaparecida tertulia sudamericana, pero con más estilo y gusto, con más gracia, como debieron ser las tertulias de los Contemporáneos en México, si es que los Contemporáneos escribieron teatro, cosa que más bien hacía dudar a Amalfitano. También: se bebía mucho y en ocasiones alguno de los invitados sufría un ataque de histeria que solía terminar, después de los gritos y los llantos, con el histérico y dos voluntarios encerrados en el cuarto de baño intentando tranquilizarlo. De vez en cuando aparecía por allí una mujer, pero usualmente sólo eran hombres, la mayoría jóvenes, estudiantes de Letras y de Historia del Arte. También iba un pintor de unos cuarentaicinco años, un tipo extraño que sólo usaba ropas de cuero y que en las tertulias permanecía callado en un rincón, sin beber alcohol, fumando uno detrás de otro pequeños cigarrillos de hachís que extraía ya liados de una pitillera de oro. Y el dueño de una pastelería del barrio de Gracia, un gordo vivaracho y alegre que hablaba con todos y todo lo celebraba y que era, como no tardó en comprender Amalfitano, el que hacía de banquero de Padilla y los demás muchachos.

Una noche, mientras recitaban uno de los *Diálogos con Leucó* traducido al catalán por un muchacho muy alto y de extrema palidez, Padilla, disimuladamente, cogió una de las manos de Amalfitano. Este no lo rechazó.

La primera vez que hicieron el amor fue una madrugada de domingo, con la luz del alba filtrándose por las persianas bajadas, cuando ya todos se habían marchado y en el estudio sólo quedaban colillas y un caos de vasos y cojines desparramados. Amalfitano tenía cincuenta años y era la primera vez que follaba con un hombre. Yo no soy un hombre, dijo Padilla, soy tu ángel.

En cierta ocasión, recordaba Amalfitano, al salir de un cine Padilla le confesó que pensaba hacer una película en un futuro no muy lejano. La película se llamaría *Leopardi* y según Padilla iba a ser una biopic al estilo de Hollywood sobre el famoso y multidisciplinar poeta italiano. Como aquella que hizo John Huston sobre Toulouse-Lautrec. La película de Padilla, sin embargo, al no contar con un gran presupuesto (en realidad no contaba con ningún presupuesto) limitaría los papeles principales no a grandes actores sino a colegas escritores, los cuales trabajarían por amor al arte en general, por amor al *gobbo* en particular o simplemente por figurar. El papel de Leopardi estaba reservado para un joven poeta de La Coruña adicto a la heroína cuyo nombre Amalfitano había olvidado. El papel de Antonio Ranieri Padilla lo tenía reservado para sí mismo. Es el más interesante de todos, adujo. El conde Monaldo Leopardi lo iba a personificar Vargas Llosa, a quien el papel, con un poco más de sombra en la cara y algo de talco, le iba como anillo al dedo. Paolina Leopardi era para Blanca Andreu. Carlo Leopardi, para Enrique Vila-Matas. El papel de la condesa Adelaida Antici, la madre del poeta, sería ofrecido a Josefina Aldecoa. Adelaida García Morales y Carmen Martín Gaité harían de campesinas de Recanati. Giordani, el fiel amigo y confidente epistolar, por cierto, un tanto meapilas, Muñoz Molina. Manzoni: Javier Marías. Dos cardenales del Vaticano, temblorosos latinistas, nefandos helenistas: Cela y Juan Goytisolo. El tío Carlo Antici estaba reservado para Juan Marsé. El editor Stella sería ofrecido a Herralde. Fanny Targioni, la voluble y demasiado humana Fanny, a Soledad Puértolas. Y luego estaban algunos de los poemas, que para mayor comprensión del público serían interpretados por actores. Es decir, los poemas serían apariciones corporales y no una escala de palabras. Ejemplo: Leopardi está escribiendo «El infinito» y desde debajo de su mesa surge, en un papel breve pero eficaz, Martín de Riquer, por poner un ejemplo, aunque Padilla dudaba que el eminente catedrático aceptara la gloria efímera del cinematógrafo. El «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», el poema preferido de Padilla, sería interpretado por Leopoldo María Panero desnudo o cubierto con un minúsculo traje de baño. Eduardo Mendicutti interpretaría «A Silvia». Enrique Vila-Matas: «La calma después de la tormenta». «A Italia», el poeta Pere Girau, el mejor amigo de Padilla. Los interiores pensaba rodarlos en su propio piso del Eixample y en el gimnasio de un ex amante sito en el barrio de Gracia. Los exteriores en Sitges, en Manresa, en el barrio gótico de Barcelona, en Girona, en Olot, en Palamós. Incluso tenía una idea absolutamente original y revolucionaria para recrear Nápoles en 1839 y la epidemia de cólera que asoló la ciudad, una idea que hubiera podido vender a los grandes estudios de Hollywood, pero Amalfitano no la recordaba.

SOBRE LA RUINA DE AMALFITANO EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

El rector y el jefe del Departamento de Literatura encargaron al profesor Carrera la misión de comunicarle a Amalfitano su situación en la universidad. Antoni Carrera tenía cuarentaiiocho años, un pasado de militante antifranquista y una posición social a simple vista envidiable. Parecía un hombre feliz y razonablemente satisfecho. Con su sueldo y el de su mujer, profesora de francés en un instituto, pagaba la hipoteca de una vieja casa que había remodelado siguiendo sus propios sueños y algún que otro capricho de un arquitecto amigo. La casa era magnífica, tenía seis habitaciones, una sala enorme y luminosa, un jardín y una pequeña sauna que constituía el mayor orgullo doméstico del profesor Carrera.

Su hijo, de diecisiete años, era un buen estudiante o al menos eso creían los Carrera, medía uno noventa y todos los sábados por la tarde lo iban a ver jugar al baloncesto en un club de Sant Andreu. Los tres gozaban de buena salud. La relación entre Antoni Carrera y Anna Carrera había atravesado malas temporadas e incluso en una época ya lejana les faltó poco para divorciarse, pero de eso hacía mucho y el matrimonio paulatinamente se había estabilizado; ahora eran buenos amigos, compartían algunas cosas, pero en general cada uno hacía su vida. Una de las cosas que compartían era la amistad con Amalfitano. Cuando éste llegó a la universidad no conocía a nadie y Carrera, compadecido y siguiendo las reglas no escritas de la hospitalidad docente, preparó una cena en su casa, su acogedora y magnífica casa, e invitó a Amalfitano y a otros tres colegas de departamento. Fue una reunión atípica. Los profesores no conocían ni tenían un particular interés por conocer a Amalfitano (la literatura latinoamericana ya no despertaba pasiones); las mujeres de los profesores daban la impresión de aburrirse soberanamente; su propia mujer no estaba de muy buen ánimo. Y Amalfitano no apareció a la hora convenida. La verdad es que tardó mucho en llegar y los profesores, hambrientos, se impacientaron. Uno sugirió que empezaran sin él. La mayoría lo hubiera secundado de no ser porque Anna Carrera no estaba de humor para empezar dos veces la misma cena. Así que se dedicaron a comer tapas de queso y jamón serrano y a especular sobre la impuntualidad de los sudamericanos. Cuando Amalfitano por fin apareció iba acompañado de una adolescente de notoria belleza. Al principio los Carrera pensaron, estupefactos, que se trataba de su mujer. Humbert Humbert, pensó aterrorizado Antoni, segundos antes de que Amalfitano la presentara como su única hija. Soy viudo, dijo después sin que nadie se lo preguntara.

La cena, tal como Anna temía, transcurrió por los senderos trillados de siempre. Los Amalfitano, padre e hija, resultaron poco locuaces. Los profesores hablaban de seminarios, de libros, de política universitaria y de chismes, sin que nadie supiera con

exactitud cuándo se referían a cada cosa: los chismes se convertían en seminarios, la política universitaria en libros, los seminarios en política universitaria, los libros en chismes, hasta agotar todas las variantes. En realidad sólo hablaban de una cosa: de su trabajo. En las ocasiones en que intentaron que Amalfitano contara anécdotas similares de su anterior universidad (una muy pequeña en donde sólo me dediqué a preparar un curso sobre Rodolfo Wilcock, dijo entre modoso y avergonzado) el resultado fue decepcionante. Nadie había leído a Rodolfo Wilcock, a nadie le importaba. Su hija hablaba menos, las mujeres de los profesores recibían monosílabos pese a todos sus esfuerzos por saber si a Rosa le gustaba Barcelona, sí, si ya entendía algo de catalán, no, si había vivido en muchos países, sí, si le resultaba difícil llevar la casa de su padre viudo y despistado como todos los profesores de literatura, no. Aunque a la hora del café (*después* de comer, pensó Carrera, como si el padre y la hija estuvieran acostumbrados a comer en silencio) los Amalfitano empezaron a participar en las conversaciones. Alguien, piadosamente, sacó a colación un tema relacionado con la literatura latinoamericana y dio pie a las primeras parrafadas largas de Amalfitano. Hablaron de poesía. Para sorpresa de todos y disgusto de alguno (sorpresa y disgusto fingidos, ciertamente) Amalfitano tenía en mayor consideración a Nicanor Parra que a Octavio Paz. A partir de entonces, por lo que concernía a los Carrera, que ni habían leído a Parra ni les importaba gran cosa Octavio Paz, todo empezó a ir bien. A la hora de los whiskys Amalfitano era francamente simpático, ocurrente, brillante, y Rosa Amalfitano, a medida que la alegría de su padre se desplegaba y seducía, adoptó a su vez una actitud más dialogante, más abierta, aunque manteniendo siempre una suerte de cautela, de vigilancia, que por contraste le proporcionaba un encanto extra, encanto que a Anna Carrera le pareció de lo más singular. Una niña inteligente, una niña guapa y responsable, pensó, dándose cuenta de que imperceptiblemente ya la había empezado a querer.

Una semana después los Carrera volvieron a invitar a cenar a los Amalfitano, pero esta vez en lugar de los profesores y sus esposas el quinto comensal era Jordi Carrera, el orgullo de su madre, un adolescente esbelto y con una timidez en ciertos aspectos similar a la de Rosa.

Tal como esperaba Anna, se hicieron amigos en el acto. Y la amistad de los hijos corrió paralela a la amistad de los padres, al menos mientras los Amalfitano vivieron en Barcelona. Rosa y Jordi comenzaron a verse por lo menos dos veces a la semana. Amalfitano y los Carrera una vez a la semana o una vez cada quince días se telefoneaban, cenaban juntos, iban al cine, acudían a exposiciones y conciertos, se quedaban durante horas, los tres, en la sala de los Carrera, junto a la chimenea en invierno o en el jardín en verano, hablando y contándose historias de cuando tenían veinte años, treinta, y un valor a prueba de espantos. Sobre el pasado, sobre sus pasados particulares, los tres tenían opiniones divergentes. A Anna le daba tristeza recordar aquellos días, una tristeza dulzona y en cierto sentido plácida, pero tristeza al fin. Antoni Carrera veía sus años heroicos con indiferencia, como algo necesario pero

casi inexistente; despreciaba la nostalgia y la melancolía como sentimientos inútiles y estériles. A Amalfitano, por el contrario, recordar lo mareaba, lo excitaba, lo deprimía, era capaz de llorar delante de sus amigos o de reírse a carcajadas.

Las reuniones solían terminar de madrugada, cuando Carrera metía a Amalfitano en el coche y lo llevaba de vuelta a su piso en el otro extremo de Barcelona pensando cómo era posible que con él llegara tan fácilmente a las confidencias, a esa confianza que de ordinario le costaba tanto otorgársela a nadie. Por su parte Amalfitano acostumbraba a hacer ese viaje medio dormido, mirando con los ojos entrecerrados las avenidas vacías, los anuncios amarillos, los edificios iluminados y oscuros, en paz consigo mismo dentro del automóvil de Carrera, cierto de llegar sano y salvo a su casa en donde entraría sin hacer ruido, la chaqueta en el perchero, un vaso de agua y antes de meterse en la cama una última mirada, por pura costumbre, en el cuarto de Rosa.

Y ahora el rector y el jefe del departamento, siempre tan prudentes, tan discretos, ponían en manos de Carrera, porque usted lo frecuenta, podríamos considerar que es su amigo, a usted lo va a oír (¿había allí una amenaza?, ¿una broma que sólo el rector y el jefe del departamento entendían?), esta misión tan delicada, que ha de llevarse a término con tacto, comedimiento, persuasión y al mismo tiempo con firmeza. Una firmeza inquebrantable. Y quién mejor que usted, Antoni. Quién mejor que usted para solucionar este problema.

Así pues, Amalfitano no se sorprendió cuando Carrera le dijo que debía dejar la universidad. Jordi, por indicación de sus padres, se había encerrado en la habitación de Rosa y desde el fondo del pasillo llegaban los ruidos apagados del aparato de música. Durante un rato Amalfitano permaneció callado, mirando la alfombra y los pies de los Carrera sentados uno al lado del otro en el sofá. Así que se quieren deshacer de mí, dijo por fin.

—Quieren que te vayas voluntariamente, de la forma más discreta posible —dijo Antoni Carrera.

—Si no lo haces te llevarán a juicio —dijo Anna Carrera.

—Estuve hablando con alguna gente del departamento y eso es lo mejor que puedes hacer —dijo Antoni Carrera—, de lo contrario te expones a todo.

—¿Qué es todo? —quiso saber Amalfitano.

Los Carrera lo miraron con pena. Luego Anna se levantó, fue a la cocina y volvió con tres copas. Cuando su marido, la noche anterior, le dijo que los días de Amalfitano en la universidad estaban contados, y por qué estaban contados, ella se puso a llorar. ¿Dónde tienes el coñac?, preguntó. Tras unos segundos en los cuales Amalfitano no supo qué demonios quería esa mujer, respondió que ya no bebía coñac. Lo dejó, dijo cerrando los ojos, los pulmones llenos de aire como si se dispusiera a subir una cuesta. No una cuesta, pensó Amalfitano, mientras se imaginaba a toda la facultad al tanto de sus deslices, una montaña. La montaña de mi culpa. En el aparador había una botella de licor de manzanas.

—Ahora no te quejes —dijo Antoni Carrera como si le leyera el pensamiento—, la culpa, después de todo, ha sido tuya. Debiste ser más prudente a la hora de elegir a tus amigos.

—Yo no los elegí —sonrió Amalfitano—, fueron ellos los que me eligieron, o la vida.

—No te pongas cursi, por Dios —dijo Anna Carrera, en el fondo enojada de que un hombre todavía guapo, y ella lo encontraba verdaderamente guapo, con ese pelo blanco y abundante y un cuerpo delgado y fibroso y una estatura de galán de cine, hubiera preferido acostarse con chicos probablemente llenos de granos en lugar de con mujeres—. La cagaste y ahora debes asumir las consecuencias, debes pensar en lo mejor para ti pero sobre todo en lo mejor para tu hija. Si te haces el gallito los del Departamento de Letras te van a llenar de mierda —dijo mientras llenaba hasta los bordes tres vasos de licor de manzana Viuda Canseco.

Qué manera más rotunda y clara de expresarse, pensó admirado y deprimido Antoni Carrera.

Anna les alcanzó los vasos:

—Tomad, lo vamos a necesitar. Lo mejor que podríamos hacer es mandar a los niños al cine y emborracharnos nosotros tres.

—No es mala idea —dijo Amalfitano.

—La universidad está podrida —dijo sin convicción Antoni Carrera.

—¿Pero qué significa eso? —volvió a preguntar Amalfitano.

—Significa que en el mejor de los casos tu carrera quedará con una mancha difícil de borrar. En el peor, puedes acabar en la cárcel por corruptor de menores.

¿Quién era menor, Dios Santo?, pensó Amalfitano, y recordó las caras del poeta Pere Girau y de otro que de vez en cuando aparecía por el estudio de Padilla, un estudiante de Economía con el que nunca se acostó pero al que vio en brazos de Padilla, el recuerdo lo excitó, el muchacho se entregaba a Padilla con una fuerza que él jamás tendría, entre sollozos y súplicas, pidiéndole a gritos que no se lo sacara, que siguiera moviéndose, como si el desgraciado fuera una mujer, pensó Amalfitano, y tuviera orgasmos múltiples. Qué asco me doy, reflexionó, aunque la verdad es que no se daba ningún asco. Recordó también a otros muchachos a quienes no había visto nunca y que sin embargo se decían alumnos suyos, la pandilla de Padilla, las ladillas de Padilla, a quienes favorecía en los exámenes (pero no mucho) y con quienes luego se veía en las fiestas y en las romerías de madrugada por el James Dean, el Roxy, el Simplicissimus, el Gardel, el Encuentros Fortuitos, el Doña Rosita y el Atalante.

—¿Cómo pudiste arriesgarte tanto? —dijo Antoni Carrera.

—Siempre usé condones —dijo Amalfitano rememorando el cuerpo de Padilla.

Los Carrera lo miraron perplejos. Anna se mordió el labio inferior. Amalfitano cerró los ojos. Reflexionaba. En Padilla y sus condones. Y de pronto se dio cuenta de que ese acto estaba iluminado por una luz terrorífica. Padilla *siempre* usó condones en sus relaciones con él. ¡Y yo sin darme cuenta! ¿Qué horror, qué delicadeza se

escondían tras ese gesto?, pensó Amalfitano con un nudo en la garganta. Por un instante temió desmayarse. La música que llegaba desde la habitación de Rosa le disuadió de hacerlo.

—El rector, en el fondo, se ha portado civilizadamente —dijo Antoni Carrera.

—Ponte en su lugar —dijo Anna Carrera pensando todavía en los condones.

—Me pongo —respondió Amalfitano con abatimiento.

—¿Entonces, harás lo que te indiquemos? ¿Serás razonable?

—Lo haré. ¿Cuál es el plan?

El plan era que pidiera oficialmente la baja aduciendo cualquier tipo de enfermedad. Un estrés, por ejemplo, dijo Antoni Carrera, cualquier cosa. Durante dos meses seguiría percibiendo su sueldo íntegro, al cabo de los cuales debía renunciar. La universidad, por descontado, extendería todos los papeles favorables pertinentes y correría un tupido velo sobre el asunto. Por descontado no debía ocurrírsele aparecer, bajo ninguna circunstancia, en la facultad. ¿Ni siquiera a buscar mis cosas?, dijo Amalfitano. Tus cosas están en el maletero de nuestro coche, dijeron los Carrera acabando al unísono, también, sus licores de manzana.

Yo, pensó Amalfitano, que fui un niño inventivo, cariñoso y alegre, el más listo de mi preparatoria perdida en los lodazales y el más valiente de mi liceo perdido entre las montañas y la bruma, yo que fui el más cobarde de los adolescentes y que durante las tardes de combates con honda me dediqué a leer y a soñar reclinado sobre los mapas de mi libro de geografía, yo que aprendí a bailar el rock and roll y el twist, el bolero y el tango, pero no la cueca, aunque en más de una ocasión me lancé al centro de la ramada, pañuelo en ristre y jaleado por mi propia alma pues no tuve amigos en esa hora patria sino más bien enemigos, huasos puristas escandalizados por mi cueca con taconeo, la heterodoxia gratuita y suicida, yo que dormí las borracheras bajo un árbol y que conocí los ojos desamparados de la Carmencita Martínez, yo que nadé una tarde de tormenta en Las Ventanas, yo que preparaba el mejor café de mi departamento compartido con otros estudiantes en el centro de Santiago y mis compañeros, sureños como yo, me decían qué bueno tu café, Óscar, qué bueno tu cafecito, aunque un poco fuerte si hemos de ser francos, demasiado italiano si hemos de ser francos, yo que oí el canto de los Huevones Integrales, una y otra vez, en las micros y en los restaurantes, como si me hubiera vuelto loco, como si la Naturaleza, afinándome el oído, hubiera querido advertirme de algo tremendo e invisible, yo que entré en el Partido Comunista y en la Asociación de Estudiantes Progresistas, yo que escribí panfletos y leí *El Capital*, yo que amé y me casé con Edith Lieberman, la mujer más hermosa y más cariñosa del Hemisferio Sur, yo que no supe que Edith Lieberman se merecía todo, el sol y la luna y mil besos y luego otros mil y mil más, yo que tomé copas con Jorge Teillier y que hablé de psicoanálisis con Enrique Lihn, yo que fui expulsado del Partido y que seguí creyendo en la lucha de clases y en la lucha por la Revolución Americana, yo que fui profesor de literatura en la Universidad de Chile, yo que traduje a John Donne y piezas de Ben Jonson y a Spenser y a Henry Howard, yo que firmé proclamas y cartas de grupos izquierdistas, yo que creí en el cambio, algo que limpiara un poco tanta miseria y tanta abyección (sin saber todavía, inocente, lo que era la miseria y la abyección), yo que fui un sentimental y que en el fondo sólo quería pasear por avenidas luminosas con Edith Lieberman, una y otra vez, sintiendo su cálida mano en mi mano, tranquilos, amándonos, mientras a nuestras espaldas crecía la tempestad y el huracán y los terremotos del porvenir, yo que predije la caída de Allende y que sin embargo no tomé ninguna medida al respecto, yo que fui detenido y llevado a interrogar con los ojos vendados y que soporté la tortura cuando otros más fuertes se derrumbaron, yo que escuché los gritos de tres estudiantes del Conservatorio mientras eran torturadas y violadas y asesinadas, yo que me pasé varios meses en el campo de concentración de Tejas Verdes, yo que salí con vida y que me reuní con mi mujer en Buenos Aires, yo que seguí manteniendo lazos con grupos de izquierda, una galería de románticos (o de modernistas), pistoleros, psicópatas, dogmáticos e imbéciles, todos sin embargo

valientes, ¿pero de qué sirve la valentía?, ¿hasta cuándo hemos de seguir siendo valientes?, yo que di clases en la Universidad de Buenos Aires, yo que traduje del francés *La rosa ilimitada* de J. M. G. Arcimboldi para una editorial de Buenos Aires mientras escuchaba cómo mi Edith adorada decía que acaso el nombre de nuestra hija era un homenaje al título de la novela de Arcimboldi y no, como yo le aseguraba, una forma de recordar a Rosa Luxemburgo, yo que vi a mi hija sonreír en Argentina y gatear en Colombia y dar sus primeros pasos en Costa Rica y luego en Canadá, de universidad en universidad, saliendo de los países por cuestiones políticas y entrando por imperativos docentes, con los restos de mi biblioteca auestas, con los pocos vestidos de mi mujer, cada vez más delicada de salud, con los poquísimos juguetes de mi hija, con mi único par de zapatos a los que llamaba Los Invencibles, piel milagrosa forjada en el taller de un viejo zapatero italiano del barrio de La Boca, yo que hablé en tardes sofocantes con los nuevos carboneros de Latinoamérica, yo que vi salir humo de un volcán y mamíferos acuáticos con forma de mujer retozando en un río color café, yo que participé en la Revolución Sandinista, yo que dejé a mi mujer y a mi hija y entré en Nicaragua con una columna guerrillera, yo que traje a mi mujer y a mi hija a Managua y cuando me preguntaron en qué combates había participado les dije que en ninguno, que siempre estuve en la retaguardia, pero que vi heridos y agonizantes y muchos muertos, les dije que vi los ojos de los que volvían y que tanta belleza mezclada con tanta mierda me hizo vomitar durante todo lo que duró la campaña, yo que fui profesor de literatura en Managua y que no tuve más privilegios que impartir seminarios de literatura isabelina y enseñar la poesía de Huidobro, Neruda, De Rokha, Borges, Gironde, Martín Adán, Macedonio Fernández, Vallejo, Rosamel del Valle, Owen, Pellicer, a cambio de un sueldo miserable y de la indiferencia de mis pobres alumnos que vivían en el filo, yo que terminé marchándome a Brasil, en donde ganaría más dinero y podría pagar la atención médica que mi mujer necesitaba, yo que me bañé con mi hija sobre los hombros en las playas más hermosas del mundo mientras Edith Lieberman, que era más hermosa que esas playas, nos contemplaba desde la orilla, descalza en la arena, como si supiera cosas que yo jamás iba a saber y que ella nunca me diría, yo que me quedé viudo una noche como de plástico y cristales rotos, una noche a las tres y cuarenta y cinco minutos mientras estaba sentado junto al lecho de Edith Lieberman, chilena, judía, profesora de francés, y en la cama de al lado una brasileña soñaba con un cocodrilo, un cocodrilo mecánico que perseguía a una niña por un cerro de cenizas, yo que tuve que seguir adelante, ahora padre y madre de mi hija, pero que no supe cómo hacerlo y añadí más dolor a mi dolor, yo que contraté a una criada por primera vez en mi vida, Rosinha, nordestina, de veintiún años, madre de dos criaturas que se quedaron en el pueblo y que fue un hada buena para mi hija, yo que una noche después de escuchar sus penas me acosté con Rosinha y que probablemente fui un brujo malo para ella, yo que traduje a Osman Lins y que fui amigo de Osman Lins aunque mis traducciones jamás se vendieron, yo que conocí en Río a los izquierdistas

más simpáticos del orbe, yo que por simpatía, por gusto, por desafío, por amor al arte, por un jodido sentido de lo que debía hacer, por convicción, porque sí, por reírme un poco volví a meterme en los líos de siempre y tuve que abandonar Brasil con el tiempo justo de empacar lo poco que nos pudimos llevar, yo que en el aeropuerto de Río vi a mi hija llorando y a Rosinha llorando y a Moreira diciendo pero qué les pasa a estas mujeres y a Luiz Lima diciendo escribenos apenas llegues y a la gente que iba y venía por las salas del aeropuerto y al fantasma de Edith Lieberman más alto que el Cristo del Corcovado, pero que nadie veía, ni la gente que llegaba o se iba, ni mis amigos, ni Rosinha, ni mi hija, el fantasma de Edith Lieberman silencioso y sonriente que dejábamos atrás, yo que llegué a París sin trabajo y con unos pocos ahorros, yo que trabajé pegando carteles y limpiando suelos de oficinas mientras mi hija dormía en nuestra *chambre de bonne* en la rue des Eaux, yo que bregué y bregué hasta que me salió un trabajo en un instituto, yo que conseguí trabajo en una universidad alemana, yo que llevé a mi hija de vacaciones a Grecia y Turquía, yo que llevé a mi hija de vacaciones por el Nilo, siempre ella y yo, con amigos y amigas que se acercaban pero que no podían llegar al corazón secreto de nuestro cariño, yo que conseguí trabajo en una universidad holandesa y di un seminario sobre Felisberto Hernández que me granjeó consideración y cierta fama, yo que escribí en el semanario *Tanto Peor* que sacaban en París anarquistas franceses e izquierdistas latinoamericanos y que descubrí lo agradable que era estar en la disidencia en un país civilizado, yo que descubrí las primeras señales de la vejez (o del cansancio) que ya estaban desde hacía años en mi cuerpo pero que hasta entonces no había notado, yo que me fui a vivir a Italia y a trabajar en Italia y a viajar por Italia, la patria de mis abuelos, yo que escribí sobre Rodolfo Wilcock, el hijo querido de Marcel Schwob, yo que participé en conferencias y coloquios por toda Europa, tomando aviones como si fuera un alto ejecutivo, durmiendo en hoteles de cinco estrellas y cenando en restaurantes recomendados por la guía Michelin, todo a cuenta de contar cosas sobre la literatura, sobre los que hicieron la literatura, yo que finalmente recalé en la Universidad de Barcelona, en donde me entregué a mi trabajo con entusiasmo y honestidad, yo que descubrí mi homosexualidad al mismo tiempo que los rusos descubrían su vocación capitalista, yo que fui descubierto por Joan Padilla como quien descubre un continente, yo que fui arrastrado al delirio y redescubrí el placer y pagué por ello, yo que soy motivo de escarnio, la vergüenza del claustro y por ello llamado el sudaca desvergonzado, el sudaca mariquita, el sudaca pervertidor de menores, la reinona del Cono Sur, yo que permanezco ahora encerrado en mi piso escribiendo cartas, moviendo a mis amistades, buscando un empleo en alguna universidad, y pasa el tiempo, los días, las semanas y nadie me contesta, como si de pronto hubiera dejado de existir, como si en estos tiempos de crisis en ningún lugar hicieran falta profesores de literatura, yo que hice tantas cosas y que creí en tantas cosas ahora me quieren hacer creer que sólo soy un viejo asqueroso y que nadie me proporcionará un trabajo, que nadie se interesará por mí...

Horacio Guerra, catedrático de literatura y cronista oficial de Santa Teresa, polígrafo ilustre según algunos amigos de México D.F., adonde iba una vez cada cuatro meses a *empaparse de ideas*, tenía, como Amalfitano, cincuenta años, aunque a diferencia de él comenzaba a disfrutar de un prestigio conseguido, Dios lo sabía, a pulso.

De familia humilde, su vida entera había sido un obstinado esfuerzo por progresar. Becado por el gobierno de Sonora, terminó los estudios universitarios a los veintiocho años; no fue un buen estudiante, pero era curioso y, a su manera, laborioso. A los veintiún años publicó un libro de sonetos y catáforas (*Encanto del alba*, Tijuana, 1964) que le valió la consideración de algunos influyentes reseñistas de periódicos norteros y la inclusión, seis años después, en la antología de joven poesía mexicana hecha por una señorita de Monterrey que consiguió enfrentar en una breve lucha dialéctica a Octavio Paz y Efraín Huerta (ambos despreciaron la antología, aunque por motivos que se anulaban y contraponían mutuamente).

En 1971 se trasladó a Santa Teresa, en cuya universidad comenzó a trabajar. El contrato al principio sólo era de un año, tiempo que utilizó Horacio Guerra para concluir un estudio y una antología de la obra de Orestes Gullón (*El Templo y el Bosque: la poesía de O. Gullón*, prologada y anotada por H. Guerra, Universidad de Santa Teresa, 1973), malogrado poeta oaxaqueño y antiguo amigo del rector de la universidad. El contrato se extendió por otro año y luego por cinco y luego indefinidamente. A partir de entonces sus intereses se dispararon. Pareció como si de pronto el profesor Guerra se hubiera metamorfoseado en un escritor renacentista. Desde la obra escultórica y arquitectónica de la escuela del maestro Garabito hasta la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz y Ramón López Velarde, pilares de la mexicanidad, todo lo tocó, todo lo quiso conocer, todo lo estudió. Escribió un tratado sobre la flora y la fauna del noroeste mexicano y no tardó en ser nombrado presidente honorario del Jardín Botánico de Santa Teresa. Escribió una breve historia del casco antiguo de la ciudad, mantuvo una columna periódica llamada «Remembranzas Callejeras» y finalmente fue nombrado cronista oficial, distinción que lo llenó de satisfacción y orgullo. Toda su vida recordaría la ceremonia, una reunión informal pero a la que asistió el obispo de Sonora y el gobernador del estado.

En los ambientes académicos su presencia era inevitable: tal vez fuera lento y no excesivamente simpático pero se dejaba ver en los lugares donde debía dejarse ver. Los demás profesores se dividían entre los que lo admiraban y los que lo temían; rebatir sus ideas, sus iniciativas, su concepción de la docencia era fácil pero no recomendable si uno no quería quedar marginado de las actividades y de la vida social de la universidad. Pese a ser un hombre serio, estaba al tanto de todos los chismes y de todos los secretos.

En 1977 dio a la imprenta un libro sobre la escuela potosina del maestro Garabito

que tantas huellas dejara en los edificios públicos y en las plazas del norte de México (*Estatuas y casas de la Frontera*, Universidad de Santa Teresa, con treinta fotos e ilustraciones). Poco después de ser nombrado catedrático vio la luz la que consideraba su obra maestra: *Estudios Ramonianos*, sobre la obra y la vida de Ramón López Velarde (Universidad de Santa Teresa, 1979). Al año siguiente apareció su libro sobre Sor Juana Inés de la Cruz (*El nacimiento de México*, Universidad de Santa Teresa, 1980), obra dedicada al rector de la universidad y que suscitó cierta polémica: en dos periódicos del D.F. fue acusado de plagio pero el infundio no prosperó. Para entonces entre él y Pablo Negrete, el rector, se había consolidado algo que superficialmente podía ser llamado amistad. Se veían, es cierto, a veces tomaban una copa juntos, pero no eran amigos. Guerra se sabía el archipámpano del rector —*archipámpano*, el nombre lo hería y le hacía bien, pomposo y miserable, pero el único que podía acomodarse a su situación— y no obstante pensaba que él también, llegado el momento, sería rector y protegería bajo sus alas a otro profesor de circunstancias parecidas a las suyas. Desde hacía unos cuantos años, además, sospechaba que Pablo Negrete delegaba en él sólo los asuntos que pertenecían a la *carne*, solucionando las cosas del *mundo* sin su concurso.

Vivía en el sobresalto permanente.

En la época en que Amalfitano lo conoció, Horacio Guerra era un hombre bien vestido (en esto como en tantos otros aspectos coincidía con el rector al que los años convirtieron en un dandi) entre profesores y alumnos mal vestidos o vestidos de cualquier manera. Era de trato cordial aunque a veces levantaba en exceso la voz. Sus ademanes, desde hacía unos años, tendían a ser perentorios. Se decía que estaba enfermo, pero nadie sabía de qué. Probablemente de los nervios. Nunca faltaba a sus clases. Vivía en un departamento de ciento cincuenta metros cuadrados en el centro de Santa Teresa. Permanecía soltero. Desde hacía tiempo sus alumnos lo llamaban por el más simpático y apacible nombre de Horacio Tregua.

Después de cincuenta solicitudes de trabajo y de molestar a los pocos amigos que le quedaban, la única universidad que se interesó por los servicios de Amalfitano fue la de Santa Teresa. Durante una semana entera Amalfitano dudó si aceptar o esperar junto al buzón la llegada de una oferta mejor. En lo relativo a la calidad sólo eran peores una universidad guatemalteca y otra hondureña, aunque ninguna de estas dos se dignó siquiera a rechazar por escrito su candidatura. De hecho, las únicas universidades que respondieron, negativamente, fueron aquellas europeas con las que Amalfitano había tenido un trato anterior. Sólo quedaba la Universidad de Santa Teresa y al cabo de una semana de darle vueltas, sumido en una depresión que cada día se agravaba, Amalfitano contestó afirmativamente y no tardó en recibir una copia de su contrato, los papeles y formularios que debía rellenar para su permiso de trabajo y la fecha en que esperaban verlo aparecer en Santa Teresa.

A Rosa le mintió, le dijo que el trabajo tocaba a su fin y que debían marcharse. Rosa pensó que volverían a Italia, pero no le disgustó saber que irían a México.

Por las noches Amalfitano y su hija hablaban del viaje. Hacían planes, estudiaban mapas del norte de México y del sur de Estados Unidos, decidían qué lugares visitarían en las primeras vacaciones, el automóvil que comprarían (uno de segunda mano, tal como se veía en las películas, en uno de esos lugares al aire libre con un vendedor de traje celeste, corbata roja y botas de piel de serpiente), la casa que alquilarían, no más pisos, una casa pequeña de dos o tres habitaciones, pero con jardín y patio trasero para hacer barbacoas, aunque ni Amalfitano ni su hija sabían con certeza en qué consistía una barbacoa: Rosa afirmaba que era una parrilla instalada en el patio (de ser posible, junto a la piscina) en donde se asaban carnes e incluso pescados; Amalfitano creía que en México consistía más bien en un hoyo, un hoyo cavado en el campo, preferiblemente, en donde metían brasas ardiendo, luego una capa de tierra, luego trozos de chivo, luego otra capa de tierra, y finalmente más brasas ardiendo; los pedazos de carne, según Amalfitano, iban envueltos en hojas de un árbol milenario cuyo nombre no recordaba. O en papel de aluminio.

Los últimos días de Barcelona Amalfitano permanecía durante horas sentado en su escritorio, aparentemente trabajando, pero en realidad sin hacer nada. Pensaba en Padilla, en su hija, en su mujer muerta, en escenas inconexas de su juventud y de su infancia. Rosa, por el contrario, no paraba en casa, como si justo ahora que debía dejar Barcelona un deseo incontenible de recorrer sus calles, de conocer y memorizar cada rincón, la poseyera. Generalmente salía sola, aunque en ocasiones la acompañaba, silencioso y distante, Jordi Carrera. Amalfitano lo escuchaba llegar y tras un corto intervalo en que parecía que no ocurría nada los escuchaba irse y era entonces cuando más se arrepentía de tener que abandonar Barcelona. Luego permanecía despierto, aunque sin encender la luz, hasta la una de la mañana o las dos o las tres, que era la hora en que Rosa solía regresar.

A Amalfitano Jordi le parecía un chico tímido y formal. A Rosa le gustaba su manera de ser silenciosa, que confundía con una actitud reflexiva cuando en realidad sólo era una de las manifestaciones de la confusión que bullía en su cabeza. Cada día que pasaba era para ambos jóvenes como una señal, el anuncio de un porvenir cercano cargado de hallazgos; Rosa sospechaba que el viaje a México marcaría el final de su adolescencia; Jordi intuía que aquellos días lo iban a atormentar en el futuro y no sabía cómo evitarlo.

Una noche fueron a un concierto. Otra noche a una discoteca en donde bailaron largo rato como dos desconocidos.

¿Quiénes fueron al aeropuerto? Los Carrera, y treinta minutos antes de embarcar, Padilla y el poeta Pere Girau. La despedida de Jordi y Rosa fue silenciosa. La de los Carrera y Amalfitano tradicional, un abrazo y mucha suerte, escribe. Antoni Carrera conocía de oídas al poeta Pere Girau pero lo saludó con educación. Anna Carrera, por el contrario, le preguntó si había publicado algo y si así era en dónde podía comprarlo. Jordi miró a su madre con incredulidad. Pero si tú no lees poesía, dijo. Rosa, que de pie junto a Jordi parecía mucho más pequeña de lo que era, dijo: nunca es tarde para empezar, aunque yo me decantaría por algo más clásico y más sólido. ¿Qué, por ejemplo?, dijo el poeta Pere Girau, quien al lado de Jordi parecía considerablemente más pequeño (incluso que Rosa) y al que la palabra sólido le dolió. Padilla levantó la vista al cielo. Amalfitano parecía interesado en leer la letra pequeña de sus billetes de embarque. Catulo, dijo Rosa, que es corto y divertido. Ay, Catulo, dijo Anna, lo leí hace tanto, creo que en la universidad, fue allí, ¿no? Sí, dijo Antoni Carrera, lo leímos, por supuesto. Ya ves, dijo Anna a su hijo, sí que he leído poesía. Jordi se encogió de hombros, pero eso fue hace mucho, seguro que ya no te acuerdas. Todavía soy inédito, sonrió el poeta Pere Girau, aunque este año aparecerá un poemario mío en Cavall amb Barretina, la nueva editorial. ¿Y usted también escribe poesía?, preguntó Anna a Padilla. Sí, señora, pero en castellano, así que lo tengo crudo para publicar en Cavall amb Barretina. Pero hay otras editoriales en donde sí puede publicar, ¿no?, o eso me parece, ¿tú qué dices, Toni? Claro que hay otras editoriales, dijo Antoni Carrera intentando explicarle con la mirada quién era Padilla. ¿Todos tus alumnos son poetas?, preguntó Rosa. Amalfitano sonrió sin mirarla. No todos, dijo. Jordi pensó: debería invitar a Rosa a tomar algo en la cafetería, debería hablar a solas con ella, debería llevármela al puesto de periódicos y decirle algo, cualquier cosa. Ah, son alumnos tuyos, dijo Anna Carrera comprendiendo por fin quiénes eran. Sí, dijo Amalfitano, y luego sonrió: ex alumnos. ¿Vamos a tomar algo?, dijo Jordi. Rosa, tras dudar unos segundos, dijo que no, que ya no había tiempo. No, no hay tiempo, dijeron los Carrera y Amalfitano. Sí, es verdad, dijo Jordi. Amalfitano fue el único en percibir el gesto de tristeza del muchacho y sonrió, jodida juventud. Bueno, bueno, bueno, dijo Anna Carrera. Sí, se acerca la hora, dijo Amalfitano. Qué envidia, dijo el poeta Pere Girau, yo encantado me iría esta noche a México, ¿ustedes no? Ganas ya me dan, concedió Antoni Carrera. Padilla los miró con una sonrisa que pretendía ser irónica pero que sólo era tierna. Debe ser por la luna, dijo Anna Carrera. ¿La luna?, dijo Amalfitano. La luna, la luna, dijo Anna Carrera, hay una luna enorme, de esas que invitan a hacer locuras o viajes largos a países exóticos. Ya no quedan países exóticos en Latinoamérica, dijo Rosa. ¿Ah, no?, dijo Anna, que siempre admiraba las salidas de la muchacha. No, Anna, ya no quedan países exóticos en ningún lugar del mundo, dijo Jordi. No lo creas, dijo Amalfitano, todavía hay países exóticos y alguno debe quedar en Latinoamérica.

Cataluña es un país exótico, dijo Padilla. ¿Cataluña?, dijo el poeta Pere Girau. La luna sí que es exótica, dijo Antoni Carrera con melancolía. Ni la luna, dijo Jordi, la luna sólo es un satélite. A mí me encanta la luna llena cuando estoy en la playa, me gusta oír el mar que sube o baja, nunca lo he sabido, y mirar la luna, dijo el poeta Pere Girau. Sube, dijo Antoni Carrera, y se llama pleamar. Creía que la pleamar marcaba el fin de la creciente del agua, dijo Padilla. Designa, en verdad, el tiempo que dura, dijo Antoni Carrera. Adoro el flujo y el reflujo, dijo el poeta Pere Girau poniendo los ojos en blanco, aunque es más práctica la bajamar porque uno puede encontrar tesoros. ¡Ha puesto los ojos en *blanco*, pensó Rosa, qué asco! ¿Te acuerdas, Toni, de nuestra luna de miel en Peniche?, dijo Anna Carrera. Sí, dijo Antoni Carrera. El mar se retiraba muchísimo, cientos de metros, y la playa iluminada por el primer sol de la mañana parecía un paisaje de otro mundo, dijo Anna. En la Bretaña pasan esas cosas todos los días, dijo el poeta Pere Girau. Pero allí creo que la luna no tiene nada que ver, dijo Antoni Carrera. Claro que tiene que ver, dijo Amalfitano. Me parece que no, dijo Antoni Carrera. Claro que sí, dijo Amalfitano. Peniche también es un lugar exótico, dijo Padilla, a su manera y con sus funcionarios. ¿Ha estado usted en Peniche?, preguntó Anna Carrera. No, pero un tercio de los barceloneses ha acampado por allí, dijo Padilla. Es verdad, qué curioso, ahora todo el mundo ha ido a Portugal, pero cuando fuimos nosotros era raro encontrar a un catalán, dijo Anna Carrera. Era turismo político, reconoció a media voz Antoni Carrera. Mi padre me llevó de vacaciones al Alentejo, dijo Rosa. Amalfitano sonrió, en realidad sólo habían estado de paso para Lisboa, pero la mala leche tan fina de su hija le encantaba, parece brasileña, pensó feliz. En resumidas cuentas, qué es un país exótico, dijo Jordi. Un lugar pobre pero alegre, dijo Amalfitano. Somalia no es exótica, claro, dijo Anna Carrera. Ni Marruecos, dijo Jordi. También puede ser un país pobre de espíritu, pero alegre de corazón, dijo Padilla. Como Alemania, que al menos para mí es muy exótica, dijo Rosa. ¿Qué tiene de exótico Alemania?, preguntó Jordi. Las cervecerías, la comida callejera y las ruinas de los campos de concentración, dijo Padilla. No, no, dijo Rosa, eso no, la riqueza. México es un país exótico de verdad, dijo el poeta Pere Girau, el país preferido de Breton, la tierra prometida de Artaud y de los mayas, la patria de Alfonso Reyes y de Atahualpa. Atahualpa era inca, de los incas del Perú, dijo Rosa. Es verdad, es verdad, dijo el poeta Pere Girau. Luego se callaron hasta que llegó el momento de los abrazos y las despedidas. Cuida mucho a tu padre, dijo Anna Carrera a Rosa. Cuídate mucho y piensa a veces en nosotros, le dijo Padilla a Amalfitano. El plural, como una flor arrojada al rostro, golpeó dulcemente a Amalfitano. Qué humilde, pensó con tristeza. Buena suerte y buen viaje, dijo el poeta Pere Girau. Jordi miró a Rosa, hizo un gesto de resignación y no supo qué decir. Rosa se acercó a él y dijo deja que te dé un beso, tontín. Claro, dijo Jordi, y se inclinó torpemente y se besaron en ambas mejillas. Las de Jordi ardían como si tuviera fiebre, las de Rosa estaban tibias y olían a espliego. Anna también besó a Rosa y a Amalfitano. Al final todos se abrazaron y se besaron, incluso el poeta Pere Girau y

Anna Carrera, que no iban a ninguna parte. Cuando estaban en la fila de embarque Amalfitano levantó la mano y les dijo adiós por última vez. Rosa no se volvió. Después, y con prisas, los Carrera, el poeta Pere Girau y Padilla subieron al mirador pero no vieron el avión de los Amalfitano, aunque sí una luna enorme, y al cabo de un rato, sin saber qué decir, cada grupo se marchó por su lado.

¿CÓMO AFECTÓ A LOS CARRERA LA PARTIDA DE AMALFITANO?

Al principio ambos estaban demasiado ocupados en sus respectivos trabajos y de alguna manera, sobre todo para Antoni, la marcha de Amalfitano no dejaba de ser un respiro, pero después de un par de meses, en medio de una sobremesa particularmente aburrida, los dos comenzaron a echarlo de menos. Lentamente se dieron cuenta de que Amalfitano y sus historias disparatadas eran como la imagen de sus propias adolescencias perdidas. Pensaban en él pensando en ellos: jóvenes, pobres, decididos, valientes, generosos, investidos de una forma tal vez ridícula y endeble de dignidad y nobleza. De tanto recordar a Amalfitano a través de imágenes muertas de ellos mismos, dejaron finalmente de pensar en él. Instalados en el mejor de los mundos posibles, sólo de tanto en tanto, cuando llegaba una carta de Rosa, recordaban al peregrino maricón y se reían, contentos de repente y recordándolo con cariño breve pero sincero.

¿CÓMO AFECTÓ A JORDI CARRERA LA PARTIDA DE ROSA AMALFITANO?

Mucho peor que a sus padres. Hasta entonces Jordi creía que vivía en el Polo Norte. Él y sus amigos y algunos que no eran sus amigos y otros a los que ni siquiera conocía pero que veía en revistas juveniles, todos vivían armoniosamente, que no felices pues la felicidad era una trampa, en el Polo Norte. Allí jugaba al baloncesto, aprendía inglés, manejaba cada vez mejor su ordenador, compraba ropa de leñador e iba al cine y a conciertos con asiduidad. Sus padres solían comentar entre ellos lo poco expresivo que era el chico pero esa falta de expresividad era su mirada real. La ausencia de Rosa lo cambió todo. De un día para otro Jordi se vio navegando a toda velocidad sobre una gran plancha de hielo rumbo a mares más calientes. El Polo Norte cada vez estaba más lejos y cada vez era menos importante y su plancha de hielo cada vez era más pequeña. No tardó en tener insomnios y pesadillas.

¿CÓMO AFECTÓ A PADILLA LA PARTIDA DE AMALFITANO?

En casi nada. Padilla vivía en una constante expresión amorosa y su sentimentalismo era desbordante pero no duraba más de un día. A su manera, Padilla era un científico que no le daba a Dios la menor oportunidad de entrar en su laboratorio. Creía con Burroughs que el amor no es más que una mezcla de sentimentalismo y sexo y lo hallaba en todas partes, por lo que era incapaz de

lamentarse más de veinticuatro horas por uno perdido. En el fondo, era fuerte y aceptaba los movimientos y fluctuaciones del objeto amado con un estoicismo que, salvando las distancias, compartía con su padre. En una ocasión el poeta Pere Girau le preguntó cómo era posible, después de haber amado y follado con un dios griego, amar y follar con personas de inferior belleza, vaya, con las locas feas y los chaperos horribles de siempre. La respuesta de Padilla fue que la gente amaba a las personas hermosas por comodidad, que era como comer el pan previamente masticado por otro, que todo dependía del espíritu de la persona y que él era capaz de encontrar a la belleza hasta en los andares de un burro. Él y muchos otros. Fíjate si no, le dijo, en los líricos apolíneos de Francia que en el siglo pasado se hartaron de pichacortas del Magreb, jovencitos en modo alguno dentro de los estrictos cánones de la belleza clásica. ¿Pichacortas?, bueno, concedió incrédulo el poeta Pere Girau, pero yo también soy apolíneo, ¿no?, y me gustaría volver a amar a alguien como mínimo tan hermoso como el hideputa que me dejó. Girau, dijo Padilla, yo amo a la gente y estoy reventando por dentro, y tú sólo amas la poesía.

¿CÓMO AFECTÓ, FINALMENTE, AL POETA PERE GIRAU LA PARTIDA DE AMALFITANO?

En nada, aunque de vez en cuando recordaba lo mucho que éste sabía de poesía isabelina, lo bien que conocía la obra de Marcel Schwob, lo simpático y agradable que era cuando charlaban sobre poesía italiana contemporánea (Girau había traducido al catalán veinticinco poemas de Dino Campana), cómo sabía escuchar y lo acertadas que solían ser sus opiniones. En la cama era otra cosa, un marica tardío y poco práctico, excesivamente poco práctico. Aunque en el fondo, pensaba amargamente el poeta Pere Girau, es más práctico que nosotros, pues siempre será un profesor de literatura, tarea que al menos lo salvaguarda económicamente, mientras nosotros estamos abocados a un final de siglo vulgar y salvaje.

Durante el vuelo ambos se dieron cuenta de que el otro estaba asustado, aunque no mucho, y ambos comprendieron con un sentimiento de fatalidad que sólo se tenían el uno al otro: el planeta Amalfitano comenzaba en Óscar y terminaba en Rosa y en medio no había nada. O tal vez sí: una sucesión de países, un vértigo de ciudades y calles que en la memoria se oscurecían e iluminaban arbitrariamente, el fantasma de Edith Lieberman en Brasil, un país imaginario llamado Chile que a Amalfitano le atacaba los nervios aunque de tanto en tanto procuraba enterarse de lo que sucedía allí y que a Rosa, nacida en la Argentina, le era completamente indiferente. Si el avión caía envuelto en llamas sobre el Atlántico, si el avión explotaba, si el avión desaparecía en aquel espacio ilimitado de los Amalfitano, no quedaría memoria alguna en el mundo, pensaba Amalfitano con tristeza. Y también pensaba: somos dos gitanos sin clan, aborrecidos, usados, explotados, sin amigos verdaderos, yo un payaso y mi hija una pobre niña indefensa. Lo que lo conducía a pensar: si en lugar de morir ambos en un accidente aéreo me muero yo solo, de un ataque al corazón o de un cáncer de estómago o en una reyerta de maricones (Amalfitano sudaba al repasar estas posibilidades), ¿qué será de mi ángel, de mi tesoro querido, de mi niña maravillosa e inteligente?, y la alfombra de nubes que veía si estiraba un poco el cuello (iba en un asiento de pasillo) se abría como la puerta de las pesadillas, como una herida inmaculada, Israel, pensaba, Israel, que se vaya a la primera embajada israelí que encuentre y pida la nacionalidad, su madre era judía, el derecho la asiste, que viva en Tel Aviv y que estudie en la Universidad de Tel Aviv, en donde seguro que encuentra al Flaco Bolzman (¿cuántos años hace que no lo veo?, ¿veinte?), que se case con un israelí y que viva feliz, ay, pensaba, si en vez de Israel fuera Suecia estaría más tranquilo, pero Israel no está mal, acepto Israel. Y también pensaba: si ninguno muere pero nos va mal en Santa Teresa, si pierdo el empleo y no encuentro otro, si sólo puedo dar clases particulares de francés y nos vemos obligados a vivir en una pensión de ínfima categoría, si nos empezamos a marchitar y a envilecer en una provincia abandonada sin dinero para irnos y sin un lugar adonde irnos, si un tiempo lento, interminable, sin perspectivas ni ilusiones nos envuelve y anestesia, si acabo como aquella viuda española que conocí en una cafetería de Colón, la víctima perfecta, la Justine mental que cada día temía que los panameños (los negros, esos negros grandes y atléticos) violaran a su deliciosa hija de quince años, y ella sin poder hacer nada, sólo una extranjera, una mujer sin marido y sin dinero regentando una cafetería minúscula que no producía beneficios y sin esperanzas de volver a España, atrapada en una película de Buñuel de los años cincuenta, ¿qué hacer entonces?, pensaba Amalfitano, aturdido, esquivando imágenes de Padilla que no venían a cuento y paisajes desolados y esquemáticos del Nuevo Mundo en donde él sólo era un gato entre jaurías de perros, una abubilla entre águilas y pavos reales.

Un mes después de haberse instalado en Santa Teresa una de las secretarías de la Rectoría le entregó una carta de Padilla que llevaba la dirección de la universidad. En la carta Padilla hablaba del tiempo que hacía en Barcelona, de lo mucho que bebía, de su nuevo amante, otro, un obrero de la Seat de veintiocho años, casado y padre de tres hijos. Decía que había dejado la universidad (sin ti aquello ha perdido mucho) y que por fin tenía trabajo, era corrector en una editorial, un amigo le consiguió el empleo, algo aburrido pero seguro y no mal retribuido, aunque unas líneas más adelante decía que sí, que en realidad estaba mal pagado pero le alcanzaba para subsistir. También decía que había dejado el estudio y que el pintor que a veces iba por allí, el que tenía una pitillera de oro llena de cigarrillos de hachís, hacía poco se había suicidado en Nueva York. La vida, según Padilla, aunque se aburriera soberanamente corrigiendo novelas más falsas que un billete de tres mil pesetas, seguía siendo extraña y llena de ofrendas misteriosas. Por último le comunicaba que había comenzado a escribir su primera novela. Sobre el argumento, no obstante, no daba ningún dato.

Amalfitano le contestó esa misma noche, en su cuarto, acostado sobre la cama sin hacer, mientras su hija en la sala devoraba otro video. A grandes rasgos relataba cómo era su vida en Santa Teresa, el trabajo, los receptivos que eran sus alumnos, *interesados por la literatura como pocas veces he visto*, en realidad interesados por todo lo que ocurría en el mundo sin exceptuar continentes ni razas. No hablaba, en cambio, de su nuevo amante, un tal Castillo, ni de lo mal que últimamente se llevaba con su hija. Terminaba la carta diciéndole que lo echaba de menos. Aunque te parezca raro (y cabe la posibilidad de que no te parezca raro), te echo de menos. En la posdata decía que por supuesto se acordaba del tipo de la pitillera de oro, el que siempre iba con ropas de cuero, y le preguntaba por el motivo de su suicidio. En la segunda posdata le decía que era magnífico que estuviera escribiendo una novela, adelante, adelante.

La respuesta de Padilla no tardó en llegar. Fue escueta y monotemática. Mi novela, dijo, será como una emisión de luz estroboscópica, con muchos personajes (pero desdibujados o dibujados con trazos arbitrarios y dictados por el azar) y mucha violencia y muchas lunas de lobos y de perros y muchas pollas enhiestas y aceitadas, muchas pollas duras y muchos aullidos.

La respuesta de Amalfitano, en papel con membrete de la universidad y escrita entre clase y clase en la máquina eléctrica de su cubículo de profesor, intentó ser ponderada. El exceso de personajes podía convertir cualquier novela en un conjunto de cuentos. Las pollas duras, salvo gloriosas excepciones, no solían ser literarias. Los aullidos sí, pero su disciplina, su medio natural, generalmente era la poesía y no la prosa. Ese camino no carece de peligros, le advertía, e insistía, algunas líneas más adelante, en conocer los hechos que rodearon el suicidio del pintor. Por lo demás volvía a asegurarle que lo echaba de menos y que le deseaba todo lo mejor del

mundo. De su nueva vida en Santa Teresa prácticamente no decía nada.

La siguiente noticia de Padilla fue una postal del puerto de Barcelona. Allí nos vimos por última vez y a veces sospecho que definitivamente por última vez, decía. Y adelantaba el título de su novela: *El dios de los homosexuales*.

Amalfitano devolvió la pelota. En una postal de Santa Teresa en donde se apreciaba la estatua del General Sepúlveda, héroe de la Revolución, admitía que el título le parecía un acierto, un título triste, sin duda, pero acertado. Y sobre el dios de los homosexuales, ¿quién podría ser?, no la diosa del amor ni el dios de la belleza, sino otro, ¿pero quién? Sobre si se verían o no alguna otra vez, dejaba esa respuesta en manos del dios de los viajeros.

La contestación de Padilla fue rápida y extensa: el pintor de las ropas de cuero aparentemente no tenía motivos para suicidarse. Su estancia en Nueva York se debía a una exposición suya en la prestigiosa galería de Gina Randall, que tú seguramente no has oído mencionar en tu vida pero que para los entendidos es una de las galeristas más potentes de Babilonia. Así pues, descartados los motivos económicos y artísticos (en ese orden, insistía Padilla), quedaban los sentimentales o amorosos, pero el susodicho era famoso por su frialdad a prueba de caderas y romanticismos más o menos admitidos, por lo que también se debía descartar esa posibilidad. ¿Y sin lo económico, lo artístico y lo amoroso, qué queda que pueda empujar a un hombre al suicidio? Elemental, el aburrimiento o la enfermedad, uno de estos dos criminales se lo cargó, elige tú. Sobre la identidad del dios de los homosexuales, Padilla era categórico: es el dios de los mendigos, el dios que duerme en el suelo, en las puertas del metro, el dios de los insomnes, el dios de los que siempre han perdido. Aquí hablaba (caóticamente) de Belisario y de Narsés, dos generales bizantinos, el primero joven y hermoso, el segundo viejo y eunuco, pero ambos excelentes para los propósitos militares del Emperador, y hablaba del pago de Bizancio. Es un dios desamparado, feo y refulgente, que ama pero cuyo amor es terrible y siempre, pero *siempre*, se vuelve contra él.

El pago de Chile, recordó Amalfitano y también pensó, pero, coño, si me está describiendo al dios de los poetas pobres, el dios del conde de Lautréamont y de Rimbaud.

La novela avanza, decía Padilla en la posdata, pero el trabajo de corrector lo estaba matando. Eran demasiadas horas cotejando originales y pruebas, seguramente pronto necesitaría llevar gafas. Esta última noticia entristeció a Amalfitano, las únicas gafas que iban acordes con el rostro de Padilla eran las gafas negras y éstas únicamente por el efecto turbador que producían cuando Padilla se las quitaba con un gesto que era a la vez provocativo y tierno.

La respuesta fue una sucesión de buenas razones para que continuara contra viento y marea la redacción de *El dios de los homosexuales*. Cuando la termines, sugería de forma pretendidamente casual, puedes venir a visitarnos. Dicen, decía, que el norte de México es encantador. Esta carta no tuvo contestación. Durante un tiempo

Padilla se mantuvo en silencio.

Poco después Amalfitano comenzó a sentirse vigilado. En otras épocas de su vida ya había experimentado esta sensación: la de la presa en el bosque que husmea al cazador. Pero de esto hacía tanto que había olvidado las indicaciones y los consejos recibidos en su juventud, la forma indicada de comportarse en una situación como la que ahora, más que presentársele, se le insinuaba vagamente.

II. Amalfitano y Padilla

Padilla dijo cuéntame, cuéntame las cosas peligrosas de tu vida y Amalfitano pensó en un adolescente a caballo, él mismo, hermosísimo, y luego se puso a pensar en una manta negra, la manta con que se envolvía en las madrugadas del campo de detención, pensó primero en su color, luego en el olor que despedía y finalmente en la textura, el placer que sentía al taparse la cara con ella y dejar que su nariz, los labios, la frente, sus pómulos magullados entraran en contacto con la tela rugosa. Era una manta eléctrica, recordó con alegría, pero allí no había dónde enchufarla. Y Padilla dijo mi amor, deja que mis labios sean como tu manta negra, déjame cubrirte de besos esos ojos que tanto han visto. Y Amalfitano se sentía feliz con Padilla. Le decía: Joan, Joan, Joan, recién estoy saliendo del túnel, cuánto tiempo perdido, cuántos días arruinados, y también pensaba: si te hubiera conocido antes, pero sólo lo pensaba, o se lo decía a Padilla, pero telepáticamente, de tal manera que éste no pudiera decirle idiota, ¿antes?, ¿cuándo?, en un tiempo fuera del tiempo, pensaba Amalfitano mientras Padilla le besaba dulcemente la espalda, en un tiempo ideal, en donde estar despierto fuera estar soñando, el país donde los hombres amaban a los hombres, ése era el título de una novela, ¿no?, dijo Padilla, sí, dijo Amalfitano, pero no recuerdo el nombre del autor. Y luego, como si cabalgara en oleadas sucesivas a la noche, volvía la manta eléctrica negra, con su rabito y sus manchas, y entre los gritos, gritos que anunciaban la inminencia de un huracán, la voz de Padilla se impuso como la del capitán de un barco que se hunde. Esto acabará mal, pensaba Amalfitano, acabará mal, acabará mal, mientras la verga de Padilla suavemente se hundía en su viejo culo.

Después, de la manera usual, llegó el delirio. Padilla le presentó a un adolescente gordo y de ojos azules, el poeta Pere Girau, un muchacho maravilloso, dijo Padilla, tienes que escucharlo leer sus poemas, sonoro y profundo como Auden. Y Amalfitano escuchó los poemas de Pere Girau y luego salieron en coche a dar una vuelta, a tomar copas en el Camionero Asesino y en el Hermanos Poyatos, y acabaron los tres en el estudio de Padilla y en la cama de Padilla, y Amalfitano, convertido en un mar de dudas, pensó que no era eso lo que él quería, aunque luego, más tarde, fuera eso lo que de verdad quería. Pero de todas maneras le hubiera gustado otro tipo de relación, pasar las tardes con Padilla hablando de literatura, por ejemplo, darle tiempo a la confianza y a la amistad.

Y después del poeta Pere Girau hubo dos más, compañeros de clase de Padilla, y la sorpresa de Amalfitano al encontrarlos y saber la razón y el motivo del encuentro fue enorme. Aquello ya no era ir a escuchar piezas de teatro. Se sintió avergonzado, se ruborizó, intentó ser casual y frío pero no pudo. Y Padilla parecía divertirse con su turbación, parecía cambiar y crecer, hacerse repentinamente viejo y cínico (mal hablado había sido siempre), mientras él a cada minuto se hacía más joven, más atolondrado, más tímido. Un adolescente en un país desconocido. No te preocupes,

Óscar, éstos entienden, están en el ajo mucho antes de que te desvirgara, les gustas, dicen que nunca tuvieron un profesor tan guapo, dicen que es increíble, que para la edad que tienes, que qué te gustaría hacer esta noche, se reía Padilla, feliz de la vida, dueño de sus actos y de sus emociones, antes de la enfermedad, antes de su encuentro con el dios de los homosexuales.

Cuéntame, cuéntame las cosas peligrosas que has hecho en tu vida, dijo Padilla. Lo más peligroso ha sido acostarme contigo, pensó Amalfitano, pero se cuidó de decirlo.

También recordó Amalfitano la última vez que hizo el amor con Padilla. Días antes de partir a México telefoneó Padilla. Temblando de pies a cabeza Amalfitano aceptó lo que supuso sería la última cita. Una hora después un taxi lo dejó en el puerto y Padilla, con su cazadora negra abrochada hasta el cuello, avanzó hacia él.

Será mejor que deje de sonreír, pensó Amalfitano mientras miraba sin parpadear, hechizado, el rostro de Padilla y lo hallaba demacrado, la piel más blanca, casi translúcida, como si últimamente nunca le diera el sol. Después, cuando sintió sus labios en las mejillas, rozando las comisuras de sus propios labios, experimentó por su antiguo alumno una sensación que las raras veces que se detenía a pensar en ella lo perturbaba. Una mezcla de deseo, de afecto filial y de tristeza, como si Padilla encarnara una trinidad imposible: amante, hijo y reflejo ideal de sí mismo. Sentía pena por Padilla, por Padilla y por su padre, por los muertos de Padilla y por los amores perdidos de Padilla que arrojaban sobre él una luz de soledad: allí, en ese lamentable proscenio, Padilla era demasiado joven y demasiado frágil y Amalfitano nada podía hacer para remediarlo. Y aunque al mismo tiempo sabía con certeza, y eso las más de las veces lo dejaba perplejo, que existía un Padilla invulnerable, arrogante como un dios mediterráneo y fuerte como un boxeador cubano, la pena seguía allí, la sensación de pérdida e impotencia.

Durante un rato caminaron sin rumbo por aceras estrechas, sorteando terrazas, puestos de pescadito frito y turistas del norte. Las pocas palabras que se dirigieron los hicieron sonreír.

—¿Crees que tengo tipo de gay alemán? —preguntó Padilla mientras recorrían el puerto en busca de un hostel.

—No —dijo Amalfitano—, los alemanes homosexuales que conozco, y mis referencias son exclusivamente literarias, son bárbaros y felices como tú, pero ellos van hacia la autodestrucción y tú pareces hecho de material incombustible.

De inmediato se arrepintió de sus palabras, con frases como ésta se destruye cualquier amor, pensó.

Del viaje en avión Rosa recordaba que en medio del Atlántico su padre parecía enfermo o mareado y que de pronto apareció una azafata sin que nadie la llamara y les ofreció un líquido dorado oscuro, brillante y de buen aroma. La azafata era morena, de regular estatura, pelo negro y corto, y casi no llevaba maquillaje pero tenía las uñas muy cuidadas. Les pidió que probaran y le dijeran luego qué clase de zumo era. Sonreía con toda la cara, como si estuviera jugando.

Amalfitano y Rosa, desconfiados por naturaleza, tomaron un sorbo.

—Melocotón —dijo Rosa.

—Durazno —musitó Amalfitano casi al unísono.

No, dijo la azafata y su sonrisa de buen humor devolvió al viejo espíritu de Amalfitano una parte del valor perdido, es mango.

Padre e hija volvieron a beber. Esta vez saborearon el jugo con lentitud, como sumilleres que han vuelto a encontrar el camino. Mango, ¿lo habían probado alguna vez?, preguntó la azafata. Sí, dijeron Rosa y Amalfitano, pero lo habíamos olvidado. La azafata quiso saber en dónde.

En París, probablemente, dijo Rosa, en un bar mexicano de París, hace tiempo, cuando yo era pequeña, pero todavía me acuerdo. La azafata volvió a sonreír. Es muy rico, añadió Rosa. Mango, mango, pensó Amalfitano, y cerró los ojos.

Poco después de comenzar las clases, Amalfitano conoció a Castillo.

Fue una tarde, casi al anochecer, cuando el cielo de Santa Teresa pasa de un azul oscuro brillante a una gama de bermellones y morados que dura apenas unos minutos para luego convertirse otra vez en azul oscuro y luego en negro.

Amalfitano salía de la biblioteca de la facultad y al atravesar el campus distinguió un bulto bajo un árbol. Pensó que podía ser un vagabundo o un estudiante enfermo y se acercó. Era Castillo, que dormía plácidamente y al que la presencia de Amalfitano despertó: al abrir los ojos vio una figura alta, con el pelo blanco, el rostro de expresión preocupada, delgado y anguloso, parecido a Christopher Walken, y supo de inmediato que se enamoraría de él.

—Pensé que estabas muriéndote —dijo Amalfitano.

—No, estaba soñando —dijo Castillo.

Amalfitano sonrió complacido e hizo ademán de marcharse pero no se marchó. Aquel lugar del campus era como un oasis, tres árboles y un montículo rodeados de un mar de césped.

Soñaba con las pinturas de un pintor norteamericano —dijo Castillo—, estaban expuestas en una avenida muy ancha, al aire libre, una calle sin pavimentar, con casas y tiendas a los lados, todas las construcciones de madera, y las pinturas parecían a punto de derretirse con tanto sol y con tanto polvo. Me daba mucha pena. Creo que era un sueño sobre el fin del mundo.

—Ah —dijo Amalfitano.

—Lo más raro es que algunos cuadros los había pintado yo.

—Bueno, no sé qué decirte, es un sueño extraño.

—No, no lo es —dijo Castillo—, no debería contarle a un desconocido estas cosas, pero tú me inspiras confianza: algunos en realidad los pinté yo.

—¿Algunos? —dijo Amalfitano mientras la noche empezaba a caer de golpe sobre Santa Teresa y de un edificio de la universidad, un edificio que parecía vacío, surgía una música de tambores y cuernos y algo que podía ser o no ser un arpa.

—Algunos cuadros —dijo Castillo— los pinté yo, los falsifiqué yo.

—Ah, ¿de veras?

—Sí, así me gano la vida.

—¿Y se lo cuentas al primero que pasa o es de dominio público?

—Eres el primero al que se lo digo, nadie lo sabe, es algo secreto.

—Ya —dijo Amalfitano—. ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—No sé, no sé —dijo Castillo—, realmente no lo sé, ¿tú quién eres?

—¿Yo?

—Bueno, no importa, es una pregunta impertinente, no me lo digas —dijo Castillo con un tono de voz protector que a Amalfitano le puso los nervios de punta—, mexicano no eres, eso se nota.

—Soy chileno —dijo Amalfitano.

La respuesta y la expresión de su rostro al confesar su nacionalidad era humilde en grado extremo. Qué lejos, dijo Castillo. Luego ambos permanecieron en silencio, de pie uno frente al otro, Castillo un poco más alto pues estaba encaramado en el montículo, Amalfitano como un pájaro o como un pajarraco notando en cada poro la caída de la noche, las estrellas que empezaban a cubrir velozmente (y también *violentamente*, eso lo percibió con claridad y por primera vez Amalfitano) el cielo de Santa Teresa, inmóviles, a la espera de una señal bajo los robustos árboles que se erguían como una isla entre la Facultad de Filosofía y Letras y el edificio de la Rectoría.

—¿Vamos a tomar un café? —dijo finalmente Castillo.

—Bueno —dijo Amalfitano, agradecido sin saber por qué.

Recorrieron las calles del centro de Santa Teresa en el coche de Castillo, un Chevrolet amarillo de 1980. Pararon primero en el Dallas y hablaron educadamente de pintura, de falsificaciones y de literatura y luego volvieron a salir porque a Castillo le pareció que había demasiados estudiantes. Sin hablar rodaron por calles que Amalfitano no conocía hasta detenerse en el Solamente Una Vez y después, caminando por calles brillantes y cerradas en donde era difícil estacionar un coche, en el Dominio Tamaulipeco y en el Estrella del Norte y más tarde en el Toltecatl. Castillo no paraba de reír y de beber mezcal.

El Toltecatl era un local grande, de forma rectangular, con las paredes pintadas de azul celeste. En la pared posterior, un mural de 2 × 2 representaba a Toltecatl, dios del pulque y hermano de Mayahuel. Sobre un fondo de indios vagabundos, vaqueros y manadas, policías y coches de policía, aduanas significativamente abandonadas, parques de atracciones a uno y otro lado de la frontera, niños que salen de una escuela que lleva por nombre —escrito con tinta azul sobre una pared encalada— el del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, un mercado de fruta y otro de cerámica, turistas norteamericanos, lustrabotas, cantantes de rancheras y de boleros (los de rancheras parecen pistoleros, los de boleros suicidas o chulos, le indicó Castillo), mujeres que van a misa y putas que conversan, corren o hacen señales ininteligibles, el dios Toltecatl, en primer plano, un indio de cara más bien regordeta cruzada de cicatrices y costurones, se ríe a mandíbula batiente. El dueño del bar, le informó Castillo, se llamaba Aparicio Montes de Oca y en 1985, al año de haber comprado el local, mató a un hombre en la hora de mayor concurrencia a vista y paciencia de todos los parroquianos. Durante el juicio lo absolvieron alegando defensa propia.

Cuando Castillo le indicó quién era Aparicio Montes de Oca, allí, detrás de la barra, Amalfitano se dio cuenta del gran parecido que había entre el dueño del bar y la figura de Toltecatl pintada en la pared.

—Es su retrato —dijo Amalfitano.

—Sí —dijo Castillo—, lo mandó hacer después de salir de la cárcel.

Luego Castillo lo llevó a su casa para demostrarle que no mentía, que era un

falsificador de verdad.

Vivía en el segundo piso de un viejo caserón destartado de tres pisos en una colonia de las afueras. En el primero estaba colgado el rótulo de un almacén de herramientas; en el tercero no vivía nadie. Cierra los ojos, dijo Castillo al abrir la puerta. Amalfitano sonrió pero no cerró los ojos. Anda, cierra los ojos, insistió Castillo. Amalfitano obedeció y penetró cautamente en el santuario que se le franqueaba.

—No los abras hasta que encienda la luz.

Amalfitano abrió los ojos de inmediato. La luz de la luna que penetraba por las ventanas sin cortinas le permitió ver los contornos de una habitación grande sumida en una bruma gris. Al fondo distinguió una gran pintura de Larry Rivers. ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó Amalfitano. Cuando oyó el clic del interruptor automáticamente cerró los ojos.

—Ya puedes mirar —dijo Castillo.

El estudio era mucho más grande de lo que había creído al principio, iluminado por numerosos tubos fluorescentes. En una esquina estaba la cama de Castillo, de apariencia espartana; en otra esquina, la cocina reducida a su mínima expresión: un anafe eléctrico, un fregadero, algunas ollas, vasos, platos, cubiertos. El resto del mobiliario, aparte de las telas que se apilaban por todas partes, estaba compuesto por dos sillones viejos, una mecedora, dos mesas de madera maciza y un estante con libros en donde primaban los de artes plásticas. Cerca de la ventana y sobre una de las mesas estaban las falsificaciones. ¿Te gustan? Amalfitano movió la cabeza afirmativamente.

—¿Conoces al pintor?

—No —dijo Amalfitano.

—Es norteamericano —dijo Castillo.

—Se nota. Pero no sé quién es. Prefiero no saberlo.

Castillo se encogió de hombros.

—¿Quieres tomar algo? Creo que tengo de todo.

—Un whisky —dijo Amalfitano sintiéndose de pronto tristísimo.

He venido a hacer el amor, pensó, he venido a bajarme los pantalones y a follar con un jovencito ingenuo, con un estudiante de Bellas Artes, con un falsificador de Larry Rivers, de la primera o segunda época de Larry Rivers, yo qué sé, y que se ufana de ello cuando en realidad debería estremecerse, he venido a hacer lo que Padilla me auguró que haría y lo que él seguramente no ha dejado de hacer en ningún momento, en ningún segundo.

—Es Larry Rivers —dijo Castillo—, un pintor de Nueva York.

Amalfitano bebió el whisky con desesperación.

—Ya lo sé —dijo—. Conozco a Larry Rivers, conozco a Frank O'Hara y por lo tanto conozco a Larry Rivers.

—¿Y por qué me has dicho lo contrario? ¿Tan mal hechos te parecen? —dijo

Castillo sin ofenderse en lo más mínimo.

—No sé quién te los puede comprar, sinceramente —dijo Amalfitano sintiéndose cada vez peor.

—Pues se venden, créelo. —La voz de Castillo era suave y persuasiva—. Me los compra un texano chaparro, todo un personaje, lo deberías conocer, que luego los vende a otros texanos repletos de dinero.

—No importa —dijo Amalfitano—. Perdóname. Estamos aquí para meternos en la cama, ¿no? Tal vez me equivoque. Perdóname otra vez.

Castillo resopló.

—Si quieres, sí. Si no, te llevaré a tu casa y aquí no ha pasado nada. Me parece que has bebido demasiado.

—Bueno, ¿y tú quieres?

—Yo quiero estar contigo, en la cama o conversando, me da igual. O casi igual.

—Perdóname —musitó Amalfitano y se dejó caer en un sofá—. No me siento bien, creo que estoy borracho.

—No hay de qué —dijo Castillo sentándose junto a él, en el suelo, sobre una vieja alfombra india—. Te voy a preparar café.

Al cabo de un rato los dos se pusieron a fumar. Amalfitano le contó que tenía una hija de diecisiete años. Hablaron, también, de pintura y de poesía, de Larry Rivers y de Frank O'Hara. Después Castillo lo acompañó en coche a su casa.

Al día siguiente, al salir de la última clase, Castillo lo esperaba en el pasillo. Esa misma tarde se acostaron por primera vez.

Una mañana un jardinero apareció por la clase de Amalfitano y le entregó una nota de Horacio Guerra. Este quería verlo en su despacho a las dos de la tarde. Sin falta. El despacho de Guerra no resultó fácil de encontrar. La secretaria de Guerra y otra mujer le hicieron un plano. Estaba en la primera planta de la facultad, en la parte trasera, junto al pequeño teatro —apenas más grande que un aula— en donde una vez al mes actores universitarios interpretaban obras para estudiantes, familiares, profesores y otros intelectuales de Santa Teresa. El director era Horacio Guerra y junto al vestuario, en lo que antes debió ser la sala de atrezzo, había instalado su oficina: un espacio carente de luz natural, con pósters alusivos a las obras representadas empapelando las paredes, una estantería con la colección de libros de la editorial de la universidad, una mesa grande de madera noble en donde se amontonaban los papeles y tres sillas encaradas en arco al sillón giratorio de cuero negro.

Al llegar Amalfitano la habitación estaba a oscuras. Encontró a Guerra hundido en el sillón y por un instante creyó que el otro estaba durmiendo. Al encender la luz vio que Guerra estaba completamente despierto: tenía los ojos alertas y brillantes como si se hubiera estado drogando y los labios distendidos en una sonrisa de zorro. La presentación, pese al modo en que se produjo el encuentro, fue formal. Hablaron del año escolar, de los profesores que precedieron a Amalfitano y de la necesidad que tenía la universidad de buenos docentes. En Ciencias los mejores desertaban a Monterrey, a México D.F. o daban el salto a alguna universidad norteamericana. En Filosofía y Letras la cosa es diferente, dijo Guerra, a mí no me jode cualquiera, pero para eso tengo que estar en todo, supervisarlo personalmente todo, no vea usted el trabajo que cargo en las espaldas. Me imagino, dijo Amalfitano, que había decidido andar con pies de plomo. Luego hablaron de teatro. Horacio Guerra deseaba relanzar las actividades teatrales de la facultad y para eso contaba con la colaboración de todos. Absolutamente de todos. La facultad tenía dos grupos teatrales, pero ambos francamente indisciplinados. Aunque no eran malos actores. Amalfitano quiso saber en qué consistía la indisciplinación. Anunciar un estreno y no estrenar, perder un actor y no tener sustituto, comenzar la función con media hora de retraso, no saber ajustarse a los presupuestos. Mi labor, explicó Guerra, es descubrir el mal y cortarlo de raíz. Y lo he encontrado, señor mío, y lo he cortado de raíz. ¿Quiere saber cuál era? Sí, por supuesto, dijo Amalfitano. ¡Los directores! Sí, esos jovencitos incultos, pero sobre todo indisciplinados, que ignoran que el montaje de una obra teatral es como un campo de batalla, con su logística, su artillería, su infantería, su caballería cubriendo los flancos (o en su defecto, la caballería blindada ligera, no vaya usted a creer que soy un antiguo, e incluso, si me apura, la caballería aérea), sus tanques, sus ingenieros, sus exploradores, etcétera, etcétera.

—En realidad —dijo Guerra—, ésta no es mi oficina, como usted ya supondrá, mi

oficina tiene aire y luz y su decoración es algo de lo que me enorgullezco, pero los buenos generales deben estar junto a la tropa, así que me trasladé aquí.

—Ya lo sé —dijo Amalfitano—, me lo dijo su secretaria.

—¿Ha estado usted en mi otra oficina?

—Sí —dijo Amalfitano—, allí me dieron estas señas, creo que tardé un poco en encontrarlo, al principio me perdí.

—Bien, bien, eso pasa siempre. Incluso es algo común que los espectadores se extravíen cuando acuden a nuestros estrenos. Tal vez debería poner flechas indicadoras.

—No es mala idea —dijo Amalfitano.

Siguieron hablando de teatro aunque Guerra evitó preguntarle su opinión sobre el repertorio que estaba planificando. Los únicos autores incluidos que Amalfitano conocía eran Salvador Novo y Rodolfo Usigli. Los demás le sonaron a descubrimiento o caverna. Durante todo el rato Guerra habló de su proyecto como si estuviera preparando un menú delicado que sólo unos pocos probarían a conciencia. Del trabajo de Amalfitano no hablaron ni una palabra. Al despedirse, al cabo de una hora, Guerra le preguntó si conocía el Jardín Botánico. Aún no, contestó Amalfitano. Más tarde, mientras buscaba un taxi para volver a casa, se preguntaría por qué Guerra lo mandó a buscar con un jardinero y no con un ordenanza. Parece una buena señal, pensó.

El texano, la gente que compraba los falsos Larry Rivers al texano, Castillo que sinceramente creía hacer bien su trabajo, el mercado del arte de Nuevo México, Arizona y Texas, todos juntos, pensaba Amalfitano, en el fondo eran unos personajes de novela filosófica del siglo XVIII exiliados en un continente semejante a la luna, a la cara oculta de la luna, el sitio ideal para que crecieran y se desarrollaran, inocentes y codiciosos, singulares y valientes, fantasiosos y rematadamente ingenuos. ¿De qué otra forma, pensaba, puede explicarse el que esos cuadros no sólo se encarguen y se pinten sino incluso que se vendan, que exista gente que los compre y que para colmo no haya nadie que los desenmascare y denuncie? El arte recorre Texas, pensaba Amalfitano, como una revelación, como una lección de humildad que deja indiferentes a los marchantes de Larry Rivers, como la bondad que todo lo perdona, incluso las malas falsificaciones, y se imaginaba acto seguido esas falsas Berdie, esos falsos camellos y esos falsísimos Primo Levi (algunos con rasgos faciales innegablemente mexicanos) en los salones y pinacotecas particulares, en las salas de estar y en las bibliotecas de ciudadanos no demasiado ricos, propietarios únicamente de sus bien provistas casas y de sus coches y acaso algún lote de acciones petroleras, pero no muchas, las suficientes, los imaginaba yendo y viniendo por las habitaciones abigarradas de trofeos y fotografías de vaqueros, mirando de reojo en cada ida o venida la tela que colgaba de la pared. Un Larry Rivers certificado. Y luego se imaginaba a sí mismo yendo y viniendo por el estudio casi vacío de Castillo, desnudo como Frank O'Hara, con una taza de café en la mano derecha y un whisky en la izquierda, el corazón en calma, en paz consigo mismo, avanzando confiado a los brazos de su nuevo amante. Y sobre esta imagen, otra vez, se superimponían los Larry Rivers falsos desperdigados en una geografía plana, con grandes casas muy espaciadas una de otra, y en medio, en los jardines geométricos y artificiales, el arte, el arte tembloroso y frágil como una falsificación: los jinetes chinos de Larry Rivers recorriendo un paisaje de jinetes blancos y turbulentos. Joder, pensaba Amalfitano excitado, estoy en el centro del mundo. El lugar donde las cosas ocurren de verdad.

Pero luego volvía a la realidad y contemplaba con escepticismo los cuadros de Castillo y no podía evitar la duda: o él había olvidado cómo pintaba Larry Rivers o los compradores de arte de Texas eran una pandilla de ciegos desesperados. También pensaba en el infame Tom Castro y se decía que sí, que tal vez la autenticidad de esos lienzos consistía en no parecerse exactamente a los de Larry Rivers y así, paradójicamente, pasar por originales. Mediante un acto de fe. Porque los texanos *necesitaban* las pinturas y porque la fe reconforta.

Después se imaginaba a Castillo pintando, con cuánto esfuerzo, con cuánta dedicación, un muchacho hermoso que se dormía sin más en el campus de la universidad o donde fuera y que soñaba con exposiciones mestizas en donde se abrazaban y marchaban juntos hacia la destrucción lo auténtico y lo falso, lo serio y

lo juguetero, la obra real y la sombra. Y pensaba en los ojos sonrientes de Castillo, en su risa y en sus dientes grandes y blancos, en sus manos que le mostraban la ciudad desconocida, y se sentía pese a todo feliz, afortunado, e incluso llegaba a apreciar los camellos.

En cierta ocasión, después de discutir con Castillo sobre la identidad peregrina del arte, Amalfitano le refirió una historia que a él le habían contado en Barcelona. La historia versaba sobre un sorche de la División Azul española que combatió en la Segunda Guerra Mundial, en el frente ruso, más concretamente en el norte, en una zona cercana a Nóvgorod. El sorche era un sevillano bajito, delgado y de ojos azules que por esas cosas de la vida (no era un Dionisio Ridruejo ni un Tomás Salvador y cuando había que saludar a la romana saludaba, pero tampoco era propiamente un fascista, ni siquiera un falangista) fue a parar a Rusia. Allí alguien le dijo sorche ven para acá o sorche haz esto o lo otro y al sevillano se le quedó en la cabeza la palabra sorche, pero en la parte oscura de la cabeza y en ese lugar tan grande, con el paso del tiempo y los sustos diarios, se transformó en la palabra chantre. De manera que el andaluz pensaba sobre sí mismo en los términos y obligaciones de un chantre aunque conscientemente no tenía idea del significado de esta palabra, que designa al encargado del coro en algunas catedrales. Pero de alguna manera y a fuerza de pensarse chantre se convirtió en eso: durante la terrible Navidad del 41 se hizo cargo del coro que cantaba villancicos mientras los rusos machacaban a los del Regimiento 250. Por lo demás, se comportó como un valiente, aunque el humor se le fue agriando con el paso del tiempo. No tardó en ser herido. Durante dos semanas permaneció internado en el Hospital de Riga al cuidado de robustas y sonrientes enfermeras del Reich y de algunas feísimas enfermeras españolas voluntarias, probablemente hermanas, cuñadas y primas lejanas de José Antonio. Cuando le dieron de alta sucedió algo que para el sevillano tendría graves consecuencias; en vez de recibir un billete con el destino correcto, le dieron uno que lo llevó a los cuarteles de un batallón de las SS destacado a unos trescientos kilómetros de su regimiento. Allí, rodeado de alemanes, austríacos, letones, lituanos, daneses, noruegos y suecos, todos mucho más altos y fuertes que él, intentó explicar el equívoco pero los SS le dieron largas y mientras se aclaraba el asunto lo pusieron con una escoba a barrer el cuartel y con un cubo de agua y un estropajo a fregar la oblonga y enorme instalación de madera en donde interrogaban y torturaban a toda clase de prisioneros. Sin resignarse del todo, pero cumpliendo con su nueva tarea a conciencia, el sevillano vio pasar el tiempo desde su nuevo cuartel, comiendo mucho mejor que antes y sin exponerse a nuevos peligros. Entonces, en el lado oscuro de su cabeza volvió a hacerse legible la palabra sorche. Soy un sorche, se dijo, un recluta bisoño y debo aceptar mi destino. La palabra chantre, poco a poco, desapareció, aunque algunas tardes, bajo un cielo sin límites que lo llenaba de nostalgias sevillanas, resonaba aún por allí, perdida quién sabe dónde. Y un buen día ocurrió lo que tenía que ocurrir. El cuartel del batallón de las SS fue asaltado y tomado por un regimiento de caballería ruso, según unos, por un grupo de partisanos, según otros. El resultado fue que los rusos encontraron al sevillano escondido en el edificio oblongo, vestido con el uniforme de auxiliar de las

SS y rodeado de las no tan pretéritas infamias cometidas allí. Como quien dice, con las manos en la masa. No tardaron en atarlo a una de las sillas que los SS usaban para los interrogatorios, una de esas sillas con correas en las patas y en los reposos y a todo lo que los rusos preguntaban el español respondía en castellano que no entendía y que él allí sólo era un mandado. También intentó decirlo en alemán, pero en este idioma apenas conocía cuatro palabras y los rusos ninguna. Estos, tras una sesión de bofetadas y patadas, fueron a buscar a uno que sabía alemán y que se dedicaba a interrogar prisioneros en otra de las celdas del edificio oblongo. Antes de que regresaran el sevillano escuchó disparos, supo que estaban matando a algunos de los SS y perdió gran parte de sus esperanzas; no obstante, cuando los disparos cesaron volvió a aferrarse a la vida con todo su ser. El que sabía alemán le preguntó qué hacía allí, cuál era su función y su grado. El sevillano, en alemán, intentó explicarlo, pero en vano. Los rusos, entonces, le abrieron la boca y con unas tenazas que los alemanes destinaban para otros fines empezaron a tirar y a apretar su lengua. El dolor que sintió lo hizo lagrimear y dijo, o más bien gritó, la palabra coño. Con las tenazas dentro de la boca el exabrupto español se transformó y salió al espacio convertido en la palabra *kunst*. El ruso que sabía alemán lo miró extrañado. El sevillano gritaba *kunst, kunst*, y lloraba de dolor. La palabra *kunst*, en alemán, quiere decir arte y el soldado bilingüe así lo entendió y dijo que aquel hijo de puta era un artista o algo parecido. Los que torturaban al sevillano retiraron la tenaza con un trocito de lengua y esperaron, momentáneamente hipnotizados por el descubrimiento. La palabra arte. Lo que amansa a las fieras. Y así, como fieras amansadas, los rusos se dieron un respiro y esperaron alguna señal mientras el sorche sangraba por la boca y tragaba su sangre mezclada con grandes dosis de saliva y se ahogaba y vomitaba. La palabra coño, sin embargo, metamorfoseada en la palabra arte, le había salvado la vida. Los rusos se lo llevaron junto con el resto escaso de prisioneros y poco después otro ruso que sabía español escuchó la historia del sevillano y éste fue a parar a un campo de prisioneros en Siberia mientras sus compañeros accidentales eran pasados por las armas. En Siberia estuvo hasta bien entrada la década del cincuenta. En 1957 se instaló en Barcelona. A veces abría la boca y contaba sus batallitas con muy buen humor. Otras, abría la boca y mostraba el trozo de lengua que le faltaba. Apenas era perceptible. El sevillano, cuando se lo decían, explicaba que la lengua con los años le había ido creciendo. Amalfitano no lo conoció personalmente, pero cuando le contaron la historia el sevillano todavía vivía en una portería de Barcelona.

Alguna vez Castillo llevó a Amalfitano a ver a Juan Ponce Esquivel, estudiante de Bellas Artes y numerólogo en sus ratos libres, que vivía en una de las colonias más pobres de Santa Teresa, la Aquiles Serdán, al oeste de la colonia El Milagro, por donde pasaban las vías del antiguo ferrocarril. La idea original era que Ponce les adivinara el futuro, pero al llegar lo encontraron absorto en los números del destino patrio. Creo que se van a repetir los héroes, dijo Ponce mientras les servía una taza de café. Carranza, por ejemplo, ya nació. Morirá en el año 2020. También Villa: ahora es un adolescente que anda mezclado con narcotraficantes, putas y espaldas mojadas. Morirá balaceado en el 2023. Obregón nació en 1980 y lo matarán en el 2028. Elías Calles nació en 1977 y morirá en el 2045. Huerta nació el año que tiraron la bomba atómica sobre Hiroshima y morirá en el 2016. Pascual Orozco nació en 1982 y morirá en el 2016. Madero nació en 1973, el año en que cayó Allende, y lo matarán en el 2013. Todo se va a volver a repetir. El pueblo mexicano observará hechizado nuevos ríos de sangre, el año 2015 me da malas vibraciones. Zapata nació ya, en 1983, todavía es un escuincle que juega en las calles o se aprende de memoria dos que tres poemas de Amado Nervo o cuatro poemínimos de Efraín Huerta. Morirá cosido a balazos en el 2019. Los números dicen que todo se va a repetir. Volverán a nacer los héroes, los soldados, las víctimas inocentes. Ya nacieron los más importantes y los que van a morir en primer lugar. Pero faltan algunos. Los números dicen que volverán a matar a Aquiles Serdán. Puta suerte y puto destino.

Viva México, dijo Castillo.

Amalfitano no dijo nada, pero tuvo la impresión de que alguien, una cuarta persona, decía algo desde una habitación vecina o desde un baúl muy grande que Juan Ponce Esquivel tenía en el fondo del cuarto: ¿mande, hay alguien ahí? ¿Mande, mande?

Entre la Facultad de Medicina y la llanura por la que se deslizaba la carretera hacia el este, un espacio abierto y pelado apenas interrumpido por colinas amarillas, bajo un cielo alto y móvil, se hallaba el famoso Jardín Botánico de la ciudad de Santa Teresa, dependiente de la universidad.

—Venga y abra bien los ojos —le dijo el profesor Horacio Guerra.

Allí, al cuidado de cuatro jardineros aburridos, se alzaba un pequeño bosque de no más de tres ejemplares por especie. Los caminitos de tierra bordeados por piedras de aluvión se enroscaban y desenroscaban como culebras por el interior del jardín; en el centro se levantaba una glorieta de hierro forjado y de tanto en tanto, en lugares escogidos al arbitrio, el visitante encontraba banquetas de piedra caliza donde poder sentarse. Pequeñas placas estacadas en el suelo advertían sobre el nombre de cada árbol o planta.

Guerra se movía allí como pez en el agua, sus pasos eran rápidos, no necesitaba consultar las placas para indicar a Amalfitano de qué especie se trataba tal árbol y de qué región de México procedía, su sentido de la orientación era excelente, en el dédalo de sendas oscuras, que a Amalfitano le parecieron un laberinto de parque inglés pero abarrocado y enloquecido, Guerra podía moverse con los ojos cerrados. Así es, dijo cuando Amalfitano se lo hizo notar no sin admiración, si usted quiere puede cubrirme los ojos con un pañuelo, descuide, yo lo sacaré de aquí con paso firme.

—No es necesario, le creo, le creo —dijo Amalfitano alarmado al ver que Guerra pasaba del dicho al hecho y sacaba del bolsillo de la americana un pañuelo verde brillante con el anagrama de la Universidad de Charleston.

—Póngame la venda —bramó Guerra con una sonrisa que quería decir así soy yo, no se alarme, no estoy loco.

Acto seguido se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

—Mire las plantas y los árboles —suspiró— y empezará a comprender este país.

—Son notables —dijo Amalfitano mientras pensaba qué clase de persona era Guerra.

—Aquí tiene usted muchos tipos de agave y mezquite, nuestra planta patria —dijo Guerra con las manos extendidas.

Amalfitano escuchó el canto de un pájaro: era un sonido agudo, como si alguien estuviera siendo estrangulado.

—Variadas especies de cactus, como la gigante pitahaya (*Cereus pitajaya*), los órganos, que son diversas especies de *cereus*, y las tunas, tan ricas y sabrosas.

Guerra se llenó los pulmones de aire.

—Ese es un *Cereus pringlei* de Sonora, bastante crepuscular, si usted lo mira bien.

—Sí, en efecto —dijo Amalfitano.

—Allí, a la izquierda, árboles de yuca, qué belleza y qué humildad, ¿verdad?, y aquí nuestro señor el *Agave atrovirens*, del cual se extrae el pulque, caldo que debería probar aunque no tanto como para aficionarse, profesor, je, je, la vida es muy dura, mire usted, si los mexicanos pudiéramos exportar el pulque les íbamos a dar en la madre a los productores de whisky, coñac o vino. Pero desgraciadamente el pulque fermenta demasiado aprisa y no se puede embotellar, qué le vamos a hacer.

—Lo probaré —aseguró Amalfitano.

—Así es, así es —dijo Guerra—, ya vendrá conmigo a una pulquería, es mejor que lo acompañe yo, ni se le ocurra ir solo, téngalo presente y no sucumba a la tentación.

Pasó un jardinero con un saco lleno de tierra y los saludó. El profesor Guerra se puso a caminar de espaldas. Allá, dijo, otras especies de agave, el *Agave lechuguilla*, del que se extrae el ixtle, el *Agave fourcroydes*, del que se extrae el henequén. El camino no dejaba de zigzaguear. Por momentos, entre el ramaje, aparecían trozos de cielo y nubes pequeñas y rápidas. De vez en cuando Guerra buscaba algo en la penumbra: ojos oscuros que el profesor escrutaba con sus ojos marrones sin molestarse en dar a Amalfitano la más mínima explicación. Ah, decía, ah, y luego se callaba y contemplaba el Jardín Botánico con una mueca que oscilaba entre el disgusto y la certidumbre de haber encontrado algo.

Amalfitano reconoció un aguacate y pensó en los paltos de su infancia. Qué lejos estoy, pensó con satisfacción. También: qué cerca estoy. El cielo, sobre sus cabezas y sobre las copas de los árboles, parecía estar tramado como un rompecabezas. Por momentos y según cómo se lo observara, reverberaba.

—Allí, un aguacate —dijo Guerra— y un palo brasil y un árbol de caoba y dos cedros rojos, no, tres, y un *Lignum vitae*, y allá el quebracho y la sapodilla y el guayabo. En ese caminito el cocoyol (*Cocos butyracea*) y en ese pradito, amarantos, jícamas, begonias arborescentes y mimosas espinosas (*Mimosa cornígera, plena y asperata*).

Algo se movió entre las ramas.

—¿A usted le gusta la botánica, profesor Amalfitano?

Desde donde estaba Amalfitano apenas podía distinguir la figura de Guerra. Las sombras y la rama de un árbol tapaban completamente su cara.

—No lo sé, profesor Guerra, soy lego en la materia.

—Pero, digamos, ¿aprecia las figuras, las formas exteriores de las plantas, su gracia, su aplomo o su belleza? —La voz del mexicano se entremezcló con el canto del pájaro estrangulado.

—Sí, claro.

—Eso es bueno, al menos es *algo* —oyó que decía Guerra abandonando la senda para los visitantes y metiéndose en el interior del Jardín Botánico.

Amalfitano, tras una breve vacilación, lo siguió. Guerra estaba detenido junto al tronco de un árbol, orinando. Sorprendido, esta vez fue Amalfitano quien permaneció

en la sombra, bajo las ramas de un roble. Ese roble, dijo Guerra sin dejar de orinar, no debería estar allí. Amalfitano miró hacia arriba: le pareció oír ruidos, patitas que se deslizaban por las ramas. Sígame, ordenó Guerra.

Salieron a un nuevo camino. Estaba cayendo la noche y las nubes que antes se deshacían hacia el este volvían a juntarse y a engordar. Ese es el oyamel, dijo Guerra caminando delante de Amalfitano, y éstos son abetos. Aquél es un enebro común. Al pasar un recodo Amalfitano vio a tres jardineros que se despojaban de sus trajes y útiles de faena. Se marchan, pensó mientras seguía a Guerra al interior cada vez más oscuro del jardín. La hospitalidad de este hombre me rebasa, pensó Amalfitano. La voz de Guerra, monocorde, seguía enumerando las joyas del Jardín Botánico:

—El oyamel. El abeto. Guayules y candelillas. El epazote (*Chenopodium ambrosioides*). El zacatón (*Epicampes macroura*). El otate (*Guadua amplexifolia*). Y aquí —dijo Guerra deteniéndose por fin—, nuestro árbol nacional o al menos el que yo así estimo, el querido y fiel ahuehuete (*Taxodium mucronatum*).

Amalfitano observó a Guerra y el árbol y pensó con cansancio pero también con emoción que otra vez estaba en América. Los ojos se le llenaron de lágrimas que más tarde no sabría explicarse. A tres metros de él, dándole la espalda, el profesor Guerra temblaba.

La siguiente carta de Padilla hablaba de Raoul Delorme y de la secta de los escritores bárbaros creada por Delorme a mitad de la década de los sesenta. Mientras los futuros novelistas de Francia rompían las ventanas de sus liceos o levantaban barricadas o hacían el amor por primera vez, Delorme y el núcleo de lo que en el futuro serían los escritores bárbaros se encerraban en buhardillas minúsculas, porterías, cuartos de hotel, trastiendas y reboticas, y preparaban el advenimiento de una nueva literatura. Mayo del 68, según las fuentes de Padilla, fue para ellos un seminario de retiro y creación: no salieron a las calles (comieron los víveres acumulados o ayunaron), no hablaron más que entre sí, se ejercitaron en soledad y en grupos de tres en nuevas técnicas de escritura que habrían de asombrar al mundo y previeron el tiempo de su eclosión pública, que al principio erróneamente fijaron para 1991 pero que tras nuevas interpretaciones trasladaron al año 2005. Las fuentes citadas por Padilla procedían de revistas que Amalfitano jamás había oído mencionar: en n.º 1 de la *Gaceta Literaria de Evreux*, el n.º 0 del *Magazine Literario de Metz*, el n.º 2 de la *Revista de los Vigilantes Nocturnos de Arras*, el n.º 4 de la *Revista Literaria y Comercial del Gremio de Fruteros del Poitou*. Una «elegía fundacional» firmada por un tal Xavier Rouberg («Saludamos una nueva escuela literaria») había sido doblemente reproducida en la *Gaceta Literaria* y en el *Magazine Literario*. La *Revista de los Vigilantes Nocturnos* recogía un cuento policial de Delorme y un poema de Sabrina Martin («El Mar Interior y Exterior») precedidos por una nota introductoria de Xavier Rouberg que no era sino un resumen de su «elegía fundacional». En la *Revista Literaria y Comercial* aparecía una antología de seis poetas (Delorme, Sabrina Martin, Ilse von Kraunitz, M. Poul, Antoine Dubacq y Antoine Madrid), cada uno representado con un solo poema, salvo Delorme y Dubacq con tres y dos, respectivamente, y bajo el rótulo «Los Poetas Bárbaros: cuando la afición deviene profesión». Como para confirmar el grado de afición de los poetas, debajo de los nombres y a un lado de las fotos tipo carnet, entre paréntesis, se informaba de su ocupación diaria y así el lector podía saber que Delorme era propietario de un bar, que Von Kraunitz era auxiliar de enfermera en un hospicio de Estrasburgo, que Sabrina Martin hacía labores domésticas en algunas casas de París, que M. Poul era carnicero, y que Antoine Madrid y Antoine Dubacq se ganaban la vida como quiosqueros en sendos puestos de periódicos. Sobre Xavier Rouberg, el Juan Bautista de los escritores bárbaros, Padilla decía haber realizado algunas averiguaciones: tenía ochenta y seis años, un pasado lleno de lagunas, estuvo en Indochina, durante una época editó libros de pornografía, tuvo veleidades surrealistas (fue amigo de Dalí, del que escribió un librito intrascendente: *Dalí contra y a favor del mundo*), comunistas, fascistas. Al contrario que los bárbaros, Rouberg era de familia acomodada y tenía estudios universitarios. Todo parecía indicar que los bárbaros eran el último clavo ardiendo al que Xavier Rouberg se aferraba. La carta

terminaba, como casi todas las de Padilla, de forma abrupta. Ni un adiós, ni un hasta pronto. Amalfitano la leyó en su cubículo de la facultad, progresivamente divertido y asustado. Por un momento pensó que Padilla hablaba en serio, que existía tal grupo literario y, horror, que Padilla compartía o estaba dispuesto a comulgar con sus intereses. Luego pensó que no, que ni el grupo existía ni mucho menos las revistas (*¡Revista Literaria y Comercial del Gremio de Fruteros del Poitou!*), que posiblemente todo formaba parte de *El dios de los homosexuales*. Más tarde, al terminar una clase, volvió a pensar en la carta de Padilla y tuvo una certeza: si Delorme y los escritores bárbaros eran personajes de la novela de Padilla, éste debía estar muy mal. Esa noche, mientras paseaba con Castillo y con un amigo de éste por la avenida más arbolada y al mismo tiempo más oscura de Santa Teresa, intentó llamarlo desde un teléfono público. Castillo y su amigo cambiaron por monedas un billete de Amalfitano en una taquería ambulante y pusieron, además, todas las monedas que encontraron en sus bolsillos. Pero en Barcelona nadie descolgó el teléfono. Al cabo de un rato dejó de insistir y trató de convencerse de que no pasaba nada. Volvió a casa más tarde de lo usual. Rosa estaba despierta, en su habitación, viendo una película. Le dio las buenas noches sin abrir la puerta y acto seguido se instaló en su escritorio y le escribió una carta a Padilla. Querido Joan, le decía, querido Joan, querido Joan, cuánto te echo en falta, qué feliz y qué desdichado soy, qué maravilla de vida, qué misteriosa, cuántas voces podemos escuchar a lo largo de un día o de una vida, y qué hermoso es el recuerdo de tu voz. Etcétera. Terminaba afirmando que le había gustado mucho lo de Delorme, los escritores bárbaros y las revistas aquellas pero que en la idea (idea infundada y tonta, sin duda) que se había hecho de *El dios de los homosexuales* no figuraba ninguna escuela literaria *francesa*. Tienes que hablarme más de tu novela, decía, pero también tienes que hablarme de tu salud, de tu situación económica y de tus estados de ánimo. Se despedía rogándole que no dejara de escribirle. No tuvo que esperar mucho, al día siguiente llegó otra carta de Padilla.

Como ya venía siendo habitual, Padilla no esperó la respuesta de Amalfitano para enviarle otra carta. Parecía como si tras poner la carta en el correo un prurito por el rigor y la exactitud lo arrastrara a escribir de inmediato una serie de explicaciones, datos, fuentes consultadas que aclararan un poco más la misiva ya cursada. Esta vez Amalfitano encontró, perfectamente dobladas, las fotocopias de las portadas de la *Gaceta Literaria*, del *Magazine Literario*, de la *Revista de los Vigilantes Nocturnos* y de la *Revista Literaria y Comercial del Gremio de Fruteros*. También: fotocopias de los artículos citados y de los poemas y relatos de los escritores bárbaros que tras un somero examen le parecieron horribles: una mezcla de Claudel y Maurice Chevalier, de enigma policiaco y de redacción de primer curso de taller creativo. Más interesantes resultaban las fotos (aparecidas en la *Revista Literaria y Comercial*, que por lo demás parecía impresa por profesionales, al contrario que el *Magazine* y la *Gaceta*, seguramente bajo el control de los propios bárbaros, para no hablar de la *Revista de los Vigilantes Nocturnos*, ciclostilada a la manera de los años sesenta y llena de tachaduras, borrones, faltas de ortografía). Las caras de Delorme y su pandilla tenían algo que imperceptiblemente llamaba la atención: primero, todos miraban fijamente a la cámara y por tanto a los ojos de Amalfitano o cualquier lector; segundo, todos, sin excepción, parecían confiados y seguros, sobre todo seguros, en las antípodas del ridículo y de la duda, algo que, bien pensado, tal vez no fuera poco corriente tratándose de literatos franceses pero que, pese a todo, se salía de lo común (no olvidemos que eran aficionados, aunque tal vez precisamente por ser aficionados, pensó Amalfitano, estaban más allá de cualquier posible malestar, rubor o lo que fuera, en el limbo de los inocentes); tercero, la diferencia de edades era, más que notoria, inquietante: entre Delorme, que aparentaba sus bien cumplidos sesenta años y Antoine Madrid, que seguramente aún no había cumplido los veintidós, ¿qué nexo, ya no digamos vínculo de «escuela literaria», podía existir? Los rostros, si quitamos la expresión de seguridad, se dividían entre los *abiertos* (Sabrina Martin, que parecía rondar la treintena, y Antoine Madrid, aunque éste también tenía un airecillo de chulo reservado, de aquellos que suelen guardar las distancias), los *cerrados* (Antoine Dubacq, un calvo de grandes gafas que debía andar por los cuarenta y muchos y la Von Kraunitz, que podía tener cuarenta o sesenta indistintamente) y los *misteriosos* (M. Poul, casi una calavera, rostro fusiforme, el pelo cortado al cepillo, nariz larga y huesuda, orejas pegadas al cráneo, nuez prominente y con toda probabilidad saltona, unos cincuenta años, y Delorme, a todas luces el jefe, el Breton de este proletariado escritor, como lo definía Padilla). Sin las notas de Rouberg, Amalfitano los habría tomado por miembros avanzados —o tal vez más voluntariosos que avanzados— de un taller de literatura de algún barrio obrero de los suburbios. Pero no: ellos escribían desde hacía mucho, se reunían con periodicidad, tenían un molde común de escritura, unas técnicas comunes, un estilo (que Amalfitano no advirtió), unas metas. La

información sobre Rouberg procedía del n.º 1 de la *Revista Literaria Comercial* en donde al parecer, y sin figurar en el directorio, ejercía de redactor jefe. No era difícil imaginar al viejo Rouberg, bajo el estigma de quién sabe qué pecados, retirado, aunque sólo sea espiritualmente, en el Poitou. Las revistas, por supuesto, proceden de la colección de Raguenu, al que mensualmente le llegan ejemplares desde todos los rincones del mundo. Sin embargo, añadía Padilla, preguntado por las cuatro revistas en cuestión y por la colección completa (n.º 1 al 5) del órgano de los fruteros, Raguenu admitió ante Padilla y su sobrino Adrià, que está informatizando su biblioteca y al que Padilla, un día sí y otro no, ayuda, no estar suscrito a ninguna de ellas. ¿Cómo pudieron, entonces, llegar a su poder? Raguenu no lo recordaba aunque adelantó una hipótesis: que las comprara en una librería de viejo o en un mercadillo de revistas durante su último viaje a París. Padilla reconocía que durante varias horas sometió a Raguenu a un interrogatorio más bien duro antes de llegar a la conclusión de su inocencia, probablemente lo que le atrajo de las revistas fue su aire *kitsch*. No obstante era demasiado raro que en todas hubiera información sobre los escritores bárbaros y que Raguenu las hubiera comprado al azar. Padilla avanzaba otra hipótesis: que Raguenu las adquiriera en un tenderete ambulante de los mismísimos escritores bárbaros, confundido entre los demás tenderetes del mercadillo de revistas. Ahora bien, lo interesante, lo *verdaderamente* interesante de este asunto era que Padilla (memoria prodigiosa, pensó Amalfitano cada vez más intrigado) ya había tenido referencias acerca de ese Delorme.

Lo citaba Arcimboldi en una vieja entrevista de 1970 aparecida en una revista barcelonesa en 1991 y lo citaba Albert Derville en un ensayo sobre Arcimboldi que pertenecía a un libro sobre la narrativa francesa de los últimos años. En la entrevista Arcimboldi se refiere a él como «un tal Delorme, autodidacta e increíble, que escribía relatos cerca de donde yo vivía».

Más adelante explicaba que Delorme fue portero del edificio donde vivió en los primeros años de la década del sesenta. El contexto en que se refería a él era el del miedo. Miedos, sustos, atracos, sorpresas, etc. Derville lo menciona en una lista de escritores bizarros que Arcimboldi le diera poco antes de la publicación de *El Bibliotecario*. Según Derville, Arcimboldi le confesó que llegó a sentir miedo de Delorme, al que achacaba prácticas de satanismo, conjuros y misas negras en el reducido espacio de la portería, medio por el cual esperaba mejorar su francés escrito y su ritmo narrativo. Y eso era todo. Padilla prometía que buscaría más y pronto daría noticias. ¿La desaparición de Arcimboldi estaba relacionada con los escritores bárbaros? No lo sabía pero seguiría investigando.

Esa noche, después de releer la carta por cuarta o quinta vez, Amalfitano ya no pudo seguir en su casa. Se puso una americana ligera y salió a caminar. Sus pasos lo condujeron al centro de la ciudad y, tras vagar por la plaza en donde se daban la espalda la estatua del General Sepúlveda y el conjunto escultórico que conmemoraba la victoria del pueblo de Santa Teresa sobre los franceses, entró en un barrio que, pese a estar a dos calles del centro, reunía —y enseñaba— todos los estigmas, todas las marcas de la pobreza, la sordidez y el peligro. La zona roja.

El nombre divertía a Amalfitano con una mezcla de ternura amarga; él también, a lo largo de su vida, había conocido zonas rojas. Los barrios obreros, los cordones industriales, primero, los campos liberados por la guerrilla, después. Llamar zona roja a un barrio de putas, no obstante, le parecía afortunado y reflexionó si aquellas lejanas zonas rojas de su juventud no fueron también enormes barrios de putas camuflados en la Retórica y la Dialéctica. Campos de putas invisibles, resplandor de macrós y policías, todo nuestro esfuerzo, nuestro largo motín carcelario.

De pronto se sintió triste y también hambriento. Contra las advertencias y prevenciones de carácter gastrointestinal se detuvo junto a un carrito ambulante, en la esquina de Avenida Guerrero y General Mina, y compró una torta de jamón y un agua de jamaica que, en su imaginación ardiente, era semejante al néctar de jazmín o al zumo de flores de durazno de la China de su infancia. Qué jodidamente sabios, qué delicados estos mexicanos, pensó mientras saboreaba uno de los mejores bocadillos de su vida: entre pan y pan, crema, pasta de frijoles negros, aguacate, lechuga, tomate o jitomate, tres o cuatro rajadas de chile chipotle y una delgada rodaja de jamón, el elemento que daba nombradía a la torta y al mismo tiempo el menos importante de ella. Como una lección de filosofía. ¡Filosofía china, claro!, pensó. Lo que lo llevó a recordar aquellos versos del *Tao Te King*: «Su identidad es el misterio. / Y en este misterio / se halla la puerta de toda maravilla.» ¿Cuál era la identidad de Padilla?, pensó alejándose del puesto ambulante en dirección a un gran letrero luminoso en la mitad de la calle Mina. El misterio, la maravilla de ser joven y no tener miedo y de pronto tenerlo. ¿Pero tenía miedo, de verdad, Padilla?, ¿o las manifestaciones que Amalfitano tomaba como tales eran la señal de otra cosa? El letrero, en grandes letras rojas, anunciaba a la cantante de rancheras Coral Vidal, una sesión de *striptease* comunicativo y al famoso mago Alexander. Bajo la marquesina, entre un hervidero de gente insomne, vendían cigarrillos, drogas, frutos secos, revistas y periódicos de Santa Teresa, Ciudad de México, California y Texas. Mientras pagaba por un periódico del D.F., cualquiera, le dijo al quiosquero, el *Excelsior*, un niño le tiró de la manga.

Amalfitano se volvió. Era un niño moreno, flaco, de unos once años, vestido con una sudadera amarilla con el emblema de la Universidad de Wisconsin y pantalones cortos de deporte. Venga, sígame, señor, insistió el niño ante la resistencia inicial de

Amalfitano. Algunas personas se habían detenido y los miraban. Finalmente decidió obedecerlo. El niño se metió en una calle lateral llena de conventillos que parecían a punto de irse al suelo. Las aceras estaban repletas de coches mal estacionados o, a juzgar por su lamentable estado, abandonados por sus dueños. Desde el interior de algunas viviendas llegaba un batiburrillo de televisiones a todo volumen y de voces airadas. Amalfitano contó hasta tres letreros de pensiones. Sus nombres le resultaron pintorescos pero no tanto como el del letrero de la calle Mina. ¿Qué significaba *striptease comunicativo*? ¿Que los espectadores también se desnudaban o que la striptisera anunciaba a viva voz las prendas que luego procedería a quitarse?

De pronto la calle se quedó en silencio, como encogida sobre sí misma. El niño se detuvo entre dos automóviles particularmente destartalados y miró a Amalfitano a los ojos. Éste, por fin, entendió y denegó con la cabeza. Luego forzó una sonrisa y dijo no, no. Sacó un billete del bolsillo y se lo puso en la mano. El niño cogió el billete y se lo metió dentro de una de las zapatillas. Al agacharse Amalfitano creyó que un rayo de luna iluminaba su espalda huesuda y pequeña. Se le llenaron los ojos de lágrimas. *Su identidad es el misterio*, recordó. Y ora qué, dijo el niño. Ahora te vas para tu casa y te pones a dormir, dijo Amalfitano y de inmediato se dio cuenta de lo estúpido de su reconvención. Mientras salían, esta vez caminando el uno al lado del otro, se metió la mano en el bolsillo y le dio más dinero. Hombre, gracias, dijo el niño. Para que cenes esta semana, dijo Amalfitano con un suspiro.

Antes de abandonar la calle escucharon unos gemidos. Amalfitano se detuvo. No es nada, dijo el niño, vienen de ahí, de la Llorona. La mano del niño indicó el zaguán de una casa en ruinas. Amalfitano se acercó con pasos vacilantes. En la oscuridad del zaguán se repitieron los gemidos. Procedían de arriba, de uno de los pisos superiores. El niño estaba a su lado y le indicaba el lugar, Amalfitano dio unos pocos pasos en la oscuridad pero no se atrevió a seguir. Al volver atrás vio al niño de pie, haciendo equilibrio sobre un cascote. Es la loca de la calle que se muere de sida, dijo mirando distraídamente los pisos de arriba. Amalfitano no hizo ningún comentario. En la calle Mina se separaron.

Una semana después Amalfitano volvió con Castillo a la calle donde escuchara los gemidos. Encontró sin dificultad la casa: a la luz del día no le pareció tan terrible como aquella noche. En el zaguán alguien había intentado construir una barricada. El interior, no obstante, se encontraba en un estado ligeramente mejor, aunque las ventanas carecían de vidrios y los pasillos eran una sucesión de cascajos y agujeros.

¿Debemos entrar?, preguntó Castillo con una mueca de asco. Amalfitano no contestó y se dedicó a inspeccionar la casa. En una habitación de la segunda planta encontró un colchón y un par de mantas sucias. Aquí es, sube, llamó a Castillo. En un rincón había una especie de fogón improvisado con ladrillos y sobre él, excavada en la pared, una hornacina rudimentaria que contenía una olla, una plancha de cocina, dos cucharas soperas y un vaso de plástico. A los pies del colchón, en el suelo, pero relativamente bien cuidadas, un lote de revistas cinematográficas, desde las más populares hasta las de arte y ensayo, éstas en inglés pero con bastantes fotos. La disposición del colchón, la hornacina y las revistas delataba un orden sutil y desesperado que se distanciaba y preservaba del caos y de la ruina del resto de la casa.

Amalfitano se puso de rodillas para examinar mejor los objetos. Esto es como leer la carta de un agonizante, dijo tras el estudio. Castillo, apoyado en el quicio de la puerta, se encogió de hombros. ¿Qué dice la carta?, preguntó con desgana. No la entiendo, está en otro idioma, aunque por momentos creo reconocer algunas palabras. Castillo se rio. ¿Qué palabras: amor, soledad, desesperación, rabia, tristeza, marginación? No, dijo Amalfitano, ninguna de éstas. La palabra que he encontrado me produce escalofríos porque nunca hubiera imaginado que la iba a encontrar precisamente aquí. Qué palabra, pues, déjate de misterios. Ilusión, dijo Amalfitano, pero tan despacio que al principio Castillo no lo escuchó. Ilusión, repitió Amalfitano. Vaya, esa palabra, dijo Castillo, y tras unos instantes agregó: no tengo la menor idea de dónde la ves, aquí más que ilusión hay mugre. Amalfitano miró fijamente a Castillo (Padilla lo hubiera entendido) y sonrió. Castillo le devolvió la sonrisa, cuando estás así, cuando sonrías así, dijo, te pareces a Christopher Walken. Amalfitano lo miró agradecido (él bien sabía que no se parecía en nada a Christopher Walken, pero era agradable oírsele decir) y siguió hurgando en el cuarto. De pronto se le ocurrió levantar el colchón. Debajo, como puesta allí para que se planchara, encontró una camisa hawaiana. La camisa tenía fondo verde y palmeras cimbreantes y olas azules coronadas de espuma albísima y coches descapotables rojos y hoteles blancos y amarillo pastel y turistas vestidos con camisas hawaianas idénticas a la Gran Camisa Hawaiana, con palmeras cimbreantes y olas azules y descapotables rojos como en un juego de espejos repetido hasta el infinito. No, hasta el infinito no, pensó Amalfitano, en una de las repeticiones, en una de las inmersiones, los turistas estarían estampados sin sonrisas y con camisas negras. Las imágenes de la camisa saltaron desde el suelo

hasta el lomo del espíritu conturbado de Amalfitano. El olor a podrido que sin mediar anuncio invadió la habitación lo obligó a taparse las narices y luego le produjo arcadas. La camisa estaba podrida. Desde la puerta Castillo hizo una mueca de asco. Aquí murió alguien, dijo Amalfitano. ¿Dónde está el cadáver, Sherlock Holmes?, dijo Castillo. En la morgue, seguramente. Ah, qué negativo eres a veces, suspiró Castillo.

Cuando salieron el sol empezaba a descender tras las azoteas erizadas de antenas. Éstas, picudas, parecían incrustarse en las barrigas de las nubes bajas. En la calle Mina el Teatro Carlota ofrecía el mismo espectáculo. Amalfitano y Castillo se detuvieron bajo la marquesina y lo estuvieron leyendo un buen rato mientras por encima de ellos pasaba una gran nube. En ese momento la taquilla se abrió. Te invito, dijo Amalfitano. ¿A ver el *striptease* comunicativo?, sonrió Castillo. Ven, acompáñame, quiero verlo, dijo Amalfitano riéndose también, si no nos gusta nos vamos. De acuerdo, dijo Castillo.

La función en el Teatro Carlota empezaba a las ocho y proseguía, en sesión continua, hasta las dos de la madrugada, aunque el horario de cierre solía experimentar variaciones dependiendo de la afluencia de público y del ánimo de los artistas. Si un espectador llegaba a las ocho, con el mismo boleto podía ver varias veces el show o dormir hasta que el acomodador lo echara ya entrada la madrugada, cosa que solían hacer los campesinos de paso por Santa Teresa que se aburrían en las pensiones o, más comúnmente, los chulos de las putas que trabajaban en la calle Mina. Los que iban a disfrutar del espectáculo se sentaban por regla general en la platea. Los que iban a dormir o a hacer negocios se acomodaban en la galería. Allí las butacas estaban menos desvencijadas que abajo y la iluminación era menor, de hecho la mayor parte del tiempo la galería estaba sumida en una penumbra impenetrable, al menos desde los asientos de platea, rota únicamente cuando el iluminador de algún número bailable hacía jugar de forma más bien caótica los reflectores. Entonces los haces de luz roja, azul y verde iluminaban cuerpos de hombres dormidos, parejas entrelazadas yorros de macrós y ladrones de poca monta comentando las incidencias del atardecer y del anochecer. Abajo, en la platea, el ambiente era radicalmente distinto. La gente iba a divertirse y llegaban buscando los mejores asientos, los más cercanos al escenario, cargados con latas de cerveza y surtidos de sandwiches y mazorcas de maíz que comían, previamente embadurnadas de mantequilla o crema y espolvoreadas de chile o queso, ensartadas con un palito. Aunque el espectáculo era en teoría para mayores de dieciséis años no era raro observar parejas que llegaban acompañadas de sus hijos pequeños. Los niños, según el criterio de la taquillera, no eran aún demasiado mayores como para que el show pudiera afectarles en su integridad moral y sus padres, por carecer de niñera, no tenían por qué perderse el milagro de la voz ranchera de Coral Vidal. Lo único que se les pedía —a ellos y a sus progenitores— era que no trotaran demasiado por los pasillos mientras se desarrollaban los números artísticos.

Esa temporada las estrellas eran Coral Vidal y el famoso y viejo mago Alexander. El *striptease* comunicativo, que fue lo que llevó a Amalfitano al Teatro Carlota, era, en efecto, algo de apariencia nueva, al menos en teoría, fruto de la inventiva del coreógrafo y primo hermano del propietario y empresario del Teatro Carlota. Pero en la práctica no funcionaba, aunque su creador se negaba a admitirlo. Consistía en algo bastante simple. Las striptiseras salían completamente vestidas y provistas, asimismo, de un juego de ropa extra que tras mucho pelear y porfiar embutían encima de la ropa de un voluntario más bien remiso. Luego comenzaban a quitarse sus prendas mientras el espectador que se había prestado al número era invitado a hacer lo mismo. Esto terminaba cuando las artistas quedaban en cueros y el voluntario por fin lograba deshacerse, con torpeza y en ocasiones con violencia, de sus ridículas túnicas y ropajes.

Y eso era todo y si no hubiera aparecido súbitamente, casi sin transición y sin presentación ninguna, el famoso mago Alexander, Amalfitano y Castillo se habrían marchado decepcionados. Pero el mago Alexander era otra cosa y hubo algo en su forma de entrar al escenario, en su forma de moverse y en la manera en que miró a los espectadores de la platea y de la galería (un vistazo de viejo melancólico, pero también un vistazo de viejo con mirada de rayos X que comprendía y aceptaba por igual a los entendidos en los juegos de manos, a las parejas de obreros con niños y a los macrós que trazaban desesperanzadas estrategias de largo alcance) que hizo que Amalfitano se mantuviera pegado a su butaca.

Buenos días, dijo el mago Alexander. Buenos días y buenas noches, amable público. De su mano izquierda brotó una luna de papel, de unos treinta centímetros de diámetro, blanca con estrías grises, que comenzó a elevarse, sola, hasta quedar a más de dos metros de su cabeza. Por su acento, Amalfitano comprendió rápidamente que no era mexicano, ni latinoamericano o español. El globo, entonces, explotó en el aire y de su interior cayeron flores blancas, claveles blancos. El público, que parecía conocer al mago Alexander de otras funciones y estimarlo, aplaudió generosamente. Amalfitano también quiso aplaudir, pero entonces las flores se detuvieron en el aire y, tras una breve pausa en la que permanecieron detenidas y temblorosas, se reordenaron formando un círculo de un metro y medio de diámetro alrededor de la cintura del viejo. La cosecha de aplausos fue aún mayor. Y ahora, distinguido y respetable público, vamos a jugar un poquito a las cartas. Sí, el mago era extranjero y de otra lengua, pero de dónde, pensó Amalfitano, y cómo ha venido a parar a esta ciudad perdida siendo tan bueno como es. Tal vez sea texano, pensó.

El truco de las cartas no era nada espectacular, pero consiguió interesar a Amalfitano de una forma extraña, que ni él mismo comprendía. En el interés había expectación, pero también miedo. El mago Alexander, al principio, disertaba desde arriba del escenario, con una baraja que tan pronto estaba en su mano derecha como en su mano izquierda, sobre las virtudes del buen jugador de naipes y sobre los peligros sin cuento que a éstos acechaban. Una baraja, salta a la vista, decía, puede llevar a un honrado trabajador a la ruina, a la indignidad y a la muerte. A las mujeres las lleva a la perdición, ya me entienden, decía guiñando un ojo pero sin perder el aire solemne. Parecía, pensó Amalfitano, un predicador televisivo, pero lo más curioso era que la gente lo escuchaba con interés. Incluso arriba, en la galería, algunos rostros patibularios y soñolientos se asomaban para seguir mejor las evoluciones del mago. Este se movía, cada vez con mayor decisión, primero sobre el escenario y después por los pasillos de la platea, siempre hablando de las cartas, de la némesis de las cartas, del gran sueño solitario de la baraja, de los mudos y de los charlatanes, con ese acento que no era, definitivamente, texano, mientras los ojos de los espectadores lo seguían en silencio, sin comprender, supuso Amalfitano (él tampoco lo entendía y tal vez no hubiera nada que entender), el sentido de la perorata del viejo. Hasta que de pronto se detuvo en medio de uno de los pasillos y dijo vamos a empezar, ya está

bien, no les robo más paciencia, vamos a empezar.

Lo que sucedió a continuación dejó a Amalfitano boquiabierto. El mago Alexander se acercó a un espectador y le pidió que buscara en el bolsillo de su pantalón. El espectador eso hizo y al salir su mano llevaba una carta. De inmediato el mago instó a otra persona de la misma fila, pero mucho más alejada, que hiciera lo mismo. Otra carta. Y luego otra, en otra fila, y todas las cartas iban formando, coreadas por las voces de los espectadores, una escalera real de corazones. Cuando sólo faltaban dos cartas el mago miró a Amalfitano y le pidió que buscara en su billetera. Está a más de tres metros, pensó Amalfitano, si hay truco debe ser muy bueno. En su billetera, entre una foto de Rosa a los diez años y un papel amarillento y arrugado, encontró la carta. ¿Qué carta es, señor?, dijo el mago mirándolo fijamente y con ese acento tan peculiar que a Amalfitano le costaba identificar. La reina de corazones, dijo Amalfitano. El mago le sonrió como lo hubiera hecho su padre. Perfecto, señor, gracias, dijo, y antes de darle la espalda le guiñó un ojo. Era un ojo ni grande ni pequeño, de color marrón con manchas verdes. Luego avanzó con paso seguro, diríase triunfal, hasta la fila en donde dos niños dormían en brazos de sus padres. Tenga el favor de descalzarme a su hijito, dijo. El padre, un tipo flaco y nervudo y de sonrisa amable, descalzó al niño. En el zapato estaba la carta. A Amalfitano se le cayeron las lágrimas y los dedos de Castillo rozaron con delicadeza su mejilla. El rey de corazones, dijo el padre. El mago asintió con la cabeza. Y ahora el zapato de la niña, dijo. El padre descalzó a la niña y mostró en el aire otra carta, para que todo el mundo la viera. ¿Y qué carta es esa, señor, si es tan atento? El comodín, dijo el padre.

Amalfitano a menudo tenía pesadillas. El sueño (uno en donde Edith Lieberman y Padilla tomaban una once chilena con té, colisas y paltas, mermelada de tomate hecha por su madre, pan amasado y mantequilla casera de un color casi como el de una hoja de papel Ingres-Fabriano) se abría y daba paso a la pesadilla. Allí, en esas soledades, el Che Guevara se paseaba arriba y abajo por un corredor en penumbras y en el fondo unos glaciares enormes y adiamantados se movían y crujían y parecían gemir como en el parto de la historia. ¿Por qué traduje a los isabelinos y no a Isaac Babel o Borís Pilniak?, se preguntaba Amalfitano desconsolado, sin poder salir de la pesadilla pero aún con retazos del sueño (más allá de los glaciares todo el lejano horizonte *era* Edith Lieberman y Padilla tomando su rica once) entre las manos vacías, ateridas, casi transparentes. ¿Por qué no me deslicé como la Ratita Astuta entre los hierros de los Premios Lenin y los Premios Stalin y las Coreanas Recogiendo Firmas para la Paz y descubrí lo que había que descubrir, lo que sólo los ciegos no veían? ¿Por qué no dije los rusos los chinos los cubanos la están cagando en alguna de esas reuniones tan serias de intelectuales de izquierda? ¿Apoyar a los marxistas? ¿Apoyar a los parias? ¿Caminar con la historia justo cuando la historia está de parto? ¿Ayudarla en silencio a parir a mitad del camino? De alguna manera, se decía Amalfitano desde el fondo de la pesadilla, con un tono doctoral y una voz enronquecida que no era la suya, me culpabilizo por crímenes no cometidos, masoquista, ya en 1967 me habían expulsado del Partido Comunista Chileno, los camaradas me insultaban y calumniaban, no era un chico popular. ¿Por qué me culpo, entonces? Yo no maté a Isaac Babel. No le jodí la vida a Reinaldo Arenas. No hice la Revolución Cultural ni alabé a la Banda de los Cuatro como otros intelectuales latinoamericanos. Fui el hijo tarado de Rosa Luxemburgo y ahora soy el viejo maricón, en ambos casos objeto de escarnio y mofa. ¿De qué culparme, entonces? ¿De mi Gramsci, de mi situacionismo, de mi Kropotkin al que Oscar Wilde colocaba entre los mejores hombres de la tierra? ¿De mis jodas mentales, de mi irresponsabilidad ciudadana? ¿De haber visto a las Coreanas Recogiendo Firmas para la Paz y no haberlas apedreado? (Las hubiera culeado, pensaba Amalfitano desde el remolino de los glaciares, les hubiera dado por el culo una por una a esas falsas Coreanas hasta ver qué había detrás: Ucrainianas Recogiendo Trigo para la Paz, Húngaras Recogiendo Transeúntes para la Paz, Cubanas Recogiendo Pechinas en un Atardecer Latinoamericano sin Remisión.) ¿Así, pues, de qué soy culpable? ¿De haber querido y seguir queriendo, no, queriendo no, extrañándolos, echando de menos la conversación de mis amigos que se echaron al monte porque nunca dejaron de ser niños y creyeron en un sueño y porque eran machos latinoamericanos de verdad y murieron? (¿Y qué dicen al respecto sus madres, sus viudas?) ¿Murieron como ratas? ¿Murieron como los soldados de las Guerras de Independencia? ¿Murieron torturados, de un tiro en la nuca, arrojados al mar, enterrados en cementerios clandestinos? ¿Su sueño era el sueño de Neruda, de

los burócratas del Partido, de los oportunistas? Misterio, misterio, se decía Amalfitano en el fondo de la pesadilla. Y se decía: algún día Neruda y Octavio Paz se darán la mano. Tarde o temprano Paz le hará un hueco en el Olimpo a Neruda. Pero nosotros siempre estaremos afuera. Lejos de Octavio Paz y Neruda. Por allí, se decía Amalfitano como un loco, busca por allí, escarba por allí, por allí hay rastros de verdad. En la Gran Intemperie. Y también se decía: con los parias, con los que no tienen absolutamente nada que perder hallarás, si no la razón, la jodida justificación, y si no la justificación, el canto, apenas un murmullo (tal vez no sean voces, tal vez sólo sea el viento entre las ramas), pero indeleble.

En la raíz de todos mis males, pensaba a veces Amalfitano, se encuentra mi admiración por los judíos, los homosexuales y los revolucionarios (los revolucionarios de verdad, los románticos y los locos peligrosos, no los aparatchiks del Partido Comunista de Chile ni sus deleznable matones, ah, esos seres espantosos y grises). En la raíz de todos mis males, pensaba, se encuentra mi admiración por algunos drogadictos (no poetas drogadictos, ni artistas drogadictos, sino drogadictos a secas, tipos raros de encontrar, tipos que se alimentaban de sí mismos casi literalmente, tipos que eran como un agujero negro o como un ojo negro, sin manos ni piernas, un ojo negro que nunca se abría o que nunca se cerraba, el Testimonio Perdido de la Tribu, tipos que parecían enganchados a la droga en la misma medida en que la droga parecía enganchada a ellos). En la raíz de todos mis males se encuentra mi admiración por los delincuentes, las putas, los perturbados mentales, se decía Amalfitano con amargura. Cuando adolescente hubiera querido ser judío, bolchevique, negro, homosexual, drogadicto y medio loco, y manco para más remate, pero sólo fui profesor de literatura. Menos mal, pensaba Amalfitano, que he podido leer miles de libros. Menos mal que he conocido a los Poetas y que he leído las Novelas. (Los Poetas, para Amalfitano, eran los seres humanos brillantes como un relámpago, y las Novelas, las historias que nacían de la fuente del *Quijote*.) Menos mal que he leído. Menos mal que aún puedo leer, se decía entre escéptico y esperanzado.

Sobre la vejez apenas pensaba Amalfitano. A veces se veía con un bastón, recorriendo una alameda luminosa y carcajeándose entre dientes. Otras se veía acorralado, sin Rosa, las ventanas con las cortinas corridas y la puerta atrancada con dos sillas. Los chilenos, se decía, no sabemos envejecer y por lo común caemos en el ridículo más espantoso; no obstante, ridículos y todo, en nuestra vejez hay algo de valentía, como si al arrugarnos y enfermarnos recobráramos el valor de nuestra infancia templada en el país de los terremotos y maremotos. (Por lo demás, lo que Amalfitano *sabía* de los chilenos sólo eran suposiciones, hacía tanto que no los veía.)

Durante una de sus clases, Amalfitano dijo: la poesía moderna latinoamericana nace con dos poemas. El primero es el «Soliloquio del Individuo», de Nicanor Parra, publicado en los *Poemas y antipoemas*, Editorial Nascimento, Chile, 1954. El segundo es el «Viaje a Nueva York», de Ernesto Cardenal, publicado en una revista del D.F. a mitad de los setenta (creo que en 1974, pero no me hagan demasiado caso) y que yo tengo en la *Antología* de Ernesto Cardenal de la Editorial Laia, Barcelona, 1978. Por supuesto, Cardenal había escrito antes «Hora 0», los «Salmos», el «Homenaje a los Indios Americanos» y las «Coplas a la muerte de Merton», pero es el «Viaje a Nueva York» el que, a mi parecer, marca el punto de inflexión, la bifurcación definitiva del camino. Ambos textos, el «Soliloquio» y el «Viaje», son las dos caras de la poesía moderna, el demonio y el ángel, respectivamente (y no olvidemos, como dato curioso, pero tal vez un poco más que eso, que en el «Viaje» Ernesto Cardenal menciona a Nicanor Parra), acaso el momento más lúcido y terrible y a partir del cual el cielo se oscurece y comienza la tormenta.

Los que no estén de acuerdo que se queden sentados esperando a don Horacio Tregua, los que estén de acuerdo que me sigan.

NOTAS DE UNA CLASE DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA: EL PAPEL DEL POETA

El más feliz: García Lorca.

El más atormentado: Celan y, según otros, Trakl, pero había quien sostenía que los más atormentados fueron los poetas latinoamericanos muertos en la lucha insurreccional de los sesenta y setenta. Y quienes dijeron: Hart Crane.

El más guapo: Crevel y Félix de Azúa.

El más gordo: Neruda y Lezama Lima (aunque yo recordé pero no dije nada, con agradecida rotundidad, el cuerpo de ballena de un poeta panameño llamado Roberto Fernández, fino lector y simpatiquísimo amigo).

El banquero del Espíritu: T. S. Eliot.

El más blanco, el banquero de la albura: Wallace Stevens.

El señorito en el Infierno: Cernuda y Gilberto Owen.

El de las arrugas más extrañas: Auden.

El de peor genio: Salvador Díaz Mirón, según otros Gabriela Mistral.

El de la verga más poderosa: Frank O'Hara.

El secretario del banquero de la blancura: Francis Ponge.

El que alojarías en tu casa durante un mes: Amado Nervo.

El que no llevarías jamás a tu casa: opiniones diversas y encontradas: Allen Ginsberg, Octavio Paz, e.e. cummings, Adrian Henri, Seamus Heaney, Gregory Corso, Michel Bulteau, los hermanitos Campos, Alejandra Pizarnik, Leopoldo María Panero y su hermano mayor, Jaime Sabines, Roberto Fernández Retamar, Mario Benedetti.

El que llevarías a tu lecho de muerte: Ernesto Cardenal.

Con el que te gustaría ir al cine: Elizabeth Bishop, Berrigan, Ted Hughes, José Emilio Pacheco.

El mejor en la cocina: Coronel Urtecho (pero Amalfitano les recordó y leyó a Pablo de Rokha y no hubo discusión).

El más ameno: Borges y Nicanor Parra. Otros: Richard Brautigan, Gary Snyder.

El más lúcido: Martín Adán.

El que no quisieras tener de profesor de literatura: Charles Olson.

El que sí quisieras tener de profesor de literatura, pero no por mucho tiempo: Ezra Pound.

El que quisieras tener de profesor de literatura para siempre: Borges.

El más doliente: Vallejo, Pavese.

El que llevarías a tu lecho de muerte después de que Ernesto Cardenal se marchara: William Carlos Williams.

El más vital: Violeta Parra, Alfonsina Storni (aunque Amalfitano les hizo notar

que ambas se suicidaron), Dario Bellezza.

El más razonablemente vivo: Emily Dickinson y Cavafis (aunque Amalfitano les hizo notar que según los cánones vigentes ambos fueron unos fracasados).

El más elegante: Tablada.

El que mejor haría de gángster en Hollywood: Antonin Artaud.

El que mejor haría de gángster en Nueva York: Kenneth Patchen.

El que mejor haría de gángster en Medellín: Álvaro Mutis.

El que mejor haría de gángster en Hong-Kong: Robert Lowell (aplausos), Pere Gimferrer.

El que mejor haría de gángster en Miami: Vicente Huidobro.

El que mejor haría de gángster en México D.F.: Renato Leduc.

El más indolente: Daniel Biga, según otros Oquendo de Amat.

El mejor enmascarado: Salvador Novo.

El más atacado de los nervios: Roque Dalton. También: Diane Di Prima, Pasolini, Enrique Lihn.

El mejor compañero de borrachera: se citaron unos cuarenta nombres, entre ellos el de Cintio Vitier, Oliverio Gironde, Nicolas Born, Jacques Prévert y Mark Strand, que según afirmaron era un experto en artes marciales.

El peor compañero de borrachera: Maiakovski y Orlando Guillén.

El que baila sin inmutarse con la muerte americana: Macedonio Fernández.

El más nuestro, el más mexicano: Ramón López Velarde y Efraín Huerta. Otras opiniones: Maples Arce, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, el queridito Villaurrutia, por supuesto Octavio Paz, y la autora de *Rincones románticos* (1992) y de cuyo nombre nadie consiguió acordarse.

CUESTIONARIO

Pregunta: ¿Por qué alojarías en tu casa a Amado Nervo?

Respuesta: Porque era bueno, hacendoso y apañado, de los que ayudan a poner la mesa, a lavar los platos. Seguro que no se iba a negar a barrer el suelo —aunque yo no lo iba a dejar—. Vería las series de televisión conmigo y luego las comentaría, escucharía mis penas, jamás sacaría una cosa de quicio: siempre tendría la palabra justa, mesurada, el corazón tranquilo para afrontar cualquier problema, si ocurriera una desgracia, un terremoto, una guerra civil, un accidente nuclear, él no echaría a correr como una rata ni se pondría histérico, me ayudaría a hacer las maletas, se preocuparía de los niños, que no salieran corriendo espantados o divertidos y los fuera a perder, siempre tranquilo, siempre con la cabeza sobre los hombros, pero sobre todo siempre fiel a la palabra dada, al gesto definitivo que se espera de él.

LECTURAS

Poemas de Amado Nervo (*Los jardines interiores; En voz baja; Elevación; Perlas negras; Serenidad; La amada inmóvil*). Laurence Sterne, *Viaje sentimental* (colección Austral, Espasa Calpe). Matsuo Basho, *Senda hacia tierras hondas* (Hiperión).

Padilla, recordaba Amalfitano, de entre todas las costumbres defendía la costumbre de fumar. Lo único que alguna vez hermanó a los catalanes con los castellanos, a los asturianos con los andaluces, a los vascos con los valencianos era el arte, la atroz circunstancia de fumar en compañía. Según Padilla no existía en la lengua española frase más hermosa que aquella que se empleaba para pedir fuego. Frase hermosa y frase serena, como para decírsela a Prometeo, llena de valor y de humilde complicidad. Cuando un habitante de la península decía «me das fuego» un chorro de lava o de saliva se ponía otra vez a fluir en el milagro de la comunicación y de la soledad. Porque para Padilla el acto compartido de fumar era básicamente una escenificación de la soledad: los más duros, los más sociables, los olvidadizos y los memoriosos se sumergían por un instante, lo que tardaba el tabaco en quemarse, en un tiempo detenido y que a la vez congregaba todos los tiempos posibles de España, toda la crueldad y todos los sueños rotos, y sin sorpresa se reconocían en esa «noche el alma» y se abrazaban. Las volutas de humo eran el abrazo. En el reino de los Celtas y de los Bisontes, en el de los Ducados y los Rex vivían de verdad sus compatriotas. El resto: confusión, gritos, de vez en cuando tortilla de patatas. Y sobre las renovadas advertencias de las Autoridades Sanitarias: caca. Aunque cada día, según constataba, la gente fumara menos, aunque cada día más fumadores se pasaran al rubio o al extra light: él mismo ya no fumaba Ducados como en su adolescencia sino Camel sin filtro.

No era extraño, decía, que a los condenados a muerte les ofrecieran un cigarrillo antes de la ejecución. Piedad popular, un cigarrillo era más importante que las palabras y el perdón del cura. Aunque a los ejecutados en la silla eléctrica o en la cámara de gas no les ofrecieran nada: la costumbre era latina, hispana. Y sobre esto podía extenderse en una infinidad de anécdotas. La que Amalfitano recordaba más vivamente, la que le parecía más significativa y en cierto aspecto premonitoria, pues trataba de México y de un mexicano y él finalmente había recalado en México, era la de un coronel de la Revolución que por mala estrella terminó sus días delante de un pelotón de fusilamiento. El coronel pidió como último deseo un cigarro. El capitán del pelotón de fusilamiento, que debía ser un buen hombre, se lo concedió. El coronel sacó uno de sus puros y procedió a fumárselo sin entablar conversación con nadie, mirando el exiguo paisaje. Al acabar, la ceniza aún estaba sujeta al cigarro. La mano no le había temblado, el fusilamiento podía ejecutarse. Ése debe ser uno de los santos de los fumadores, dijo Padilla. ¿Y la anécdota de qué hablaba, del pulso de hierro del coronel o del efecto balsámico, de la comunión del humo? A ciencia cierta, recordó Amalfitano, Padilla no lo sabía ni le importaba.

A veces Amalfitano se ponía a meditar acerca de su relativamente reciente homosexualidad y buscaba apoyos y ejemplos literarios para su consuelo. El único que se le venía a la cabeza era el de Thomas Mann y esa especie de mariposeo lánguido e inocente que sufrió en la vejez. Pero él no era tan viejo, pensaba, y además Thomas Mann probablemente por entonces ya chocheaba, lo que no era su caso. En algunos novelistas españoles que ya cumplidos los treinta se descubrieron de improviso maricas tampoco encontraba consuelo: la mayoría eran bujarrones tan carpetovetónicos que más bien cuando pensaba en ellos se deprimía. A veces recordaba a Rimbaud y hacía analogías retorcidas: en «Le cœur volé», en donde algunos críticos veían el relato pormenorizado de la violación de Rimbaud por parte de un grupo de soldados cuando éste se dirigía a París a unirse al sueño de la Comuna, Amalfitano, dándole la vuelta a un texto al que se le podían dar muchas vueltas, veía el fin de su heterosexualidad ahogada en la ausencia de algo que no sabía precisar, una mujer, una heroína, una supermujer. Y a veces no sólo pensaba en el poema de Rimbaud sino que lo recitaba en voz alta, afición que tanto Amalfitano como Rosa habían heredado de Edith Lieberman:

*Mon triste cœur bave à la poupe,
 Mon cœur couvert de caporal:
 Ils y lancent des jets de soupe,
 Mon triste cœur bave à la poupe:
 Sous les quolibets de la troupe
 Qui pousse un rire général,
 Mon triste cœur bave à la poupe,
 Mon cœur couvert de caporal!*

*Ithyphalliques et pioupiesques
 Leurs quolibets l'ont dépravé!
 Au gouvernail on voit des fresques
 Ithyphalliques et pioupiesques.
 Ô flots abracadabrantésques,
 Prenez mon cœur, qu'il soit lavé!
 Ithyphalliques et pioupiesques
 Leurs quolibets l'ont dépravé!*

*Quand ils auront tari leurs chiques,
 Comment agir, ô cœur volé?
 Ce seront des hoquets bachiques
 Quand ils auront tari leurs chiques:*

*J'aurai des sursauts stomachiques,
Moi, si mon cœur est ravalé:
Quand ils auront tari leurs chiques
Comment agir, ô cœur volé?*

Todo estaba claro, pensaba Amalfitano entonces, el poeta adolescente degradado por la soldadesca justo cuando se dirigía, ¡a pie!, al encuentro con la Quimera, y qué fuerte era Rimbaud, pensaba Amalfitano renunciando ya a cualquier consuelo, emocionado y admirado a partes iguales, para escribir casi inmediatamente después el poema, con el pulso firme, las rimas originales, las imágenes que oscilaban entre lo cómico y lo monstruoso...

Lo que Amalfitano jamás sabría es que el caporal de «*mon cœur couvert de caporal*», el hijo de puta que abusó de Rimbaud, había sido soldado del Ejército de Bazaine en la aventura mexicana de Maximiliano y Napoleón III.

En marzo de 1865, ante la falta total de noticias sobre la suerte de la columna del coronel Libbrecht, el coronel Eydoux, comandante en la plaza de El Tajo que servía de depósito de suministros de todas las tropas que operaban en esa zona del noreste mexicano, envió un destacamento de treinta jinetes en dirección a Santa Teresa. El destacamento iba al mando del capitán Laurent y de los tenientes Rouffanche y González, este último monárquico mexicano.

El destacamento llegó a Villaviciosa al segundo día de marcha y jamás entró en Santa Teresa. Todos los hombres, menos el teniente Rouffanche y tres soldados que resultaron muertos en la emboscada sufrida por los franceses mientras comían en la única fonda del pueblo, fueron hechos prisioneros, entre ellos el futuro caporal, entonces un recluta de veintidós años. Los prisioneros, atadas las manos y amordazados con cordeles de cáñamo, fueron llevados ante el que fungía como jefe militar de Villaviciosa y un grupo de notables del pueblo. El jefe era un mestizo al que llamaban indistintamente Inocencio o el Loco. Los notables eran campesinos, la mayoría descalzos, que miraron a los franceses y luego se retiraron a un rincón a parlamentar. Al cabo de media hora y tras un breve tira y afloja entre dos grupos claramente diferenciados, los franceses fueron llevados a un corral cubierto en donde, tras desposeerlos de sus ropas y zapatos, un grupo de captores se dedicó a violarlos y torturarlos durante el resto del día.

A las doce de la noche degollaron al capitán Laurent. El teniente González, dos sargentos y siete soldados fueron llevados a la calle principal y obligados a jugar al juego del escape a la luz de las antorchas. Todos murieron lanceados o degollados por perseguidores que montaban sus propios caballos.

Al amanecer, el futuro caporal y otros dos soldados consiguieron romper sus ligaduras y huir a campo traviesa. Sólo el caporal logró sobrevivir. Al cabo de dos semanas llegó a El Tajo. Fue condecorado y aún permaneció en México hasta 1867, cuando regresó a Francia con el Ejército de Bazaine que se retiraba de México abandonando a su suerte al Emperador.

A veces Amalfitano se veía a sí mismo como el príncipe de Antioquía o el nostálgico caballero de Tiro, el rey de Tarso o el señor de Éfeso, ciudades y aventureros de la Edad Media que alguna vez leyera o mal leyera, con idéntico entusiasmo en todo caso, un señor cristiano y desdichado en medio de bataholas y exilios y confusiones sin cuento, en compañía de una hija hermosa y de un aura que el tiempo acentuaba destrozándola. Como en el cuento aquel de Alfonso Reyes (Dios lo tenga en su santa gloria, pensó Amalfitano, que lo quería de verdad), el llamado «Fortunas de Apolonio de Tiro», recogido en los *Retratos reales e imaginarios*. Un rey destronado, pensaba, vagando por las islas del Mediterráneo que pintara el llamado Miguel Ángel del cómic, el creador del Príncipe Valiente, esas islas del paraíso y del infierno en donde Valiente conoció a Aleta, pero también en donde el caballero de Epiro lloró su persecución injusta y el vagabundo vertiginoso de Mitilene narró la historia de sus desgracias, esos personajes que, como apuntaba Reyes, venían del fondo griego o romano de la memoria, y allí se encontraba precisamente el lado falso del asunto, el lado inquietante y revelador: el príncipe vagabundo escondía a Ulises y el barón de Tebas a Teseo, aunque ambos fueran caballeros cristianos y rezaran cada mañana y cada noche. En esa impostura Amalfitano descubría zonas de su carácter desconocidas. En el rey griego que huía con su hija de monasterio en monasterio, de isla desierta en isla desierta, como si viajaran hacia atrás, del año 1300 al año 500 y del año 500 al año 20 antes de Cristo y así, cada vez más al fondo, veía la futilidad de sus esfuerzos, la esencial ingenuidad de su lucha, personaje espurio de monje escriba. Sólo me falta quedarme ciego y que Rosa, entrañable lazarillo, me guíe de aula en aula, pensaba decaído.

Cuando Amalfitano supo que su hija había desaparecido en compañía de un negro, sin que viniera a cuento recordó una frase de Lugones que leyera muchos, pero muchos años atrás. Las palabras de Lugones eran las siguientes: «es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro». ¡Qué bestia, el Lugones! Y después recordó el cuento, el argumento del cuento de Lugones: un hombre, un neurótico, el narrador, se empeña durante años en enseñar a hablar a un chimpancé. Todos sus esfuerzos son infructuosos. Un día el narrador intuye que el mono sabe hablar, ha aprendido a hablar pero lo disimula astutamente. Por miedo o por atavismo, Amalfitano no lo recordaba. Por miedo, seguramente. Ante la implacabilidad de su maestro el mono pronto enferma. Su agonía es casi humana. El hombre lo cuida como si se tratara de su hijo. Ambos sufren la inminencia de la separación. En el momento final, el mono susurra: Agua, Amo, mi Amo, mi Amo. Ahí acababa Lugones (Amalfitano lo imaginó por un segundo descerrajándose un tiro en la boca en el rincón más oscuro y fresco de su biblioteca, tragando veneno en una buhardilla llena de telarañas, colgándose desnudo de la viga más alta del cuarto de baño, ¿pero era posible que el baño de Lugones tuviera vigas?, ¿en dónde lo había leído o visto?, Amalfitano no lo sabía) y empezaba, de un mono a otro mono, el texto de Kafka, el judío chino. Qué ópticas tan distintas, pensó Amalfitano, el querido Kafka se ponía, sin más, en el pellejo del mono; Lugones pretendía hacerlo hablar, Kafka lo hacía hablar. El cuento de Lugones, que consideraba extraordinario, era un cuento de terror. El de Kafka, el texto incomprensible de Kafka, volaba también por los dominios del terror pero asimismo era un texto religioso, lleno de humor negro, humano y melodramático, duro e insignificante como todo aquello que es duro de verdad, es decir como todo aquello que es blando. Amalfitano se puso a llorar. Su casita, su jardín reseco, el televisor y el video, el magnífico atardecer del norte de México, le parecieron enigmas que llevaran consigo, escritas con tiza en la frente, sus propias respuestas. Todo tan sencillo y tan terrible, pensó. Luego se levantó de su sofá amarillo desleído y corrió las cortinas.

¿Y qué fue lo que aprendieron los alumnos de Amalfitano? Aprendieron a recitar en voz alta. Memorizaron los dos o tres poemas que más amaban para recordarlos y recitarlos en los momentos oportunos: funerales, bodas, soledades. Comprendieron que un libro era un laberinto y un desierto. Que lo más importante del mundo era leer y viajar, tal vez la misma cosa, sin detenerse nunca. Que al cabo de las lecturas los escritores salían del alma de las piedras, que era donde vivían después de muertos, y se instalaban en el alma de los lectores como en una prisión mullida, pero que después esa prisión se ensanchaba o explotaba. Que todo sistema de escritura es una traición. Que la poesía verdadera vive entre el abismo y la desdicha y que cerca de su casa pasa el camino real de los actos gratuitos, de la elegancia de los ojos y de la suerte de Marcabré. Que la principal enseñanza de la literatura era la valentía, una valentía rara, como un pozo de piedra en medio de un paisaje lacustre, una valentía semejante a un torbellino y a un espejo. Que no era más cómodo leer que escribir. Que leyendo se aprendía a dudar y a recordar. Que la memoria era el amor.

El sentido del humor de Amalfitano solía ir de la mano con su sentido de la historia y ambos eran delgados como alambres: un ovillo en donde se conjugaba el terror con la mirada maravillada, la mirada que sabe que todo es un juego, de ahí tal vez que tras estas raras efusiones el espíritu de Amalfitano, forjado en la severidad del materialismo dialéctico, quedara apesadumbrado, en cierta forma avergonzado de su manera de ser. Pero así era su sentido del humor y no podía remediarlo.

En cierta ocasión, cuando enseñaba en Italia, se encontró sin saber cómo ni por qué en medio de una Cena Informal de nuevos patriotas italianos, los mismos que años más tarde crearon la Nueva Derecha.

La cena transcurrió en un conocido hotel de Bolonia y entre los postres y el alcohol hubo discursos. En determinado momento, evidentemente objeto de una confusión de identidades, le tocó el turno de hablar a Amalfitano. Más o menos resumido, su corto discurso, en un italiano aceptable en el que no pocos creyeron notar un real o falso acento centroeuropeo, versó sobre el misterio de los pueblos admirables. Con dos frases despachó a los romanos y a los príncipes del Renacimiento (con una ligera alusión a la tragedia de los Orsini, probablemente refiriéndose a los Orsini de Mujica Láinez) y rápidamente se centró en el tema de su brindis: la Segunda Guerra Mundial y el papel de Italia. Un papel que la historia desfiguraba y la Teoría ocultaba: la gesta sintética, forjada en el misterio, de los bravos alpinos y los gallardos bersaglieris. Acto seguido y sin profundizar se preguntaba qué hicieron, por ejemplo, los franceses de la Brigada Carlomagno, los croatas, los austríacos, los nórdicos de la División Viking, qué hicieron *en el fondo* los americanos de la 82 de paracaidistas o de la 1.ª División Blindada, los germanos de la 7.ª Panzer o los rusos del 3.º Ejército de Tanques. Despojos gloriosos que empalidecen, meditó en voz alta, frente a las penalidades sin cuento de la Campaña de Grecia del viejo Badoglio o de la Campaña de Libia del impetuoso Graziani, yunque de la italianidad, pozo donde abrevarán los estrategas del futuro cuando el misterio sea por fin desvelado. Las correrías por el desierto, dijo y levantó el dedo hacia el techo, la defensa a ultranza de los fuertes, el asalto y la bayoneta calada de los bravos de la Littorio (una división de tanques) aún enardecen la paciencia y la serenidad de la patria. Acto seguido hizo el memento de los viejos y jóvenes generales, los más fieles y hábiles que los palmerales y bohíos de África (empleó la palabra bohío en español ante la total ignorancia de su auditorio, salvo un profesor de literatura hispanoamericana que comprendió el término pero que aún entendió menos) jamás vieran. Arguyó después que la gloria del tedesco oscurecía la memoria de Garibaldi, por citar a uno, al que para mayor desgracia perseguía una errata pertinaz: en casi todos los libros de historia no italianos o franceses o alemanes, que en esto eran meticulosos, se le solía citar como Garibaldi, pero la historia, dejaba caer Amalfitano, se reescribía día a día y como una humilde y santa remendona iba

llenando los vacíos. Advirtió luego que África no debía desmerecer la tenaz resistencia de Sicilia ni la sorda batalla en las estepas que le granjeara la admiración de los eslavos. Llegado a este punto algunos, los que no cuchicheaban entre sí o permanecían como idos con un habano en la boca, se dieron cuenta de que era una tomadura de pelo y comenzaron los pataleos y los gritos. Pero Amalfitano no se dejó arredrar y continuó disertando sobre el valor sin parangón de los que finalmente lucharon en la península, la división San Marco, la Monte Rosa, la Italia, los Granaderos de Cerdeña, la Cremona, la Centauro, la Pasubio, la Piacenza, la Mantua, la Sassari, la Rovigo, la Lupi di Toscana, la Nembo. El Ejército traicionado y en desventaja y que en alguna ocasión, no obstante, diríase como un milagro o como una anunciación, pone en solfa a los presumidos cachorros de Chicago y de la City.

El final fue rápido. La sangre, se preguntó Amalfitano, ¿con qué fin? ¿Qué la justifica, qué la redime? Y se contestó: el despertar del coloso italiano. Ese coloso que desde Napoleón todos intentan anestesiar. La nación italiana que aún no ha dicho su más ingeniosa palabra. Su última y más luminosa palabra en Europa y en el mundo. (Bofetones, empujones, acusaciones de extranjero indeseable, aplausos de dos profesores vagamente anarquistas.)

Sentado en el porche de su casa mexicana, al anochecer, Amalfitano pensó que había sido extraño no leer a Arcimboldi en París, cuando sus libros estaban más a mano. Como si de pronto se le hubiera borrado el nombre de la cabeza, cuando lo lógico era buscar y leer todas sus novelas. *La rosa ilimitada* la tradujo en un momento en que nadie fuera de Francia, salvo unos pocos lectores y editores argentinos, se interesaba por Arcimboldi. Y le gustó tanto, resultó tan estimulante. Aquellos días, recordaba, los meses previos al nacimiento de su hija, fueron tal vez los más felices de su vida. Edith Lieberman se había vuelto una mujer tan hermosa que a veces parecía brillar con una luz espesa: tendida en la cama, de lado, desnuda y suave, las piernas un poco encogidas, los labios cerrados con una expresión de seguridad que lo desarmaba, como si atravesara instantáneamente todas las pesadillas. Siempre indemne. Durante mucho rato él se quedaba mirándola. El exilio, a su lado, parecía una aventura sin fin. La cabeza le bullía de proyectos. Buenos Aires era una ciudad al borde del abismo, pero todos parecían alegres, a todos les gustaba vivir y hablar y hacer planes. *La rosa ilimitada* y Arcimboldi fueron, lo supo entonces aunque luego lo olvidó, un regalo. Un regalo antes de entrar con su mujer y su hija en el túnel. ¿Qué pudo pasar para que no siguiera buscando esas palabras? ¿Qué fue lo que lo adormeció hasta ese extremo? La vida, seguramente, que nos pone bajo las narices los libros necesarios sólo cuando son estrictamente necesarios, o cuando le da la real gana. Ahora iba a leer, a destiempo, las otras novelas de Arcimboldi.

III. Rosa Amalfitano

Durante la primera semana se hospedaron en el motel Sinaloa, en las afueras de Santa Teresa, junto a la carretera del norte. Cada mañana Amalfitano llamaba a un taxi que lo llevaba a la universidad. Al cabo de una o dos horas Rosa hacía lo mismo y dedicaba el resto de la mañana a vagabundear por las calles de Santa Teresa. A la hora de comer se reunían en el restaurante universitario o en una fonda descubierta por Rosa llamada El Rey y La Reina en donde sólo se comía comida mexicana.

Por las tardes se dedicaban a buscar casa. Cogían un taxi y comenzaban a visitar departamentos y chalets del centro de la ciudad o de los barrios a los que Rosa invariablemente ponía objeciones, o eran espantosos o demasiado caros o no le gustaba el barrio. Mientras viajaban de un lado para otro en taxi, Amalfitano aprovechaba para leer y ponerse al día en su nuevo trabajo y Rosa no despegaba los ojos de la ventanilla. A su manera, padre e hija parecían vivir en otro mundo, un mundo hechizado, provisional y feliz.

Hasta que finalmente encontraron una casa de dos habitaciones, con sala comedor espaciosa y soleada, baño con bañera y cocina americana, en la colonia Mancera, un barrio de clase media al sur de la ciudad.

La casa tenía un pequeño patio en la parte delantera en donde antiguamente hubo un jardín pero en el que ahora sólo quedaban malezas y agujeros en la tierra, como si allí vivieran topos. En la entrada había un porche de suelo de baldosas y barandas de madera en donde se podía soñar con mecedoras y tardes apacibles. En la parte de atrás había otro patio, más pequeño, de unos veinte metros cuadrados y un cuarto trastero lleno hasta el techo de objetos inservibles. Es la casa ideal, papá, dijo Rosa, y allí se quedaron.

En la habitación más grande se instaló Amalfitano. A la cama, al velador y al armario empotrado Rosa añadió una mesa escritorio, trasladó una silla del comedor y encargó en una carpintería dos grandes estantes para los libros facturados en barco desde Barcelona y que aún tardarían bastante en llegar. En la habitación que reservó para sí Rosa puso una estantería más pequeña y tras decorarla apresuradamente con sus viejas pertenencias de niña nómada pintó otra vez las paredes tomándose todo el tiempo del mundo: dos de color tabaco y dos de un verde muy claro.

Cuando quiso hacer lo mismo con las paredes de Amalfitano éste se negó. Le gustaban las paredes blancas y lo angustiaba ver a su hija todo el día enfundada en una camiseta y pantalones viejos haciendo el trabajo que suponía debía hacer él.

Nunca antes habían vivido en una casa con cocina americana y las primeras noches, deslumbrados por la novedad, cocinaban juntos, hablando y moviéndose sin parar de la cocina a la sala, limpiando la barra, mirándose mutuamente cocinar y comiendo luego retrepados en los taburetes mientras el otro servía, como si estuvieran en un bar y fueran sucesivamente el camarero o la camarera, el cliente o la clienta.

Cuando la vida volvió a ser cotidiana Rosa tuvo tiempo para enamorarse de las calles de Santa Teresa, calles frescas, calles que de un modo secreto anunciaban un campo de transparencias y colores indios, y ya nunca más volvió a tomar un taxi.

Acostumbrada a las calles de Barcelona, abigarradas, perfectamente delimitadas o en el caso del Casco Antiguo perfectamente historiadas, calles de una civilización, es decir calles reales, las de Santa Teresa, por el contrario, le parecieron calles como recién nacidas, calles con una lógica y una estética secretas, calles con el pelo suelto en donde ella podía caminar y sentirse viva y caminando y una y no parte de.

Y además, descubrió sorprendida, eran calles disparadas hacia fuera, urbanas y al mismo tiempo abiertas al campo, un campo de grandes espacios misteriosos que se prolongaba durante las primeras horas del atardecer en las calles sombreadas de árboles raquíticos o poderosos, en un entramado que ella no se podía explicar, como si Santa Teresa estuviera imbricada hasta con el más humilde de los cerros aledaños, expuesta en una perspectiva imposible. Como si las calles fueran los tubos de múltiples telescopios enfocados hacia el desierto, hacia los campos cultivados, hacia los pajonales y apriscos, o hacia las colinas peladas que en las noches de luna semejaban estar hechas de miga de pan.

Rosa Amalfitano y Jordi Carrera comenzaron a escribirse una semana después de que los Amalfitano llegaran a México. El primero en escribir fue Jordi. Al cabo de una semana extraña en la cual apenas pudo pegar ojo se decidió a hacer algo que nunca antes, en sus diecisiete años de vida, había hecho. Compró, después de muchas vacilaciones, la postal que le pareció más apropiada, la reproducción de una viñeta de Tamburini y Liberatore (uno de los dos, creía saber, pero todo era tan vago, había muerto de sobredosis), y después de escribir un par de frases que le parecieron estúpidas, espero que estés bien, te echamos de menos (¿por qué el maldito plural?), la puso en el correo e intentó vanamente olvidarse de ella.

La respuesta de Rosa, escrita a máquina, ocupaba tres folios. Decía, más o menos, que se estaba volviendo adulta a marchas forzadas y que la sensación que esto le producía era, al principio, maravillosa y estimulante, aunque después, como siempre, uno se acostumbraba a ello. También hablaba de Santa Teresa y de lo bonitos que eran algunos edificios, construcciones de la época colonial, una iglesia, un mercado porticado y la casa-museo del torero Celestino Arraya que visitó nada más llegar, como arrastrada por un imán. El tal Celestino, además de guapo, era una gloria local muerto en la flor de la vida (aquí Rosa se extendía con bromas no del todo inteligibles, ni logradas, sobre la flor del deseo y la flor del pecado) y en el cementerio de Santa Teresa se levantaba una estatua suya impresionante, pero eso lo pensaba visitar más adelante. Parece una escultora o una arquitecta, pensó Jordi con decaimiento al leer por décima vez la carta.

Tardó veinte días en contestar. Esta vez le envió una postal extragrande con un dibujo de Nazario. Ante la imposibilidad de decirle lo que de verdad necesitaba decirle se dedicó a narrar, sin pies ni cabeza, pero ciñéndose estrictamente a la verdad, su último partido de básquet. Parece un poema del absurdo, pensó Rosa cuando leyó la postal. El partido estaba descrito como una sucesión de fragmentos electrocinéticos y electromagnéticos, los cuerpos se desplazaban rápidos y borrosos, el balón en ocasiones era demasiado grande, demasiado pequeño, demasiado luminoso, demasiado oscuro, y los gritos del público que Jordi comparaba entusiasmado (por una vez) con los gritos del circo romano, eran como un metrónomo en el interior de sus costillas. Espero no exagerar demasiado, pensó. Sobre sí mismo insinuaba que había jugado mal, desasistido, sin ganas de correr, y con esto quería decir que estaba un poco triste y que la echaba de menos.

Esta vez la respuesta de Rosa se limitó a dos folios. Escribió sobre sus clases de inglés, los paseos que daba a la aventura por los barrios de Santa Teresa, la soledad que estimaba un don precioso y que dedicaba a la lectura y a conocerse a sí misma, las comidas mexicanas (aquí, de pasada, hacía mención a las judías con butifarra catalanas con un tonillo que a Jordi le pareció despectivo e injusto), algunas de las cuales ya se animaba a prepararle a su padre, pollo con mole rojo, por ejemplo, que

era relativamente fácil, decía, bastaba hervir un pollo o un par de presas de pollo y preparar el mole (un polvillo rojo tierra), que se compraba semihecho y a granel o envasado, en una sartén con un poco de aceite y después un poco de agua, preferiblemente el mismo caldo del pollo, y en una olla aparte, claro, se hervía un poco de arroz, que servía para acompañar al pollo bañado abundantemente en la salsa de mole. Era una comida picante y fuerte (tal vez un poco exagerada para que su padre, no ella, la comiera *por las noches*), pero que la había conquistado desde el primer momento y ahora no podía prescindir de ella. Posiblemente, decía, me he convertido en una fanática del pollo con mole, que en realidad y atendiendo a la tradición, debería ser *pavo* con mole, aquí llamado guajolote.

En resumidas cuentas, escribía al final de la carta, era dichosa y la vida no podía ser mejor. En este aspecto, confesaba, me parezco un poco a Cándido y mi maestro Pangloss es este entorno mexicano fascinante. Y también mi padre, aunque no mucho, en realidad nada, no, mi padre no se parece a Pangloss en nada.

Jordi leyó la carta en el metro. No tenía idea de quiénes eran Cándido ni Pangloss, pero le pareció que su amiga estaba en los portales del Paraíso mientras él se quedaba para siempre en el Purgatorio.

Por la noche, después de ver juntos una película en la tele, le preguntó a su padre quién era Cándido y quién era Pangloss.

—Dos personajes de Voltaire —dijo Antoni Carrera.

—Sí, pero quiénes son —dijo Jordi, a quien vagamente el nombre de Voltaire le sonaba a cabaret y grupo de rock.

—Los personajes de un cuento filosófico —dijo Antoni Carrera—, pero tú ya deberías saberlo. ¿Es algún trabajo para la escuela?

—No. Es personal —dijo Jordi mientras sentía que su casa lo ahogaba. Los muebles, la tele, el jardín con las luces encendidas, todo era de pronto agobiante.

—Cándido es el cándido por excelencia y Pangloss viene a ser más o menos lo mismo.

—¿Pangloss es su maestro?

—Sí. Es un filósofo. El clásico tipo optimista. Igual que Cándido, aunque Cándido es optimista por naturaleza y Pangloss es optimista mediante la razón. En el fondo, un cretino.

—¿Y la novela se desarrolla en México?

—No. Creo que no. Pangloss enseñaba teología, metafísica, cosmología y nigología, que no me preguntes lo que significa porque no lo sé.

—Nigología, eh —dijo Jordi.

Esa noche buscó en el *Diccionario de la Real Academia* el vocablo «nigología». No lo encontró. El diablo maldiga a estos madrileños de mierda, pensó con rabia. Lo más cercano era «nigola». f. *Mar*. Cuerdas horizontales de jarcias y gavias, que sirven de escalones para subir a los palos; aflechate, flechaste. ¡Navegar en un velero junto a las jarcias y las gavias! También estaba nigromancia o nigromancia, cuyo significado Jordi sabía gracias a los juegos de rol, y también la palabra nigérrimo, ma, (Del lat. *nigerrimus*.) adj. sup. de *negro*. Negrísimo, muy negro.

Tampoco estaba en el *Diccionario ideológico de la lengua española* de Julio Casares ni en el *Pompeu i Fabra*.

Mucho más tarde, mientras sus padres dormían, se levantó desnudo de la cama y con pasos muy medidos, como si estuviera en una cancha de básquet de fantasmas, se dirigió a la biblioteca de su padre y buscó hasta dar con un ejemplar de *Cándido* en traducción castellana.

Leyó: «Está demostrado, decía Pangloss, que las cosas no pueden ser de otra manera que como son, pues estando todo hecho para un fin, todo es necesariamente para el mejor fin. Nótese que las narices han sido creadas para llevar antiparras, y por eso antiparras tenemos; que las piernas fueron visiblemente instituidas para que las enfundásemos, y tenemos calzones. Las piedras hechas para ser talladas y construir castillos con ellas, y por eso monseñor posee un castillo suntuosísimo, porque el barón más grande de la provincia es quien hade estar mejor alojado; y como los

cerdos han nacido para que se los coman, comemos cerdo todo el año; por consiguiente, los que afirman que “todo está bien”, han afirmado una necedad, pues debieron decir que todo está lo “mejor posible”».

Durante un rato permaneció acuclillado sobre la alfombra de la biblioteca balanceándose ligeramente y con los cinco sentidos puestos en otra parte. ¿Me he enamorado de ti?, pensó. ¿Me estoy enamorando? Y si es así, ¿qué puedo hacer? No sé escribir cartas. Estoy condenado. Después susurró herido: joder, Rosa, joder, qué cabronada, qué cabronada...

Por aquellos días Jordi Carrera soñó que jugaba en el Palau Sant Jordi defendiendo los colores del Barcelona junto a las estrellas del baloncesto catalán. Enfrente tenía al Real Madrid, pero no era un Real Madrid normal. El único jugador del equipo contrario al que reconoció fue Sabonis, un Sabonis, eso sí, muy envejecido y lento al que le vibraban las manos al recibir el balón. El resto de los jugadores madrileños eran desconocidos, pero no sólo desconocidos sino que hasta sus cuerpos resultaban borrosos, sus piernas eran piernas pero al mismo tiempo tenían atributos extraños a un par de extremidades, como si se estuvieran desdibujando y dibujando continuamente. Lo mismo sucedía con los brazos y los rostros en donde era imposible atrapar una expresión definida, un perfil estable, aunque este raro fenómeno parecía no importarles a los demás jugadores del Barcelona. El Palau estaba lleno a rebozar y los gritos de los espectadores eran tan fuertes que Jordi por un momento creyó que se iba a desvanecer. Sin demasiada extrañeza se dio cuenta de que su posición era la de base y no la usual de pívot. Los jugadores del Madrid pronto comenzaron a hacer faltas y casi todas recaían sobre él. No sabía el resultado, estaba tan concentrado en el juego que en ningún momento levantaba la cabeza para mirar el marcador electrónico. De hecho, no tenía *idea* de dónde estaba el marcador pero sospechaba, y esto lo hacía inmensamente feliz, que iban ganando. Cuando se dio cuenta de que sangraba de la nariz, de las cejas y del labio superior el escenario sufrió un cambio radical.

Ya no se hallaba en la cancha del Palau sino en un vestuario en penumbras, de paredes de cemento sin estucar, con banquetas alargadas y húmedas, y un ruido constante de agua, como si un río corriera por encima del vestuario. No estaba solo. Una sombra, en un rincón, lo observaba. Jordi se palpó la cara ensangrentada y maldijo a la sombra en catalán. Dijo hijo de puta en catalán, luego dijo cabrón aunque la palabra era la misma en castellano. La sombra vibró como un ventilador estropeado. Jordi se dijo que debía tomar una ducha, pero la ominosa presencia en el rincón le hacía penoso el acto de desnudarse. Sintiendo calambres en las dos piernas, se sentó y se tapó la cara con las manos. Incomprensiblemente vio a su padre, a su madre y a Amalfitano bebiendo whiskys en el jardín una tarde de otoño, felices, aparentemente sin ningún problema en el horizonte. La tarde, el cielo, los tejados y las azoteas de los edificios vecinos eran, asimismo, de una belleza conmovedora. ¿Dónde está Rosa?, preguntó, anhelante y cuidando de no romper el equilibrio, que intuyó precario, de la escena. Pero sus padres no dieron la impresión de escucharlo. No le costó mucho comprender que ellos estaban en otra dimensión. Después el sueño se elevaba, iba en un globo o en una nube y abajo, en las calles de Barcelona, los nacionalistas catalanes luchaban casa por casa contra el Ejército español. Jordi sabía el nombre de ese ejército sin que nadie se lo dijera: se llamaba Ejército del Rey, Ejército de la Patria, y luchaba con una tenacidad ejemplar contra él y los suyos. Pero

esta vez no sólo los soldados del Centro tenían los rostros y las extremidades borrosas, también los milicianos catalanes se desdibujaban entre los escombros e incluso los gritos de los heridos o de los jefes ordenando avanzar o retroceder asumían esa característica, se borraban en el aire, escapaban del idioma catalán y del idioma castellano hacia un reino en donde las palabras eran como electrocardiogramas, en donde las voces eran como los sueños del tártaro.

En la última imagen de su sueño Jordi se veía a sí mismo encogido en un rincón, abrazándose las rodillas con toda la fuerza de que era capaz y pensando en Rosa, Rosa, Rosa, tan lejos.

Celestino Arraya, cuya casa-museo visitó Rosa Amalfitano al tercer día de su estancia en Santa Teresa, nació en Villaviciosa en 1900 y murió en la cantina Los Primos Hermanos, en 1933, unos meses después de la ascensión de Hitler al poder. Sobre su infancia escasean los datos: la leyenda se encargó de hacer de él un aguerrido Dorado juvenil cuando en realidad pasó los años villistas recluido en el rancho de reses bravas de su compadre Federico Montero, connotado político y hacendado que supo sortear con temple y buen instinto los procelosos años de la Revolución. La plaza que contempló su primer triunfo fue la de Piedras Negras, en 1920. A partir de esa fecha se sucedieron las apariciones exitosas en ciudades y pueblos de la frontera: Ojinaga, Nogales, Matamoros, Nueva Rosita son algunas de las plazas que lo ven salir a hombros sosteniendo con ambas manos, como un náufrago aterido de frío, el rabo y las orejas. Diestrísimo en el arte de matar, la consagración definitiva le llegó en el coso taurino de Monterrey y, en 1928, en Ciudad de México, donde es aclamado en la plaza y admirado en los paseos públicos. Era alto y de complexión delgada, según algunos cadavérica; vestía bien, tanto de torero como de paisano. La elegancia con que se movía en la arena, no obstante, se transmutaba en la vida diaria en un andar amanerado, de gángster fanfarrón. Junto con Federico Montero y otros amigos perteneció al club de solteros llamado Los Charros de la Muerte, aparentemente gastronómico e inofensivo aunque de ominoso recuerdo. La muerte, la de verdad, le llegó a manos de un muchacho de dieciséis años que sin que se sepan los motivos fue a buscarlo a la cantina Los Primos Hermanos y le descerrajó dos certeros tiros con su vieja carabina antes de caer a su vez victimado por los balazos de quienes acompañaban al torero. La estatua que vela sobre su mausoleo fue levantada a iniciativa de Montero y otros amigos, que desembolsaron la totalidad del estipendio. El escultor fue Pablo Mesones Sarabia (1891-1942), de la escuela potosina del maestro Garabito.

El conjunto escultórico llamado la Victoria del Pueblo de Santa Teresa sobre los Franceses, sito en la Plaza del Norte a treintaicinco metros de la estatua del General Sepúlveda, héroe de la Revolución, y obra de Pedro Xavier Terrades (1899-1949) y Jacinto Prado Salamanca (1901-1975), escultores ambos formados en la escuela potosina del maestro Garabito, presentaba una suerte de inexactitud o errata histórica inicial. La obra, en sí, no era despreciable; compuesta por cinco figuras en hierro negro, poseía el *élan* característico de la escuela potosina, valor sublime y como transido, y figuras históricas, diríase retorcidas por el aliento de la Historia. El conjunto comprendía, a tamaño natural, a un miliciano de Santa Teresa indicando con la mano en dirección sudeste algo que el espectador podía intuir era la retirada de las tropas enemigas. El rostro del miliciano, los labios apretados, las facciones contraídas en una mueca que puede ser de dolor o de ira, está en parte desfigurado por una venda excesiva alrededor de la cabeza. En la mano izquierda porta un mosquetón. Detrás, en el suelo, junto a sus piernas, yace un francés muerto. Los brazos del francés están abiertos en cruz y sus manos se retuercen como si el fuego las quemara. Su rostro, no obstante, tiene aquello que los viejos artistas llamaban la placidez de los muertos. A un lado, un chinaco agoniza en brazos de una moza no mayor de quince años. La vista del chinaco, ojos de loco y de alucinado, se alza al cielo mientras los ojos de la muchacha, mitad madona, mitad gitana goyesca, permanecen grave y piadosamente cerrados. La mano izquierda del agonizante está enlazada con la mano derecha de la joven. Pero no son dos manos juntas, ni mucho menos, sino dos manos que se buscan en la oscuridad, dos manos que se repelen, dos manos que se comprenden y huyen desesperadas. Finalmente, la última figura corresponde a un viejo, medio de lado, la cabeza gacha como si no quisiera ver lo que ha ocurrido, los labios fruncidos en un gesto que bien pudiera significar dolor, pero también el acto de silbar (y así lo llaman los niños que juegan en la plaza: el Silbador). El viejo está detenido, la mano derecha junto al corazón pero sin llegar a tocar el pecho, la izquierda colgando a un lado, como inutilizada. El conjunto escultórico fue encargado en 1940 y terminado en 1945. Para algunos críticos es la obra maestra de Terrades y Prado Salamanca, y la última en la que trabajaron juntos. Ahora bien, el fallo de la obra radica en el título. Nunca hubo una batalla contra los franceses simplemente porque los hombres a los que se enfrentó el pueblo de Santa Teresa al mando de los señores José Mariño y Amador Pérez Pesqueira no eran franceses sino belgas. La campaña y posterior batalla, según el documentado libro *Benito Juárez contra Maximiliano: la derrota de Europa*, del historiador mexicano Julio V. Anaya, transcurrió así: en agosto de 1865 un batallón de cuatro compañías, cada una de cien hombres, compuesto por voluntarios de la Legión Belga y liderado por el coronel Maurice Libbrecht, intentó tomar Santa Teresa, a la sazón desguarnecida de tropas republicanas. La columna arribó primero a Villaviciosa, en donde no encontró

resistencia. Tras reavituallarse partieron de Villaviciosa dejando en el mentado pueblo una guarnición de veinte hombres. Alertados en Santa Teresa rápidamente se organizó la defensa, al mando del señor Pérez Pesqueira, alcalde de la villa, y de don José Mariño, rico hacendado de la localidad, liberal con fama de aventurero y excéntrico, quien reclutó a cuanto hombre pudiera sostener un arma para engrosar la milicia. El 28 de agosto al mediodía los belgas de Libbrecht llegaron a las afueras y tras enviar un grupo de exploración, que regresó con la nueva de que las defensas de la ciudad eran inexistentes y que en la escaramuza habían perdido tres jinetes, decidió dar una hora de descanso a su tropa y luego atacar frontalmente. La batalla fue uno de los peores desastres de las tropas invasoras en el noreste mexicano. Los milicianos de Santa Teresa esperaron a los belgas en el interior de la ciudad. Unos pocos hostigadores en las lindes del pueblo que de inmediato recularon e incluso algunos balcones engalanados con flores y varias sábanas a modo de pancartas colgadas de balcón a balcón con la leyenda «Vivan los franceses» o «Viva el Emperador» bastaron para que el confiado Libbrecht cayera en la ratonera. La batalla, la victoria, fue feroz y los contendientes lucharon sin dar ni pedir tregua. Los belgas se hicieron fuertes en el Mercado Central y en las calles que confluían en la Plaza Mayor. Los milicianos en el Ayuntamiento y la Catedral, amén de las calles que se interponían entre los belgas y el campo, el campo ocre que salvo las pocas tropas de intendencia de Libbrecht y algunos pastores que se movían por las cercanías o lejanías, en apriscos y lomas como figuras de una pintura flamenca, asistió vacío y como inmovilizado de puro pasmo al fragor y a los cañonazos que resonaron en el interior de la ciudad, un ente abstracto en cuyo interior se debatían voluntades y sufrimientos. Por la noche, con los belgas desmoralizados tras varios intentos de romper el cerco, los milicianos de José Mariño realizaron el último ataque. Libbrecht cayó bajo la embestida y poco después los belgas se rindieron. Entre éstos figuraba el capitán Robert Lecomte, natural de Brujas y que luego casaría con la hija de don Marcial Hernández, en cuya casa pasó el resto de la guerra en calidad más de invitado que de cautivo. En sus memorias, publicadas en cuatro entregas en el *Monitor de Brujas*, Lecomte deja entrever que la derrota se debió a la confianza de Libbrecht y al desconocimiento de la idiosincrasia mexicana. Su relato coincide en casi todo con el de J. V. Anaya, que lo recoge: la batalla fue cruel pero dentro de los límites de la caballerosidad y de la gallardía; el grueso de los prisioneros fue llevado a Piedras Negras, en donde se hallaba la división del general Arístides Mancera; el trato de los mexicanos fue exquisito. No difiere, tampoco, de los recuerdos de otro testigo de excepción, los de José Mariño, mecenas y hombre de mundo que en 1867 asistió como invitado del general Mariano Escobedo a la Batalla de Querétaro y al posterior fusilamiento del Emperador; en sus *Memorias*, Nueva York, 1905, Mariño relata extensamente los preparativos de la batalla y sucintamente el desarrollo de ésta. La verdad es que el libro de Mariño está lleno de tantas cosas, batallas, lances de honor, intrigas políticas, amores, relaciones con grandes artistas (fue amigo personal de

Martí y de Salvador Díaz Mirón, algunas de cuyas cartas están intercaladas en el volumen de más de ochocientas páginas) que el episodio de la Batalla de Santa Teresa necesariamente ocupa un espacio secundario, diríase que está incluido sólo para probar, una vez más, la iniciativa personal y el valor a prueba de fuego de su autor. No obstante, Mariño dedica casi cuatro páginas enteras a la persecución que se inició poco después de concluida la batalla, persecución en la que él no participa. ¿A quienes se persigue? A las tropas que no entraron en Santa Teresa y a los contados soldados que lograron eludir el cerco. Un tal Emilio Hernández (¿hijo de don Marcial Hernández?) lidera a los perseguidores. Primero se da caza a los huidos de Santa Teresa, quienes ofrecen breve resistencia. Después a los hombres de intendencia y sus pertrechos, quienes se entregan sin combatir. Advertido Emilio Hernández de la presencia de tropas «francesas» en Villaviciosa, devuelve prisioneros y pertrechos capturados a la ciudad y con sólo treinta jinetes se dirige a liberar Villaviciosa. Llega la madrugada del día siguiente y no hay «franceses» ni belgas. Los campesinos han salido del poblado y se desperdigán por los campos vecinos. Otros duermen en sus casas chatas y oscuras y no se levantarán hasta pasado el mediodía. Preguntados, los campesinos informan que los soldados se han ido. ¿Adónde, en qué dirección?, inquiere Emilio Hernández. A sus casas, dicen los campesinos. Aunque bragados, la mitad rancheros y señores y la mitad vaqueros y empleados, los hombres de Emilio Hernández se desasosiegan, se sienten vigilados y en el umbral de algo que prefieren desconocer (esto lo deja patente José Mariño, excelente narrador de escenas de alcoba y de finales de ópera y traductor amateur de cuentos de Poe). Pero Emilio Hernández no se da por vencido y hace que parte de sus hombres salgan a buscar el rastro dejado por los soldados en su huida mientras con el resto se dedica a rastrillar el pueblo. Los primeros encuentran un caballo muerto a machetazos. Los segundos sólo a gente dormida, a niños como alucinados y a mujeres lavando ropa. Conforme avanza la tarde un olor a podrido lo invade todo. Al anochecer Emilio Hernández decide regresar a Santa Teresa, los belgas de Villaviciosa se han evaporado en el aire. Concluye Mariño: «el pueblo parecía tener mil años, dos mil años, y las casas eran como tumores surgidos de la tierra, un pueblo perdido y no obstante coronado con la aureola invicta del misterio...».

En la narración de Mariño, diríase en un aparte extravagante, hay algo que se resalta de manera notoria.

Describe el diálogo, difícil diálogo, de Emilio Hernández con los notables del pueblo. Hernández, impaciente e inquieto, no desmonta. Su caballo caracolea frente al portal en donde los viejos de Villaviciosa se protegen del sol. Estos hablan con un tono lleno de mesura e indiferencia. Sus palabras remiten al tiempo, a las estaciones, a las cosechas. Sus rostros parecen de piedra. Hernández, por el contrario, grita y prorrumpe en amenazas ambiguas que ni él mismo comprende. Mariño sugiere que Hernández tiene miedo. Su cara está cubierta del sudor y del polvo de la larga cabalgata. Su revólver permanece en la cartuchera pero Hernández en varias ocasiones hace el ademán de sacarlo. Los viejos lo enervan. Está cansado y es joven e impetuoso. No obstante un rescoldo de cautela le indica que es mejor no conducir la situación a un callejón sin salida. Sus hombres desganadamente buscan por el pueblo algo impreciso ante la impasibilidad y la absoluta falta de cooperación de los aldeanos. Hernández les recrimina su actitud. Los hemos venido a ayudar, reprocha, y así nos lo pagan. Los viejos parecen orugas. Entonces Mariño pone en boca de Hernández la siguiente pregunta, sencilla y definitoria: ¿qué es lo que quieren? Y los viejos responden: queremos *superarnos*. Eso es todo. Los notables de Villaviciosa han hablado y sus palabras entran en la historia: quieren superarse.

Su madre le inculcó el amor por los poetas franceses. La recordaba sentada en un sillón de color verde oscuro, con un libro entre las manos (manos delgadas y largas, muy blancas, casi translúcidas), leyendo en voz alta. Recordaba una ventana y la silueta de tres edificios de construcción moderna, sus padres sabían el nombre de los arquitectos, detrás de los cuales estaba la playa y el mar. Los tres arquitectos se odiaban ferozmente y sus padres bromeaban sobre ello. Cuando caía el sol su madre se sentaba en el sillón y se ponía a leer poemas franceses. No recordaba los nombres de los libros pero sí los nombres de los poetas. A veces su madre lloraba. Las lágrimas bajaban por su rostro y entonces dejaba el libro abierto sobre su regazo, le sonreía (ella estaba a su lado, sentada en un puf o tirada sobre la alfombra, pintando), se secaba las lágrimas con un pañuelo o con la manga de la blusa y durante unos instantes, ya sin llorar, permanecía quieta observando las siluetas de los tres edificios y los tejados y azoteas de las casas más bajas. Luego cogía el libro y volvía a leer como si no hubiera pasado nada. Los poetas eran Gilberte Dallas, Roger Milliot, Ilarie Voronca, Gérald Neveu...

Cuando se marcharon de Río dejaron los libros atrás, salvo *Fournaise obscure*, de Neveu. En París (¿o en Italia?) los volvió a encontrar: estaban, todos, en la antología *Poètes maudits d'aujourd'hui: 1946-1970*, de Pierre Seghers. Un ramillete de suicidas y fracasados, de alcohólicos y enfermos mentales. Los poetas de su madre.

También, es cierto, le leía versos de Éluard, de Bernard Noël (que le gustaba mucho y a menudo la hacía reír), de Saint-John Perse, incluso de Patrice de la Tour du Pin, pero eran los malditos de aujourd'hui los que recordaba o creía recordar con mayor inquietud, nombres que pocos conocían en Brasil o en Argentina o en México y que a Edith Lieberman la hacían llorar, acordarse tal vez de otra vida, del punto de ruptura con aquella otra vida, cuando estudiaba en el Colegio Francés y pololeaba con muchachos de la colonia judía, cuando escuchaba a Brahms y no se perdía ni una de las películas de Audrey Hepburn. Tal vez su madre, desde ese apartamento en Río, se veía a sí misma como otra poeta maldita de Francia y le gustaba, como sólo gusta a los malditos, contemplar las escenas de una felicidad despreciada pero al cabo tristemente perdida. Y Rosa pensaba: perdida en el momento en que apareció el que luego sería mi padre con su vanguardia proletaria y sus planes desaforados. ¿Y si no hubiera aparecido, estarían ahora su madre y ella en Chile, viviendo en Santiago de manera desahogada, felices de la vida, contándose sus cosas cada noche, siempre cerca la una de la otra? Pero el cabrón de la vanguardia proletaria se materializó de pronto, como teletransportado por el destino, eso era un hecho y ya nada se podía cambiar. Probablemente tampoco estarían en Chile, mejor, lo poco que sabía de ese país le ponía los pelos de punta, incluso el acento chileno, ese acento que pese a los años su padre aún conservaba, le resultaba chocante, desagradable, impostado. Ella, por supuesto, no hablaba así. Una vez se preguntó cuál era su acento y llegó a la

conclusión de que no tenía ninguno: hablaba un español tipo Naciones Unidas.

De los malditos Gilberte Dallas era la que prefería. A su madre le gustaba más Gerald Neveu o Ilarie Voronca, pero Gilberte Dallas, la Gilberte, era la mejor. La imaginaba alta y huesuda, la cara como la de Greta Garbo pero con dos cicatrices en cada mejilla como las mujeres de algunas tribus africanas. A veces no sonreía y parecía triste pero por regla general siempre estaba de buen humor y tenía el cuerpo y la lengua ágiles. Muy elegante, lo que mejor le sentaba eran las gasas, las túnicas de seda, los sombreros de plumas y la ropa deportiva. Cuando años más tarde leyó la introducción de Anne Clancier a los poemas de Gilberte H. Dallas, 1918-1960, pensó que era el destino lo que la hacía amar a la poeta. Decía Anne Clancier: *«Une fillette de dix ans, allongée dans une barque, flotte sur la mer, à midi. Elle essaie de fixer le soleil, attendant de ses rayons la mort et la délivrance. Elle se croit mal aimée, abandonnée de tous, elle espère retrouver au-delà de la mort la mère a jamais perdue. Lorsqu'on découvre l'enfant, après des heures de recherches, elle est inconsciente, frappée par l'insolation; on réussit à la sauver et il lui faut poursuivre sa route. Ce souvenir d'enfance nous livre la clef de la vie et de l'œuvre de Gilberte Dallas. Perpétuellement à la recherche d'une mère disparue précocement, désespérant de trouver un contact sécurisant avec un père malade...»*

Poetas cuya lectura debería prohibirse a los niños. A los quince años ella también encontró a sus propios malditos. Primero Sophie Podolski y *Le pays où tout est permis*, después Tristán Cabral, después Michel Bulteau y Matthieu Messagier. A los dieciséis años se cansó y volvió con Gilberte Dallas. El sonido de sus palabras la hacía recordar a su madre. La leía en voz alta, sola, cuando su padre había salido o estaba dando clases y la musiquilla de la Gilberte le traía de vuelta el sillón verde oscuro de Río y a su madre mirando por la ventana aquellas tres siluetas rivales y las copas de los árboles del Paseo Marítimo y el mar unos pocos metros más allá. Y luego su madre le contaba historias de cómo había sido de bebé y de cómo sería cuando fuera grande y preciosa. Y ya no necesitaba leer a la Gilberte porque los besos que se daban y los ojos que se cerraban eran más fuertes y más plácidos que las palabras.

Rosa Amalfitano descubrió que su padre se acostaba con hombres un mes después de llegar a Santa Teresa y el hallazgo obró en ella con el efecto de un estimulante. ¡Qué opio!, se dijo citando inconscientemente a la heroína de un cuento de Bioy Casares que estaba leyendo. Después se puso a temblar como una hoja y horas más tarde, por fin, consiguió llorar. Antes, Amalfitano había comprado un televisor y un video que no consiguieron despertar su entusiasmo. A partir de ese día, como un maleficio, Rosa dejó de leer libros y se puso a consumir dos y hasta tres películas diarias. Amalfitano, que con su hija procuraba hablar libremente de cualquier tema, había intentado advertírselo. En una larga y caótica conversación sostenida antes de viajar a México trató de explicarle, usando una parábola que ni él entendió y razonamientos que luego le parecieron en el mejor de los casos frágiles, en el peor idiotas, que las apetencias sexuales no son estables en esta vida o no tienen por qué serlo. En el fondo de su argumento Amalfitano se consolaba y de paso consolaba hipotéticamente a su hija arguyendo que si el Bloque del Este se había derrumbado también podía hacerlo su hasta entonces inequívoca heterosexualidad, como si ambos fenómenos estuvieran ligados o como si uno fuera la consecuencia lógica del otro. Una especie de efecto dominó, si bien rarísimo pues Amalfitano siempre fue crítico con el socialismo real, en el plano de las inclinaciones afectivas. Pero Rosa literalmente no lo escuchó, distraída por naturaleza y acostumbrada a los largos soliloquios de su padre, por lo que tuvo que descubrir por sí misma, una tarde en que regresó más temprano que de costumbre, los ejercicios a los que éste se dedicaba mientras ella estaba estudiando. Y aunque Amalfitano se dio cuenta — horrorizado — de que su hija lo había descubierto, y Rosa sabía que él lo sabía, nunca hablaron del tema. Amalfitano, esa misma noche, quiso explicarle quién era Castillo, qué había pasado en Barcelona, qué pasaba dentro de él, pero Rosa se mostró terminante. Sobre eso no se hablaba. Acongojado, Amalfitano la obedeció y con el paso de los días, a su manera, olvidó o quiso pensar que olvidaba el incidente. Rosa no pudo.

Durante algunas noches tuvo pesadillas en las que creyó morir. Dejó de comer y pasó algunos días con fiebre, se sentía traicionada: por su padre y por el mundo en general. Todo le daba asco. Después volvió a soñar con su madre muerta de cáncer ocho años atrás. Soñó que Edith Lieberman caminaba por las calles polvorientas de Santa Teresa y que ella, al volante de un Ford Falcon negro, la seguía a vuelta de rueda. La madre iba vestida como en las fotos y su aspecto era más bien acicalado aunque pasado de moda.

En el sueño Rosa temía que su madre se dirigiera a casa y descubriera a su padre encamado con aquel muchacho, pero los pasos de Edith Lieberman la conducían directamente al cementerio.

El cementerio de Santa Teresa era grande y de una blancura como de yogur

casero. Rosa creía que su madre se perdería por aquellas calles laberínticas, flanqueadas por paredes de nichos descuidados de más de seis metros, pero la madre parecía conocer el lugar mejor que ella y sin dificultad llegaba a una plazoleta en donde asomaban las llaves de agua y la estatua del torero Celestino Arraya.

Me han echado de mi tumba, anunciaba lacónicamente la muerta y Rosa comprendía. Por vicisitudes económicas y también burocráticas Amalfitano no pudo incinerar el cuerpo de su mujer y se tuvo que conformar con alquilar un nicho en un cementerio popular de Río de Janeiro. Antes de que finalizara el plazo del primer arriendo Amalfitano y su hija se marcharon de Brasil acosados por la policía, por los acreedores y por colegas que lo acusaban de heterodoxias varias. ¿Qué fue de los restos de Edith Lieberman? Padre e hija lo sabían y lo aceptaban con resignación. El destino de los morosos era la fosa común. A veces Rosa soñaba con un Brasil de leyenda en donde sólo existían dos paisajes estancos: la selva y la fosa común. La selva estaba superpoblada de personas y animales copulando. La fosa común era como un teatro de ópera vacío. Ambos desembocaban, a través de un largo túnel, en el osario. Usualmente despertaba llorando pese a que no le producía ninguna inquietud saber que los restos de su madre reposaban confundidos con los huesos de innumerables brasileños anónimos. Al igual que su padre Rosa era atea y como atea creía que no debía darle importancia al hecho mínimo de ser enterrado en uno u otro lugar.

—Me han echado de mi tumba como a una pensionista desahuciada —susurraba la madre en el sueño.

—No importa, mamá, así serás más libre.

—Ya no tengo nada mío. Vivo en la sordidez y en la promiscuidad. Dije que me quemaran y arrojaran mis cenizas en el Danubio, pero tu padre es una veleta que nunca cumple nada.

—De eso yo no sabía ni una palabra.

—Es igual, hijita querida, ahora mi espíritu por fin va a alcanzar la felicidad concéntrica.

—¿La felicidad concéntrica?

—Ajá, la generosidad clásica.

—¿Y eso qué significa, mamá?

—Significa que estoy convirtiéndome a marchas forzadas en un espíritu vigilante. Y significa que aún permaneceré un tiempo junto a esta estatua horrible y te protegeré en los peligrosos días venideros.

Luego su madre, desentendiéndose de ella, se ponía a hablar en francés. Parecía dirigirse a la estatua.

Cuando despertó en su cabeza todavía resonaban los fragmentos de un poema. Las poesías que su madre le recitaba cuando era pequeña:

Des soleils noirs

*Les soleils noirs
Millions de soleils noirs
Girent dans le ciel
Dévorent le ciel
S'abattent sur les pavés
Eventrent les églises du Bon Dieu
Eventrent les hôpitaux
Eventrent les gares...*

¡Versos de Gilberte Dallas!, recordó con melancolía.
Poco después dejó de leer libros y se hizo viciada.

La educación de Rosa, no está de más decirlo, fue práctica y racional, por momentos progresista y por momentos sublime. Sus constantes cambios de escuela y de país contribuyeron a ello. Pese a todo fue una alumna aplicada. A los diez años hablaba español, portugués y francés con cierta desenvoltura. A los doce podía añadir también, aunque con mayor dificultad, el inglés. De sus maestros lo menos que puede decirse es que fueron conmovedores. El setenta por ciento de ellos en algún momento de sus vidas escribieron o intentaron escribir ensayos críticos, monografías o reseñas periodísticas sobre Makarenko, A. S. Neill, Freinet, Gramsci, Fromm, Ferrer i Guardia, Paulo Freire, Peter Taylor, Pestalozzi, Piaget, Suchodolski y Johan Friedrich Herbart. Uno de ellos, un nicaragüense tímido, profesor de la única escuela activa que existía en Managua, escribió un libro sobre Hildegart Rodríguez y su terrible madre Aurora titulado *Los espejismos de la educación* (México, Pedagogía Libre, 1985) que tuvo en su momento cierta resonancia: proponía la vida al aire libre, lejos de las aulas y de las bibliotecas, como la escuela ideal para niños y adolescentes; uno de los requisitos previos, sin embargo, era la destrucción de las ciudades, algo que el autor llamaba El Gran Regreso y que en el fondo era una especie de Larga Marcha descabellada y milenarista. Otro de sus profesores publicó un libro llamado *La escuela de los parricidas* (Brasil, Actas del Sur, 1980). E incluso su maestra más querida, la señorita Agnès Rivière de la Escuela Activa de Montreal, era una especialista en Paulo Freire, sobre cuya obra escribía periódicamente ensayos e interpretaciones en varias revistas de pedagogía canadienses y norteamericanas. Los que no eran teóricos de la educación, es decir el treinta por ciento restante, resultaron fanáticos del Arte. Antes de cumplir trece años Rosa tuvo un maestro creyente en las virtudes lenitivas de la danza de Merce Cunningham y Martha Graham, un maestro convencido de las cualidades proféticas de la poesía de Rimbaud y Lautréamont, una maestra devota de los mensajes cifrados de Klee. Es decir: maestros apóstoles, izquierdistas, pacifistas, ecologistas, anarquistas embotellados en pequeñas escuelas progresistas que casi nadie conocía —nadie trabajador y normal. Pequeños santuarios similares a las iglesias minoritarias y a los arrogantes clubs ingleses en donde los retoños de aquellos que habían perdido la Revolución (fracción exquisita) se preparaban para el festín y el dolor del mundo.

IV. J. M. G. Arcimboldi

1

OBRAS DE J. M. G. ARCIMBOLDI (CARCASONNE, 1925)

Novela

El enigma de los ciclistas del Tour de Francia – Gallimard, 1956.

Vertumno – Gallimard, 1958.

Hartmann von Aue – Gallimard, 1959.

La búsqueda de Sam O'Rourke – Gallimard, 1960.

Riquer – Gallimard, 1961.

La perfección ferroviaria – Gallimard, 1964.

El Bibliotecario – Gallimard, 1966.

La rosa ilimitada – Gallimard, 1968.

Los negros de Fontainebleau – Gallimard, 1970.

Racine – Gallimard, 1979.

Doctor Dotremont – Gallimard, 1988.

Ensayo

Los miserables. Artículos y notas sobre literatura – Gallimard, 1975.
(Recopilación de textos críticos escritos entre 1950 y 1960 en periódicos y revistas de literatura.)

Teatro

Sólo para enamorados – Gallimard, 1975. (Fechada en 1957 y representada por primera vez por el Pequeño Teatro de Acción Revolucionaria, Carcasonne, 1958.)

El espíritu de la ciencia-ficción – Gallimard, 1975. (Fechada en 1958 y representada por primera vez por la Compañía Colombiana de los Alzados y los Esforzados, Cali, 1977.)

Poesía

La perfección ferroviaria o Los desdoblamientos del perseguido – Pierre-Jean Oswald, 1959.

Doctor Dotremont o Las paradojas de la enfermedad – Le Pont de l'Épée, 1960.

Traducciones

Canciones de Hartmann von Aue – Millas Martin, 1956. (Selección, traducción, prólogo y notas sobre la obra del *minnesinger* Von Aue.)

DOS NOVELAS DE ARCIMBOLDI LEÍDAS EN 5 DÍAS

Hartmann von Aue (Gallimard, 1959, 90 páginas).

Hartmann von Aue revisaba, en apariencia, algunos momentos de la vida del *minnesinger* alemán, pero en realidad el personaje central era otro: Jaufré Rudel.

Rudel, según la leyenda, se enamoró de la condesa de Trípoli por lo mucho y bien que de ella hablaban los peregrinos que regresaban de Antioquía. Sobre ella escribió versos que gustaron a todos y que acrecentaron su fama. Pero nada de esto bastaba al príncipe de Blaya y un día, impulsado por el deseo de conocer a su amada, se hizo cruzado y embarcó para Tierra Santa. Durante el viaje enfermó gravemente. La providencia quiso que pudiera desembarcar aún vivo y que fuera llevado a un hospital de Trípoli. La condesa lo supo y acudió a verlo. Sorpresivamente Jaufré Rudel recobró el conocimiento, alabó a Dios por permitirle conocer a su amada y acto seguido murió en sus brazos. Fue enterrado en la casa del Temple. Poco después la condesa ingresó en un convento.

Von Aue escucha esta historia repetidas veces y reflexiona sobre el amor y la muerte. Por momentos envidia al príncipe de Blaya y por momentos oscuramente lo desprecia. Él es un noble y un soldado y el destino de Rudel le parece desmerecedor, casi una traición. Pero, al instante siguiente, Rudel surcando los mares y muriendo en brazos de su amada se reviste con los mejores ornatos. Von Aue quisiera para sí ese destino. Intenta enamorarse de castellanas que viven en lugares muy lejanos, pero el mero intento le parece banal. Von Aue es incapaz de actuar.

En la novela se refieren los nombres de otros *minnesinger*: Heinrich von Morungen es el más conocido y es quien junto a Von Aue participa en la IV Cruzada. Durante el viaje el caballero suave y el caballero de Turingia compiten en la destreza de las armas, de la caza, de la música y de los versos. Fatalmente Von Aue hace partícipe a Von Morungen de la historia de Jaufré Rudel. Von Morungen se exalta: la pasión de Jaufré Rudel que le transmite Von Aue cambia sus planes, sus fidelidades, y le señala un camino. Vagamente, en los recuerdos de Von Aue la figura de Morungen, perturbada y enérgica, prosigue el viaje hacia oriente, hasta la India. La figura quebradiza de Jaufré Rudel se ilumina como una tea: es la Cruz del Mundo.

Con los años el soldado pierde ante el poeta y el poeta pierde ante el estudioso: Von Aue, encerrado en un castillo o en un bosque, famoso como poeta y como adaptador del Erec y del Ivain de Chrétien de Troyes, se despide del mundo incapaz de descifrar el claro misterio del príncipe de Blaya.

Vertumno (Gallimard, 1958, 180 páginas).

La novela transcurre en un país americano sin especificar, que a veces parece Argentina, a veces México, a veces el sur de Estados Unidos. La novela también

transcurre en Francia: París y Carcasonne. La época, finales del siglo XIX. Alexandre Maurin, dueño de tierras y hombre de carácter fuerte, ordena a su hijo el regreso a Francia. André, el hijo, se opone, argumenta que él ha nacido en aquellas tierras y que su deber es permanecer en los momentos difíciles junto a su padre. Alexandre Maurin, durante una tarde inacabable con grandes nubarrones negros colgados del cielo, le advierte del peligro que corre si se queda. Los poderosos de la región desde hace tiempo se confabulan para matarlos a todos. André pregunta por el destino de los siete jóvenes que viven con ellos, en su misma casa, compartiendo la misma mesa, huérfanos y vagabundos que Maurin ha ido recogiendo y criando a su antojo. André, de alguna manera, los considera sus hermanos. Maurin sonríe: no son tus hermanos, dice, tú no tienes hermanos, al menos que yo sepa. Los huérfanos van a correr la misma suerte que el padre, eso ha decidido Maurin, pero él, su único hijo, debe salvarse. Finalmente se decide la partida de André. Maurin y los siete huérfanos, que para entonces van armados hasta los dientes, acompañan al joven a la estación de ferrocarril: la despedida es jovial, los huérfanos se sienten fuertes y alardean de sus armas, le aseguran que puede marchar tranquilo, que nadie le va a tocar un pelo al padre. El viaje en tren es largo y solitario. André no habla con nadie. Piensa en su padre y en los muchachos y cree que ha cometido una falta imperdonable al dejarlos allí. Tiene un sueño: bajo un aguacero de muerte su padre y los huérfanos cabalgan disparando sus rifles contra una masa compacta de enemigos que permanece inmóvil, atenazada por el miedo. Después André llega a un puerto, tiene una aventura con una mujer en un hotel que está en una colina, toma un barco, se aburre durante la larga travesía, llega a Francia. En París encuentra a su madre, en cuya casa vive los primeros días. La relación con su madre es distante y formal. Luego, con el dinero traído de América, alquila una pequeña casa y comienza sus estudios en la universidad.

Durante meses no tiene noticias de su padre. Un día aparece un abogado que le anuncia la existencia de una cuenta bancaria abierta a su nombre, una cuenta con dinero suficiente para que viva, termine la carrera y viaje por Europa. Esa cuenta cada año se enriquece con una remesa procedente de América. Su padre, dice el abogado, es un hombre de recursos. Un ejemplo para la juventud. Antes de despedirse le entrega una carta. Allí, Alexandre Maurin le explica más o menos lo mismo y lo insta a terminar pronto la carrera y a vivir de la forma más sana y conveniente posible. Los muchachos y yo, dice, sostenemos el fuerte. Al cabo de dos años André conoce en una fiesta a un viajero que ha recorrido la zona de América en donde vive su padre. El viajero oyó hablar de él: un francés rodeado de niños americanos, algunos salvajes y peligrosos, que tenía en jaque a las autoridades de la región. Poseedor de vastas tierras de pastura y de sembradío, de huertas y de un par de minas de oro. Vivía, según decían, en el centro exacto de sus posesiones, en una gran casa de adobes y madera, de un solo piso, semejante a un laberinto lleno de patios y de pasillos. Sobre los entenados del francés, cuyas edades iban desde los

ocho hasta los veinticinco años, se decía que eran numerosos aunque probablemente no fueran más de veinte y que algunos ya debían varias muertes. Estas palabras alegran y trastornan a André. Aquella noche no puede enterarse de nada más, pero en los días siguientes consigue la dirección del viajero y lo visita. Durante semanas, pretextando los más diversos motivos, André agasaja al viajero de todas las formas posibles, con una generosidad que no parece tener límite y que logra conmover a su nuevo amigo. Finalmente lo invita a pasar unos días en Carcasonne, en la casa paterna que no ha visitado desde su llegada a Francia. El viajero acepta la invitación. El viaje en tren desde París a Carcasonne es agradable: hablan de filosofía y de ópera. El trayecto de Carcasonne a la casa paterna lo hacen en carricoche y André no abre la boca, jamás había estado allí y una suerte de miedo irracional y sin rostro lo invade. La casa está vacía pero un vecino y unos criados les comunican que el viejo señor Maurin ha estado allí. André comprende que se refieren a su abuelo, al que creía muerto. Deja al viajero instalado en la casa y comienza a buscarlo. Cuando lo encuentra, en una aldea cercana a Carcasonne, el viejo está muy enfermo. Según la familia que lo acoge le falta muy poco para morir. André, que está a punto de terminar la carrera de Medicina, lo atiende y lo cura. Durante una semana, olvidándose de cualquier otro asunto, permanece junto a la cabecera del viejo: en su rostro estragado por la enfermedad y la mala vida cree ver las facciones de su padre, la alegría feroz de su padre. Cuando el anciano mejora se lo lleva a su casa, pese a las protestas de éste. El viajero, mientras tanto, ha hecho amistades entre los vecinos y a la llegada de André le revela que conoce el motivo por el cual fue invitado. André reconoce que al principio actuó guiado por un interés personal pero que ahora siente una amistad sincera. Con la llegada del otoño el viajero se marcha a España y al norte de África y André permanece en Carcasonne al cuidado de su abuelo. Una noche sueña con su padre: rodeado por más de treinta niños, adolescentes y jóvenes, Maurin recorre a caballo una pradera de flores. El horizonte es infinito y de un azul cegador. Al despertar André decide regresar a París. Pasan los años. André termina la carrera y abre consulta en un elegante barrio parisino. Se casa con una joven agraciada y de buena familia. Tiene una hija. Es profesor en la Sorbona. Lo proponen como diputado. Compra bienes inmuebles y especula con la Bolsa. Tiene otra hija. A la muerte de su abuelo —a los noventa y nueve años— ordena restaurar la casa paterna y pasa los veranos en Carcasonne. Tiene una amante. Viaja por el Mediterráneo y por el Cercano Oriente. Una noche, en el Casino de Montecarlo, vuelve a encontrar al viajero. Lo rehuye. Por la mañana el viajero se presenta en su hotel. Está en la ruina y solicita un préstamo en nombre de su vieja amistad. André Maurin, sin decir palabra, le extiende un cheque más que generoso. El viajero, emocionado y agradecido, le dice que ha pasado cinco años en América y que ha visto a su padre. André le dice que no quiere saber nada de él. Ya ni siquiera toca la cuenta que su padre, invariablemente, cada año aumenta. Pero esta vez, dice el viajero, lo vi personalmente, le hablé de usted, pasé siete días en su casa, puedo contarle mil

detalles de su vida. André dice que eso ya no le interesa. La despedida es fría. Esa noche, al volver a París, André Maurin sueña con su padre: sólo ve niños y armas y gestos de espanto. Al llegar a París lo ha olvidado todo.

UNA NOVELA DE ARCIMBOLDI LEÍDA EN 4 DÍAS

Los negros de Fontainebleau (Gallimard, 1970, 140 páginas).

Un pintor de nombre Fontaine regresa a su ciudad natal en el sur de Francia después de treinta años de ausencia. La primera parte del libro consiste, sucintamente, en eso: el regreso en tren, el paisaje que se ve a través de las ventanas, el silencio o la locuacidad de los otros pasajeros, sus discusiones, el pasillo del tren, el coche-restaurante, la manera de caminar del revisor, opiniones diversas: sobre política, sobre el amor, sobre vinos, sobre la patria, luego la noche en el tren, el campo a oscuras y la luna. La segunda parte nos muestra a Fontaine dos meses después, instalado en las afueras de su pueblo, en una casita de tres habitaciones cerca de un arroyo en donde su vida discurre con dignidad y pobreza. Sólo le queda un amigo, el doctor D'Arsonval, a quien conoce desde la infancia. D'Arsonval, de buena posición económica y que por lo demás aprecia a Fontaine, intenta ayudarlo económicamente pero éste se niega. Aquí tenemos la primera descripción de Fontaine: es bajito, similar a un cordero, de ojos oscuros y pelo castaño, de expresión a veces reconcentrada y gestos torpes. Durante su ausencia ha estado en muchas partes del mundo pero prefiere no hablar de ello. Sus recuerdos de París son felices y luminosos. En su juventud Fontaine llegó a ser un pintor del que se esperaban grandes cosas. En cierta ocasión (recuerda D'Arsonval mientras se dirige a caballo a la casita de Fontaine) lo acusaron de copiar a Fernand Khnopff. Fue una encerrona planeada con rencor y habilidad. Fontaine no se defendió. Conocía la obra de Khnopff, aunque prefería la de otro belga, Mellery, el simpático Xavier Mellery, hijo, como él, de un jardinero. A partir de ese momento su carrera se vino abajo. D'Arsonval lo visitó tres años después: se dedicaba a leer libros de Rosacruces, a las drogas y a amistades que poco aportaban a su salud física y mental. Se mantenía con un oscuro trabajo en unos grandes almacenes. Casi no pintaba, aunque en un par de ocasiones D'Arsonval recibiera, ya reinstalado como médico en el Rosellón, sendas invitaciones para exposiciones colectivas, presuntamente enviadas por el propio Fontaine, de un grupo de pintores que se hacían llamar «Los Ocultos» y a las que, como es lógico, D'Arsonval no asistió. Poco después Fontaine desaparecería. La tercera y última parte de la novela transcurre después de una larga y copiosa cena, en la biblioteca de D'Arsonval. La mujer del dueño de la casa se ha ido a dormir, los otros cuatro hombres que rodean a D'Arsonval son solteros: además de Fontaine, está el comerciante Clouzet, viudo y riquísimo, amateur —como el anfitrión— de la poesía, la música y las obras de arte; el joven pintor Eustache Pérol, en vísperas de su segundo y definitivo viaje a París, en donde piensa instalarse y hacer carrera apoyado inicialmente por D'Arsonval y Clouzet, y finalmente el párroco del pueblo, el padre Chaumont, que se confiesa ignorante en las delicias del arte. La sobremesa se

prolonga hasta el amanecer. Todos hablan. A veces el diálogo es sosegado, otras es subido de tono. Chaumont se burla de D'Arsonval y Clouzet. Eustache Pérol trata al cura de bandido espiritual. Recuerdan a Miguel Ángel. D'Arsonval y Clouzet han estado en la Capilla Sixtina. Chaumont habla de Aristóteles y luego de San Francisco de Asís. Clouzet recuerda el *Moisés* de Miguel Ángel y se hunde en algo que puede ser nostalgia o desesperación silenciosa. Eustache Pérol habla de Rodin, pero nadie le hace caso: rememora *Los burgueses de Calais*, que nunca ha visto, y rechina los dientes. D'Arsonval pone la mano en el hombro de Clouzet y le pregunta si se acuerda de Nápoles. Clouzet cita a Bergson, a quien conocieron en París, y ambos, Clouzet y D'Arsonval, se ríen. *Pape Satàn, pape Satàn aleppe*, murmura el párroco. Pronto el tema se desplaza al inminente viaje de Pérol. Chaumont pregunta por su señora madre. Eustache Pérol confiesa que se encuentra afligidísima. Clouzet dice unas cuantas palabras acerca del amor de madre. D'Arsonval se ríe en un rincón de la biblioteca. Abren otra botella de coñac. El único que hasta entonces se ha limitado sólo a beber es Fontaine. A las cuatro de la mañana, cuando todos están borrachos (el padre Chaumont dormita en un sillón y los otros recorren la biblioteca en mangas de camisa), se dispone a hablar. Recuerda a su madre. Rememora su partida y las lágrimas de su madre al preparar su maleta la noche anterior. Habla de la alegría del trabajo. De las visiones sublimes. De la monotonía de la vida. De su incapacidad para descifrar su misterio. Los días de París, dice sin levantarse de su asiento y mirando el suelo, son veloces. ¿Pero veloces como qué?, ¿como el viento?, ¿como la amnesia? Habla de mujeres y de atardeceres, de madrugadas infames y de rostros demoníacos y sin expresión. Un gesto, una palabra dicha sin pensar y ya estás condenado, las consecuencias serán imprevisibles, dice con voz suave. Habla de la muerte de su madre, de pintores y de bares. Habla de los Rosacruces y del cosmos. Un día, apremiado por las deudas, aceptó un trabajo en las colonias. Ya no pintaba, se había, digámoslo así, rendido, y en esta nueva actividad su ascenso fue fulminante. El primer sorprendido, por supuesto, fue él mismo. A los pocos años ya ocupaba un cargo de responsabilidad que lo obligaba a viajar constantemente. Sí, conocía gran parte de África y había llegado hasta la India. Países sorprendentes, dice ante la expectación de D'Arsonval y Clouzet y la mirada dolorosamente escéptica de Eustache Pérol. En cierta ocasión, dice, a causa de una cadena de errores estúpidos me vi obligado a pasar un mes en un puesto avanzado de Madagascar. Son los primeros días del año 1900. La vida en la plantación y en la aldea es mortalmente aburrida. En tres días su trabajo ya está hecho y el tiempo pasa con una lentitud exasperante. Al principio se entretiene proponiendo obras que mejorarán las condiciones de vida de los negros, pero ante la pasividad de éstos pronto abandona el empeño. El desinterés es general. Nadie quiere, después de la plantación, trabajar más. La desidia de los nativos pica la curiosidad de Fontaine, que decide pintarlos. Al principio todo es excitante: con materiales que saca de la Naturaleza fabrica los colores y los pinceles. Las telas se las proporciona un empleado de la compañía: una

sábana vieja y trozos de sacos y arpilleras. Comienza a pintar; lejos está, asegura, de la escuela simbolista, de los visionarios y de los lamentables «Ocultos». Ahora es su ojo, que pretende desnudo, quien guía su mano. Santa inocencia de funcionario, dice. De inmediato la pintura escapa a su control. Empieza con los sacos y arpilleras y reserva la sábana como broche final. Una noche, mientras contempla las arpilleras bajo la luz de un quinqué, se da cuenta de que ha convertido aquella pobre aldea de Madagascar en un palacio enorme, suntuoso, lleno de pasillos, escaleras y rincones. Como Fontainebleau, dice, aunque nunca ha estado allí. Al día siguiente acomete la pintura de la sábana. Tarda ocho días en terminarla, pintando a todas horas, de día al aire libre y de noche en la destartalada oficina de la compañía. Se priva de alimentos y de sueño. Al noveno día embala sus cosas y no sale de su habitación. Al décimo día se marcha en el barco que ha venido a buscarlo. Un año después, instalado en una ciudad africana pequeña y acogedora, decide por fin volver a mirar sus pinturas. Son veinte telas pequeñas y una grande que las comprende y a las que llama *los negros de Fontainebleau*. En los cuadros, en efecto, la aldea se ha convertido en un palacio. Las ocupaciones de los nativos en las ocupaciones de los cortesanos. Los grandes salones, sus claroscuros, sus figuras, sus espejos, los murales, los espesos cortinajes parecen, todos por igual, hundidos en una enfermedad indeterminada. El suelo rezuma fiebre, las alfombras parecen a punto de hundirse. En ese escenario, bajo esa atmósfera a la vez opresiva y ligera, los negros se mueven y observan de reojo al pintor, al futuro espectador del cuadro, como si estuvieran a la intemperie. Fontaine cree volver a oír —a oír por primera vez— los ruidos de aquella aldea a la que nunca volverá y que erróneamente ha confundido con los ruidos de cualquier otra aldea africana. Ahora, a miles de kilómetros, la oye y la ve por primera vez, y se horroriza y maravilla a un tiempo. Las pinturas, por supuesto, se han perdido, añade Fontaine, excepto la vieja sábana que lo ha acompañado, como una expiación, en cada cambio de domicilio. Tras un largo silencio se escucha la voz de Chaumont, al que todos creían dormido: usted habla del pecado, dice. D'Arsonval y Clouzet, de pronto llenos de ansiedad, disponen lo necesario para preparar el coche y marchar de inmediato a casa de Fontaine a ver ese cuadro excepcional. Pérol se ha quedado dormido, su rostro ahora es apacible y puro. D'Arsonval y Clouzet cogen a Fontaine de cada brazo y salen al patio, en donde el criado ya ha enganchado los caballos. Allí, en el patio, mientras el día comienza a clarear, se hacen servir leche caliente, pan, queso, embutidos. Fontaine, de pie, contempla el cielo mientras bebe una copa de vino. El padre Chaumont se les une. El coche atraviesa el pueblo dormido, cruza un puente, se interna en un bosque. Por fin llegan a la casita de Fontaine: éste saca el lienzo de un arcón, lo extiende sobre la cama y, sin mirarlo, se aparta hacia una ventana. Desde allí escucha las exclamaciones de D'Arsonval y Clouzet, el murmullo de Chaumont. Poco después, cuando el verano toca a su fin, muere. Al liquidar sus escasas pertenencias D'Arsonval busca el cuadro y no lo halla.

DOS NOVELAS DE ARCIMBOLDI LEÍDAS EN 3 DÍAS

El Bibliotecario (Gallimard, 1966, 185 páginas).

El protagonista se llama Jean Marchand. Es joven, de buena familia y quiere ser escritor. Tiene un manuscrito, *El Bibliotecario*, en el que trabaja desde hace tiempo. Una editorial, en donde es posible adivinar a Gallimard, lo contrata como lector. Marchand, de la noche a la mañana, se ve sepultado bajo cientos de novelas inéditas. Primero decide postergar su libro. Luego decide abandonar sus pretensiones literarias (al menos, la práctica, si no la pasión) y dedicarse a la carrera de otros escritores. Se ve a sí mismo como un médico en un leprosario de la India, como un monje entregado a una causa superior.

Lee manuscritos, mantiene largas entrevistas con los autores, los aconseja, los llama por teléfono, se interesa por su salud, les presta dinero, pronto hay un grupo de unos diez que puede considerar algo propio, obras en cuya elaboración está implicado. Algunas, pocas, se publican. Hay fiestas y proyectos. Las otras, imperceptiblemente, van engrosando una colección de manuscritos inéditos que Marchand guarda celosamente en su casa. Entre esos manuscritos ajenos, su novela *El Bibliotecario*, inconclusa y perfectamente mecanografiada, bien encuadernada, una belleza entre originales manoseados, borroneados, arrugados, sucios; un manuscrito hembra entre manuscritos machos. Marchand sueña que en una noche mágica e interminable los manuscritos rechazados hacen el amor de todas las maneras posibles con su manuscrito postergado: lo sodomizan, lo violan bucal y genitualmente, se corren en su pelo, en su cuello, en sus orejas, en sus axilas, etc., pero al llegar el amanecer su manuscrito no ha sido fecundado, es estéril. En esa esterilidad, cree Marchand, reside su valor de obra única, su imán. También sueña que es el jefe de una banda de macuqueros y que la montaña que deben esquilmar a la luz de la luna está hueca, vacía. Su prestigio en la editorial, como no podía ser menos, va en aumento. Ha recomendado la publicación de un joven escritor que es el éxito de la temporada. Marchand sabe que por ese a quien ha dejado respirar hay cinco que soportan con él (con el mejor Marchand, el más improbable) la falta de aire, la oscuridad de los trabajos laberínticos.

Con el tiempo uno de sus escritores se suicida. Otro se pasa al periodismo. Otro, con recursos, escribe una segunda y una tercera novela que sólo Marchand leerá y elogiará. Otro publica en una editorial de provincia. Otro se hace vendedor de enciclopedias. A esas alturas Marchand ha dejado atrás cualquier escrúpulo, cualquier timidez: no sólo mantiene una relación regular con los escritores sino que en más de un caso conoce ya a sus familias (el querido señor Marchand), a sus novias y esposas, a sus abuelas pródigas, a sus mejores amigos. Su manuscrito se prolonga, imaginariamente, en las novelas que guarda en casa: el personaje de *El Bibliotecario*

entra en la vida de los otros personajes, de los personajes ajenos, en la misma medida en que él se asienta en la vida de los escritores. De los diez primeros sólo uno se abre camino con fuerza en el proceloso mundo editorial (y aun a éste lo fiscaliza al grado de obligarlo a escribir cuentos que sólo él leerá, a rehacer novelas cuyos fragmentos desechados sólo él poseerá); los otros, con el paso de los años, van adoptando otros intereses, renuncian, se reacomodan, crecen. Pero el flujo de nuevos manuscritos no cesa: Marchand se hace con otros diez escritores, luego con otros diez, y así hasta llenar su biblioteca de manuscritos raros, a veces malos, sorprendentes, encantadores, a veces oscuros, que él mismo se encarga de que los editores rechacen. Llega un momento en que Marchand sólo lee inéditos: en la novela se describe someramente el argumento de unos cuarenta.

Marchand tiene sueños: un gran incendio en su edificio, que Arcimboldi relata con minucia de arquitecto y de bombero; la aparición de un Mesías tonante que publicará todos los manuscritos sustraídos y que lo condenará al fuego eterno, el horror más temido del *Bibliotecario*; la eclosión de una generación de novelistas rápidos como la electricidad y que él mimará y conducirá, paso a paso, hasta su biblioteca de rechazados. La novela acaba abruptamente. Marchand muere de un ataque al corazón. A su entierro asisten, junto con los empleados de la editorial, muchos ex escritores. Un camión de mudanzas traslada su colección de manuscritos a un almacén. Arcimboldi describe el almacén detalle por detalle.

Racine (Gallimard, 1979, 140 páginas).

Una biografía fragmentada, dividida en trozos fríos y sin aparente continuidad, acaso una colección de poemas en prosa como apuntara un crítico. Escenas de la vida de Racine que se van sucediendo como habitaciones cerradas e irrespirables: la muerte de la niña Jeanne-Thérèse Olivier narrada con evidente dolor pese a la frialdad, a la presunta objetividad de la prosa; la muerte de Jeanne Sconin, madre del poeta, a los dos años del nacimiento de éste; la muerte de Marquise Du Parc, su amante, el año de la publicación de *Andrómaca*; el trabajo con Boileau, la cabeza de Boileau, su perfil; la amistad con Molière y su posterior enemistad; la muerte de Jean Racine, su padre; las madrugadas de 1644, cuando, huérfano de cinco años, vive con sus abuelos; las tragedias inconclusas y perdidas, la incalculable energía derrochada; la vida en Uzès, los pájaros del Languedoc, su tío Antoine Sconin; la mentira que lo ronda como una nube afilada y escuálida; el matrimonio con Catherine de Romanet; la acusación de haber envenenado a Marquise Du Parc para quedarse con sus alhajas; el estudio del latín; el estreno de *Andrómaca* interpretada por Marquise Du Parc; la época en que Marquise Du Parc trabajaba en la compañía de Molière; el lecho de la Champmeslé; los hijos; la vida en Versalles; los grandes bloques de hielo del siglo XVII; la música de Lully y Port-Royal.

DOS NOVELAS DE ARCIMBOLDI LEÍDAS EN 7 DÍAS

La búsqueda de Sam O'Rourke (Gallimard, 1960, 230 páginas).

Esta novela triste y prolija hace pensar de inmediato en un plagio o en el mejor de los casos en una versión revisada de *El secuestro de Miss Blandish*, de James Hadley Chase. La descripción abrumadora de objetos (camas, cortinas, catres de campaña, armas, sillas, cajas de galletas, botellas, platos), muy al estilo del *nouveau roman*, no impiden que las líneas maestras del relato de James Hadley Chase se impongan con fuerza soberana: unos malhechores de poca monta secuestran a la hija de un magnate, los secuestradores, unos chapuceros, no tardan en perder a su presa a manos de otra banda, el cerebro de la nueva banda es una mujer gorda y malhumorada (Mona) y sus lugartenientes son su hijo (Chuck) y su ahijado (Jim, al que también llaman Kansas Jim). Esa misma noche, la noche del doble secuestro, sabremos que Chuck es un psicótico peligroso y que no tardará en encapricharse de la hermosa heredera y que Jim es guapo y astuto y desprecia soberanamente a la joven: sus argumentos, explicados con generosidad, pendulan entre un sentido muy particular de la lucha de clases y la simpatía y el compañerismo *natural* de las coristas, a las que obviamente prefiere.

El resto de la banda la componen cuatro individuos grises y sanguinarios: un negro, dos ex granjeros y un bailarín polaco de cincuentaicinco años. La cotidianidad de estos personajes es algo que parece hechizar a Arcimboldi: su vida diaria, sus cubiles, sus aficiones, sus manías, su suavidad para «colarse por las hendiduras del tiempo». Así, pronto sabremos hasta los gustos culinarios de los secuestradores, sus sueños, sus temas de conversación más frecuentes, sus esperanzas, sus amores negros y su dicha negra (cf. Victor Hugo, *Los miserables*). Chuck y la secuestrada aparecen como una suerte de Romeo y Julieta infernales, Mona y el polaco (que duermen juntos una vez cada quince días, pero casi sin tocarse, uno en cada orilla de la cama masturbándose mutuamente con manos que son descritas como antenas de insectos) aparecen como la contrapartida: la pareja anciana que ha alcanzado o está a punto de alcanzar la sabiduría, el estado de Romeo y Julieta celestiales. Entre ambas parejas, en un territorio en donde todo es desafío, se encuentran el ahijado, el negro, en ocasiones los dos ex granjeros: son los espectadores del amor, el coro que da o quita la vida, que la certifica.

Las dos ciudades en donde transcurre la primera parte de la novela están descritas con aparente objetividad (a través de otra catarata de descripciones), dejándose entrever tras éstas un paisaje de ensueño: nubes increíblemente bajas, casi a ras de pararrayos, árboles (que Arcimboldi, sin que se sepa por qué, llama «árboles de Oklahoma») retorcidos, solitarios, cargados de pájaros y roedores, espectros verdinegros en praderas desoladas, timbas clandestinas abiertas durante toda la

noche, hoteles de paso con cuatro camas en cada habitación, granjas con puertas y contraventanas blindadas, vaqueros que contemplan el valle sin bajar de sus cabalgaduras y a una gran distancia. En el valle, las dos ciudades refulgiendo al sol; en la montaña, el vaquero fumando y sonriendo con un deje de tristeza, en esa postura de abandono y descanso que hemos visto en tantas películas.

Entre el fin de la primera parte y la segunda hay una puerta de un lavabo que alguien abre (no se nos dice quién) y encuentra a un enano lavándose los dientes en un lavamanos de enano. La segunda parte comienza precisamente allí: un detective privado (Sam O'Rourke) está arrodillado delante de un lavamanos enano cepillándose los dientes y mirándose en el espejo —que también está a la altura de un enano— con una expresión de tristeza infinita. En ese momento alguien abre la puerta (presumiblemente el mismo que abrió la puerta antes y encontró al enano) y le encarga ocuparse de la heredera desaparecida. Sobre la imagen del detective de rodillas cepillándose los dientes Arcimboldi volverá una y otra vez: un hombre reducido a su tamaño verdadero; descripción de las baldosas del lavabo (del tipo Hardee-Royston, con flores verdes y grises sobre superficie mate); descripción de la única bombilla de luz colgando desnuda sobre el espejo; la sombra de la puerta al abrirse; la pesada silueta en el quicio y los ojos del desconocido que O'Rourke no puede ver pero en los que adivina un brillo de estupor y miedo; la mirada de O'Rourke, primero al espejo (en donde sólo ve el reflejo de las piernas del desconocido) y luego volviéndose y buscando el rostro; las voces que suenan con una limpidez extraña; el agua que corre por el lavamanos desportillado y las gotas que se deslizan por entre las juntas de las baldosas.

La búsqueda de O'Rourke se circunscribirá al ámbito de las dos ciudades y a la red de granjas desperdigadas entre las dos ciudades. Una sola ciudad, concluye Arcimboldi, es por naturaleza inabarcable, dos ciudades son el infinito. Sobre ese infinito O'Rourke transita con la sencillez y entereza de un americano. Las muertes sin sentido (pese a los intentos del autor —mediante enumeraciones causales— de demostrarnos que todo tiene un sentido oculto y duro como el destino) se suceden con espeluznante monotonía. Las pesquisas de O'Rourke lo llevan a una iglesia, a un orfanato, a una granja quemada, a un burdel. Durante la investigación, que semeja un viaje, hace nuevos amigos y enemigos, reencuentra amantes olvidadas, lo intentan matar, mata, pierde su coche, hace el amor con su secretaria. Las conversaciones que O'Rourke mantiene con policías, rateros, matones, vigilantes nocturnos, empleados de gasolineras, soplones, putas y traficantes, están reproducidas íntegramente y tratan sobre la existencia de Dios, el progreso, las matemáticas, la vida después de la muerte, la lectura de la Biblia, las malas mujeres y las buenas esposas, los platillos voladores, el papel de Cristo en los planetas desconocidos, el papel del hombre en la tierra, las ventajas de la vida en el campo sobre la vida en la ciudad (aire puro, verduras y leche fresca, ejercicio diario garantizado), el desgaste de los años y las medicinas milagrosas, la composición secreta de la Coca-Cola, la opción de traer

hijos a este mundo confuso, el trabajo como un bien social.

La búsqueda de la heredera, como era de suponer, no termina nunca. Las ciudades, A y B, acaban confundándose. La banda de Mona, cobrado el rescate, intenta huir pero algo innombrado (y ominoso) se lo impide. Terminan estableciéndose en B, en donde compran un night-club en los suburbios. El night-club es descrito como un castillo o como una fortaleza: desde una habitación secreta, la heredera y Chuck observan los atardeceres y los árboles de Oklahoma hasta el infinito. O'Rourke se pierde doblemente: en las ciudades y en las conversaciones trascendentes y fútiles. No obstante, al acabar el relato, tiene un sueño. Sueña que la banda de Mona al completo sube unas escaleras, Mona la primera y Kansas Jim cerrando la marcha, en medio la heredera secuestrada a la que Chuck lleva abrazada por la cintura, suben con lentitud pero con paso firme y decidido, las escaleras son de madera y no están alfombradas, hasta arribar a un pasillo oscuro o ligeramente iluminado por una bombilla amarillenta llena de cagarrutas de mosca. Allí hay una puerta. La abren. Encuentran un lavabo de enanos. Arrodillado delante del diminuto lavamanos está O'Rourke cepillándose los dientes. La banda permanece en el umbral sin saludarlo. O'Rourke se da la vuelta, siempre de rodillas, y los contempla. La novela termina pocas líneas después con unas disquisiciones sobre el amor y el arrepentimiento.

La perfección ferroviaria (Gallimard, 1964, 206 páginas).

Novela compuesta por noventa y nueve diálogos de dos páginas cada uno, aparentemente sin ninguna relación entre sí. Todos los diálogos transcurren a bordo de un ferrocarril. Pero no en un mismo ferrocarril, ni siquiera en un mismo tiempo. Cronológicamente, el primer diálogo (página 101) transcurre en 1899, entre un cura y un oficinista de una compañía de ultramar; el último (página 59), en 1957, entre una joven viuda y un coronel de caballería retirado. Siguiendo el orden del libro, el primer diálogo (página 9) transcurre en 1940, entre un pintor de paisajes y un pintor surrealista con los nervios destrozados, presumiblemente en un tren que se dirige a Marsella; el último (página 205) transcurre en 1930, entre una mujer que viaja con dos niños y una anciana enferma al borde de la muerte, pero que no muere nunca, entre otras razones porque el diálogo, al igual que los que lo han precedido, queda interrumpido: de hecho el lector se enfrenta a conversaciones que no ve empezar (que ni siquiera sospecha cómo empiezan) y que al cabo de dos páginas inevitablemente quedarán cortadas. Sin embargo el lector avisado puede encontrar pistas que, en ocasiones, clarifican el inicio del diálogo, sus motivos, las causas que lo han impelido. Aunque la mayoría, al menos en apariencia, surgen como resultado de la monotonía del viaje, algunos tienen un origen más singular: un comentario sobre la novela policiaca que uno de los viajeros va leyendo, un suceso político o social de importancia, una tercera persona que les ha llamado a ambos la atención. Cada diálogo está encabezado por un pequeño título que a veces nos informa acerca de la

profesión de los hablantes o acerca de su estado civil o acerca del destino del tren o acerca del año en curso o sobre la edad de los viajeros, pero no siempre, llegando incluso algunos capítulos a abrir con tan sólo una escueta información horaria: las tres de la mañana, las nueve de la mañana, las once de la noche, etc. Asimismo, el lector avisado pronto comprende (aunque para ello muchas veces sea necesaria una segunda o tercera lectura) que no se trata de un libro de cuentos o de noventa y nueve fragmentos cuya única conexión sea el viaje en tren: como si de una novela de misterio se tratara, los fragmentos de diálogos nos hacen reconocer por lo menos a dos viajeros, dos personas ambiguas que, pese a los cambios de trabajo, de edad, en ocasiones incluso de sexo (pero entonces la señorita que trabaja de administrativa en una fábrica de chocolates del Jura no es tal señorita), son la misma persona, y ambos huyen, o se persiguen, o sólo es uno el que persigue y el otro se oculta. También es dable desenredar las claves para el esclarecimiento de un crimen, aunque el orden en que el libro nos presenta los diálogos contribuya más bien a oscurecerlo (diálogo entre el perfecto de Narbonne y el intelectual turco, página 161; diálogo entre el soldado de permiso y la mujer misteriosa, página 163; diálogo entre el revisor del tren y el marino de Toulon, página 95; diálogo entre el corrector de galeradas al que se le ha muerto la madre y el arquitecto de la municipalidad de Brest, página 51; diálogo entre el inmigrante italiano y el relojero de Ginebra, página 87; diálogo entre la puta de cincuenta años y la puta de veinte, página 115); también es posible hilar una historia cómica (diálogo entre el novio y la novia que parten de luna de miel, página 27; diálogo entre el rentista y la propietaria de viñedos en el Roussillon, página 77; diálogo entre el artista de variedades y el ¿ingeniero de caminos, espía alemán, bohemio estrasburgués?, página 109); la historia de una fidelidad (diálogo entre el viejo panadero y el viejo médico de provincia, página 153; diálogo entre el soldado de permiso y la mujer misteriosa, página 163; diálogo entre el tartamudo de Lille y el taxista de París, página 171); la historia de un viaje —¿a España, al Magreb?— que acaba con la muerte del viajero (diálogo entre el profesor de literatura medieval y el viajante de comercio, página 143; diálogo entre la mujer enigmática y la mujer casada, página 69; diálogo entre el deportista de veinte años y la universitaria de veintiocho, página 181; diálogo entre la jugadora de bridge y la inglesa de edad indefinida, página 197); y la historia de una casa incendiada (diálogo entre el sepulturero meridional y el sepulturero septentrional, página 39; diálogo entre el ama de casa aficionada a escribir poesía pero no a leerla y el corrector de galeradas al que se le ha muerto la madre, página 119; diálogo entre el hombre que nunca tomaba trenes y el viejo que había sido hijo único, página 191). Pero la historia verdaderamente importante, la que de alguna manera contiene y borra y desplaza a todas las demás, es la historia de la persecución. Al lector se le plantean, de entrada, varios problemas: ¿el que persigue lo hace por amor o por odio?, ¿el que huye lo hace por amor o por miedo?, ¿cuánto tiempo transcurre desde el inicio de la persecución hasta el tiempo actual?, ¿al finalizar el libro queda pendiente la persecución o en

algún momento entre 1899 y 1957 ésta imperceptiblemente ha cesado?, ¿el que persigue es un hombre y la que huye es una mujer o al revés?, ¿cuál es la historia y cuáles las excrecencias, los ornatos, las ramificaciones de la historia?

AMISTADES DE ARCIMBOLDI

Raymond Queneau, al que consideraba su maestro y con el que se peleó en más de diez ocasiones. Cinco por carta, cuatro por teléfono y dos persona a persona, la primera con insultos y maldiciones, la segunda con miradas y gestos de desprecio.

Georges Perec, al que admiraba profundamente. En cierta ocasión dijo de él que seguramente era la reencarnación de Cristo.

Raoul Duguay, poeta quebequés con el que mantuvo una relación de hospitalidad mutua: cuando Duguay estaba en Francia dormía en casa de Arcimboldi, cuando éste viajaba a Canadá o impartía cursos universitarios se alojaba en casa del francocanadiense. A propósito de los trabajos de Duguay: éste podía ser una temporada profesor de una universidad texana y a la temporada siguiente camarero en un bar de Vancouver. Cosa que tal vez pueda parecer natural en América pero que no dejaba de maravillar a Arcimboldi.

Isidore Isou, al que solía ver entre 1946 y 1948, y con el que rompió a raíz de la aparición del libro *Réflexions sur M. André Breton* (Lettristes, 1948). Para Arcimboldi, Isou era un «jodido rumano de mierda».

Elie-Charles Flamand, al que frecuentó de 1950 a 1955. Ya por entonces el joven Flamand estaba interesadísimo en el esoterismo, lo que en 1959 le valdría la excomuniación del grupo surrealista. Con Arcimboldi compartió el gusto por ciertas lecturas poéticas y cabalísticas. Flamand, según Arcimboldi, era tan discreto que cuando se sentaba prácticamente era igual que si hubiera permanecido de pie. (Esta observación de Arcimboldi la podemos encontrar en un cuento de Agatha Christie.)

Ivonne Mercier, bibliotecaria de Caen, a la que frecuentó desde 1952 a 1960. Conoció a la señorita Mercier durante unas vacaciones en Normandía. Durante un año se limitaron a un contacto epistolar, si bien profuso, de dos y hasta tres cartas semanales. La señorita Mercier por entonces estaba prometida y soñaba con una boda inminente. La súbita muerte del novio estrechó la relación. Ivonne Mercier se desplazaba a París un promedio de seis veces al año. Arcimboldi, por el contrario, sólo fue a Caen una vez más en el resto de su vida, en el verano de 1959, el año de la publicación de la novela *Hartmann von Aue* y del libro de versos *La perfección ferroviaria o Los desdoblamientos del perseguido*. En 1960 Ivonne Mercier se casó con un constructor de la costa normanda e interrumpió sus visitas a París. Aún siguieron escribiéndose, aunque muy esporádicamente, durante un par de años.

René Monardes, amigo de la infancia en Carcasonne al que siempre iba a visitar cuando regresaba al pueblo. Monardes, mayorista de vinos, recordaba a Arcimboldi como una persona sincera y de gran corazón. Jamás leyó uno de sus libros, aunque tenía algunos en la estantería del comedor. Incluso después de que Arcimboldi se marchara de Francia Monardes afirmaba que de vez en cuando lo visitaba. Una vez

cada dos años. Viene, se toma un vaso de vino conmigo, a veces comemos higos debajo de la parra, le cuento las novedades, cada vez menos, y luego se marcha. Sigue siendo una buena persona. Callado y buena persona.

RELACIONES EPISTOLARES DE ARCIMBOLDI

Robert Goffin, diez cartas fechadas entre 1948 y 1951. Temas: el erotismo, la pintura, el automovilismo, el tiempo, los ciclistas belgas y franceses, los fraudes y los grandes defraudadores.

Achille Chavée, quince cartas, entre 1953 y 1960. Temas varios. La literatura, como se suele decir, brilla por su ausencia. En las cartas de Chavée éste le da ánimos, valor, joven, valor.

Cecilia Laurent, del Centro para la Investigación de la Energía Atómica de París. Cuarenta cartas, postales, telegramas, todos fechados en 1960. En una postal Arcimboldi confiesa su deseo de matarla. En la carta siguiente se desdice: lo que de verdad deseo es hacer el amor con usted. Penetrarla=matarla. Esa misma tarde le envía un telegrama: no me haga caso, olvide lo que dije, todo es mentira.

Dr. Lester D. Gore, del Instituto de Energía Nuclear de Pasadena, Estados Unidos. Diez cartas, entre 1962 y 1966, de carácter pseudocientífico. De una de ellas se deduce que Arcimboldi intentó visitar a Gore durante un viaje a los Estados Unidos en 1966, pero que finalmente sólo pudieron hablar por teléfono. (¿Intentaba reunir material para la escritura de una novela científica, como posteriormente explicará en otra carta?)

Dr. Mario Bianchi, jefe del Departamento de Cirugía Plástica del Hospital San Pablo, de Orlando, Estados Unidos. Ocho cartas, entre 1964 y 1965, de carácter pseudo-científico. Arcimboldi se muestra interesado en técnicas de cirugía facial, en elongaciones nerviosas, en técnicas de implantaciones óseas, en «fotografías del interior de la cara, del interior de las manos». Y aclara: «fotografías a color, por supuesto». El doctor Bianchi se muestra interesado en saber si en Estados Unidos se ha traducido alguna de sus novelas y en una próxima visita a París en compañía de su esposa e hijo durante la cual podrían conocerse personalmente.

Jaime Valle, profesor de literatura francesa de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cinco cartas fechadas entre 1969 y 1971. Temas relacionados con compra de bienes inmuebles, casas cerca del mar, cabañas en Oaxaca, hippies, peyote, María Sabina. Sobre literatura mexicana: Arcimboldi sorprendentemente sólo conoce *Los de abajo*, de Mariano Azuela, en traducción de Anne Fontfreda, París, 1951. Y algo de Sor Juana Inés de la Cruz. No me interesa la literatura mexicana sino la vida en México, dice. La última carta es una larga apología sobre B. Traven, a quien Jaime Valle desprecia por considerarlo literatura popular y fácil.

Renato Leduc, a quien conoce gracias a un amigo común, el apátrida panameño Roberto Dole, negro, homosexual y pacifista. Diez cartas fechadas entre 1969 y 1974. Temas: la vida en México, el desierto, el trópico, las zonas donde llueve más y donde llueve menos. Las respuestas de Leduc son concisas y claras. Llega a enviarle fotos y

mapas, recortes de periódico y prospectos turísticos. Incluso le obsequia su libro *Fábulas y poemas*, 1966, y Arcimboldi promete traducirlo, aunque sobre esa traducción nunca más se supo.

Dr. John W. Clark, cirujano plástico, Ginebra, Suiza. Veinte cartas entre 1972 y 1975. Temas: injertos, *La Isla del Dr. Moreau*, el definitivo cambio de rostro.

Dr. André Lejeune, psicoanalista lacaniano. Dieciocho cartas entre 1963 y 1974. Temas literarios de los que se deduce que el doctor Lejeune es un lector nada despreciable, amén de crítico agudo y mordaz. Las últimas cartas contienen amenazas veladas. Arcimboldi habla de asesinatos, de gente que habla de asesinatos, de sangre y de silencio.

Amelia De León, profesora mexicana de literatura francesa a quien conoce durante un breve viaje por Oaxaca en 1976. Diez cartas, todas de remite exótico como Mauritania o Senegal, todas de 1977. En ellas Arcimboldi alude una y otra vez, aunque siempre de forma sesgada, a la edad, a la maravilla de tener veintinueve años y de estar próximo a cumplir los treinta, que era el caso de la profesora De León en 1977. Las cartas de ella son frías y académicas: Stendhal, Balzac, etcétera.

AFICIONES Y APRENDIZAJES

El piano. Arcimboldi aprendió a tocar el piano a los cuarentaicinco años. Sus maestros fueron Jacques Soler y Marie Djiladi. Jamás necesitó ni tuvo un piano en su casa. Sin embargo, cuando salía de noche y encontraba un piano en un bar o en casa de amigos hacía todo lo posible para que lo dejaran tocar. Entonces se sentaba y pasaba sus dedos por las teclas y aunque tocaba muy mal se olvidaba del mundo y cantaba con voz quebrada y apenas audible blues americanos, baladas populares, canciones de amor.

La magia. Desde muy joven comenzó con los trucos de magia. Su aprendizaje fue anárquico y desordenado. Nunca siguió una tendencia determinada. A los cincuenta decidió estudiar la Escuela del Pensamiento, que en realidad debería llamarse la Escuela de las Palabras Ocultas, y que consiste en adivinar qué objetos lleva una persona del público en el bolso o la billetera. Para este truco es necesario un ayudante que pregunta con palabras cifradas por la identidad de los objetos. Pero también es posible realizarlo sin ayudantes, según el mago Arturo De Sisti, basándose únicamente en el aspecto exterior de la persona, un alfabeto que conduce, por canales insospechados pero claros y directos, a las cosas que los espectadores guardan en el interior de sus bolsillos. En este caso las palabras ocultas no son las que pronuncia el ayudante sino las que dicen una corbata, un pañuelo, una camisa, un sombrero, un vestido, un collar: palabras apenas susurradas, palabras condensadas que pocas veces engañan. No se trataba, que quede claro, de juzgar a nadie por su aspecto exterior, sino de establecer una correlación, un flujo, entre lo que se dejaba ver y lo que, por su pequeñez o conveniencia, se guardaba. También se interesó por el arte de hacer desaparecer a las personas. Esta difícil suerte estaba teorizada por múltiples y en ocasiones enfrentadas escuelas, desde la china hasta la italiana, pasando por la árabe y las norteamericanas (la clásica que hacía desaparecer personas y la moderna que hacía desaparecer trenes). No se sabe por cuál de ellas se interesó Arcimboldi. Nunca se le vio hacer desaparecer a una persona, aunque con algunos amigos hablaba bastante acerca de ello.

ENEMIGOS JURADOS DE ARCIMBOLDI

Lisa Julien, a la que conoció en 1946 y con la que vivió desde 1947 a 1949. La ruptura fue violenta: Arcimboldi, en una conversación grabada en 1971, reconoció haber abofeteado *dos veces* a la señorita Julien, una con la palma y la siguiente con el dorso. Entre una y otra bofetada mediaron puñetazos (Arcimboldi terminó con un ojo a la funerata), patadas, arañazos e insultos que el escritor describe como experiencia de los límites. Bajo el aluvión de golpes, dice, aprovechaba para echarle una mirada entre distraído y curioso a la más pura nada. El odio de la señorita Julien fue duradero: en una rara entrevista hecha en 1992 por un tabloide pseudoliterario, dentro de un reportaje-encuesta titulado «Las sufridas mujeres de los artistas», se refería al escritor como «ese infame enano impotente».

Arthur Laville, lector de Gallimard y crítico de arte en varias revistas especializadas de Europa y Estados Unidos, quien se vio aviesamente retratado en el personaje principal de *El Bibliotecario*. Laville, en un arrebató que pocos hubieran imaginado en él, se dedicó a pleitear con Arcimboldi desde 1966 a 1970. Presumiblemente también fue el autor de varios anónimos con amenazas de muerte y de un sinnúmero de llamadas telefónicas en donde cubría al escritor de insultos y mofas o se quedaba en silencio, respirando profusa y ruidosamente. A finales de 1970 el arrebató de rabia de Laville cesó de manera tan abrupta como empezó. En 1975 se encontraron en un pasillo de la editorial y se saludaron adecuadamente.

Charles Dubillard, poeta patriótico, camelot y petainista convencido. En 1943 propinó una paliza pública al joven Arcimboldi, el cual, dicho sea de paso, no hizo nada para evitar la pelea asegurando a los amigos que intentaron disuadirlo que nada en el mundo lo privaría del placer de aplastarle la cara al cerdo fascista de Dubillard. En 1947 se volvieron a encontrar, esta vez en París, en un recital de poesía en donde Dubillard, reciclado al gaullismo, leía un poema sobre las colinas del Languedoc, las huellas del tiempo y la luz de la patria (según Arcimboldi todos los mesías del fascismo empezaban y acababan bajo las enaguas rugientes de la patria). La pelea, esta vez, fue en la salida trasera del local. Arcimboldi iba solo, de modo que nadie intentó disuadirlo. A Dubillard lo acompañaban tres amigos de universidad, uno de los cuales terminó su fulgurante carrera como ministro socialista en los ochenta, y entre todos intentaron convencer a Arcimboldi, primero, de que los tiempos habían cambiado y, segundo, de que Dubillard era mucho más fuerte y de mayor peso que él y así, objetivamente, la pelea no estaba igualada. De todas formas, pelearon, y Arcimboldi volvió a perder. El siguiente encuentro fue en 1955, en un conocido restaurante parisino. Dubillard había abandonado la literatura y se dedicaba a los negocios. La pelea, esta vez, se limitó a empujones e insultos que los amigos de Arcimboldi cortaron por lo sano llevándoselo de allí. El último encuentro ocurrió en

el otoño de 1980. Dubillard paseaba con su nieto y la niñera y se cruzó con Arcimboldi. Este pensó en escupir al niño pero se lo pensó mejor y se contentó con escupir la rueda del cochecito. Dubillard no reaccionó. Nunca más se volvieron a encontrar.

Raoul Delorme, portero de la casa donde vivió Arcimboldi desde 1959 a 1962. Escritor aficionado de poemas sobre caballos y minuciosos cuentos policiales en donde el asesino jamás era atrapado. Durante un tiempo Arcimboldi intentó que algunas revistas publicaran sus escritos. Según decía, Delorme podía ser un boy-scout extraterrestre, tal vez sólo un telépata. Pronto surgió entre ambos un odio tranquilo y bien canalizado. Delorme, según Arcimboldi, hacía misas negras en su cuartito de portero: defecaba sobre libros de Gide, Maupassant, orinaba sobre libros de Pierre Louys, Mendés, Banville, depositaba su semen entre las hojas de los libros de Barbusse, Hugo, Chateaubriand, todo con el único objetivo de mejorar su francés.

Marina Libakova, arquitecta, agente literaria y poeta. Un mes de pasión y cinco años de rencor. Según la señora Libakova, una noche en su casa de Thézy-Glimont en donde estaban pasando el fin de semana, Arcimboldi, sin que mediara provocación o lo que fuera que explicara su actitud, arrojó al fuego de la chimenea el manuscrito de poemas que ella, amable y expectante, pusiera a su consideración. 1969-1973. También admite que Arcimboldi le pidió perdón por su estúpido acto unas trescientas veces a lo largo de esos cinco años. No se conservan las cartas.

V. Asesinos de Sonora

Pancho Monje nació en Villaviciosa, cerca de Santa Teresa, en el estado de Sonora.

Una noche, cuando tenía diecisiete años, lo despertaron y se lo llevaron medio dormido al bar Monte Hebrón, en donde lo esperaba don Pedro Negrete, el comisario de Santa Teresa. Antes había oído hablar de él, pero nunca lo había visto. Junto a don Pedro estaban dos viejas y tres viejos de Villaviciosa y enfrente de él unos diez muchachos más o menos de la misma edad de Pancho, en fila, esperando la decisión de don Pedro.

El comisario estaba sentado en una silla de respaldar alto, como la de un rey, aunque con el forro descosido, distinta a todas las demás sillas del Monte Hebrón, y tomaba whisky de una botella que había traído desde su casa, pues en el Monte Hebrón nadie bebía whisky. Detrás del comisario y de los viejos, en una zona en penumbras, había otro hombre que también bebía. Pero ése no bebía whisky sino mezcal Los Suicidas, una marca rara que ya no se encontraba en ninguna parte, salvo en Villaviciosa. El tipo que bebía mezcal se llamaba Gumaro y era el chofer de don Pedro.

Durante un rato, sin levantarse de su silla, don Pedro examinó a los muchachos con ojo crítico mientras los viejos de tanto en tanto le secreteaban al oído. Después llamó a Pancho y le ordenó que se acercara.

Pancho aún estaba medio dormido y no entendió la orden.

—¿Yo? —dijo.

—Sí, tú, pendejo, ¿cómo te llamas?

—Francisco Monje, para servirlo —dijo Pancho.

Uno de los viejos le volvió a secretear algo a don Pedro.

—Qué más —dijo don Pedro.

—¿Qué más? —dijo Pancho.

—Francisco Monje qué más, buey —dijo don Pedro.

—Francisco Monje Expósito —dijo Pancho.

Don Pedro lo miró fijamente y tras consultarlo con los viejos lo eligió. Los demás jóvenes se fueron a sus casas y a Pancho le ordenaron que esperara afuera.

El cielo estaba lleno de estrellas y parecía de día. Hacía frío pero el Ford de don Pedro todavía estaba caliente y Pancho puso las dos manos sobre el capó. En el interior del Valle Hebrón don Pedro repartió algo de dinero y se interesó por la salud de la gente, que si la familia estaba bien, que si se murió fulano o si desapareció mengano, luego dijo buenas noches comadres y compadres, y salió aprisa, seguido por su chofer que parecía dormido.

Pancho y don Pedro se sentaron en el asiento de atrás y el Ford desfiló lentamente por las calles oscuras de Villaviciosa.

—Carajo, Gumaro —dijo don Pedro—, ya no me acordaba del alumbrado público

de este chingado pueblo.

—¿Cuál alumbrado, jefe? —dijo Gumaro sin volverse.

Esa noche Pancho durmió en casa de don Gabriel Salazar, un empresario de Santa Teresa, en uno de los anexos de la casa del jardinero, un cuarto con cuatro literas y olor a tabaco y sudor. Don Pedro se lo entregó a un norteamericano llamado Pat Cochrane y luego se marchó sin decir una palabra. El norteamericano le hizo unas cuantas preguntas y luego le dio una pistola Smith & Wesson y le dijo cómo se usaba, cuánto pesaba, cómo poner y quitar el seguro, cuántos cargadores debía llevar siempre en el bolsillo, cuándo debía sacarla y cuándo debía tan sólo amagar con sacarla.

Esa noche, la primera noche que Pancho pasó fuera de Villaviciosa, durmió con la pistola debajo de la almohada y su sueño fue intermitente. A las cinco de la mañana conoció a uno de sus compañeros que llegó borracho a acostarse y que durante un buen rato estuvo mirándolo y mascullando palabras incomprensibles mientras él, acurrucado en la litera de arriba, se hacía el dormido. Más tarde conoció al otro y ni él les gustó a ellos ni ellos le gustaron a él.

Uno era alto y gordo y el otro era bajo y gordo y siempre andaban buscándose con los ojos, echándose miradas como si se consultaran con la vista cada nueva situación. Eran de Tijuana y los dos se llamaban Alejandro. Alejandro Pinto y Alejandro López.

El trabajo consistía en proteger a la mujer de don Gabriel Salazar. Eran sus guardaespaldas particulares, es decir guardaespaldas de segunda categoría. Para la protección de don Gabriel estaban disponibles hombres más bragados, pistoleros que aparecían y desaparecían como si fueran jefes, gente mejor vestida que Pancho y que el dúo de Tijuana. A Pancho el trabajo le gustaba. No le desagradaba quedarse durante horas esperando a la señora mientras ésta visitaba a sus amigas en Santa Teresa o esperarla apoyado en el Nissan blanco hasta que ella salía de las tiendas de ropa o de las perfumerías flanqueada por sus dos compañeros, que en esas ocasiones, a campo abierto, solían consultarse con los ojos mucho más de lo normal.

De los otros guardaespaldas, los del patrón, tenía una visión poco precisa, jugaban a las cartas, bebían tequila y vodka, eran tranquilos y deslenguados, alguno fumaba grifa, las bromas eran casi siempre como comentarios del tiempo, como si hablaran de los chaparrales, de la lluvia, de los parientes que cruzaban la frontera. A veces también hablaban de enfermedades, de todo tipo de enfermedades, y para eso no había nadie como el par de gordos de Tijuana. Las conocían todas, desde las distintas clases de gripes o las paperas cogidas en edad adulta hasta el sida o el chancro, hablaban de amigos o colegas muertos, retirados, impedidos por males de todo tipo y el tono de sus voces se contradecía con sus jetas: las voces eran suaves, dolientes, en ocasiones como un murmullo, como el curso de un río que corre entre arenisca y plantas acuáticas; sus gestos, en cambio, se redondeaban complacientes, sonreían con los ojos, les brillaban las pupilas, hacían guiños de complicidad.

Uno de los guardaespaldas, un indio yaqui de Las Valencias, decía que con la muerte no se bromeaba, y menos aún con la muerte por enfermedad, pero nadie le hacía caso.

Las veladas de los guardaespaldas se prolongaban casi hasta el amanecer. A veces Pat Cochrane, que pasaba las noches en la casa principal, aparecía por allí, por los anexos de la casa del jardinero, y les tomaba el pulso a sus hombres, decía palabras para subir los ánimos caídos y si estaba de buen humor hasta ponía agua para el café. Por las mañanas casi nadie hablaba. Escuchaban a Cochrane o a los pájaros del jardín y luego se iban a la cocina, en donde la vieja cocinera de don Gabriel les preparaba docenas de huevos fritos.

Aunque Pancho desconfiaba de sus dos compañeros de Tijuana, se acomodó rápidamente a su nueva vida. Uno de los pistoleros de la casa grande le contó que don Pedro Negrete solía llevar de cuando en cuando nuevos reclutas a ciertas organizaciones de la zona o a particulares poderosos. La comida era buena y la paga cada viernes. Cochrane era el que se encargaba de distribuir las faenas, de organizar la vida en los anexos de la casa del jardinero, de programar las guardias y las escoltas y de pagar cada fin de semana. Cochrane tenía el pelo blanco y largo hasta los hombros y siempre iba vestido de negro. A veces, según hiciera sol o estuviera nublado, parecía un viejo hippie o un sepulturero. Sus hombres decían que era duro y lo trataban con familiaridad, pero también con respeto. No era irlandés, como pensaban algunos, sino norteamericano, gringo, un gringo católico.

Todos los domingos por la mañana la señora de don Gabriel Salazar llevaba a un cura para que oficiara misa en la capilla privada que estaba al otro lado de la casa grande. Y Cochrane era el primero en aparecer, saludaba a la jefa y se sentaba en la primera fila, luego llegaba el servicio doméstico, la cocinera, las criadas, el jardinero y algunos guardaespaldas, no muchos, pues éstos preferían pasar las mañanas dominicales en los anexos de la casa del jardinero, jugando a las cartas, revisando sus armas, escuchando programas de radio, pensando o durmiendo. Pancho Monje nunca asistió al servicio religioso.

Una vez, Alejandro Pinto, que tampoco iba a misa, le preguntó si creía en Dios o era agnóstico. Alejandro Pinto leía revistas de ocultismo y sabía el significado de la palabra agnóstico. Pancho no, pero la adivinó.

—¿Agnóstico? Ésas son cosas de maricones —dijo—, yo soy ateo.

—¿Qué crees que hay después de la muerte? —dijo Alejandro Pinto.

—Después de la muerte no hay nada.

A los demás guardaespaldas les sorprendió que un muchacho de diecisiete años tuviera las cosas tan claras.

En 1865 una huérfana de trece años fue violada por un soldado belga en una casa de adobes de Villaviciosa. Al día siguiente el soldado murió degollado y nueve meses más tarde nació una niña a la que llamaron María Expósito. La joven madre murió de fiebres puerperales y la niña creció como allegada en la misma casa donde fue concebida, propiedad de un par de labriegos que en adelante cuidaron de ella. En 1880, cuando María Expósito contaba quince años, durante las fiestas de San Dimas, un forastero borracho se la llevó en su caballo mientras cantaba a grito pelado:

Qué chingaderas son éstas
le dijo Dimas a Gestas.

En las faldas de un cerrito que los campesinos, con humor inescrutable, llamaban La Colina de los Muertos y que visto desde el pueblo parecía un dinosaurio tímido y curioso, la violó repetidas veces y desapareció.

En 1881 María Expósito tuvo una niña a la que bautizaron como María Expósito Expósito y que fue el asombro de los lugareños de Villaviciosa. Desde muy pequeña demostró una gran inteligencia y vivacidad y aunque jamás supo leer o escribir se granjeó fama de mujer sabia, conocedora de hierbas y ungüentos medicinales.

En 1897 y tras permanecer ausente durante seis días, la joven María Expósito apareció una mañana en la plaza, un espacio abierto y pelado en el centro del pueblo, con un brazo roto y el cuerpo lleno de magulladuras. Nunca quiso explicar lo que le ocurrió ni los notables de Villaviciosa insistieron en que lo hiciera. Nueve meses más tarde nació una niña que fue llamada María Expósito y a la que su madre, que nunca se casó ni tuvo más hijos ni vivió con ningún hombre, quiso iniciar en los secretos de la curandería. Pero la hija sólo se asemejaba a la madre en el buen carácter, algo que por lo demás compartieron todas las María Expósito de Villaviciosa (aunque algunas eran reservadas y otras habladoras), el buen carácter, la disposición natural para atravesar con ánimo los periodos de violencia o pobreza extremas fueron comunes a todas.

La infancia y adolescencia de la última María Expósito fue, sin embargo, más desahogada que las de su madre y su abuela. En 1913, a los dieciséis años, aún pensaba y se comportaba como una niña cuyo único trabajo consistía en acompañar a su madre una vez al mes en busca de hierbas y plantas medicinales y en lavar la ropa en la parte de atrás de la casa, en una vieja artesa de roble y no en los lavaderos públicos que usaban las demás mujeres.

Ese año apareció por Villaviciosa el coronel Sabino Duque (que moriría fusilado por cobarde en 1915) buscando hombres valientes, y los de Villaviciosa tenían fama de ser más que valientes, para luchar por la Revolución. Varios muchachos del pueblo, previamente escogidos por los notables, se alistaron. Uno de ellos, uno que

hasta entonces María Expósito había visto sólo como un ocasional compañero de juegos, de su misma edad y aparentemente tan pueril como ella, decidió confesarle su amor la noche antes de marchar a la guerra. Para tal fin escogió un granero que ya nadie usaba (pues los de Villaviciosa cada vez tenían menos que guardar) y ante las risas que su declaración despertó en la muchacha procedió a violarla allí mismo, con desesperación y torpeza.

De madrugada, antes de partir, le prometió que volvería y se casaría con ella, pero siete meses después murió en una escaramuza con los federales y él y su caballo fueron arrastrados por el río Sangre de Cristo, conocido también como río del Infierno por el color marrón casi negruzco de sus aguas. Así pues, aunque María Expósito lo esperó, él jamás volvió a Villaviciosa, como tantos otros jóvenes del pueblo que se iban a la guerra o a trabajar de pistoleros y nunca más se sabía nada de ellos o se sabían historias poco fiables oídas por aquí o por allá.

Y nueve meses después de su partida nació María Expósito Expósito y la joven María Expósito, convertida en madre de la noche a la mañana, se puso a trabajar vendiendo en los pueblos vecinos las pócimas de su madre y los huevos de su gallinero y no le fue mal.

En 1917 ocurrió algo poco frecuente en la familia Expósito: María volvió a quedar embarazada y esta vez tuvo un niño.

Se llamó Rafael y creció entre las convulsiones del nuevo México. Sus ojos eran verdes como los de su lejano tatarabuelo belga y su mirada tenía esa cualidad extraña que los forasteros percibían en la mirada de los habitantes de Villaviciosa: una mirada opaca e intensa de asesinos. Nunca se conoció la identidad del padre. Pudo ser un soldado revolucionario o uno federal, que por aquellas fechas también pasaron por el pueblo, o pudo ser un paisano cualquiera que prefirió permanecer en un prudente anonimato. En las raras ocasiones en que le preguntaron por el padre del niño, María Expósito, que paulatinamente había adoptado las palabras y la actitud de bruja de su madre (aunque ella nunca fue más allá de vender los preparados medicinales, confundiendo los frasquitos del reuma con los botellines buenos para quitar la tristeza), respondía que el padre era el diablo y que Rafael era su vivo retrato, aunque esta respuesta no inquietó, contra lo que pudiera parecer, en lo más mínimo a los habitantes de Villaviciosa, pues allí todos los muchachos, quien más, quien menos, parecían hijos de Pedro Botero.

En 1933, durante una jugra homérica, el torero Celestino Araya y sus compadres del club Los Charros de la Muerte llegaron de madrugada a Villaviciosa, patria chica del torero, se instalaron en el bar Valle Hebrón, que por entonces también era fonda, y pidieron a gritos una barbacoa de chivo que les fue servida por tres muchachas del pueblo. Una de estas muchachas era María Expósito. A las once de la mañana se fueron y cuatro meses después María Expósito le confesó a su madre que iba a tener un hijo. ¿Y quién es el padre?, preguntó su hermano. Las mujeres guardaron silencio y el muchacho se dedicó a investigar por su cuenta los pasos de su

hermana. Una semana después Rafael Expósito pidió prestada una carabina y se marchó caminando hacia Santa Teresa.

Nunca había estado en un lugar tan grande y el bullicio de las calles, el Teatro Carlota y las putas lo sorprendieron tanto que decidió permanecer tres días en la ciudad antes de realizar su cometido. El primer día se dedicó a buscar los sitios frecuentados por Celestino Araya y un lugar donde dormir gratis. Descubrió que en ciertos barrios las noches eran iguales que los días y se hizo la promesa de no dormir. Al segundo día, mientras caminaba arriba y abajo por la calle de las putas, una yucateca bajita y bien formada, con el pelo renegrado hasta la cintura y fama de mujer temible, se apiadó de él y se lo llevó a donde vivía. Allí, en un cuarto de hotel, le preparó una sopa de arroz y luego se encamaron hasta la noche.

Para Rafael Expósito fue la primera vez. Al separarse la puta le ordenó que la esperara en la habitación o, en caso de que quisiera salir, que la esperara en la puerta del hotel. El muchacho le dijo que estaba enamorado de ella y la puta se marchó feliz y riéndose para sus adentros. Al tercer día la yucateca lo llevó al Teatro Carlota a escuchar las canciones románticas de Pajarito de la Cruz, el trovador dominicano, y las rancheras de José Ramírez, pero lo que al muchacho más le gustó fueron las vicetiples y los números de magia del Profesor Chen Kao, un chino ilusionista de Michoacán.

Al atardecer del cuarto día, bien comido y con el ánimo sereno, Rafael Expósito se despidió de la puta, fue a buscar la carabina al descampado en donde la había escondido y se dirigió resueltamente al bar Los Primos Hermanos, en donde encontró a Celestino Araya. Segundos después de dispararle supo sin el más mínimo resquicio de duda que lo había matado y se sintió vengado y feliz. No cerró los ojos cuando los amigos del torero vaciaron sus revólveres sobre él. Fue enterrado en la fosa común de Santa Teresa.

En 1933 nació otra María Expósito. Era tímida y dulce y de una estatura que dejaba pequeños incluso a los hombres más altos del pueblo. Desde los ocho años se dedicó a vender junto con su madre y su abuela las pócimas medicinales de su bisabuela y a acompañar a ésta al clarear el día en la búsqueda y selección de hierbas. A veces los campesinos de Villaviciosa veían su larga silueta recortada contra el horizonte y les parecía extraordinario que hubiera una muchacha tan alta y capaz de dar tales zancadas.

Fue la primera de su estirpe que aprendió a leer y a escribir. A los diecisiete años la violó un buhonero y en 1950 nació una niña a la que llamaron María Expósito. Por entonces convivían en la misma casa, en las afueras de Villaviciosa, cinco generaciones de Marías Expósito y el ranchito original había crecido con habitaciones añadidas de cualquier manera alrededor de la gran cocina con fogón de leña en donde la más vieja de todas preparaba sus mejunjes y remedios. Por la noche, a la hora de cenar, siempre estaban las cinco juntas, la niña, la larguirucha, la melancólica hermana de Rafael, la aniñada y la bruja, y solían hablar de santos y de

enfermedades, de dinero, del tiempo y de los hombres que consideraban una peste, y daban gracias al cielo de ser sólo mujeres.

En 1968, mientras en París los estudiantes tomaban las calles, la joven María Expósito, que aún era virgen, fue seducida por tres estudiantes de Monterrey que preparaban, según decían, la revolución campesina y a los que después de una semana vertiginosa nunca más volvió a ver.

Los estudiantes vivían dentro de una furgoneta aparcada en un recodo de la carretera que comunica Villaviciosa con Santa Teresa y todas las noches María Expósito se deslizaba fuera de su cama para ir a reunirse con ellos. Cuando su tatarabuela le preguntó quién era el padre, María Expósito recordó una especie de abismo delicioso y tuvo una noción clarísima de sí: se vio pequeña pero misteriosamente fuerte como para poder con tres hombres a la vez. Se me echan encima acezando como perros, pensó, por delante y por detrás hasta casi ahogarme y sus vergas son enormes, son las vergas de la revolución campesina de México, pero yo por dentro soy más grande que ellos y nunca me ahogaré.

Para cuando nació su hijo los estudiantes de París habían vuelto a sus casas y muchos estudiantes mexicanos habían dejado de existir.

En contra de los deseos de su familia, que pretendía bautizar al niño con el nombre de Rafael, María Expósito le puso Francisco, por San Francisco de Asís, y decidió que su primer apellido no sería Expósito, nombre de huérfano según le dijeron una noche a la luz de una fogata los estudiantes de Monterrey, sino Monje, Francisco Monje Expósito, con dos apellidos distintos, y así lo inscribió en la parroquia pese a la reticencia del cura y a su incredulidad acerca de la identidad del supuesto padre. La tatarabuela dijo que era pura soberbia anteponer el nombre de Monje al nombre de Expósito, que era el suyo, y poco después, cuando Pancho tenía dos años y correteaba desnudo por las calles de color amarillo oscuro de Villaviciosa, murió.

Y cuando Pancho tenía cinco años murió la otra vieja, la aniñada, y al cumplir los quince murió la hermana de Rafael Expósito. Y cuando vino a buscarlo don Pedro Negrete sólo vivían la larguirucha Expósito y su madre.

—Los vimos de lejos y de inmediato supimos quiénes eran ellos y ellos también supieron lo que nosotros sabíamos y siguieron avanzando. Es decir: nosotros supimos quiénes eran ellos, ellos supieron quiénes éramos nosotros, ellos supieron que nosotros sabíamos quiénes eran ellos, nosotros supimos que ellos sabían que nosotros sabíamos quiénes eran ellos. Todo estaba claro. ¡El día no tenía ningún secreto! No sé por qué lo que más recuerdo de aquella tarde son las ropas. Primero que nada, la ropa de ellos. El que llevaba la Magnum, el que se iba a asegurar de que la señora de don Gabriel muriera, iba vestido con una guayabera blanca y holgada, con adornos bordados en la pechera. El que llevaba la Uzi iba con una chaqueta de sarga, de color verde, unos dos números por encima de su talla.

—Ay, cómo sabes de trapitos, mi vida —dijo la puta.

—Yo llevaba una camisa blanca de manga corta y unos pantalones de dril que me compró Cochrane y que ya me había descontado de mi semanada. Los pantalones eran demasiado anchos y tenía que sujetarlos con un cinturón.

—Es que tú siempre has sido más bien flaquito, mi amor —dijo la puta.

—A mi alrededor se movían las prendas de vestir y no las personas de carne y hueso. Todo estaba claro. ¡La tarde no tenía secretos! Pero al mismo tiempo todo estaba trastocado. Vi faldas, pantalones, zapatos, medias blancas y negras, calcetines, pañuelos, chaquetas, corbatas, todo lo que puedas encontrar en una tienda de ropa, vi sombreros texanos y sombreros de paja, gorras de béisbol y cintas para el pelo, y toda la ropa fluía por la acera, fluía por el pasaje cubierto, absolutamente ajena a la realidad de los paseantes, como si la carne en donde se asentaba la repeliera. Gente feliz, hubiera debido pensar. Hubiera debido envidiarlos. Desear ser ellos. Gente con dinero en los bolsillos o no, pero corriendo alegres rumbo a los cines o a las tiendas de discos o a cualquier parte, gente que iba a comer o a tomarse una cerveza o que volvía a casa después de dar un paseo. Pero lo que pensé fue: cuánta ropa. Cuánta ropa limpia y nueva e inútil.

—Estarías pensando en la sangre que se iba a derramar, mi vida —dijo la puta.

—No, no pensaba en los agujeros de bala ni en la sangre que todo lo enmierda. Pensaba en la ropa, sin más. En las chingadas piezas que iban y venían.

—¿Quieres que te haga un guagüis, mi amor? —dijo la puta.

—No. Quédate quieta. A la señora de don Gabriel no le vi la ropa. Le vi el collar de perlas. Como un sistema planetario. Y al par de gordos les vi todo: el cruce de miradas, los sacos lustrosos, las corbatas oscuras, las camisas blancas y los zapatos, cómo te lo diría, los mocasines ni muy viejos ni muy nuevos, unos mocasines de masturbadores y mierdosos, los zapatos que sólo usan los pendejos y que en sus arrugas llevan escritos los reventones indignos y el miedo de los que lo han vendido todo y todavía pretenden ser felices o mantener al menos cierta alegría, una cena de vez en cuando, un domingo con la familia y los hijos, los pobres escuincles plantados

en el desierto, las fotos arrugadas que fuerzan una o dos lágrimas hediondas a mierda. Sí, vi sus zapatos y luego vi el desfile de ropas en el aire y me dije cuánto derroche, cuánta riqueza hay en esta Santa Teresa de los pecados.

—No exageres, mi vida —dijo la puta.

—No, no exagero. Tal como pasó te lo cuento. La señora de don Gabriel ni se dio cuenta de que se le venía la muerte encima. Pero los pinches gordos de Tijuana y yo la vimos y la reconocimos enseguida. Los asesinos caminaban como estrellas. Una mezcla rara: estrellas y funcionarios. Caminaban sin prisa, sin ocultar demasiado sus armas y sin dejar de mirarnos en todo momento. Supongo que fue entonces cuando el ánimo de mis compañeros flaqueó. Decidieron que esas miradas eran más fuertes que las miradas que se cruzaban entre ellos y tras un segundo de vacilación dieron media vuelta y echaron a correr, no, a correr no, a trotar como percherones, a caminar rápido por entre la gente que llenaba la acera y la galería. No dijeron ni aguas. Tampoco yo tuve tiempo de gritarles mamones, cobardes, puñales.

—Putos de la peor especie, mi amor —dijo la puta.

—Me quedé quieto, al lado de la señora que no sabía qué pasaba, por qué nos habíamos detenido, mirando cómo temblaba mi camisa blanca y mis pantalones de dril, demasiado anchos, que si no llego a tener el cinturón bien apretado se caen al suelo y ahí hubieran seguido con el temblequeo. Pero también tuve tiempo para ver a los asesinos. Uno de ellos, el de la Magnum, caminaba inmutable, el otro sonreía ante la fuga de mis dos compañeros, como diciendo ah qué chistosa es la vida, como diciendo huir no es cobardía sino ligereza de piernas. Me fijé en el de la Magnum: tenía cara de ser de Villaviciosa. Parecía triste y serio y estaba envejeciendo, o eso me pareció a mí. El otro no, el otro seguro que era de una ciudad. Entonces la gente comenzó a apartarse, seguramente porque de pronto las armas se hicieron visibles o porque de pronto supieron que allí iba a haber una balacera o porque de pronto nos miraron a la señora y a mí y nos vieron cara de muertos.

—Ay, qué miedo se debe pasar en un momento así, mi vida —dijo la puta.

—Yo no tenía miedo. Esperé hasta que estuvieron a menos de cinco metros y cuando los tuve a esa distancia, antes de que nadie se pusiera a gritar, saqué la pistola con naturalidad, sin ningún gesto excesivo, y me los cargué a los dos. Los pendejos no llegaron a disparar. El de la Uzi murió con cara de sorpresa. Luego me di la vuelta, con rabia, que era lo único que sentía en ese momento, y vacié el resto del cargador contra las figuras trotonas de los gordos de Tijuana, pero ya estaban demasiado lejos. Creo que herí a un peatón.

—Qué cabrón más grande eres, mi amor —dijo la puta.

—Me tuvieron cinco horas detenido en la comisaría de la calle General Sepúlveda. La señora de don Gabriel le dijo a la policía que yo era su guardaespaldas, pero no le creyeron. Antes de que me metieran en el patrullero le dije que llamara por teléfono a su marido y que luego se metiera en una cafetería a esperarlo y no saliera, y que si en la cafetería podía encerrarse en el baño que no tuviera pena y así lo

hiciera. Después me esposaron, me metieron en el patrullero y me llevaron a la comisaría de General Sepúlveda.

—Allí seguro que te pusieron parejo, mi vida —dijo la puta.

—Allí tuve que responder a un aluvión de preguntas. Los policías querían saber si conocía a alguno de los muertos, si conocía al peatón herido, por qué abrí fuego contra los gordos, si estaba drogado y qué drogas consumía habitualmente, si fui yo quien mató a Pérez Delfino, Juan Pérez Delfino, la mano derecha de Virgilio Montes, si conocía narcotraficantes de Arizona, si había estado alguna vez en el Adiós, mi Lupe, un pinche bar de Hermosillo, que de dónde había sacado la pistola, que si era amigo de Robert Alvarado, que si había estado alguna vez en la cárcel y en qué cárcel y por qué y cuántas veces. Nunca he estado preso, les dije. Ya no temblaba y mi cerebro registraba gente y no ropas, gente interesada por mí, gente con ganas de oírme, gente con ganas de darme un descuentón, gente a gusto o aburrida, gente haciendo su trabajo. Pero no abrí la boca. ¿Dónde aprendiste a disparar?, decía esa gente real, ¿tienes permiso de armas?, ¿dónde jijos vives?, y yo nada, llamen a don Gabriel Salazar y él les explicará lo que tenga a bien explicarles.

—Te portaste como un hombre, mi amor —dijo la puta.

—Al cabo de cinco horas apareció don Pedro Negrete y los policías se cuadraron. Don Pedro llegó con una sonrisa en la cara y las manos en los bolsillos, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no le importara acercarse a la comisaría un sábado por la noche. ¿Quién metió en el tanque a este muchacho?, preguntó sin alzar la voz. Las madrinan que me estaban interrogando se cagaron de miedo. Yo mero, dijo uno. Ay, Ramírez, ya la amolaste, dijo don Pedro y Ramírez casi se le echó a los pies para besárselos, no, don Pedro, pura rutina, se equivoca, don Pedro, no le hemos puesto ni un dedo encima, pregúntele, por el amor de Dios, don Pedro, y don Pedro miraba el suelo, me miraba a mí, miraba a los otros policías, ay, Ramírez, don Pedro se reía, ay, Ramírez, y los demás también se iban riendo, menos yo, iban tomando confianza y relajándose y se reían, se reían del pobre Ramírez, pinche buey, ya la amolaste y Ramírez los miraba a todos, uno por uno, como diciéndoles ¿acaso se han vuelto locos?, y entonces hasta yo me reí, y el pobre pendejo de Ramírez también acabó riéndose un poco. Y ahora que lo pienso: las risas sonaban raras, eran risas pero también eran otra cosa. Tú nunca has oído a un grupo de policías riéndose de otro en una sala de interrogatorios. Eran risas parecidas a una cebolla. Los niños malos que habitaban dentro de cada uno se reían y la cebolla se iba quemando poco a poco. Las risas rebotaban por las paredes húmedas. Las cebollas eran pequeñas y feroces. Y yo lo sentí como si fuera una bienvenida o una fiesta.

—A mí me gusta escuchar la risa de un policía, no de muchos policías, mi vida —dijo la puta.

—La risa de Gumaro, que estaba apoyado en el quicio de la puerta y al que sólo entonces vi. La risa de don Pedro Negrete, que era como la risa de Dios y que olía a whisky y a buen tabaco. Y las risas de los que serían mis compañeros, divertidos de

verdad, de corazón, de la pena que se iba a llevar el gandalla de Ramírez.

—Creo que a ese Ramírez lo conozco, mi amor —dijo la puta.

—No lo creo, Ramírez murió antes de que tú llegaras. Intentó trabajar con don Gabriel Salazar, pero no pudo. Don Gabriel me quería a mí, pero don Pedro Negrete le dijo que conmigo no contara, que había tenido su oportunidad y que la había perdido, que me puso con dos maricones a los que ni siquiera valía la pena buscar para pegarles un tiro en la nuca, que el tal Pat Cochrane era un inútil y que yo ya no volvería a trabajar con él. Te di al muchacho, Gabriel, le dijo, y casi me lo matas. Ahora me lo quedo yo. Así fue como dejé de trabajar para don Gabriel Salazar. Don Gabriel no quedó muy conforme con las explicaciones de don Pedro, pero al despedirme de él me dio un sobre con dinero, de parte de su señora, dijo, a la que el ataque de nervios le duró más de una semana pero que lo mismo seguía agradecida de mis servicios. Con el dinero me compré ropa y alquilé un departamento en la colonia El Milagro, en la parte sur de Santa Teresa.

—Nunca me has invitado a tu casa, mi vida —dijo la puta.

—Ésa fue mi primera casa y ésa sigue siendo mi única casa. Está en un tercer piso y tiene un comedor, una cocina, un baño y un dormitorio. No le da el sol por ninguna parte, lo que para mí más que un inconveniente es una ventaja porque suelo dormir de día y me gusta la oscuridad. Cuando cumplí dieciocho años me compré un Ford Mustang del 74. Era un carro viejo, pero bonito y con el motor arreglado. Se podría decir que casi me lo regalaron. Favor con favor se paga, Pancho, me dijeron, y yo dije bueno.

Pedro y Pablo Negrete nacieron en Santa Teresa, en 1930. Para sorpresa de su familia y diversión de sus vecinos resultaron gemelos monocigóticos. Hasta los dieciséis años fueron idénticos y sólo su madre los distinguía. Después la vida hizo que los hermanos cambiaran de forma radical, aunque en el fondo, para un fisonomista sutil, sus diferencias físicas parecían el comentario que cada uno hacía del otro. Así, el bigote de Pedro y los ojos de Pedro, sus manos fuertes, su pulso decidido, su estómago de buen comedor y buen bebedor tenían la réplica exacta, su cabal comprensión en los labios exangües y las gafas de miope que Pablo arrastraba desde su decimosexto cumpleaños, en sus manos manicuradas y en su estómago plano y ulceroso. Hasta bien entrada la adolescencia ambos fueron de estatura media, delgados, morenos, de expresión apacible. Después Pablo creció cinco centímetros por encima de su hermano y su rostro se instaló en una sempiterna expresión de perplejidad. Pedro, en cambio, permaneció anclado en la misma estatura, de hecho al engordar pareció encogerse, pero su rostro se fortaleció y ensanchó y de la apacibilidad pasó a una bonachonería sin fisuras, una bonachonería engañosa y que bien mirada producía respeto o miedo. A los diecisiete años ya eran completamente distintos y Pablo decidió que quería seguir estudios universitarios y Pedro ingresó en la policía de Santa Teresa gracias a los buenos oficios de un tío sargento. Fue la primera vez que los gemelos se separaron.

Pedro, embutido en un reluciente uniforme azul, se pasaba los días deambulando por la colonia Juárez, en especial por la calle Mina, que era donde estaban las putas y los comercios más extraños de la ciudad: tlapalerías que parecían armerías, armerías que parecían cárceles, consultorios médicos que curaban la impotencia y todo tipo de enfermedades venéreas, librerías minúsculas en donde los libros de misterio, de amor y de la Segunda Guerra Mundial salían hasta la calzada, tiendas de taxidermistas que exhibían leopardos y águilas en sus altas y oscuras estanterías, cantinas y pulquerías frecuentadas por personas de mala catadura.

Pablo, por el contrario, se matriculó en Derecho y por las noches lavaba platos en un restaurante italiano de la calle Veracruz, entre la colonia Escobedo y la colonia Juárez, propiedad de un antiguo profesor de retórica, el único restaurante italiano de Santa Teresa, al menos por aquellos años, luego hubo pizzerías y hamburgueserías y hasta fuentes de soda, todo lo necesario para aplacar el paladar de una ciudad moderna, pero por entonces en Santa Teresa sólo había un restaurante italiano, uno vasco-francés y tres boliches chinos. En el resto se comía a la mexicana.

Los primeros años no fueron fáciles. Un carácter más bien melancólico y una infancia razonablemente feliz no contribuyeron a preparar a los dos hermanos para el trabajo, pero en el fondo ambos eran duros y lo superaron. Poco a poco fueron progresando y adaptándose y aunque Pablo Negrete no tardó en darse cuenta de que el Derecho más que interesarle lo aburría, mediante pequeñas artimañas pudo

terminar la carrera y conseguir una beca para estudiar Filosofía en la capital de la República. Pedro, por su parte, dio pruebas suficientes de su valor como policía y como hombre, pero sobre todo dio pruebas de su exquisito olfato y tacto en el trato con las personas adecuadas. Sin demasiado ruido fue ascendiendo en el escalafón de la policía de Santa Teresa. Sus superiores lo respetaban y sus subordinados lo querían y temían a partes iguales. Ya por aquella época comenzaron a prodigarse las habladurías acerca de él. Se decía que había degollado a una puta en la habitación de su hotel, que había matado a un dirigente del sindicato ferroviario (aunque por Santa Teresa no pasaba el tren), que para favorecer a un rancharo de la zona había hecho desaparecer a cinco temporeros reivindicativos. Pero nunca se pudo probar nada.

Pablo terminó Filosofía con una tesis titulada *Heidegger y el pensamiento mexicano*, que algunos condiscípulos y maestros señalaron en la senda de la gran crítica y que en realidad fue pergeñada en veinticinco días, valiéndose de toda clase de plagios, por el poeta michoacano Orestes Gullón que moriría de cirrosis hepática tres años después. Gullón, periodista de *El Nacional*, autor de palíndromos y acrósticos injuriosos, amén de versos que de tanto en tanto publicaban algunas revistas del D.F. y periódicos de provincia, fue el único amigo de Pablo Negrete durante su provechosa y feliz estancia en la capital; formal y educado, supo no crearse enemigos, pero amigos de verdad sólo tuvo a Gullón. Con éste solía frecuentar el café La Habana, en la calle Bucareli, y el bar La Encrucijada, en Bucareli con Victoria, y algunas dudosas salas de baile en la avenida Guerrero.

El norteño y el michoacano componían una pareja extraña. Gullón era parlanchín, culto y egocéntrico. Pablo Negrete era reservado, no parecía preocuparse demasiado de su ego, aunque sí de su atuendo, y sus conocimientos de los clásicos griegos eran más bien escasos. El norteño estaba interesado por la filosofía alemana. Gullón la despreciaba olímpicamente: decía que el único filósofo alemán decente era Lichtenberg, que más que filósofo era un bromista y guasón rematado. Apreciaba en cambio a Montaigne y a Pascal. Y podía recitar de memoria trozos de Empédocles, Anaxágoras, Heráclito, Parménides y Zenón de Elea ante la admiración de Pablo, que cada día que pasaba lo quería más.

Pedro Negrete, en cambio, tenía muchos amigos. El hecho de ser policía facilitaba las cosas. Un policía, descubrió sin que nadie se lo enseñara, podía ser amigo de quien quisiera. El cultivo de la amistad, un arte que desconocía, se convirtió en su mayor afición. De niño la amistad le parecía un misterio, en ocasiones un riesgo, una temeridad. De mayor comprendió que la amistad, la esencia de la amistad, estaba alojada en las vísceras y no en el cerebro o en el corazón. Todo se reducía a un juego de intereses mutuos y a una manera de tocar a la gente (tocarla físicamente, abrazarla, palmearla) con seguridad. Y era precisamente en la policía donde tal arte se desarrollaba con mayor vigor.

En 1958, a los veintiocho años, fue nombrado inspector. Poco después Pablo regresó a Santa Teresa y obtuvo un puesto en la universidad. No tenían dinero, pero

tenían agallas y sus carreras ya no se detuvieron. En 1977 Pedro Negrete fue ascendido al cargo de comisario jefe de la policía de Santa Teresa. En 1982 Pablo Negrete, en medio de un escándalo de su antecesor, ocupó el sillón de rector.

Poco después de conocer a Amalfitano, de hecho siete horas después, Pablo llamó a Pedro por teléfono. La llamada obedecía a una premonición. Las cosas sucedieron así: esa tarde se había presentado en su oficina el nuevo profesor de filosofía y por la noche, en la paz de su biblioteca, delante de un vaso de whisky y del tercer tomo de la *Historia de México* de Guillermo Molina, el rector volvió a pensar en el profesor. Se llamaba Óscar Amalfitano, era chileno, hasta entonces había trabajado en Europa. Y entonces tuvo la visión. No estaba borracho ni excesivamente cansado, así que la visión era real. (O me estoy volviendo loco, pensó, pero desechó de inmediato esa idea.) En la visión Amalfitano cabalgaba sobre uno de los caballos del Apocalipsis por las calles de Santa Teresa. Iba desnudo, con el pelo blanco erizado y ensangrentado y dando gritos que uno no sabía si eran de terror o de alegría. El caballo relinchaba como si se estuviera muriendo. Los relinchos, literalmente, hedían. Al paso del jinete los muertos se amontonaban en los portales de la parte vieja de la ciudad. Las calles se llenaban de cadáveres que rápidamente se descomponían, como si el tiempo estuviera dictado por los movimientos endiabladamente veloces del caballero y el caballo. Luego, cuando la visión ya se evaporaba, vio tanquetas y coches patrulla en la universidad y pancartas rotas, aunque esta vez no había cadáveres. Los han quitado, pensó.

Esa noche no pudo encontrar a Pedro en ninguna parte y tardó más de lo usual en conciliar el sueño. Al día siguiente telefoneó a la comisaría de General Sepúlveda y trató de hablar con su hermano. No estaba. Lo llamó a su casa y tampoco lo encontró. Por la noche, desde su oficina, volvió a llamar a la comisaría. Le dijeron que esperara. Desde la ventana vio cómo se apagaban las luces de los edificios vecinos y se desparramaban los últimos estudiantes por el campus. Oyó la voz de su hermano al otro lado del hilo.

—Necesito un informe sobre un sujeto extranjero —dijo—, algo discreto, sólo por curiosidad.

No era la primera vez que le pedía a su hermano un favor de esta naturaleza.

—¿Profesor o alumno? —preguntó Pedro Negrete, a quien la llamada interrumpió una partida de póquer.

—Profesor —dijo.

—Nombre y apellidos —dijo Pedro mientras contemplaba con melancolía sus cartas.

El rector se los dio.

—En una semana te mando su biografía y su obra completa —aseguró su hermano, y colgó.

Amalfitano nació en 1942, en Temuco, Chile, el día en que los nazis lanzaron su ofensiva hacia el Cáucaso.

Estudió la preparatoria y las humanidades en un liceo perdido entre los lodazales y las brumas del sur. Aprendió a bailar el rock y el twist, el bolero y el tango, pero no la cueca, aunque en más de una ocasión se lanzó al centro de la ramada, pañuelo en ristre y jaleado por su propia alma, pues no tuvo amigos sino más bien enemigos en esa hora patria, huasos puristas escandalizados por su cueca con taconeo, la heterodoxia gratuita y suicida. Las primeras borracheras las durmió bajo un árbol y conoció los ojos desamparados de Carmencita Martínez y una tarde de tormenta nadó en Las Ventanas. Se sintió incomprendido y solitario. Durante un corto periodo de tiempo escuchó la música de las esferas en la micro y en los restaurantes, como si se hubiera vuelto loco o como si la Naturaleza, afinándole el oído, pretendiera advertirle de algo tremendo e invisible. Se inscribió en el Partido Comunista y en la Asociación de Estudiantes Progresistas y escribió panfletos y leyó *El Capital*. Se enamoró y se casó con Edith Lieberman, la muchacha más guapa de su generación.

En algún momento de su vida supo que Edith Lieberman se merecía todo e intuyó que él no se lo podría dar. Tomó copas con Jorge Teillier y habló de psicoanálisis con Enrique Lihn. Fue expulsado del Partido Comunista y siguió creyendo en la lucha de clases y en la lucha por la Revolución Americana. Fue profesor de filosofía en la Universidad de Chile y publicó en revistas ensayos sobre Gramsci, Walter Benjamin y Marcuse. Firmó proclamas y cartas de grupos izquierdistas. Predijo la caída de Allende y sin embargo no tomó ninguna medida al respecto.

Después del golpe fue detenido y sometido a un interrogatorio con los ojos vendados. Lo torturaron a desgana, pero él creyó que había pasado por el rigor máximo y se sorprendió de su resistencia. Estuvo varios meses preso y cuando salió se reunió con Edith Lieberman en Buenos Aires. Al principio se ganó la vida como traductor. Tradujo para una colección de clásicos ingleses a John Donne, a Spenser, a Ben Jonson y a Henry Howard. Consiguió trabajo como profesor de filosofía en una escuela privada de enseñanza media y luego se tuvieron que marchar de la Argentina porque la situación política se volvió insostenible.

Estuvo un tiempo en Río de Janeiro y después se fueron a vivir a México D.F. Allí nació su hija a la que pusieron de nombre Rosa y tradujo del francés *La rosa ilimitada* de J. M. G. Arcimboldi para una editorial de Buenos Aires, mientras escuchaba cómo su Edith adorada decía que acaso el nombre de Rosa era un homenaje al título de la novela y no, como él le aseguraba, una forma de recordar a Rosa Luxemburgo. Después se fueron a vivir a Canadá y después se fueron a vivir a Nicaragua porque ambos querían que su hija creciera en un país revolucionario.

En Managua, a cambio de un sueldo miserable, enseñó a Hegel, a Feuerbach, a Marx, a Engels, a Lenin, pero también dio cursos sobre Platón, sobre Aristóteles,

sobre Boecio, sobre Abelardo, y comprendió algo que en el fondo sabía desde siempre: que el Todo es imposible, que el conocimiento es una forma de clasificar fragmentos. Después de eso dio un curso sobre Mario Bunge al que sólo asistió un estudiante.

Poco después Edith Lieberman enfermó y se marcharon a Brasil, en donde ganaría más dinero y podría pagar la atención médica que su mujer necesitaba. Con su hija sobre los hombros se bañó en las playas más hermosas del mundo mientras Edith Lieberman, que era más hermosa que esas playas, los contemplaba desde la orilla, descalza en la arena, como si supiera cosas que él jamás iba a saber y que ella nunca le diría. Militó en un partido trotskista de Río de Janeiro. Tradujo a Osman Lins y fue amigo de Osman Lins aunque sus traducciones jamás se vendieron. Impartió cursos sobre el movimiento filosófico neokantiano de la escuela de Marburgo o escuela lógica: Natorp, Cohen, Cassirer, Lieber, y sobre el pensamiento de sir William Hamilton (Glasgow 1788-Edimburgo 1856). Estuvo junto a su mujer hasta su muerte, a las 3.45 de la mañana, mientras en la cama de al lado una brasileña de mediana edad soñaba en voz alta con un cocodrilo, un cocodrilo mecánico que perseguía a una niña por un cerro de cenizas.

A partir de entonces hizo de padre y madre de su hija, pero no supo cómo hacerlo y terminó contratando a una criada por primera vez en su vida, Rosinha, nordestina de veintiún años, madre de dos criaturas que se quedaron en el pueblo y que fue como un hada buena para su hija. Una noche, sin embargo, él se acostó con Rosinha y mientras le hacía el amor pensó que se estaba volviendo loco. Después volvió a meterse en los líos de siempre y tuvo que abandonar Brasil con el tiempo justo de empacar lo poco que se pudieron llevar. En el aeropuerto su hija y Rosinha lloraban y su amigo Luiz Lima decía qué les ocurre a estas mujeres, por qué lloran.

A partir de entonces vivió en París, con unos pocos ahorros, y tuvo que trabajar pegando carteles o limpiando suelos de oficina mientras su hija dormía en una *chambre de bonne* de la avenida Marcel Proust. Pero no se dio por vencido y bregó y bregó hasta que consiguió un trabajo en un instituto y luego en una universidad alemana. Por aquella época escribió un largo ensayo en donde examinaba no los hallazgos literarios de Macedonio Fernández y Felisberto Hernández, sino su importancia como pensadores latinoamericanos. Y durante las primeras vacaciones que pudo permitirse se fue con su hija a Egipto y navegaron por el Nilo.

Su situación mejoró ostensiblemente. Las siguientes vacaciones las hicieron a Grecia y Turquía. Escribió sobre Rodolfo Wilcock y el fenómeno del exilio en Latinoamérica. Participó en un coloquio en Holanda y se compró un ordenador portátil. Finalmente recaló en la Universidad de Barcelona, en donde dictó un curso sobre la idiocia y la autopercepción que gustó tanto que le renovaron el contrato para el año siguiente. Pero no llegó a terminar el curso. Por aquellos días recibió una carta de su amiga mexicana la profesora Isabel Aguilar. Esta había sido alumna suya en el D.F. y durante un tiempo estuvo enamorada de él. Ahora Isabel Aguilar era profesora

en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Santa Teresa y le ofrecía un empleo. Decía que era amiga del jefe del departamento, el profesor Horacio Guerra, que desde hacía un mes tenían una vacante en el departamento y que si quería ésta era suya. Amalfitano lo consultó con su hija, le escribió a la profesora Aguilar dándole las gracias y le pidió que le mandaran lo antes posible el contrato.

Los cuatro policías se levantaron de sus asientos en una mesa del fondo del bar Las Camelias, enfrente de la comisaría de General Sepúlveda, cuando vieron que Pedro Negrete y Gumaro se acercaban a ellos. Los policías iban vestidos con ropas deportivas, Pedro Negrete y Gumaro, en cambio, llevaban traje y corbata, aunque el traje y la corbata de Gumaro eran baratos y estaban arrugados y el de don Pedro era caro. Eran las once de la mañana y los cuatro policías estaban desde las diez en el bar, comiendo tortas de jamón con queso y bebiendo cerveza. Don Pedro les dijo que no se levantaran y pidió un whisky con agua y hielo. Gumaro se sentó junto a don Pedro y no pidió nada. Cuando la mesera le trajo el whisky don Pedro le preguntó qué debían sus muchachos. Los policías protestaron diciendo cómo se le ocurre, don Pedro, invitamos nosotros, pero don Pedro le dijo a la mesera:

—No se hable más, Clarita, apúntalo todo en mi cuenta.

Al cabo de diez minutos Pedro Negrete pidió otro whisky y animó a los policías a que hicieran lo mismo. Los policías dijeron que con una cerveza tenían bastante, pero que esta vez pagaban ellos.

—Ni hablar —dijo don Pedro—, pago yo.

La mesera trajo otra ronda de cervezas y otro whisky para don Pedro.

—¿Tú no tomas nada? —preguntó don Pedro.

—Hoy no estoy muy bien del estómago —contestó Gumaro con una voz espectral.

Los policías miraron a Gumaro y a don Pedro y luego empezaron a comer cacahuets que la mesera había dejado a modo de botana sobre la mesa.

—Los jóvenes de hoy ya no saben chupar —dijo Pedro Negrete—. En mis años de uniformado conocí a uno que cada mañana, antes de irse a hacer la ronda, se bebía una botella de tequila. Se llamaba Emilio López. Por supuesto, al final el alcohol acabó con él. Nunca lo dejábamos conducir el patrullero, pero era un buen tipo, muy discreto y de fiar.

—Murió con el hígado reventado —dijo Gumaro.

—Bueno, éstos son los riesgos del alcohol.

—Tenía el hígado del tamaño de una ciruela.

Don Pedro Negrete pidió otro whisky. Los policías aceptaron otra ronda de cervezas.

—¿Ustedes conocieron al general Sepúlveda, muchachos?

—No —dijo uno de los policías. Los otros negaron con la cabeza.

—Claro, son muy jóvenes. ¿Tú lo conociste, Gumaro?

—No —suspiró Gumaro.

—Cuando yo acababa de ingresar en el cuerpo me tocó vigilar su casa. Vivía en esta misma calle, que ya por entonces llevaba su nombre. Vivía en General Sepúlveda esquina con Colima. Era una casa grande, con piscina y pista de tenis. Yo estaba en la

puerta y mis otros dos compañeros estaban en la calle, así que no tenía con quién conversar y me dedicaba a pensar. Entonces se puso a llover, una lluvia finita que apenas se notaba, pero por si acaso yo me metí bajo una glorieta que había en el jardín. Entonces la puerta de la casa se abrió y apareció el general Sepúlveda en persona. Iba vestido con una bata de color vino y debajo llevaba el pijama, era la primera vez que yo lo veía en persona y me pareció como si tuviera noventa o cien años aunque seguro que tenía muchos menos. Al principio no notó mi presencia. Miraba el jardín y miraba el cielo. Parecía preocupado por algo. Igual era que temía que la lluvia le estropeará algunas flores, pero no creo. Cuando me vio me indicó con una mano que me acercara. A mandar, mi general, le dije. Él no dijo una palabra, sólo me miró y con un gesto me indicó que lo siguiera hacia el interior de la casa. Por supuesto, como ustedes comprenderán, mis órdenes eran que me mantuviera en el exterior de la casa, por si algún hijo de la chingada burlaba la vigilancia que mis compañeros hacían en la calle, pero mi general era mucho general y yo lo obedecí sin rechistar. Si por fuera la casa imponía, por dentro era sobrecogedora, muchachos. Había de todo. Hasta cuadros de más de dos metros de alzada. Más que casa parecía un museo, con eso ya les digo todo. Claro que yo no pude detenerme a disfrutar de lo que veía porque mi general caminaba rapidito y yo tenía que seguirlo de cerca si no quería perderme en aquellos pasillos interminables. Al final llegamos a la cocina y mi general se detuvo y me ofreció café. Yo le dije que encantado de la vida, por supuesto, pero como vi que las manos le temblaban me ofrecí a hacerlo yo mismo y entonces el viejo suspiró, dijo que de acuerdo, que me pusiera manos a la obra, y se dejó caer en una silla. Recuerdo que mientras preparaba el café lo oía respirar a mis espaldas y que por un instante se me pasó por la cabeza que allí ocurría algo malo. ¿A ustedes les ha pasado alguna vez algo por el estilo, muchachos?

Los policías negaron con la cabeza.

—Bueno, pues yo estaba allí preparando el café y oía que mi general respiraba y me dije: ten cuidado, Pedro, no se te vaya a morir en las manos el general Sepúlveda. Y ya estaba a punto de preguntarle al general si se sentía mal y si quería que llamara a un médico, cuando el viejo de repente me dice cómo te llamas. Y yo: Pedro Negrete, para servirlo, mi general. Y me pregunta cuántos años tengo. Y yo le digo: veintitrés años, mi general. Y ya para entonces le había preparado su cafecito y se lo había puesto sobre la mesa y veo que el general me está mirando fijamente, como si me taladrara, y pienso este hombre me está sopesando, ¿pero sopesando para qué? Y entonces el general me dice que no se siente bien y yo le digo si quiere llamo a un médico, mi general, o a una ambulancia, no tiene más que ordenarlo, pero el general me mira de arriba abajo y se ríe. No una risa cualquiera. Una risa de esas que te ponen los pelos de punta, sobre todo si eres joven, y me dice no necesito un médico. Y yo tuve la impresión de que la palabra médico le hacía gracia, porque cuando la repitió se volvió a reír. Y entonces yo pensé son los años que lo están volviendo tarumba a mi general. Esas cosas que piensan los jóvenes, porque vamos a ver, ¿qué

edad tenía entonces mi general?, cincuentaiocho o cincuentainueve años, como quien dice en la flor de la vida. Y además bastaba verlo con un poco de atención para darse cuenta de que eso era imposible, que ese hombre estaba más cuerdo que ustedes y que yo, muchachos, que se trataba de un espécimen que no se iba a volver loco jamás. Y en ésas estaba, pensando una cosa y luego pensando otra, cuando oí que mi general me ordenaba que yo también me tomara un café, gesto que agradecí pues verdaderamente lo necesitaba. Y cuando ya tuve mi cafecito preparado mi general me indicó un estante en la cocina y me dijo que lo abriera y yo lo abrí y encontré varias botellas de whisky, porque mi general sólo tomaba whisky, muchachos, como yo. Y me dijo, lo recuerdo como si fuera ayer: Negrete, saca una botella de whisky y calienta un poco mi café. Y yo le puse un buen chorro de whisky en su taza, en donde ya casi no quedaba café, y entonces mi general me dijo calienta el tuyo también, pendejo, porque lo vas a necesitar. Una invitación que más bien parecía una advertencia o una amenaza, ¿verdad?, pero que yo pasé por alto porque la mera verdad es que me apetecía beber. Así que puse whisky en mi café y me lo bebí todo. Y cuando terminé mi general me dijo: sírveme un poco más y de paso sírvete tú, y yo lo obedecí y después brindamos, o, mejor dicho, mi general brindó, por la vida, creo, y yo brindé con él. Y cuando íbamos por la quinta o sexta taza de whisky el viejo dijo que en el cuarto de los empleados había un muerto. Y yo le dije: no bromees, mi general, y él me miró a los ojos y me dijo que nunca bromeaba. Anda a verlo, me dijo, y compruébalo tú mismo. Entonces yo me levanté y me puse a buscar por la casa aquel dichoso cuarto. Me perdí un par de veces, pero al final lo encontré. Estaba debajo de la escalera principal, la que llevaba al segundo piso. ¿Y qué creen que fue lo primero que vi cuando entré en el cuarto? ¡A mi general Sepúlveda sentado en una de las camas, esperándome! ¡Casi me cagué de miedo, muchachos! ¿Qué les parece?

—Increíble —dijeron los policías.

—Por supuesto, aquello no tenía nada de sobrenatural. Mientras yo buscaba la habitación por todos los rincones de la casa, el condenado viejo se había dirigido directamente allí. Eso era todo. Pero la impresión que tuve fue de esas que te fulminan. Lo único que atiné a decir fue: mi general, ¿qué hace usted aquí? El viejo no me contestó o si me contestó yo olvidé en el acto lo que me dijo. Junto a él, tirado en la cama, había un bulto cubierto con la sábana hasta la cabeza. El general se levantó de la cama y por señas me indicó que le echara una mirada. Me acerqué muy despacio, muchachos, y levanté la sábana. Vi la cara de un hombre que lo mismo podía tener sesenta años que ochenta, la piel llena de arrugas, algunas gruesas del tamaño de un dedo, pero el pelo negro, renegrido, cortado al cero o al uno, un pelo fuerte, no sé si me explico. El general entonces me habló. Yo me di la vuelta como si me hubieran tocado con un cable eléctrico. El general estaba sentado en la cama de al lado. Está muerto, ¿verdad?, me dijo. Creo que sí, mi general, le dije. De todas maneras lo volví a destapar, el muerto llevaba sólo la parte de arriba del pijama, pero esta vez yo bajé la sábana hasta las rodillas, carajo, nunca me han gustado los

genitales de los fiambres, muchachos, y lo miré de arriba abajo a ver si encontraba señales de violencia. Ni una. Luego le busqué el pulso. Tenía el rigor mortis clavado en el culo, como dice el doctorcito Cepeda, y lo volví a cubrir con la sábana. Este hombre está muerto, mi general, le dije. Ya me lo suponía, dijo él, y entonces por primera vez pareció derrumbarse, aunque sólo fue un segundo, pareció como si se desplomara entero, pedazo a pedazo, pero ya les digo, fue sólo un segundo, enseguida se repuso, se pasó una mano por la cara sin afeitar y me ordenó que me sentara enfrente de él, en la cama del muerto. Habrá que llamar a la funeraria, dijo. Yo pensé para mí que lo que correspondía era llamar a un médico para que extendiera un certificado de defunción y a la policía, pero no dije nada, total, yo era la policía y allí estaba, ¿no? Entonces mi general, al ver que yo no hacía ninguna pregunta, me dijo que el muerto era su empleado, su único empleado, y que llevaba con él desde hacía tanto tiempo que ya ni se acordaba. Este hombre, me dijo, este puto cadáver, me salvó la vida en tres ocasiones, este cabrón hizo toda la Revolución a mi lado, esta carroña me cuidó cuando estuve enfermo y llevó a mis hijos al colegio. Eso lo repetió varias veces: me cuidó cuando estuve enfermo y llevó a mis hijos al colegio. La frasecita me impresionó, muchachos. En ella se resumía toda una filosofía de dedicación y de trabajo. Entonces mi general me volvió a mirar con esa mirada que tenía que de un solo golpe te atenazaba el corazón y me dijo: tú vas a llegar lejos, muchachito. ¿Yo, mi general? Qué más quisiera. Y él: sí, tú, pendejito, pero si quieres llegar lejos y mantenerte tienes que ser muy abusado. Luego me pareció como que se quedaba dormido y yo pensé: pobre hombre, la impresión de haber encontrado muerto a su empleado lo tiene que haber dejado exhausto. Y también me puse a pensar en lo que me había dicho y en otras cosas y la verdad es que de pronto me entró como una gran sensación de calma o de placidez, allí, sentado en la cama del muerto, enfrente de mi general, que tenía la cabeza ladeada y como que roncaba. Pero entonces el general abrió un ojo y me preguntó si sabía de dónde era Nicanor y yo me malicié que Nicanor era el muerto y le tuve que decir la verdad, es decir que no lo sabía. Entonces mi general dijo: era de Villaviciosa, carajo. Y yo tomé nota. Y mi general dijo: esos pendejos son los únicos hombres en todo México en los cuales uno puede confiar. ¿De verdad, mi general?, le dije. De verdad, me dijo él. Después llamé a la funeraria y llevé a mi general a otro cuarto, no fuera a ser que se sintiera mal al ver cómo metían a su Nicanor en el ataúd. Estuvimos hablando hasta que llegó su abogado y su secretario. Ya no volví a ver más a mi general. Al año siguiente murió —dijo don Pedro mientras pedía su quinto whisky.

—Debió ser todo un hombre el general Sepúlveda —dijo uno de los policías.

—Más que un hombre fue un héroe —dijo Pedro Negrete.

Los policías asintieron.

—Y ahora váyanse a trabajar —dijo don Pedro—, no quiero vagos en el cuerpo.

Los policías se levantaron de inmediato. Dos de ellos llevaban sobaqueras bajo las chaquetas deportivas y los otros dos llevaban el arma en una cartuchera sujeta al

cinto.

—Tú no te vayas, Pancho, que quiero hablar contigo —dijo don Pedro.

Pancho Monje se despidió de sus compañeros y volvió a sentarse.

—¿En qué andas metido? —dijo don Pedro.

—En la balacera de Los Álamos —dijo Pancho.

—Pues lo vas a dejar por unos días y te vas a poner a vigilar a un profesor universitario. Quiero un informe completo de aquí a una semana.

—¿Quién es el sujeto? —dijo Pancho.

Don Pedro sacó un fajo de papeles de un bolsillo del traje y empezó a leerlos uno por uno.

—Se llama Óscar Amalfitano —dijo Gumaro—. Es de nacionalidad chilena. Da clases de filosofía en la universidad.

—Quiero un trabajo fino —dijo don Pedro—. El informe me lo entregas personalmente.

—Como usted mande —dijo Pancho.

Homero Sepúlveda (1895-1955) tuvo aptitudes de jefe militar desde su más tierna infancia: a los ocho años era alto e intrépido y capitaneaba una banda de niños de su misma edad que se hizo odiada y legendaria en los barrios que rodeaban el antiguo Matadero Municipal, hacia el este de Santa Teresa, hoy desaparecido, en cuya vecindad creció el que luego sería figura destacada de la Revolución. Su padre fue maestro de escuela, original de Hermosillo, y su madre abnegada ama de casa, nacida en Santa Teresa. Fue el tercero de una camada de tres hermanos y cuatro hermanas, todos altos y fuertes, aunque ninguno con los ojos de Homero. No realizó estudios superiores.

Al comenzar la Revolución se unió, junto con su hermano mayor Lucas, a las tropas de Pancho Villa. En poco tiempo su pericia en montar emboscadas, en planear incursiones contra las bases de suministro enemigas y en mover a su gente con la velocidad del rayo lo hicieron acreedor de una justa fama de hombre valiente e inteligente que ya nunca lo abandonaría. Pero al contrario que su hermano Lucas, que también era valiente e inteligente y que murió en una carga de caballería en 1917, Homero Sepúlveda fue también (y mayormente) cauto y prudente y supo vislumbrar los cambios y las sorpresas del destino. No tardó en obtener los galones de general que le impuso en su tren Pancho Villa en persona.

Combatió contra Porfirio Díaz y fue un maderista convencido (aunque en el fondo, al igual que su padre, que leía a los clásicos latinos, nunca estuvo demasiado convencido de nada), luchó denodadamente contra Huerta y contra Pascual Orozco y luego se retiró, joven y recién casado, y volvió a Santa Teresa hasta que los villistas reiniciaron la guerra, esta vez contra Carranza, a quien combatió con pocos medios pero con enorme talento, ganándose el respeto propio y ajeno y el mote de Epaminondas de Sonora o —dependía del poeta y del lugar en que el poeta componía la oda— el de Escipión de Chihuahua, sin faltar un panadero español que lo llamó el Empecinado del Norte o el Milans del Bosch de la Frontera, aunque el general Sepúlveda siempre prefirió los símiles griegos o romanos.

Fue el único jefe villista (exceptuando a Angeles y Lucio Blanco) que llevó hasta las últimas consecuencias el matrimonio de la caballería, la artillería montada y el movimiento: era ducho en explotar la victoria y en penetrar profundamente en la retaguardia enemiga causando el caos.

No luchó contra Obregón. Durante un tiempo se mantuvo retirado en su casa de Santa Teresa, dizque escribiendo sus memorias pero en realidad dándole tiempo al tiempo. Luego ingresó con todos los honores en el bando obregonista. Fue amigo personal del general Plutarco Elías Calles. En 1935, gracias a sus amistades e influencias, fue elegido gobernador del estado. Medró, como todos, y su casa de Santa Teresa creció como un mecano, sin orden ni concierto, con añadidos y caballerizas y casas para la servidumbre y hasta una pista de tenis que sólo utilizaron

sus hijos. Como político fue un desastre y hubo quienes lo compararon con algunos infames tiranos griegos o con algún general loco de Roma y quienes lo hicieron con Napoleón el Pequeño o con el sanguinario hipócrita Thiers, pero al general Sepúlveda le daban lo mismo los mote y las semejanzas, de la antigüedad o de la época moderna.

Sobrevivió a tres intentos de asesinato.

Tuvo tres hijos varones, dos de los cuales se fueron a estudiar y a vivir a Texas, se casaron con norteamericanas y fundaron la rama Sepúlveda de Austin. El tercero no se casó y vivió en el enorme caserón de Santa Teresa hasta su muerte, ocurrida en 1990. No realizó ni impulsó prácticamente ninguna obra pública durante los largos años que sirvió a México como gobernador de su estado natal o como senador de la República. Tres años antes de su muerte la calle donde vivía fue rebautizada como calle General Sepúlveda. Después de morir pusieron su nombre a una calle de Hermosillo y al Hospital Estatal de Santa Teresa.

Un bronce de cuerpo entero lo enseña actualmente en la principal plaza pública de la ciudad. Su autor fue el escultor Francisco Clayton y nos muestra al general mirando a lontananza con nostalgia. Es una escultura rara, con mucha más dignidad de la que le suponen los intelectuales de Santa Teresa en sus mofas sarcásticas e inocentes, y también es una escultura triste, diríase que ausente de tanta tristeza.

Pancho Monje comenzó a vigilar a Amalfitano un lunes por la mañana. Lo vio salir a las nueve rumbo a la universidad y luego, media hora después, vio salir a su hija. Lo normal hubiera sido seguir a Amalfitano, pero Pancho se dejó guiar por su instinto. Cuando Rosa hubo doblado la esquina se bajó del auto y la siguió. Rosa caminó por la avenida Escandón durante mucho rato. Por un instante Pancho tuvo la certeza de que ella no sabía adónde se dirigía, luego pensó que tal vez iba a la escuela, a alguna escuela, pero sus pasos más bien despreocupados y su falta de libros lo disuadieron en el acto. En el cruce con la calle Sonora, la avenida Escandón cambiaba de nombre y se hacía más populosa, y de pronto Rosa desapareció. Allí no escaseaban las cafeterías y Pancho entró en una de ellas y pidió un desayuno a base de café, huevos a la ranchera y pan tostado. Cuando dio el primer sorbo a su café se dio cuenta de que las manos le temblaban. Esa noche, en la comisaría, le dijeron que había aparecido una muchacha muerta en el parque México y supo que Álvarez y Chucho Peguero llevaban el caso. Los fue a ver y preguntó quién era la muerta.

—Edelmira Sánchez, dieciséis años, un bombón —dijo Álvarez, y le enseñó una foto en donde se veía a una muchacha con el vestido desgarrado.

Pensó que mientras sus compañeros trabajaban él se había pasado todo el día encerrado en su casa, viendo la televisión y sin hacer nada.

El martes se puso a vigilar la casa de Amalfitano a las siete de la mañana. Dejó estacionado el Ford a unos doscientos metros y esperó. Durante mucho rato la casa le pareció vacía, como si en el interior la vida hubiera cesado aquella noche, sin que él estuviera allí para poder hacer algo al respecto. A las nueve la puerta se abrió y apareció Amalfitano. Iba vestido con una americana negra y su pelo blanco, tal vez demasiado largo para una persona de su edad, estaba todavía mojado. Antes de cerrar la puerta habló con alguien en el interior de la casa y luego echó a andar. Pancho lo dejó que tomara la delantera y luego se bajó del coche y lo siguió. Amalfitano caminaba a grandes zancadas. En la mano derecha llevaba un portafolios de piel sintética y en el bolsillo de la americana dos libros. Se cruzó con varias personas pero no saludó a ninguna. Cuando llegó a la parada del camión se detuvo. Pancho siguió de largo y entró en una tienda de comestibles, unos cincuenta metros más adelante. Buscó una lata de leche evaporada Nestlé, la pagó, sacó su cortaplumas, le hizo dos agujeros y comenzó a bebérsela en la calle. Volvió a pasar por la parada del camión, pero no se detuvo. Amalfitano estaba leyendo uno de los libros. Pancho caminó hasta donde tenía su Ford y lo puso en marcha. Luego se lanzó calle abajo hasta que encontró el camión que esperaba Amalfitano y lo siguió. Cuando el camión llegó a la parada Amalfitano aún estaba allí. Se subió junto con otras personas y el camión se puso en marcha. A las nueve y cuarenta Amalfitano entró en la universidad en medio de un torrente de estudiantes. Pancho lo siguió hasta el interior del Departamento de Filosofía y durante un rato le estuvo dando palique a una secretaria. La secretaria se

llamaba Estela y le gustaba salir a bailar los sábados por la noche. Tenía veintiocho años y estaba divorciada. Creía en la amistad y en la honestidad.

—Se nota que trabajas en Filosofía —le dijo Pancho.

Cuando volvió a casa de Amalfitano Rosa ya había salido. Pancho estuvo llamando al timbre durante un rato. Luego volvió al coche y se puso a escuchar música, después sintió que los ojos se le cerraban y se puso a dormir. Cuando despertó eran más de las doce. Puso en marcha el coche y se alejó de allí. Pasó el resto del día en un bar de la calle Nuevo León llamado El Jacinto, en donde solían ir policías. A las siete de la tarde fue a esperar a Amalfitano a la salida de la universidad.

Al día siguiente Pancho llegó poco antes de las nueve de la mañana. A las nueve y cuarto un taxi se detuvo enfrente de la casa y Amalfitano salió corriendo. A las nueve y media salió Rosa y se alejó a pie en dirección a la avenida Escandón. Esta vez llevaba en sus manos una bolsa de plástico cargada de videos. Cuando Rosa dobló la esquina Pancho salió del coche y se dirigió a la casa. No le costó nada entrar.

La casa consistía en una sala con cocina americana, dos habitaciones grandes y una pequeña, que era utilizada como trastero, y un baño. Detrás había un patio sin plantas ni flores. Durante un rato Pancho estuvo curioseando en las habitaciones. No encontró nada que pudiera ser interesante, salvo unas cartas procedentes de Barcelona. Se sentó en una silla junto a la ventana de la sala y se puso a leerlas. No las leyó todas. Después estuvo un rato en la habitación de Rosa. Le gustó el olor. Buscó fotos pero no encontró más que unas pocas instantáneas en donde aparecía una mujer bastante hermosa abrazada con una niña. En el closet colgaban ropas que lo mismo podían ser de una adolescente que de una mujer. Bajo la cama había un par de zapatillas de peluche con la imagen de Pluto. Las olió. Olían bien. A pies de mujer joven y sana. Cuando volvió a dejarlas bajo la cama sintió que el corazón se le subía a la boca. Se quedó quieto, arrodillado, la cara hundida entre las frazadas que también olían bien, a espliego, a tibieza. Después se levantó y ya no quiso ver nada más.

Aquella noche la profesora Isabel Aguilar estaba pensando en Amalfitano cuando éste la llamó por teléfono. Aunque aún era temprano, ya se había puesto el pijama, y tenía preparado un whisky con el que pensaba acompañar la lectura de una novela que hacía mucho deseaba leer. Vivía sola y en los últimos años incluso había encontrado una cierta felicidad en ello. No echaba en falta la vida en pareja. Los hombres de su vida habían sido pocos y casi todos un desastre. Isabel Aguilar había estado enamorada de un estudiante de Filosofía que terminó dedicándose a las ciencias ocultas, de un militante trotskista que también terminó dedicándose a las ciencias ocultas (y al body-building), de un camionero de Hermosillo que se burlaba de su afición a leer y que lo único que quería era dejarla embarazada (para después largarse, intuía ella), y de un mecánico de Santa Teresa cuyo horizonte intelectual eran los partidos de fútbol y las maratones alcohólicas los fines de semana, maratones a las que ella acabó por aficionarse. En realidad, el único amor de su vida era Óscar Amalfitano, que había sido su profesor de filosofía en la UNAM y con el cual nunca llegó a nada.

En una ocasión Isabel Aguilar lo fue a ver a su casa, en México D.F., dispuesta a confesarle lo que sentía por él, pero cuando llamó a la puerta le abrió una mujer tan hermosa y con una expresión tan patente de felicidad y de seguridad en sí misma que estuvo a punto de darle la espalda y echar a correr escaleras abajo.

A partir de ese día se hizo muy amiga de Edith Lieberman, a quien admiraba y quería sin reservas, y desterró el amor que sentía por Amalfitano al limbo de los amores platónicos. Cuando Amalfitano y su familia se marcharon al Canadá la relación no se rompió. Cada mes, por lo menos, Isabel les escribía una carta contándoles de su vida y de sus progresos profesionales y cada mes recibía una carta, generalmente de Edith, en donde la ponían al tanto de los avatares vividos por la familia Amalfitano.

Cuando Edith Lieberman murió Isabel se entristeció de corazón, pero en el fondo pensó que tal vez había llegado su hora. Por aquellas fechas vivía en el D.F. con el militante trotskista macrobiótico y por unas semanas llegó a soñar que tomaba un avión y que partía hacia una nueva vida en Brasil, junto a Rosa (a quien pensaba cuidar como si se tratara de su propia hija) y a Amalfitano. Pero su timidez y su falta de decisión fueron obstáculos insuperables y por una cosa o por otra al final nunca viajó a Río.

Las cartas, sin embargo, prosiguieron con una fuerza aún mayor que antes. En ellas Isabel le contaba a Amalfitano cosas que no le contaba a nadie. Cuando se separó del trotskista encontró en él su mejor sostén. Después, con los cambios, empezaron a escribirse menos. Isabel se enamoró del camionero y conoció una breve etapa de plenitud sexual. Por él se marchó al norte, a Hermosillo, y empezó a dar clases en la universidad. Allí conoció a Horacio Guerra, que por entonces estaba

formando el nuevo Departamento de Filosofía de la Universidad de Santa Teresa. Cuando rompió con el camionero no se lo pensó dos veces y aceptó la oferta que Horacio Guerra mantenía año tras año.

Los primeros meses en Santa Teresa fueron solitarios. En algún momento Isabel Aguilar había soñado con una vida social más activa, la que por culpa del camionero (o por culpa de sus compañeros de claustro que despreciaban al camionero) no había tenido en su etapa en Hermosillo, pero no tardó en descubrir que en Santa Teresa los profesores de filosofía no se relacionaban con nadie y que los profesores de los demás departamentos rehuían a los de filosofía como si estuvieran apestados. Esa soledad y sus apetencias sexuales (mal acostumbradas en el trato diario con el camionero) la llevaron casi sin darse ella cuenta a los brazos del mecánico hinchado de fútbol. Cuando por fin pudo dejarlo, se encontró aún más sola que antes y reanudó con renovado vigor su correspondencia con su antiguo profesor chileno. Por otra parte, Isabel Aguilar tenía que ser muy poco perspicaz para no percibirlo, su relación con Horacio Guerra, tras el interregno del mecánico, se estrechó y en algún momento incluso llegó a pensar que, bien mirado, en el fondo no hacían una mala pareja.

Pero Horacio Guerra, aunque estaba lejos de rehuir la presencia de Isabel, no parecía estar nunca dispuesto a dar el paso necesario, a pronunciar la frase precisa que hubiera hecho que Isabel, aburrida de acostarse con hombres de un intelecto inferior al suyo, cayera en sus brazos.

A veces Isabel Aguilar pensaba que simplemente todo se debía a que no tenía suerte con los hombres.

Cuando Amalfitano llegó a Santa Teresa se sintió renacer. Durante los primeros días estuvo a su lado casi siempre. Le buscó un motel para que se alojaran hasta que encontraran una casa. Los ayudó a buscar una casa que fuera del agrado de Rosa. Los llevó a todas partes en coche, como un taxista absolutamente fiel y desinteresado. Los invitó a comer a los restaurantes típicos y les enseñó la ciudad. Para su sorpresa, Amalfitano y su hija no parecieron apreciar ninguno de sus esfuerzos. Rosa estaba permanentemente malhumorada y Amalfitano abismado en sí mismo. Una tarde pensó que más que una ayuda, su presencia al lado de los Amalfitano se estaba convirtiendo en un estorbo y dejó de verlos. No fue capaz, sin embargo, de alejarse del todo y los fines de semana solían reunirse. Isabel cogía su coche y se plantaba en casa de los Amalfitano a la hora del vermut. Luego salían a dar una vuelta, nada muy prolongado, a veces Isabel los llevaba a algún lugar en las afueras en donde bebían una copa, otras veces salía sólo con Amalfitano, por las tardes, a caminar sin rumbo o al cine.

Cuando Amalfitano la llamó por teléfono y dijo que quería verla Isabel pensó que concertarían una cita para el sábado siguiente, así que su asombro fue mayúsculo cuando aquél le dijo que quería verla esa misma noche.

—Estoy en pijama —dijo Isabel, acostumbrada a ser ella la que siempre iba a casa de Amalfitano.

—Voy a tu casa —dijo Amalfitano—. En veinte minutos estoy allí. Tengo que hablar con alguien y no puedo hacerlo por teléfono.

Isabel se bebió el whisky de un trago y luego se puso a ordenar su casa. Recogió algunas cosas de la sala, hizo la cama y arregló el desorden de su dormitorio, abrió un par de ventanas y ventiló la casa, cerró las ventanas y esparció un poco de aerosol ambientador Holiday Forever por los rincones, luego se lavó, se maquilló un poco y se preparó otro whisky.

Para el jueves Pancho ya hubiera podido hacer un informe completo sobre Amalfitano, pero no lo hizo.

Esa mañana siguió a Rosa: la siguió por la avenida Sonora, la siguió hasta el interior de un mercado cubierto en donde la muchacha hizo la compra y luego la siguió de regreso a la casa. Hasta el mediodía no la volvió a ver. A las doce y cuarto vio que se abría una ventana de la sala y supuso que estaría haciendo el aseo. Después la vio salir al patio, caminar hasta la cerca, agacharse y buscar algo. Luego la vio levantarse y volver con pasos más decididos a la casa. Escuchó música moderna que la brisa traía asordinada hasta las ventanas de su coche. Luego Rosa cerró la ventana y ya sólo escuchó el murmullo del sol cayendo sobre el pavimento y los árboles del barrio.

A las cuatro de la tarde Rosa volvió a salir.

La siguió a pie. Rosa caminaba a buen paso, en la misma dirección de siempre, hacia la calle Sonora y luego hacia la avenida Revolución. Iba vestida con pantalones vaqueros y una sudadera gris. Llevaba unas botas de caña baja, sin tacón.

La siguiente carta de Padilla fue torrencial. Empezaba diciendo que una noche, borracho y pasado de pastillas, se metió sin saber por qué en una librería de viejo de la calle Aribau y de pronto se encontró, como si el libro hubiera saltado a sus manos, con un viejo ejemplar de *La rosa ilimitada*, de J. M. G. Arcimboldi, traducido por Amalfitano. ¡Tu nombre en esas maltratadas y preciosas páginas!

Arcimboldi, contaba, de la noche a la mañana se había vuelto un autor de moda en España, en donde estaban editando o en proceso de editar la totalidad de su obra. No había semana en que faltara un artículo o una semblanza sobre el gran escritor francés. Incluso *La rosa ilimitada*, ¿su tercera o cuarta novela?, una obra difícil y engañosa pese a su aparentemente fácil lectura, en ocasiones con aspecto de libro para cretinos, ya iba por la segunda edición y no hacía un mes que estaba en la calle. De la nueva versión española era responsable un escritor navarro que de la noche a la mañana apareció como especialista, y en realidad lo era pero qué callado se lo tenía, de la obra arcimboldiana. Prefiero tu traducción, decía Padilla, y cada página que releo me hace imaginarte en aquella Buenos Aires tormentosa y cargada de presagios en donde tu inocencia triunfó. Aquí Padilla se equivocaba otra vez, pensó Amalfitano, pues si bien la traducción era para una editorial bonaerense, el trabajo lo llevó a cabo cuando vivía en México D.F. Si hubiera traducido a Arcimboldi en Buenos Aires, pensó Amalfitano, ahora estaría muerto.

Por supuesto, seguía Padilla, él también había caído en la moda Arcimboldi y en una semana había devorado las tres novelas traducidas al castellano, más otras tres en su original francés que había conseguido en la Librería Apollinaire de la calle Córcega, más la controvertida *Riquer*, que leyó en la edición catalana de Juli Montaner, novela corta o cuento largo que le pareció una especie de Borges con más páginas. En Barcelona hay quienes dicen, decía Padilla, que Arcimboldi es la mezcla perfecta de Thomas Bernhard y Stevenson (el viejo Robert Louis, créetelo), pero él lo ubicaba más bien en el cruce improbable de Aloysius Bertrand y Perec y (agárrate) Gide y el Robbe-Grillet del *Proyecto para una revolución en Nueva York*. En cualquier caso, francés hasta las cachas. Finalmente decía que empezaba a estar harto de la corte de exégetas de Arcimboldi, a los que ponía a la altura de los burros, animalitos por los que siempre sintió simpatía aunque no viera a uno en carne y hueso hasta la edad de diecinueve años, en el barrio de Gracia, propiedad de unos gitanos que ejercían el trashumantismo metropolitano de un barrio a otro de Barcelona, en compañía del burro, de un mono y de un organillo. Contra Buñuel y Dalí, yo siempre amé a Platero, debe ser porque a los maricones nos tira lo andaluz, escribía, y estas líneas hirieron en lo más hondo a Amalfitano.

Para él Padilla era un poeta, un intelectual, un luchador, un gay promiscuo y libre, un compañero afable, pero jamás un maricón, término que asociaba con la cobardía y con la soledad impuesta. Pero luego pensó que sí, que Padilla y él eran maricones y

que eso era lo que había y punto.

Con tristeza Amalfitano pensó que él no era, en efecto, un conocedor de la obra de Arcimboldi aunque hubiera sido el primero en traducirlo al español, hacía más de diecisiete años, cuando casi nadie lo conocía. Debí seguir traduciéndolo, se dijo, y no perder el tiempo con Osman Lins, los poetas concretos y mi portugués macarrónico, pero también en esto salí perdedor. No obstante, Amalfitano se dio cuenta de que en su larga carta Padilla pasaba por alto (y con él seguramente la totalidad de los arcimboldianos de Barcelona) una característica esencial en la obra del francés: si bien todas sus historias, no importaba el estilo utilizado (en este aspecto Arcimboldi era ecléctico y parecía seguir la máxima de De Kooning: *el estilo es un fraude*), eran historias de misterio, éstos únicamente se resolvían mediante fugas, en algunos casos mediante efusiones de sangre (reales o imaginarias) seguidas de fugas interminables, como si los personajes de Arcimboldi, acabado el libro, saltaran literalmente de la última página y siguieran huyendo.

La carta de Padilla acababa con dos noticias, la ruptura con su novio de la Seat y el inminente, aunque no decía qué tan inminente, fin de su trabajo como corrector. Si sigo corrigiendo, decía, perderé el gusto por la lectura y eso es el fin, ¿no? Sobre *El dios de los homosexuales* decía poco o mucho, depende: es un vals.

En su respuesta, tan larga como la carta de Padilla, Amalfitano se enredó en una serie de disquisiciones sobre Arcimboldi que poco decían acerca de lo que verdaderamente deseaba expresar: el estado de su alma. No dejes el trabajo de corrector, decía en la posdata, te imagino sin dinero en Barcelona y me da miedo. Sigue corrigiendo y sigue escribiendo.

La respuesta de Padilla tardó un poco y parecía escrita en estado de trance. De buenas a primeras confesaba que tenía el sida. Estoy tocado, decía entre un chiste y otro. Acto seguido le recomendaba a Amalfitano que se hiciera la prueba. Puedes tenerlo, decía, pero si lo tienes te aseguro que yo no te lo contagié. Desde hacía un año sabía que era seropositivo. Ahora había desarrollado la enfermedad. Eso era todo. Pronto se moriría. Por lo demás, ya no trabajaba y nuevamente vivía en casa de su padre, el cual adivinaba o intuía la enfermedad de su hijo. Pobre viejo, decía Padilla, siempre ha visto morir a sus seres queridos. Aquí se extendía en una serie de consideraciones sobre las naturalezas gafes o cenizas. La buena noticia era que había vuelto a encontrar al pastelero de Gracia asiduo a las veladas en el estudio cercano a la universidad. Sin pedirle nada a cambio, el pastelero, conocedor de la enfermedad de Padilla, le pasaba una asignación, así lo llamaba, quincenal. No era suficiente para que Padilla alquilara un piso y viviera solo, pero sí para cubrir la mayoría de sus gastos, libros, drogas, habitaciones de una noche, cenas en restaurantes del barrio. Las medicinas las usufructuaba de la Seguridad Social. Como puedes ver, el paraíso, decía.

Ya había estado hospitalizado una vez, quince días en el pabellón de enfermos contagiosos en donde compartió habitación con tres yonquis, chicos marginales que

odiaban a los maricones aunque ellos y los maricones se estuvieran muriendo a pasos de gigante. Pero yo, decía, les hice cambiar de opinión. Prometía detalles en la próxima carta.

Sobre *El dios de los homosexuales* decía que avanzaba a paso de tortuga. El pastelero, «mi buen Raguenu» lo llamaba Padilla, es mi único lector, dudoso privilegio que lo colma de alegría. Tenía un nuevo amante, un chapero de dieciséis años, sidoso y maravillosamente inconsciente, ay, quién fuera como él, suspiraba Padilla mientras la carta temblaba en las manos de Amalfitano. No trabajar en la editorial era una sensación fascinante que creía perdida. Vivir una vez más en la holgazanería, yo que vine a este mundo a veranear y a nada más. A veranear y a incordiar un poco.

Los días en Barcelona eran espléndidos. El Mediterráneo refulgía. La carta estaba escrita desde la terraza de un bar de las Ramblas. La gente pasea, decía Padilla, y yo estoy sentado bebiendo un whisky doble y soy feliz.

En los alrededores de una maquiladora de las afueras propiedad de don Gabriel Salazar, en unos terrenos planificados como futuro polígono industrial, pero en donde nadie hasta la fecha quería establecerse, encontraron a otra muchacha muerta.

Tenía un año más que Edelmira Sánchez, diecisiete, se llamaba Alejandra Rosales y era madre de un niño de pocos meses. La causa de la muerte era la misma, había sido degollada con un cuchillo de grandes dimensiones, en el lugar de los hechos, sin embargo, no se encontraron rastros de sangre (igual que en el Parque México), por lo que quedaba fuera de toda duda que el asesinato se había cometido en otra parte.

El cadáver de Edelmira Sánchez había aparecido un lunes y sus padres habían denunciado su desaparición la madrugada del domingo. La última vez que la vieron fue el sábado a la hora de cenar. El cadáver de Alejandra Rosales apareció una semana después, pero la última vez que fue vista con vida fue el sábado, poco antes de que Edelmira dijera adiós a sus padres. La única que hubiera podido denunciar su desaparición era su suegra, con quien vivía, pero ésta pensó que Alejandra se había largado con un hombre y ya bastantes problemas tenía con la criatura de su difunto hijo como para acercarse a la comisaría a denunciar la desaparición de una mujer a la que odiaba y a la que no le hubiera importado ver muerta.

Según el forense, ambas fueron violadas repetidas veces, presentaban heridas leves en las piernas y en la espalda, magulladuras en las muñecas, de lo que se deducía fácilmente que en algún momento habían estado atadas, una o dos heridas en el cuello de carácter mortal (incisión de la carótida, en el caso de Alejandra el tajo casi la había decapitado), golpes contusos en el pecho, brazos, golpes ligeros en el rostro. En ninguna de las dos se encontraron rastros de semen.

En el informe de Chucho Peguero se decía que Alejandra era puta ocasional y que los sábados por la noche solía frecuentar la sala de fiestas La Hélice, en la calle Amado Nervo. La noche de su desaparición fue vista allí por una testigo, su amiga Guadalupe Guillén. Según ésta, sobre las 20 horas, aproximadamente, Alejandra estaba en la pista de baile de La Hélice bailando un merengue. Guadalupe Guillén no la volvió a ver en el resto de la noche. Nadie la vio salir de la sala de fiestas. Edelmira Sánchez, por el contrario, los sábados por la noche acudía a la discoteca New York, en la avenida Escandón, un local eminentemente juvenil, adonde arribaba sobre las 19.30 horas. Normalmente antes de medianoche ya estaba de vuelta en su casa acompañada indistintamente por su novio o sus amigas, pues Edelmira no tenía aún coche propio. Ni Alejandra estuvo la noche del sábado en la discoteca New York ni Edelmira en la sala de fiestas La Hélice.

Con casi toda seguridad a Edelmira la mataron el domingo, entre el mediodía y la medianoche. Alejandra, en cambio, sufrió un cautiverio mayor: probablemente fue asesinada el jueves o el viernes, veinticuatro horas antes de que unos niños encontraran su cadáver en los alrededores de la maquiladora.

Gumaro guio los primeros pasos de Pancho en la policía de Santa Teresa. Cuando se lo encontraba por la mañana, en comisaría, le decía: véngase conmigo, deje el trabajo para los bueyes, quiero platicar un ratito con usted. Y Pancho dejaba lo que estuviera haciendo y se iba con Gumaro.

Era un tipo de apariencia escurridiza, ni muy alto ni muy fuerte y tenía la cabeza pequeña, como la de una lagartija. Adivinar su edad era difícil y tal vez fuera más viejo de lo que todo el mundo creía. A veces a alguna gente le parecía poca cosa, demasiado delgado para ser policía, pero si le miraban a los ojos se daban cuenta de que no era un tipo común y corriente.

Una madrugada, en el bar La Estela, Pancho se lo quedó mirando fijo y descubrió que apenas pestañeaba. Se lo dijo y le preguntó por qué no hacía lo que el resto de los mortales. Gumaro respondió que cuando cerraba los ojos le entraba un dolor muy grande en la mente.

—¿Y cómo haces para dormir? —preguntó Pancho.

—Me duermo con los ojos abiertos y cuando ya estoy dormido los cierro.

No tenía residencia fija. Se le podía encontrar en cualquiera de las comisarías de Santa Teresa y nunca daba la impresión de estar ocupado, ni siquiera cuando ejercía las funciones de chofer de don Pedro Negrete. Todos le debían favores, favores de todas las clases, pero él sólo acataba las órdenes de don Pedro.

A Pancho le decía que le iba a enseñar el oficio de policía. El mejor oficio del mundo, decía Gumaro, el único donde uno es libre de verdad o sabe fehacientemente, sin el menor asomo de duda, que no lo es. En ambos casos era como vivir en una casa de carne cruda, aseguraba. Otras veces decía que la policía no debería existir, que bastaba con el ejército.

Le gustaba hablar. Sobre todo le gustaba hablar solo. También le gustaba contar chistes que sólo a él hacían reír. No tenía mujer ni hijos. Los niños le daban lástima y los rehuía y las mujeres lo dejaban frío. Una vez un cantinero que no lo conocía le preguntó por qué no se buscaba una vieja. Gumaro estaba rodeado de policías de servicio y fuera de servicio y todos se quedaron callados esperando oír su respuesta, pero él no dijo nada, siguió tomándose su Tecate tan tranquilo y a los diez minutos el cantinero se le acercó otra vez y le pidió perdón.

—Perdón de qué, buey —preguntó Gumaro.

—De mi insolencia, sargento —dijo el cantinero.

—Tú no eres insolente —dijo Gumaro—, tú eres inocente o medio inocente, pendejo.

Ahí acabó todo. No era rencoroso ni tenía mal carácter.

A veces se dejaba caer por los lugares donde se había cometido un crimen. Cuando él llegaba todos se hacían a un lado, hasta el juez o el forense a los que conocía por el nombre de pila o el apodo.

Sin decir una palabra, reconcentrado como si estuviera pensando, con las manos enterradas en los bolsillos le echaba una mirada al cadáver, a las cosas del cadáver y a lo que algunos policías llaman la escena del crimen y luego se iba tan silenciosamente como había venido y nunca más volvía a aparecer.

Nadie sabía dónde vivía. Unos decían que en el sótano de la casa de don Pedro Negrete, otros aseguraban que no tenía domicilio fijo y que dormía en los calabozos, estuvieran desocupados o no, de la comisaría de General Sepúlveda. Pancho era de los pocos que supo desde el principio (en una extraordinaria muestra de confianza por parte de Gumaro) que, en efecto, a veces dormía en el sótano de don Pedro, en un cuartito que éste había acondicionado especialmente para él, y a veces en los calabozos de la comisaría, pero que la mayor parte de las noches, o de los días, dormía en una casa de huéspedes de la colonia El Milagro, a cinco manzanas de donde Pancho tenía su departamento. La dueña era una mujer de unos cincuenta años que tenía un hijo abogado que trabajaba en Monterrey y que trataba a Gumaro con familiaridad. Su marido había sido un policía muerto en acto de servicio. Se llamaba Felicidad Pérez y constantemente le estaba pidiendo pequeños favores que Gumaro nunca cumplía.

Muchas veces Pancho lo acompañó de cantina en cantina hasta el amanecer.

Gumaro bebía mucho pero raras veces el alcohol afectaba a su forma habitual de comportarse. Cuando se emborrachaba acercaba su silla a la ventana y se ponía a escrutar el cielo. Decía:

—A mi mente le falta aire.

Eso quería decir que estaba en otro lugar. Entonces se ponía a hablar de vampiros.

—¿Cuántas películas de Drácula has visto? —le preguntaba a Pancho.

—Ninguna, Gumaro.

—Entonces bien poco es lo que sabes de vampiros —decía Gumaro.

Otras veces se ponía a hablar de pueblos del desierto, aldeas, caseríos que sólo mantenían comunicación entre sí, sin reconocer fronteras o lenguas. Pueblos que tenían más de mil o dos mil años y en donde apenas vivían cincuenta o cien personas.

—¿Y qué pueblos son éstos, Gumaro? —le preguntaba Pancho.

—Pueblos de vampiros o de gusanos blancos —decía Gumaro—, que para el caso es lo mismo. Putos pueblos en donde corren parejas las ganas de matar y las ganas de vivir.

Pancho entonces imaginaba dos o tres cantinas, una tienda de comestibles y patios cerrados y encementados de cara al oeste. Como Villaviciosa.

—¿Y dónde están esos pueblos? —le preguntaba.

—Por aquí y por allá —decía Gumaro—, en los dos lados de la frontera, como una nación renegada de México y también de los Estados Unidos. La nación invisible.

En cierta ocasión, por cuestiones de trabajo, Gumaro tuvo que ir a uno de esos pueblos. Por supuesto, él entonces no lo sabía.

—Eso uno nunca lo sabe —le dijo a Pancho.

La carretera, aunque de terracería, no era mala, aunque los últimos treinta kilómetros sólo era una pista en medio de las piedras y del desierto. Llegaron a las cuatro de la tarde. El pueblo tenía treinta habitantes y la mitad de las casas estaban vacías. A Gumaro lo acompañaban Sebastián Romero y Marco Antonio Guzmán, dos policías veteranos de Santa Teresa. Iban a detener a un mexicano que se había cargado a sus dos socios yanquis en San Bernabé, Arizona. El soplo se lo habían dado al sheriff de San Bernabé y éste llamó a don Pedro Negrete y llegaron a un acuerdo. Los policías de Santa Teresa detendrían al asesino y luego cruzarían con él la frontera. En el otro lado los estarían esperando los de San Bernabé, a quienes harían entrega del prisionero. Estos dirían después que habían encontrado al asesino vagando por el desierto, aullándole a la luna como un coyote, pero todo en el lado norteamericano, todo perfectamente legal.

Guzmán se enfermó nada más llegar. Tenía escalofríos, fiebre y vómitos, así que lo dejaron en el asiento posterior del auto, tapado con una manta y delirando con luchadores enmascarados. Después Gumaro y Romero recorrieron el pueblo casa por casa, guiados por una vieja coja, pero no encontraron nada. O la información que tenía el sheriff de San Bernabé era falsa o el asesino hacía tiempo que había desaparecido, pues no encontraron allí ni un solo rastro que indicara su presencia.

Una de las cosas curiosas que Gumaro vio mientras iba de un lado a otro sabiendo de antemano que la búsqueda era inútil fueron los ojos de algunos animales. Eran ojos borrados, le dijo a Pancho. Ojos que estaban en el otro lado. Desvaneciéndose. Como si los burros y los perros fueran inteligentes y sus almas fueran más grandes que la de los cristianos.

—Si por mí fuera —dijo Gumaro—, hubiera sacado la pistola y hubiera matado a todos los animales.

Antes de que anoheciera se marcharon sin el hombre al que habían ido a buscar y en Santa Teresa don Pedro Negrete se llevó un gran disgusto porque le debía un favor al sheriff de San Bernabé.

Gumaro hablaba de pueblos de gusanos blancos y pueblos de zopilotes, pueblos de coyotes y pueblos de pajaritos. Y decía que eso era precisamente lo que un policía verdadero debía aprender. Pancho pensaba que estaba loco. Cuando amanecía se iban a tomar pozole al Almira de doña Milagros Reina, una que en sus tiempos fue una de las mejores putas de Santa Teresa. A esa hora Gumaro ya no hablaba de nada: ni de policías ni de pueblos de vampiros ni de gusanos blancos. Se tomaba su pozole como si estuviera a punto de morir y después decía que tenía cosas que hacer y se perdía de golpe por cualquier calle.

—Véngase a dormir la cruda a mi casa —le propuso Pancho en muchas ocasiones, compadecido de verlo tan pálido y tembloroso—, instálese allí hasta que se sienta bien.

Pero Gumaro nunca le hizo caso y de pronto, antes de que hubiera terminado de

hablar, desaparecía. Sin despedirse, como si a esa hora todos fueran extraños para él.

La siguiente carta de Padilla parecía escrita por otro, alguien que acaba de ser operado y aún está bajo los efectos de la anestesia. Decía que Raguenu, un jovencito llamado Adrià y él habían ido al parque de atracciones del Tibidabo y todo, absolutamente todo, había sido tan hermoso que fue incapaz, en repetidas ocasiones, en repetidas y engañosas ocasiones, en repetidas y clarividentes ocasiones, de contener las lágrimas. Lloré, decía, como aquel que encontrando la religión verdadera y sabiendo que ésa es la religión verdadera y que en ella se encuentra su salvación sigue de largo.

En la Montaña Rusa, decía, mientras las luces de Barcelona y la oscuridad sin límite del Mediterráneo aparecían y desaparecían, tuve una de las erecciones más gloriosas de mi vida, la verga parecía de hierro, su volumen era tan extraordinario que me dolieron los testículos y la columna, me daba miedo tocármelo, el bulto bajo los vaqueros palpitaba, latía como un corazón desbocado, su largura buscaba mi ombligo (Dios mío, pensó Amalfitano), menos mal que ocurrió allí, en un sitio público, añadía Padilla, porque no existe culo que lo hubiera soportado.

Luego contaba que Raguenu y el jovencito, que al parecer era su sobrino, lo habían llevado a la pastelería de un viejo colega y compinche de Raguenu, un tipo de unos setenta años que los agasajó con un surtido de galletas y pastelillos deliciosos y buena y serena conversación y música de Mompou. Quisiera vivir así siempre, decía Padilla, en medio de esta clase de gente, compartiendo este tipo de placeres, pese a que sé que se trata, a poco que rasques, de una agonía educada y de buen gusto, en el mejor de los casos de una agonía acompañada de una buena dosis de Nolotil en vena, pero la amistad que me dispensan es verdadera y eso, en cualquier situación, debería bastar. De *El dios de los homosexuales* no decía nada.

Por aquellos días Amalfitano se encontraba demasiado ocupado preparando sus clases (buscaba, a través de bibliotecas de universidades norteamericanas, los libros dispersos y olvidados de Jean-Marie Guyau) y sólo pudo enviarle una postal en donde torpemente le explicaba sus afanes y de paso se interesaba por el estado de su novela.

La respuesta de Padilla fue larga y además alegre, pero no clarividente. Seguro que has encontrado un nuevo amor, decía, y seguro que te lo pasas bien. ¡Adelante! Le recordaba la canción de los Birds (¿eran ellos?), la que decía que si no puedes estar con quien amas, ama a quien está contigo y, cosa extraña si realmente creía eso, no le pedía información acerca de su nuevo amante, supongo, decía, que será uno de tus alumnos. En el párrafo siguiente, sin embargo, el tono de la carta cambiaba de forma dramática y le pedía que no se dejara chulear. No te dejes chulear por nadie, imploraba, por nadie, por nadie, aunque sea el más guapo y lo sepa hacer mejor que nadie, bajo ninguna circunstancia te dejes chulear. Después se perdía en elucubraciones sobre la soledad que cargaba Amalfitano y sobre los riesgos a que esa

soledad lo exponía. Finalmente la carta recobraba el timbre alegre (de hecho las líneas acerca de la soledad y el peligro de ser chuleado sólo eran como un pequeño ataque de ansiedad entre paréntesis) y hablaba del invierno y de la primavera, de los puestos de flores de las Ramblas y de la lluvia, del color gris brillante y de las piedras negras escondidas en los muros del Casco Antiguo. En la posdata mandaba recuerdos para Rosa (nunca antes lo había hecho, para Padilla era como si Rosa no existiera) y decía haber leído la última novela de Arcimboldi, un texto de 105 páginas, sobre un médico que encuentra, al heredar la casa paterna, una colección de máscaras de carne. Cada frasco, en donde flotan las máscaras en un líquido espeso que parece tragarse la luz, está numerado y tras una breve exploración el médico encuentra, en un grueso libro de comercio, una colección de versículos explicativos, numerados asimismo, que a la manera de las *Nuevas impresiones de África* echan paladas de claridad o paladas de carbón en polvo sobre el origen y el destino de las máscaras.

La respuesta de Amalfitano fue, por lo menos, sosa. Hablaba de su hija, del cielo inmenso de Sonora, de filósofos que Padilla jamás había oído nombrar y de la profesora Isabel Aguilar que vivía sola en un pisito del centro de la ciudad y que tan amable se había portado con ellos.

La siguiente carta de Padilla, cuatro folios escritos a máquina por los dos lados, resultó para Amalfitano melancólica en grado sumo. Hablaba de su padre, de la salud de su padre, de cómo él se daba cuenta, cuando niño, de los cambios en la salud de su padre, del ojo clínico para percibir sus achaques, sus gripes, sus cansancios, sus bronquitis, sus depresiones. Luego, por supuesto, no hacía nada para remediarlo, ni siquiera le importaba demasiado. Si mi padre hubiera muerto cuando yo tenía doce años no habría derramado ni una lágrima. Hablaba de su casa, de las entradas y salidas de su padre, de la oreja de su padre (como una antena parabólica arruinada) cuando era él quien entraba y salía, de la mesa del comedor, fuerte, de buena madera, pero desangelada, como si el espíritu de la mesa se hubiera muerto hace mucho, de las tres sillas, siempre una desocupada, ladeada, o tal vez ocupada por libros o ropa, paquetes cerrados que su padre abría en la cocina, jamás en el comedor, de la lámpara sucia que colgaba demasiado alta, de los rincones del piso o del cielorraso que a veces, en noches de entusiasmo o de droga, semejaban ojos, pero ojos cerrados o muertos, lo comprendió un segundo después pese al entusiasmo o a las drogas y lo comprendía ahora, pese a las ganas que tenía de equivocarse, ojos que no se abrieron, ojos que no parpadearon, ojos que no miraron. Hablaba también de las calles de su barrio, de los colmados a los que iba a comprar cuando tenía ocho años, de los puestos de periódico, de la antigua avenida José Antonio que era como el río de la vida y que ahora recordaba con cariño, incluso el nombre José Antonio tan denostado tenía en la memoria algo de hermoso y de triste, como el nombre de un joven banderillero muerto o el nombre de un joven compositor de boleros muerto. Un adolescente homosexual asesinado por las fuerzas de la Naturaleza y el Progreso.

También hablaba de su situación actual, se había hecho amigo de Adrià, el

sobrino de Raguenu, aunque en la amistad no entraba el sexo: una especie de amor monástico, decía, se tomaban las manos y hablaban de cualquier cosa, de deportes o de política (el novio de Adrià era atleta y militante activo de la Coordinadora Gay de Cataluña), de arte o de literatura. A veces, cuando Adrià se lo suplicaba, le leía trozos de *El dios de los homosexuales*, y a veces lloraban juntos, abrazados en el balcón, contemplando cómo el sol se ponía en la Plaza Molina.

Con Raguenu sí que se había acostado. Explicaba el acontecimiento paso a paso. La habitación de Raguenu, en donde predominaba el azul aguas del Caribe y el negro ébano, con máscaras africanas y antiguas muñecas de loza (¡qué combinación!, pensó Amalfitano). La desnudez de Raguenu, púdica, un pelín avergonzado, demasiada tripa y las piernas demasiado delgadas y el pecho depilado y fofo. La desnudez suya reflejada en un espejo, todavía aceptable, con menos masa muscular tal vez, pero aceptable, más Greco y menos Caravaggio. La timidez de Raguenu en sus brazos, acurrucado, la habitación a oscuras. Las palabras de Raguenu diciendo que así ya estaba bien, no tenía que hacer nada más, óptimo, perfecto, sentirse abrazado por él y luego quedarse dormido. La sonrisa de Raguenu intuida en la oscuridad. Los condones rojos fosforescentes. El temblor de Raguenu al ser penetrado sin necesidad de vaselina, crema, saliva o cualquier otra clase de lubricante. Las piernas de Raguenu ora tensas, ora buscando sus piernas, los dedos del pie buscando sus dedos del pie. Su pene dentro del culo de Raguenu y el pene de Raguenu con una media erección aprisionado en su mano izquierda y los gemidos de Raguenu suplicándole que le soltara la verga o que al menos no se la apretara demasiado. Su risa de felicidad, sorpresiva, pura, como una bengala en la oscuridad del cuarto y los labios de Raguenu modulando tenuemente una protesta. La velocidad de sus caderas, su empuje intacto, sus manos que acarician el cuerpo de Raguenu y al mismo tiempo lo cuelgan del abismo. El miedo del pastelero. Sus manos que cogen el cuerpo de Raguenu y lo libran del abismo. Los gemidos de Raguenu, el acezar que sube de volumen, como si lo estuvieran mutilando. La voz de Raguenu, apenas un hilo, que dice más despacio, más despacio. La cojera de su alma. Pero no me malinterpretes, decía Padilla. Eso decía: no me malinterpretes, como siempre has hecho, no me malinterpretes. El sueño inocente de Raguenu y su insomnio. Sus pasos que recorren toda la casa, del baño a la cocina, de la cocina a la sala. Los libros de Raguenu. El sillón Aldo Ferri y la lámpara vagamente Brancusi. El amanecer que lo encuentra desnudo y leyendo.

La clínica de Tijuana en donde Amalfitano se hizo los análisis del sida tenía una ventana que daba a un terreno baldío. Allí, entre escombros y basura, bajo un sol abrasador, había un tipo bajito y fuerte, con bigotes muy grandes y cuyo carácter se adivinaba enérgico, que preparaba con ahínco una especie de tienda de campaña con cartones que iba recogiendo de todas partes. Se parecía al pirata pelirrojo de los dibujos del Pato Lucas, con la única diferencia de que su piel y su pelo eran muy oscuros.

Después de que Padilla le comunicara que tenía los anticuerpos, Amalfitano decidió hacerse la prueba, pero no en Santa Teresa sino en Tijuana, donde era imposible que se encontrara con algún conocido de la universidad.

Se lo dijo a Isabel Aguilar y ésta decidió llevarlo en su auto. Salieron muy temprano y se internaron en una llanura en donde todo era de color amarillo oscuro, hasta las nubes y los arbustos raquíticos desparramados a lo largo de la carretera.

—A esta hora todo está así —dijo Isabel—, color caldo de gallina, más tarde la tierra se desentumece y el amarillo se va.

Desayunaron en Cananea y luego siguieron hasta Santa Ana, Caborca, Sonoyta y San Luis. Allí dejaron atrás el estado de Sonora y entraron en Baja California Norte. Durante el viaje Isabel le contó que en cierta ocasión un texano había estado enamorado de ella. Era una especie de marchante que le había presentado un profesor de bellas artes. Eso ocurrió después de que finalizara su relación con el mecánico. El texano, a simple vista, parecía un bruto, con botas de tacón alto, corbata vaquera y Stetson, pero sabía bastante de arte contemporáneo americano. El único problema era que a ella no le gustaba, escarmentada como estaba por sus últimas relaciones.

—Una vez —dijo Isabel—, el texano vino a mi casa y me invitó a una exposición de Larry Rivers en San Antonio. Yo me lo quedé mirando y pensé: este tipo se quiere acostar conmigo y no encuentra la forma adecuada de decírmelo. No sé por qué acepté su invitación. No tenía intención de acostarme con él, al menos no pensaba ponérselo fácil, y tampoco me seducía la idea de un viaje en auto hasta San Antonio, pero de repente algo me hizo desear el viaje, tuve ganas de ver los cuadros de Larry Rivers e incluso me parecieron apetecibles las horas de viaje, las comidas en la carretera, el motel en donde pensábamos alojarnos en San Antonio, el paisaje monótono hasta el hastío, el cansancio del viaje. Así que metí en un bolso algo de ropa, un libro de Nietzsche, mi cepillo de dientes y salimos. Antes de cruzar la frontera me di cuenta de que el texano no quería llevarme a la cama sino solamente hablar, tener a alguien con quien hablar (sorprendentemente yo le caía simpática). En una palabra: me di cuenta de que se trataba de un tipo bastante solitario y que en ocasiones eso lo mataba. El viaje fue agradable, con poco que reseñar, las cosas por suerte estaban claras desde el principio. Cuando llegamos a San Antonio nos inscribimos en un motel de las afueras, en habitaciones separadas, comimos bastante bien en un restaurante chino y luego nos fuimos a la exposición. Bueno: resultó que aquél era el día de la inauguración y estaba la prensa, un par de cámaras de televisión,

focos, bebidas, famosos locales, y en una esquina, rodeado de gente, el mismísimo Larry Rivers. Yo no lo reconocí, pero el texano me lo dijo: ese que está allí es Larry, vamos a saludarle. Así que nos aproximamos a él y luego le estrechamos la mano. Es un honor, señor Rivers, dijo el texano, para mí usted es un genio. Y luego me presentó a mí. La señorita Isabel Aguilar, profesora de filosofía de la Universidad de Santa Teresa. Larry Rivers lo miró de arriba abajo, desde el Stetson hasta las botas, y al principio no dijo nada pero luego preguntó dónde quedaba Santa Teresa, ¿en Texas o en California?, y yo le estreché la mano, sin decir nada, más bien un poco cohibida, y le dije que en México, en el estado de Sonora. Larry Rivers me miró y dijo magnífico, Sonora, magnífico. Y eso fue todo, dijimos adiós muy educadamente y nos fuimos a otro extremo de la galería, el texano quería hablar de los cuadros de Larry Rivers, yo tenía sed pero también quería hablar de los cuadros, estuvimos un rato bebiendo vino y comiendo canapés de caviar y salmón ahumado, y bebiendo vino, cada vez los dos más entusiasmados con la exposición, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré sola, sentada junto a una mesa llena de vasos vacíos y sudando como una yegua a la que le han dado una galopada salvaje. No sufro del corazón, pero en ese momento temí un ataque, un infarto, cualquier cosa. Como pude, conseguí llegar a los lavabos y estuve un rato mojándome la cara. La experiencia era extraña, el agua fría no entraba en contacto con mi piel, la capa de sudor era tan espesa, tan, digamos, sólida, que lo impedía. Me ardía el pecho como si alguien me hubiera colocado entre los senos una barra al rojo vivo. Por un momento tuve la certeza de que alguien había puesto droga en mi bebida, ¿pero qué clase de droga?, no lo sé. No recuerdo cuánto tiempo permanecí en el lavabo. Cuando salí casi no quedaba gente en la galería. Una mujer muy hermosa, rubia de tipo escandinavo, de unos treintaiocho años, estaba junto a Larry Rivers y no paraba de hablar. Me pareció prodigioso que Larry Rivers y unos pocos de sus amigos aún estuvieran allí. La escandinava llevaba la voz cantante, hablaba y gesticulaba, pero lo más extraño de todo era que parecía estar recitando algo, un largo poema que ilustraba con el movimiento de sus manos, unas manos que se adivinaban suaves y elegantes. Larry Rivers la observaba con atención, los ojos semicerrados, como si estuviera viendo la historia de la rubia, una historia de gente diminuta y en constante acción. Carajo, pensé, qué bonito. Me hubiera encantado unirme a ellos, pero supongo que mi timidez o mi sentido de la discreción me lo impidieron. El texano no estaba por ninguna parte. Antes de irme el grupo de Larry Rivers me sonrió. A la salida compré el catálogo y volví en un taxi al motel. Fui a la habitación del texano, pero no lo hallé. Al día siguiente, en la recepción, me dijeron que se había marchado la noche anterior y que antes de irse había dejado pagado todo, incluida mi habitación y mi desayuno de esa mañana en la cafetería del motel. Pensé en comer de todo, hasta huevos con jamón, que los odio, pero sólo fui capaz de tomarme un café. ¿Qué le sucedió al texano para que se marchara de esa manera tan poco educada? Nunca lo supe. Menos mal que llevaba mis tarjetas de crédito. A las dos de la tarde tomé un avión para

Hermosillo y desde allí me vine en taxi hasta Santa Teresa.

La siguiente carta de Padilla hablaba de una muchacha a la que había conocido en el hospital y hacía una larga digresión más bien siniestra. Te prometí contarte cómo solventé, cuando estuve hospitalizado, mi contencioso con los compañeros de habitación, decía. Estos buenos muchachos hijos del proletariado sin destino (también llamado lumpen-proletariado, pensó Amalfitano, que en el fondo seguía siendo marxista) se comportaban conmigo como los árabes con los judíos en 1948, así que decidí actuar, hacer una demostración de fuerza, sembrar el miedo.

Una noche, decía, esperé a que todo el pabellón estuviera en brazos de Morfeo y luego me levanté. Con pasos sigilosos (de bailarina lunar, decía Padilla) y arrastrando el soporte del gota a gota se dirigió a la cama más cercana a la suya (en donde yacía el más agresivo de los muchachos, también el más guapo), corrió las cortinas y comenzó a estrangularlo. Con una mano le tapó la boca, con la otra, en la que llevaba el catéter, apretó el cuello hasta ahogarlo. Cuando el durmiente despertó y abrió los ojos y quiso zafarse, todo era inútil. El enfermo estaba a su merced y Padilla lo martirizó un poco más y luego lo hizo jurar que a partir de ese momento se acababan las bromas. Los otros dos se despertaron y contemplaron a través de la cortina la vaga sombra de Padilla encima de su amigo. Probablemente pensaron que lo estaba violando, decía Padilla, pero tuvieron tanto miedo que ninguno abrió la boca. En cualquier caso al día siguiente las miradas no eran de desprecio o mofa sino de temor.

La muchacha que conoció era la hermana del que intentó estrangular. Una tarde se le acercó con un regalo. Una pera enorme, amarilla, con motas marrones, de apariencia jugosa. La muchacha se sentó junto a su cama y le preguntó por qué le había hecho daño a su hermano. Los tres yonquis, recuerda Padilla, estaban fumando en un rincón, junto a la ventana, mientras la muchacha hablaba con él. La respuesta de Padilla fue: para calmar los ánimos. ¿No te gusta que ni los desahuciados te toquen los huevos?, dijo la muchacha. Al contrario, me encanta, dijo Padilla, y luego le preguntó dónde había aprendido palabras tan difíciles como ésa. La muchacha enarcó las cejas. Desahuciado, dijo Padilla. La muchacha se rio y dijo que en el hospital, por supuesto.

Se hicieron amigos.

Dos semanas después de ser dado de alta la encontró en un bar del metro Urquinaona. Se llamaba Elisa y vendía heroína en pequeñas cantidades. Le contó que su hermano mayor ya había muerto y que el otro, el vecino de cama del hospital, no tardaría en seguirlo. Padilla intentó darle ánimos, cifras, estadísticas de supervivencia, aparición de nuevos medicamentos, pero pronto se dio cuenta de que era inútil.

Se llamaba Elisa y su zona de ventas estaba en Nou Barris, donde vivía, aunque la droga la compraba en El Raval. Padilla la acompañó un par de veces. El vendedor se llamaba Kemal y era negro. En otra circunstancia Padilla hubiera intentado tirárselo,

pero en aquellos días el sexo no era algo que le importara demasiado. Prefería escuchar y mirar. Escuchar y mirar: sensaciones nuevas que si no lo reconfortaban hacían que su desesperación fuera más lenta, pausada, dándole la posibilidad de objetivizar aquello que él, por otra parte, sabía que no era objetivizable. Elisa tenía dieciocho años y vivía con sus padres. Tenía novio, adicto también, y una vez al mes se veía con un tipo casado que la ayudaba económicamente.

La carta terminaba con una descripción de la chica. De estatura regular, muy delgada, de tetas demasiado grandes, la piel olivácea, los ojos almendrados, grandes, cercados por pestañas largas y soñadoras, labios casi inexistentes, voz de tonalidades agradables pero educada o acostumbrada en el grito y los improperios, manos bien proporcionadas y de dedos largos y elegantes, uñas, por el contrario, mordisqueadas, torcidas, retorcidas, cejas más oscuras que la cabellera, vientre plano, liso, fuerte. En cierta ocasión, decía a propósito del vientre, se la llevó a dormir a su casa. Compartieron la cama. ¿No tienes miedo de que en medio de la noche te folie y te contagie? No, dijo Elisa. Padilla entonces llegó a la conclusión, lógica por otra parte, de que ella también tenía los anticuerpos. Durante un rato, antes de dormirse, se estuvieron acariciando. Sin entusiasmo, puntualizaba Padilla, yo diría que con amistad. A la mañana siguiente desayunaron con su padre. Mi padre, decía Padilla, intentó ocultar su sorpresa y su felicidad, pero no lo consiguió.

Sobre su salud abundaba en vaguedades. Tenía los pulmones delicados, pero sin especificar qué tan delicados. Comía bien, tenía apetito.

La respuesta de Amalfitano fue inmediata. Le contaba acerca de su viaje relámpago a Tijuana para hacerse los análisis, le rogaba que le hablara francamente sobre su enfermedad (quiero saber exactamente en qué estado te encuentras, *necesito* saberlo, Joan), lo encarecía a trabajar sin descanso, en la medida de lo posible, en la ejecución de su novela. No le contaba que ya conocía los resultados negativos de la prueba. No le contaba que había soñado con dejarlo todo y volar a Barcelona y cuidarlo.

La siguiente carta de Padilla estaba escrita al dorso de una reproducción de Larry Rivers: *Retrato de Miss Oregon II*, 1973, acrílico sobre tela, 167,6 × 274,3 cm, colección particular y Amalfitano por un instante fue incapaz de leer, maravillado, mientras se preguntaba si en una anterior carta le había contado a Padilla el viaje a Tijuana, Baja California Norte, y la historia sobre el viaje a San Antonio, Texas, a visitar la exposición de Larry Rivers, que Isabel le había explicado. La respuesta era negativa, Padilla ni siquiera conocía la existencia de Isabel, así que la aparición de Larry Rivers debía ser achacada al azar. El azar o un guiño del destino (Amalfitano recordó la época en que creía que nada era casual sino causal, ¿pero qué época?, no lo recordaba, sólo recordaba que en alguna época lo había creído), algo que debía significar algo, algo más, el estado de gracia terrible en que se encontraba Padilla, una puerta de incendio antes desapercibida o una señal expresamente dirigida a él, a Amalfitano, y que tal vez quería decir que tuviera confianza, que las cosas, aunque parecieran detenidas, marchaban, que las cosas, aunque parecieran estatuas destruidas, a su manera se recomponían y mejoraban.

Leyó agradecido. Padilla hablaba de una exposición de Rauschenberg (¿pero si la exposición era de Rauschenberg por qué le enviaba una postal de Larry Rivers?) en una galería del centro de Barcelona, de los canapés y cócteles, de jóvenes poetas a los que él, Padilla, no veía desde hacía mucho, de un largo paseo hasta llegar a Plaza Cataluña y luego Ramblas abajo, hasta el puerto, y luego las calles se convertían en un laberinto y Padilla y sus amigos poetas (renegados que escribían indistintamente en castellano y catalán y que eran todos homosexuales y a quienes no querían ni los críticos en castellano ni los críticos en catalán) se perdían en una noche secreta, una noche de hierro con los ojos abiertos, decía Padilla.

Después, a manera de posdata o curioso añadido, en media holandesa y con una letra diminuta, Padilla hablaba de un viaje a Girona, a la casa paterna de uno de estos poetas y del tren casi vacío que los transportó «por la campiña catalana», y de un magrebí que leía un libro al revés y al que el poeta gironí, educado pero condenadamente curioso, había preguntado si era el Corán, a lo que el magrebí respondió afirmativamente, la sura de la piedad o de la compasión o de la caridad (Padilla no lo recordaba), lo que motivó que el poeta gironí preguntara si la piedad (o la compasión o la caridad) allí pregonada se extendía también a los cristianos, a lo que el magrebí volvió a responder afirmativamente, por supuesto, claro que sí, faltaría más, a todos los seres humanos, con tal calor que animó al poeta gironí a preguntarle si también se extendía a los ateos y a los homosexuales, y el magrebí esta vez contestó francamente que no lo sabía, que él suponía que sí, puesto que los ateos y los maricas eran seres humanos, ¿verdad?, pero que, con el corazón en la mano, él desconocía la respuesta, puede que sí, puede que no. Y entonces el magrebí le preguntó a su vez al poeta gironí qué creía él. Y el poeta gironí, previamente

ofendido, tácitamente humillado, le contestó con soberbia que creía en lo que veía por las ventanas del tren, bosques, huertos, casas, caminos, coches, bicicletas, tractores, en una palabra: el progreso. A lo que el magrebí respondió que el progreso, en realidad, no importaba tanto. Cosa que hizo exclamar al poeta gironí que si no fuera por el progreso, por ejemplo, ni el magrebí ni él estarían allí tan ricamente hablando en un tren semivacío. A lo que el magrebí respondió que la realidad era un espejismo y que bien podían estar en ese mismo momento hablando en una jaima en el desierto. Cosa que, tras hacerlo sonreír, hizo decir al poeta gironí que podían estar hablando o podían estar follando en el desierto. A lo que el magrebí replicó que si el poeta gironí fuera una mujer, sin duda alguna él se la llevaría a su serrallo, pero que dado que el poeta gironí parecía ser tan sólo un perro marica y él tan sólo un pobre inmigrante, aquella posibilidad o espejismo estaba cerrado. Cosa que hizo decir al poeta gironí que en ese caso la sura de la piedad era más insignificante que una bicicleta y que cuidara sus palabras pues a más de uno la punta del sillín de una bici se le había enterrado en el culo. A lo que el magrebí replicó que eso sería en su mundo, no en el suyo, en donde los mártires siempre iban con el rostro levantado. Cosa que hizo decir al poeta gironí que todos los moros que había conocido o eran chaperos o eran ladrones. A lo que el magrebí replicó que él no tenía la culpa de las amistades que una cerda maricona pudiera tener. Cosa que hizo decir al poeta gironí: cerda y maricona, vale, ¿pero a que no eres capaz de que te haga un francés aquí mismo? A lo que el magrebí replicó que la carne es débil y que debía acostumbrarse al tormento. Cosa que hizo decir al poeta gironí: ábrete la bragueta y déjame que te la chupe, mi vida. A lo que el magrebí replicó que antes muerto. Cosa que hizo decir al poeta gironí: ¿me salvaré?, ¿yo también me salvaré? A lo que el magrebí replicó que no lo sabía, que francamente no lo sabía.

Me hubiera gustado, concluía Padilla, llevármelo a un hotel, era un magrebí abierto a la poesía del mundo, pero seguro que nunca le habían dado por el culo.

La respuesta de Amalfitano estaba escrita al dorso de una postal de Frida Kahlo (*Las dos Fridas*, 1939) y decía que siguiendo su consejo, aunque en verdad no recordaba que Padilla se lo hubiera recomendado explícitamente, había empezado a buscar las novelas de Arcimboldi. Por supuesto su búsqueda se circunscribía a librerías del D.F. en donde recibían novedades editoriales de España y a la Librería Internacional de Tijuana, en donde casi no tenían libros en francés, pero en donde le habían asegurado que podían conseguirlos. También había escrito a la Librería Francesa del D.F., aunque el tiempo pasaba y no recibía contestación. Tal vez, aventuraba, la Librería Francesa ya no existe y la noticia aún tardara varios años en llegar a Santa Teresa. Sobre la postal de Larry Rivers prefirió no decir nada.

La siguiente carta de Padilla llegó dos días después, sin tiempo posible para ser una respuesta a su carta. Era, en líneas generales, una sinopsis de la novela que Padilla estaba escribiendo, si bien como sinopsis, pensó Amalfitano, resultaba un tanto vaga. Parecía como si algo, en la estancia de dos días en Girona o en la postal

que le enviara antes o en la comida que preparaba la madre del joven poeta gironí, le hubiera sentado mal. Parecía borracho o drogado. Hasta la letra (la carta era manuscrita) estaba trastornada, en ocasiones casi ilegible.

Hablaba de la novela en general (citaba, sin que viniera a cuento, a la Pardo Bazán, a Clarín, a un novelista romántico español que se había ahogado en un río de los Países Bálticos) y de *El dios de los homosexuales* en particular. Nombraba a un obispo o arzobispo argentino que había propuesto trasladar a toda la población no estrictamente heterosexual argentina a la pampa, en donde, sin poder ni oportunidad para pervertir al resto de ciudadanos, se dedicarían a construir su propia República, con leyes y costumbres propias. El sagaz arzobispo incluso le había dado un nombre a su plan. Se llamaba *Argentina 2*, pero muy bien podía llamarse Mariconlandia.

Hablaba de sus ambiciones: ser el Aimé Cesaire de los homosexuales (en este párrafo la letra era temblorosa, como si estuviera escribiendo con la mano izquierda), decía que ciertas noches oía el tam-tam de su pasión, pero que no sabía a ciencia cierta si era realmente el de su pasión o era el de su juventud que se le iba de las manos, tal vez, añadía, sólo sea el tam-tam de la poesía, que se nos da a todos sin exclusión en una hora misteriosa y difícil de reconocer pero, por contra, absolutamente gratis.

De *El dios de los homosexuales* afirmaba que primero tomaría forma en los sueños y después en algunas calles desiertas, aquellas que sólo visitan los que sueñan despiertos. Su cuerpo, su rostro: un híbrido de Hulk y Terminator, un coloso horrible y repulsivo. De ese engendro esperaban (los homosexuales) una generosidad sin fin, ya no la República en la pampa o en la Patagonia del arzobispo argentino sino la República en otro planeta, a unos mil años luz de la Tierra.

La despedida era abrupta, como si se le hubiera acabado la tinta, pero mandaba besos para Amalfitano y para su hija.

La siguiente carta de Padilla hablaba de Elisa. Decía que una noche, al llegar a su casa, encontró a la muchacha en el portal, esperándolo. Había llegado enferma, con magulladuras en el cuello, algo de fiebre y pocas ganas de dormir. Nos acostamos juntos, decía, era muy tarde e intentamos hacer el amor, pero al decaimiento generalizado de ella se sumaba mi propio desánimo, mi propia fiebre, mis propios escalofríos. Al principio sólo se masturbaron, cada uno en su lado de la cama, mirándose a los ojos, sin decir nada durante largo rato. El resultado fue que ninguno de los dos se pudo venir y que a ambos se les escapó el sueño de forma definitiva. Desvelados, decía Padilla, estuvimos hablando hasta que amaneció, y sólo entonces pudimos por fin dormirnos.

Así que Padilla se puso a hablar de lo primero que se le vino a la cabeza, y de pronto se encontró contándole la historia de Leopoldo María Panero, de sus poemas, de su locura, de lo que él imaginaba que era su vida en el psiquiátrico de Mondragón. Cuando se dio cuenta la muchacha estaba a horcajadas encima de él u ovillada alrededor de sus piernas o atándolo a los barrotes de la cama o pidiéndole que la atara o algo parecido, decía Padilla, o los dos sentados en la alfombra, desnudos, o los dos hablando por primera vez de la muerte de una forma candorosa, imbécil, desesperada, valiente, haciendo planes y prometiéndonos mutuamente que los cumpliríamos. Por supuesto, no llegamos a hacer el amor, decía Padilla, al menos técnicamente hablando no lo hicimos.

El problema, decía Padilla más adelante, es que al día siguiente yo ya no estaba borracho (si es que a la experiencia de la noche anterior se la podía llamar borrachera), no así Elisa, que durante el desayuno no cesó de hablar de lo que ellos habían hablado, de recordar fragmentos de todo aquello que Padilla le había contado, en ocasiones haciendo gala de una memoria prodigiosa, pues el discurso nocturno no había sido un dechado de coherencia y además cuando se ponía *así*, reconocía Padilla, hablaba como a borbotones, demasiado rápido, atropellado, un fenómeno coprolálico, de tal modo que su interlocutor (y él mismo) solían perderse más de la mitad de las cosas que refería, pero Elisa, por lo visto, lo recordaba todo: nombres, títulos de libros, las pequeñas intrigas y los pequeños desmanes de una vida (literaria) desaparecida hace tiempo.

Así que el desayuno en cuestión había sido muy extraño.

De repente me vi a mí mismo. Pero convertido en una mujer. Algo que nunca (lo sabes bien) he deseado. Pero allí estaba, al otro lado de la mesa, una mujer con los labios muy delgados, enferma, joven, pobre, desgreñada. Una mujer que parecía dispuesta a morirse en cualquier momento. Me sorprendió no echarla de casa inmediatamente, decía Padilla, evidentemente no muy convencido, evidentemente un poco asustado. Sobre su novela no decía nada.

La respuesta de Amalfitano fue corta y epigramáticamente ambigua: empezaba

diciendo que la amistad de Elisa debía tener un significado que ellos aún no comprendían y terminaba, de manera siniestra, enumerando los problemas cotidianos a los que se enfrentaba, tanto en el Departamento de Filosofía como en su casa, en su trato paterno-filial con Rosa, que cada día que pasaba se iba alejando un poco más de él.

Como ya venía siendo habitual, Padilla no esperó la respuesta de Amalfitano para enviarle otra carta.

Volvía a hablar de Elisa.

Durante tres días la había perdido de vista. Al cuarto, cuando ya empezaba a olvidar aquella extraña epifanía mnemotécnica, la encontró en el portal de su casa en hora y circunstancias similares. Volvieron a dormir juntos. Volvieron a masturbarse (esta vez ambos se corrieron). Volvieron a hablar.

La muchacha, decía Padilla, había concebido un plan para recuperar la salud. El plan consistía en viajar en autostop desde Barcelona hasta el psiquiátrico de Mondragón. Cuando se lo dijo, a Padilla le dio un ataque de risa. Pero la muchacha siguió hablando, esta vez la luz estaba apagada y la única claridad que se filtraba por la ventana provenía de la claraboya del patio de luces. Su voz, dice Padilla, era monocorde, pero no era monocorde, estaba llena de inflexiones, pero carecía de inflexiones, estaba contaminada por el argot de los barrios obreros de Barcelona, pero al mismo tiempo era la voz de una señorita de Sarriá. Demasiado Gombrowicz has leído tú, pensó Amalfitano.

El resto de la carta abundaba en el mismo tema. La habitación oscura. La voz de Elisa narrando un viaje imposible. Las preguntas de Padilla: ¿por qué creía ella que viajando se sanaría?, ¿qué expectativas tenía puestas en Leopoldo María Panero y el psiquiátrico de Mondragón? Las ganas de reírse y las risas y las bromas de Padilla. Acostarte con un maricón te está volviendo loca. La risa de Elisa que parecía iluminar por una fracción de segundo la habitación y luego salir como un rayo al revés por las junturas de la ventana, hacia arriba, hacia la claraboya del patio de luces y hacia las estrellas.

Pero la carta terminaba de una manera poco festiva. Elisa está a mi lado, decía el párrafo final, cuando salí esta tarde ella se quedó aquí, en la cama, con mi padre hemos hablado acerca de llevarla al hospital pero ella se ha negado, le preparamos un caldo de pollo, lo bebió, se quedó dormida.

La siguiente carta de Padilla, la primera que Amalfitano no contestó de inmediato, hablaba de la peregrinación a San Sebastián y de los términos en que ésta se llevaría a cabo, términos dictados por la voz vacilante de Elisa que ahora, informaba, estaba en el hospital y a quien era mejor no contrariar, al menos hasta que se repusiera. En el hospital, decía, he tenido la oportunidad de ver una vez más a su familia, el hermano yonqui al que había intentado estrangular, a la madre, una santa, a varias tías y primos y primas. En una ocasión lo acompañó Raguenu, en otra Adrià, ambos preocupados por el interés que aquella mujer había despertado en Padilla. Sus amigos, decía, le aconsejaban que dejara de visitarla, que dejara de cuidarla y que empezara a cuidarse a sí mismo. Pero Padilla no les hacía caso y alguna noche la pasó a los pies de la cama de Elisa. Esta le pedía que le hablara de Panero. Cuando Raguenu y Adrià se enteraron no supieron si ponerse a reír o ponerse a llorar. Padilla, sin embargo, se lo tomó en serio y le contó a Elisa todo lo que sabía de Panero, que no era, en realidad, mucho, y el resto se lo inventó, y cuando ya no supo qué más inventar apareció por el hospital con sus libros de poesía y se los leyó a Elisa.

Ésta al principio no los entendió.

Creo, decía Padilla, que su ignorancia en esta materia es mucho mayor de lo que yo al principio creía.

Pero no se arredró e ideó un método (o algo que podía pasar por método) de lectura. Era simple. Decidió leerle en voz alta las poesías de Panero siguiendo un orden cronológico. Empezó con el primer libro y terminó con el último y a la lectura de cada poema seguía un breve comentario que no pretendía explicar el poema en su conjunto, algo imposible, según Padilla, pero sí un verso, una imagen, una metáfora. Así, de cada poema Elisa entendía y retenía al menos un fragmento. Poco después, escribía Padilla, Elisa ya leía ella sola los libros de Panero y su comprensión de éstos (pero la palabra «comprensión» no dice nada de la desesperación y de la comunión de su lectura) era luminosa.

Cuando la dieron de alta, Padilla le regaló, en una decisión algo crepuscular, pensó Amalfitano, todos los libros que le había prestado y se marchó. No esperaba volver a verla y durante algunos días lo estuvo celebrando. Raguenu y Adrià lo invitaron al cine y al teatro. Volvió a salir solo. Retomó, aunque con desgana, la redacción de *El dios de los homosexuales*. Una madrugada, cuando volvía borracho y drogado, la encontró sentada en el portal, esperándolo.

Según Padilla, Elisa era la muerte.

La respuesta de Amalfitano fue una carta de cinco folios, mal escrita entre clase y clase, en donde le rogaba que escuchara al pastelero y a su sobrino, y en donde le comentaba, tal vez exagerando el optimismo, los pasos de gigante que estaba dando la ciencia en su lucha contra el sida. Según unos médicos de California, le aseguraba,

la enfermedad está a un paso de convertirse en una dolencia crónica más, algo que no necesariamente conllevaba la muerte.

Sobre los últimos acontecimientos en Santa Teresa prefirió no hablar.

La respuesta de Padilla llegó poco después, demasiado pronto para que ésta fuera una contestación a la carta que le había enviado Amalfitano.

Estaba escrita al dorso de una postal aérea de Barcelona y decía que su vida había experimentado un giro radical. Elisa vive ahora conmigo, declaraba, y mi padre no cabe en sí de contento. Por supuesto, mi relación íntima con Elisa es tan sólo la de dos hermanos. Algunas noches nos masturbamos el uno al lado del otro. Pero esto, la verdad, muy esporádicamente. Yo salgo a hacer la compra. Elisa cocina y sigue vendiendo heroína en su barrio. Vivimos en un compás de espera de lo más encantador. Por la noche vemos la tele, sentados en el sofá, mi padre, Elisa y yo. Algo va a ocurrir en los próximos días. Te tendré informado.

NOTA EDITORIAL

Los sinsabores del verdadero policía es una novela cuyas partes están desigualmente terminadas, aunque su grado de revisión sea alto, ya que todos los capítulos fueron primero redactados a mano, después transcritos en máquina de escribir eléctrica, y muchos de ellos, aproximadamente la mitad, afinados posteriormente en un ordenador, como consta en los archivos de Roberto Bolaño.

Varios documentos adicionales depositados en ese mismo archivo acreditan que se trata de un proyecto que se inició en la década de los ochenta y se mantuvo vigente hasta el año 2003: cartas, notas fechadas en las que el autor describe sus proyectos, una entrevista de noviembre de 1999 en el periódico chileno *La Tercera* en la cual declara estar trabajando en *Los sinsabores del verdadero policía*, entre otros libros. El título es una constante en toda la documentación relativa a la obra.

La novela está integrada por tres escritos, «Los sinsabores del verdadero policía» y «Asesinos de Sonora», de 50 y 100 páginas respectivamente, localizados en el ordenador de Roberto Bolaño, y un escrito en parte mecanografiado en máquina de escribir eléctrica y en parte impreso desde un ordenador sin archivo informático, de 135 páginas.

Los escritos procedentes del ordenador corresponden a la primera y quinta partes de la novela, y el mecanografiado e impreso comprende la segunda, tercera y cuarta partes.

El texto mecanografiado, y cuyo título es también «Los sinsabores del verdadero policía», es una novela completa de 283 páginas, clasificada en siete carpetas, cinco de las cuales se encontraban en la mesa de trabajo del autor, junto con otros materiales relativos a 2666, en tanto que las otras dos se descubrieron al organizar su legado. Este conjunto de 283 páginas permite afirmar con certeza que se trata de una novela muy revisada, y permitió comprobar que los dos archivos del ordenador se correspondían con la transcripción de la misma que estaba efectuando su autor.

En cuatro de las carpetas halladas en su mesa de trabajo, consta el número, el título y la cantidad de páginas que contenía cada una: 1. Amalfitano y Padilla, 165 páginas, 2. Rosa Amalfitano, 39 páginas, 3. Pancho Monje, 26 páginas, 4. JMG Arcimboldi, 38 páginas. Estas cuatro carpetas integran casi la totalidad de la novela.

La quinta carpeta encontrada en su mesa y una de las encontradas al organizar el archivo (ambas sin título) contienen, de nuevo, casi toda la novela. El material estaba separado en función de los dos textos del ordenador y de un índice.

La séptima carpeta, segunda de las encontradas en el archivo y titulada «Sepulcro de Vaqueros», contiene ocho capítulos mecanografiados de la novela, además de materiales pertenecientes a otro proyecto inacabado.

Tras la recopilación de los materiales y de su estudio, la fijación del conjunto se efectuó siguiendo la disposición de los textos del ordenador y respetando los criterios de Roberto Bolaño en las cuatro carpetas numeradas y con título. Esta edición se atiene a la premisa irrenunciable de respetar su obra y a la firme voluntad de ofrecer al lector la novela como se encontró en sus archivos. Los cambios y correcciones efectuados han sido los mínimos imprescindibles.

Mi agradecimiento a la agencia Andrew Wylie, y a la asesoría literaria de Cora Munro, que con el máximo respeto al legado del autor ha dado apoyo a esta edición con sus inestimables conocimientos.

CAROLINA LÓPEZ



ROBERTO BOLAÑO (1953-2003) fue un escritor chileno de extraordinario talento que forzó los límites de la literatura en una serie de novelas con las que se consagró como una de las voces más importantes y personales de la narrativa latinoamericana.

Nació en Santiago (Chile) y pasó su infancia en Viña del Mar, Quilpué y Cauquenes. En 1968 se trasladó con su familia a Ciudad de México, donde pasó su adolescencia concentrado en la lectura, encerrado durante horas en la biblioteca pública. Pronto decidió que quería ser escritor y empezó a trabajar como articulista en diferentes medios. A los veinte años regresó a Chile, donde se incorporó a la resistencia contra Pinochet. Fue arrestado y liberado a los ocho días gracias a la intercesión de dos excompañeros de colegio. Tras su liberación volvió a México a dedicarse de lleno a la literatura.

En México fundó, junto con un grupo de poetas mexicanos, un movimiento de vanguardia denominado infrarrealismo, que publicó en 1975 la antología poética *Poetas infrarrealistas mexicanos*. Sin embargo, «hastiado de lo literario», abandonó México y viajó primero a El Salvador y más tarde a varios países europeos y africanos, para establecerse finalmente se en España, donde trabajó en múltiples oficios hasta que pudo mantenerse mediante su participación en certámenes literarios.

En 1984 publicó, en colaboración con Antoni García Porta, su primera novela, *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, con la que obtuvo el premio Ámbito Literario. Ese mismo año lanzó *La senda de los elefantes*, que fue galardonada con el premio Félix Urabayen. Dos años después fijó su residencia en la

población costera de Blanes (Girona), donde, sin abandonar su interés por la poesía, se centró cada vez más en la narrativa.

En 1993 le diagnostican una grave enfermedad hepática y Bolaño, obsesionado con dejar un legado literario de importancia, se dedica con mayor ahínco a la escritura y multiplica sus publicaciones. Ese mismo año vieron la luz *Los perros románticos*, un recopilatorio de la obra poética creada entre 1977 y 1990, y la novela *La pista de hielo*. En 1996 presenta *La literatura nazi en América* y *Estrella distante*, y en 1997 la compilación de cuentos *Llamadas telefónicas*, que le vale el premio Municipal de Santiago de Chile, el más importante en su país.

En 1998 su novela *Los detectives salvajes* recibe dos importantes distinciones: el premio Herralde de novela y el premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Tras este reconocimiento público Bolaño visita Chile, de donde regresa para escribir una nueva novela, un cuadro alegórico del Chile pinochetista, cargado de fantasmas, torturadores y toques de queda titulado *Nocturno de Chile* (2000), calificada por el editor Jorge Herralde de «pequeña obra de arte escalofriante».

Ese mismo año entra en lista de espera para un trasplante de hígado. El empeoramiento de su estado de salud le hace volcarse en la que iba a ser su obra cumbre, *2666*, que quedó inconclusa a su muerte, acaecida el 14 de julio de 2003. Pocos días antes había asistido en Sevilla al I Encuentro de Autores Latinoamericanos, su última aparición pública, y había entregado a su editor el manuscrito del libro de cuentos *El gaucho insufrible*.

2666 se publica en 2004. Se trata de una pentalogía de más de mil páginas, centrada en la figura de un enigmático escritor alemán llamado Von Archimboldi, en la que el autor muestra su gran variedad de registros literarios. Según el crítico Ignacio Echevarría, se trata de la «obra maestra» del autor, una «novela total, sin ningún matiz intimidante o plúmbeo, que toca los grandes temas, como la muerte, el mal o la trascendencia [...] una obra polifónica, donde los registros cambian mucho, desde lo policiaco hasta lo épico». *2666* mereció el premio Salambó, que otorgan los propios escritores a la mejor novela escrita en castellano, «por abrumadora mayoría» (Rosa Montero, miembro del jurado). El jurado la definió como «el resumen de una obra de mucho peso, donde se decanta lo mejor de la narrativa de Roberto Bolaño», una novela que «contiene mucha literatura, que supone un gran riesgo y lleva al extremo el lenguaje literario de su autor». *2666* fue galardonada además con el premio a la novela «con mejor acogida entre la prensa especializada» concedido por la Fundación José Manuel Lara Hernández.

También en 2004 se publica *Entre paréntesis*, un recopilatorio de artículos, conferencias y otros textos publicados en varios medios de comunicación y producto de la actividad periodística y pública de Bolaño entre 1998 y 2003. Otras obras del autor son: *Amuleto* (1999), *Monsieur Pain* (1999), *Putas asesinas* (2001), *Una*

novelita lumpen (2002) y *Amberes*, publicada en 2002 pero escrita veintidós años antes.